

BAILE Y COCHINO...

NOVELA DE COSTUMBRES
MEXICANAS

JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR



Lectulandia

Las novelas que contiene el presente volumen son dos: *Ensalada de pollos y Baile y cochino...* En la primera aparece la vida de los jóvenes elegantes — de «los pollos»— y de una familia de la clase media, y, como por una perspectiva de la ciudad, el campo abierto donde acciona la guerrilla de Capistrán y realiza sus hazañas don Jacobo Baca. Un marido que no puede sostener su casa y que, como última posibilidad de mejora, «se lanza a la bola», se incorpora a la revolución en turno, y su hija, una joven a quien sus amigas han hecho saborear las comodidades que da la riqueza y que, cansada de su medio, se lanza también a la vida, son los dos acontecimientos que desencadenan la acción, en la que el autor se ha cuidado de explotar los recursos melodramáticos que ofrecen esos temas. *Baile y cochino...* es la novela de un país rumboso y hospitalario como siempre lo ha sido México. Un pacífico coronel que acaba de hacer un buen negocio, quiere, para celebrar el santo de su hija y dar cierto brillo a la familia, «hacer» un baile, ese baile que todo mexicano que se estime hace por lo menos una vez en la vida, en el que se echa la casa por la ventana, al que concurre todo el mundo porque un invitado invita a cien. Y las páginas pintorescas describen cómo se recluta a los invitados, cuidando que haya entre ellos gente de tono; cómo se organiza el baile y las indispensables y abundantes colaciones, quiénes son y cómo viven los principales concurrentes, y, para finalizar, los tropiezos y los regocijos con que se desarrolla la festividad misma.

Y ambas novelas, de líneas tan elementales y sintéticas como si el autor no quisiera insistir en lo que supone que ya sabe el lector, son una entretenida pintura de la vida tan desorganizada y generosa que México vivió durante el siglo XIX y que sigue viviendo todavía en nuestro siglo.

Lectulandia

José Tomás de Cuéllar

Ensalada de pollos. Baile y cochino

ePub r1.0

Titivillus 14.06.16

Título original: *Ensalada de pollos. Baile y cochino*
José Tomás de Cuéllar, 1869
Prólogo: Antonio Castro Leal
Diseño de cubierta: Dr.Doa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

La vida de la Nueva España en las postrimerías de la Colonia y en los albores de la Independencia está descrita con aguda y tendenciosa exactitud en las obras famosas de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827); la vida nacional de mediados del siglo XIX encontró su pintor en Manuel Payno (1810-1894) que en *Los bandidos de Río Frío*, trazó una serie de frescos monumentales donde aparecen lo mismo la capital que la provincia, el medio urbano que el ambiente rural, el pueblo que la llamada alta sociedad; y el México de los tiempos de la restauración de la República (1868) que, con pequeñas transformaciones, subsiste hasta el 1900, fue dibujado con trazo rápido y elemental colorido por José T. de Cuéllar (1830-1894) en los variados cuadros de género de su colección de novelas de costumbres mexicanas publicadas bajo el título general de *La linterna mágica* y con el seudónimo de «Facundo».

Cuéllar, que fue un gran aficionado a la fotografía, quiso dar a entender con este título que en las páginas de sus novelas proyectaba las figuras de los personajes que había copiado en la realidad, como lo hacía la antigua linterna mágica, entretenimiento curioso y familiar anterior al cinc de 16 milímetros. A sus personajes los ha copiado Cuéllar de la vida real, «sorprendiéndolos en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios, y a otros con el llanto en los ojos», según nos explica en el prólogo de su *Ensalada de pollos*. Pero, en la pintura de costumbres ¿cómo desentenderse del propósito moralizador? «He tenido especial cuidado —agrega nuestro autor— de la corrección en los perfiles del vicio y la virtud, de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre el ridículo en los vicios y en las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia».

Inútil decir, por otra parte, que en esa pintura de costumbres el modelo no podía ser otro que el repertorio nacional de tipos y modos de vivir, y que en ella —afirmaba Cuéllar con orgullo— «todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que importa, y dejando a las princesas rusas, a los dandíes y a los reyes de Europa, nos entretendremos con la china, con el lépero, con la polla, con la cómica, con el indio, con el *chinaco*, con el tendero y con todo lo de acá».

Estos tres propósitos —la exactitud en la pintura, los perfiles del bien y del mal, y el color local— le parecían a Cuéllar los principios básicos de su arte. De la exactitud de sus cuadros no hay que dudar porque la reconocieron unánimes sus contemporáneos y porque aún hoy puede comprobarse en las capas de la sociedad y en las regiones del país cuyas costumbres no han cambiado desde los tiempos de Cuéllar. Respecto a lo que él llamaba «la corrección de los perfiles del vicio y la virtud» —preocupación natural en todo costumbrista— hay que decir que, afortunadamente, solía olvidarse de ella cuando el personaje en turno deleitaba y

ponía a prueba sus facultades de retratista. De su mexicanidad no hay tampoco por qué dudar: vio con ojos de pintor —y este arte lo había estudiado en la Academia de San Carlos— la vida mexicana de su tiempo, deteniéndola, como en una fotografía instantánea, para deleitarse en su pintura. No hay que olvidar, por otra parte, que escribió en los tiempos en que Ignacio Manuel Altamirano predicaba el tratamiento de temas mexicanos como base para la formación de una literatura nacional.

Tenía el ojo fino y el pulso fácil para trazar, con rasgos sintéticos pero elocuentes, la galería de personajes masculinos y femeninos más visibles y populares en la vida mexicana de su tiempo. Su visión —y aquí vuelve de nuevo a tener razón el título de *La linterna mágica*— es más bien estática, y el origen de sus novelas podemos imaginarlo como el mecanismo que liga, lo mismo que en los aparatos anteriores a la creación del cine, las diversas «vistas fijas» en una primitiva coordinación de movimiento. Y es que al costumbrista, como al pintor de género, le suele bastar «el cuadro», en el que representa alguna «escena» que tiene valor y finalidad por sí misma. La pintura de costumbres cuenta en el siglo XIX español con ejemplos famosos, que ya habrán acudido a la mente del lector: las *Escenas andaluzas* de Serafín Estebáñez Calderón (1799-1867) y las *Escenas matritenses* de Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882); pero, más que el concentrado sabor del primero —tan difícil de apreciar completamente fuera de España y aun de Andalucía— y el dibujo tan abundante y sabio de Mesonero Romanos, creo que tuvo influencia sobre el arte de Cuéllar el trazo intencionado y rápido de los «artículos de costumbres» —escenas también matritenses— de Mariano José de Larra (1809-1837) a quien conocía y admiraba nuestro autor, según lo demuestra, entre otras cosas, la clasificación que hace de «los pollos», en la que es fácil descubrir que sigue la que hizo Larra de «los calaveras».

Las novelas que contiene el presente volumen son dos: *Ensalada de pollos y Baile y cochino...* En la primera aparece la vida de los jóvenes elegantes —de «los pollos»— y de una familia de la clase media, y, como por una perspectiva de la ciudad, el campo abierto donde acciona la guerrilla de Capistrán y realiza sus hazañas don Jacobo Baca. Un marido que no puede sostener su casa y que, como última posibilidad de mejora, «se lanza a la bola», se incorpora a la revolución en turno, y su hija, una joven a quien sus amigas han hecho saborear las comodidades que da la riqueza y que, cansada de su medio, se lanza también a la vida, son los dos acontecimientos que desencadenan la acción, en la que el autor se ha cuidado de explotar los recursos melodramáticos que ofrecen esos temas. *Baile y cochino...* es la novela de un país rumboso y hospitalario como siempre lo ha sido México. Un pacífico coronel que acaba de hacer un buen negocio, quiere, para celebrar el santo de su hija y dar cierto brillo a la familia, «hacer» un baile, ese baile que todo mexicano que se estime hace por lo menos una vez en la vida, en el que se echa la casa por la ventana, al que concurre todo el mundo porque un invitado invita a cien. Y las páginas pintorescas describen cómo se recluta a los invitados, cuidando que haya

entre ellos gente de tono; cómo se organiza el baile y las indispensables y abundantes colaciones, quiénes son y cómo viven los principales concurrentes, y, para finalizar, los tropiezos y los regocijos con que se desarrolla la festividad misma.

Y ambas novelas, de líneas tan elementales y sintéticas como si el autor no quisiera insistir en lo que supone que ya sabe el lector, son una entretenida pintura de la vida tan desorganizada y generosa que México vivió durante el siglo XIX y que sigue viviendo todavía en nuestro siglo.

ANTONIO CASTRO LEAL

DATOS BIOGRÁFICOS

José Tomás de Cuéllar nació en la ciudad de México el 13 de septiembre de 1830. Estudió en los colegios de San Gregorio y San Ildefonso, y después en el Colegio Militar de Chapultepec, en donde participó en la resistencia al asalto del ejército norteamericano el 13 de septiembre de 1817. Estudió después pintura en la Academia de San Carlos, arte que nunca abandonó y en el que alcanzó cierto dominio, como lo prueban su *Autorretrato*, un *Cristo crucificado* y un *San Antonio de Padua*, que guarda en su poder el Sr. Alberto Cuevas Bordier. Ensayó la fotografía y publicó un álbum de retratos de hombres célebres con noticias biográficas.

Entró a las letras en 1848 honrando la memoria de los que habían muerto en la guerra norteamericana. Dos años después principió a publicar artículos y poesías en el *Semanario de Señoritas* y *La Ilustración Mexicana*. Se dedicó a escribir para el teatro y se sabe que se representaron *Deberes y sacrificios*, una *Pastorela* —que elogió el poeta español José Zorrilla—, *El arte de amar*, *El viejecito Chacón*, *¡Qué lástima de muchachos!* y su conocida comedia en dos actos *Natural y figura...*, sátira contra los imitadores de las costumbres francesas, representada en plena época de Intervención y que le valió un homenaje público (29 de mayo de 1866) en el que la Asociación Gregoriana le dio una pluma de oro.

En 1869 se encuentra en la ciudad de San Luis Potosí, en donde publica, en compañía de José María Flores Verdad, el semanario *La Ilustración Potosina*, donde aparecen, en folletín, sus primeras novelas. En San Luis Potosí publica también su novela histórica *El pecado del siglo*, y pinta una decoración para el Teatro de La Paz y un escudo de las armas nacionales para el Palacio del Gobierno. A su regreso a la ciudad de México publica la 1.^a época de *La linterna mágica*, bajo su seudónimo de «Facundo», y colabora abundantemente en los periódicos y revistas de su tiempo: *La Ilustración Mexicana*, *El Siglo XIX*, *El Laberinto*, *Las Cosquillas*, *El Eco del Comercio*, *El Correo de México*, *El Eco de Ambos Mundos*, *El Federalista*, *La Libertad* y otros, nacionales e hispanoamericanos.

El 12 de octubre de 1872 fue nombrado oficial de la Legación de México en Washington (E. U. A.) para donde salió el 8 de noviembre. El 13 de abril de 1875 es ascendido a Secretario de Legación, puesto que ocupó hasta el 25 de marzo de 1882, con diversas ausencias por viajes de vacaciones a México. El 30 de junio de ese mismo año, fue adscrito a la Secretaría de Relaciones Exteriores; el 11 de octubre de 1885 fue nombrado jefe interino del Departamento Comercial; el 16 de septiembre de 1886, Oficial Mayor interino; el 16 de abril de 1887, jefe de la Sección de América, y meses después, el 12 de septiembre, Oficial Mayor (puesto equivalente al de Subsecretario, que entonces no existía) que desempeña hasta el 5 de mayo de 1890. Hace después un viaje a Europa, en una comisión oficial. Murió en la ciudad de México el 11 de febrero de 1894. Está enterrado en el Panteón de Dolores, en el lote de la Sociedad de Alumnos del Colegio Militar, de la que fue uno de los fundadores.

Perteneció a varias sociedades literarias y culturales; a petición de Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce y Marcelino Menéndez Pelayo, la Real Academia Española lo designó Socio Correspondiente, resolución que le fue comunicada por el secretario José Tamayo y Baus el 22 de abril de 1892.

BIBLIOGRAFÍA

- Obras poéticas*. Imp. de Ignacio Cumplido. México. 1856.
- El pecado del siglo*. Novela histórica. Tip. del Colegio Polimático. San Luis Potosí, 1869.
- Historia de Chucho el Ninfo*, 1.^a ed. Ignacio Cumplido. México, 1871. Tomo II de *La linterna mágica*. 1.^a época; 2.^a ed. Tipolit. de Hermenegildo Miralles. Barcelona, 1890. Tomos V y VI de la 2.^a época.
- Isolina la ex-figurante*. 1.^a ed. Ignacio Cumplido. México. 1871. Tomo III de *La linterna mágica*, 1.^a época; 2.^a ed. Imp. y lit. de Blanchard y Cía. Santander, 1891. Tomos XI y XII de la 2.^a época.
- Las gentes que «son así»*. 1.^a ed. Ignacio Cumplido. México, 1872; 2.^a ed. Blanchard y Cía. Santander, 1891-1892. Tomos XVI y XIX, 2.^a época.
- Gabriel el cerrajero o las hijas de mi papá*. 1.^a ed. Ignacio Cumplido. México, 1872. Tomo VII de *La linterna mágica*, 1.^a época; 2.^a ed. Blanchard y Cía. Santander. 1892. Tomos XXIII y XXIV, 2.^a época.
- Los mariditos*. Tipolit. de Hermenegildo Miralles. Barcelona, 1890. Tomo IV de *La linterna mágica*. 2.^a época.
- Los fuereños y La noche buena*. Blanchard y Cía. Santander, 1890. Tomo VII de *La linterna mágica*, 2.^a época.
- Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*, 1.^a serie, 1882-1883. Blanchard y Cía. Santander, 1890-1891; 2.^a serie. Santander, 1892. Tomos IX y X, XXI y XXII de *La linterna mágica*, 2.^a época.
- Vistazos*. Estudios sociales. Blanchard y Cía. Santander, 1892. Tomo XX de *La*

linterna mágica, 2.^a época.

Poesías. Blanchard y Cía. Santander, 1890. Tomo VIII de *La linterna mágica*, 2.^a época.

Versos. Blanchard y Cía. Santander, 1891. Tomo XV de *La linterna mágica*. 2.^a época.

Además de las obras dramáticas citadas en los DATOS BIOGRÁFICOS se sabe que escribió *Azares de una venganza* y *Un viaje a Oriente* (estrenadas ambas en el Teatro Iturbide), *Redención* (estrenada en el Teatro Principal) y *Cubrir las apariencias*. De todas sus obras dramáticas sólo sé que se haya publicado: *Deberes y sacrificios*. Drama en tres actos y en verso. Estrenado en el Teatro Nacional de México, el 18 de octubre de 1855. Imp. de Juan R. Navarro. México, 1855. 1 folleto de 65 págs.

ENSALADA DE POLLOS: 1.^a ed. San Luis Potosí.

1869, como folletín en la revista *La Ilustración Potosina*. Semanario de literatura, poesías, novelas, noticias, descubrimientos, variedades, modas y avisos por José T. Cuéllar y José María Flores Verdad, adornado con estampas de José María Villasana; Tip. de Silverio María Vélez; tomo I, 338 págs. más 5 de índice.

2.^a ed. México. 1871. Ignacio Cumplido. Tomo II de *La linterna mágica*, 1.^a época; los veinte capítulos de la ed. original fueron ampliados en ésta a veinticinco.

3a. ed. Barcelona, 1890. Tipolit. de Hermenegildo Miralles. Tomos II y III de *La linterna mágica*. 2.^a época. En nuestra edición hemos seguido el texto de esta última, ocurriendo en caso de duda a la de Cumplido.

BAILE Y COCHINO...: 1.^a ed. México ?, probablemente como folletín de algún periódico o revista.

2.^a ed. México, 1886. Tip. Lit. de Filomeno Mata.

3.^a ed. Barcelona. 1889. Tipolit. de Espasa y Cía. Tomo I de *La linterna mágica*, 2.^a época.

En nuestra edición de ambas obras hemos modernizado la ortografía, corregido errores y variado, en ocasiones, la puntuación.

A. C. L.

Prólogo del autor

—¿QUÉ LINTERNA es esa? —me preguntó el cajista al recibir el original para las primeras páginas de esta obra—. ¿Qué va a alumbrar esa linterna; a quién y para qué?

Este título, que bien puede servirle a una tienda mestiza ¿es una palabra de programa, altisonante y llamativa para anunciar el parto de los montes, o encierra algo provechoso para el lector?

—Confieso a usted, estimable cajista —le dije— que en cuanto al título de LINTERNA MÁGICA lo he visto antes en la pulquería de un pueblo; pero que con respecto al fondo de mi obra, debo decirle que hace mucho tiempo ando por el mundo con mi linterna, buscando, no un hombre como Diógenes, sino alumbrando el suelo como los guardas nocturnos, para ver lo que me encuentro; y en el círculo luminoso que describe el pequeño vidrio de mi lámpara, he visto multitud de figuritas que me han sugerido la idea de retratarlas a la pluma.

Creyendo encontrarme algo bueno, he dado por desgracia con que mi aparato hace más perceptibles los vicios y los defectos de esas figuritas, quienes, por un efecto óptico, se achican aunque sean tan grandes como un grande hombre, y puedo abarcarlas juntas, en grupos, en familia, constituidas en público, en congreso, en ejército y en población. La reverberación concentra en ellas los rayos luminosos, y sin necesidad del procedimiento médico que ha logrado iluminar el interior del cuerpo humano, puedo ver por dentro a mis personajes.

Como éstos viven en movimiento continuo, como las hormigas, he necesitado ser taquígrafo y armarme de un *carpet* y de una pluma, no diré bien tajada, porque eso lo hacen en Londres, pero sí mojada en tinta simpática, y en poco tiempo me he encontrado con un volumen.

—¿Y este volumen es la linterna mágica?

—Exactamente, caballero. Pero no tema usted que invente lances terribles ni fatigue la imaginación de mis lectores con el relato aterrador de crímenes horrendos, ni con hechos sobrenaturales; supongo, y no gratuitamente, a los lectores fatigados con la relación de las mil y una atrocidades de que se componen muchas novelas, de esas muy buenas, que andan por ahí espeluznando gente y causando pesadillas a las jóvenes impresionables.

Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios, y a otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles del vicio y la virtud: de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre el ridículo en los vicios y en las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia.

Ésta es la linterna mágica: no trae costumbres de ultramar, ni brevete de invención; todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa; y dejando a las princesas rusas, a los dandíes y a los reyes en Europa, nos entretendremos con la *china*, con el *lépero*, con *la polla*, con la *cómica*, con el indio, con el *chinaco*, con el tendero y con todo lo de acá. Conque, bástele a usted por ahora, apreciable cajista, y sírvase usted parar estas líneas por vía de introducción, porque a los prospectos les sucede lo que a varios conocidos míos: que ya nadie los cree bajo su palabra.

FACUNDO

Ensalada de pollos

Novela de estos tiempos que corren

(1871)

Los muchachos del ilustrado siglo XIX —dije para mí— llegan a viejos sin haber sido nunca jóvenes.

FÍGARO

Primera parte

Capítulo I

En el que el curioso lector se inicia en algunos misterios de la incubación de la raza

DON JACOBO Baca es un padre de familia, de esos que hay muchos, sobre los que pesa una grave responsabilidad que no conocen, y que están haciendo un perjuicio trascendental de que no se dan cuenta.

Don Jacobo ha sido alternativamente impresor, varillero, ayudante del alcaide de la cárcel, por «cierto mal negocio»; después *jicarero*, encargado de pulquería, y últimamente ha sentado plaza de arbitrista, que es como se la va pasando.

Don Jacobo cree que sabe leer y escribir, pero buen chasco se lleva; pues en materias gramaticales confiesa él mismo, con admirable ingenuidad, que nunca se ha metido en camisa de once varas.

En otra de las cosas en que se lleva chasco don Jacobo, es en creer que sabe hacer algo, pues nosotros, que bien le conocemos, estamos seguros de que, a pesar de sus letras, no sabe hacer nada.

Su inutilidad lo condujo, aunque paulatinamente, a la situación lamentable en que el lector lo encuentra.

Aburrido don Jacobo de buscar destino, y más aburrido de no hallarlo, pensó en una cosa. Esta cosa la han pensado las nueve décimas partes de los hombres útiles que hay en el país: lanzarse a la revolución.

Esta idea, acariciada en medio de la ociosidad y de los vicios, es el calor con que la madre discordia empolla a sus hijuelos; esta idea ha sido el prólogo de muchas epopeyas, así como el primer paso en la senda del crimen; esta idea entra en el número de las resoluciones desesperadas, y se equipara con la de suicidarse.

Respetamos, aunque no aludiendo a don Jacobo, esta misma idea de lanzarse a la revolución, cuando es engendrada por el noble arranque del patriotismo.

Don Jacobo, arbitrista y lodo, llegó a desesperar; se le cerraron todas las puertas, como él decía, y comprendió que necesitaba lanzarse a la revolución.

Don Jacobo tenía un compadre.

—He pensado una cosa —le dijo un día.

—¿Cuál? —le preguntó el compadre sorprendido de que don Jacobo pensara algo.

—Lanzarme a la revolución.

—¡Pero, compadre!...

Hubo un momento de silencio, durante el cual don Jacobo escupió por el colmillo.

—¿Lo ha pensado usted bien?

—No me queda otro recurso; ya usted lo ve, no hay destinos, nadie presta, y luego mi mujer...

—Pero, compadre —repitió don José de la Luz, que así se llamaba el interlocutor.

—Lo único que me falta es caballo y armas.

—Es decir, todo.

—Casi.

—Para pelear se necesitan armas.

—Cabal.

—¿Y contra quién va usted a pelear?

—Pues contra cualquiera; yo lo que necesito es la revolución.

—Pero ¿usted no tiene principios políticos?

—Pues vea usted, compadre, en cuanto a eso, usted sabe que al hombre lo hacen las circunstancias.

—Pero usted puede elegir. Diga usted.

Don Jacobo meditó profundamente con la vista fija en tierra, y luego preguntó:

—Ahora ¿quiénes están mejor?

—¿Cómo mejor?

—Quiero decir, ganando.

—Pues los liberales siempre ganarán, compadre, a la larga o a la corta. Por mi parte, yo voy a los liberales a ojos vistas, es albur que sale; porque mire, aquí no pega lo de los extranjeros ni lo de las coronas.

—Sí, eso ya lo sé, compadre.

—¿Se acuerda de lo de Tampico?

—¡Pues no!

—Y ya usted sabe que van los mochos, que vienen los mochos; pero siempre la libertad triunfa. Éste es país libre, compadre.

—Pues con los liberales, compadre —dijo don Jacobo iluminado.

—¡Dios saque a usted con bien! Mire que los mochos fusilan bonito.

—Sí, pero...

—¿Y la familia?

—Ahí se la dejo, compadre; no le diga nada a mi mujer hasta que yo me haya escapado; que Pedrito se haga hombre; le dice que no ande ahí con mañas, y Concha, que se case.

Los dos compadres, por fin, se despidieron.

Don José de la Luz pensó más en la mujer de su compadre que en su compadre mismo. Era natural. Quedaba encargado interinamente.

Don Jacobo pensó menos en su mujer que en procurarse caballo. Era natural: el caballo era muy importante, y su mujer ya estaba bien recomendada; de manera que don Jacobo se fue en derecha a casa de un amigo que tuviera caballo, y se lo pidió prestado; después buscó otro amigo que tuviera pistola, y le ofreció limpiársela.

Empeñó un resto de equipaje, y se puso en tren de defender a la madre patria.

Había pernoctado en un mesón de Santa Ana; despertó muy temprano y arregló su cabalgadura. Era esta un caballito de rancho, malicioso y asustadizo, tordillito mosqueado, con una oreja gacha, malos cascos y peor boca.

Don Jacobo le puso doble rienda, colocó a la grupa una gran maleta, pagó el gasto al huésped y se encaramó más bien que montó en el tordillito, el que al sentir sobre el lomo aquella humanidad asustadiza comenzó a caracolear en el patio del mesón, más bien de disgusto que de brío, y al fin, resignándose, salió a la calle.

Aquel jinete no llevaba espuelas, pero en cambio llevaba miedo y cuarta. El animal si no tenía buena estampa, tampoco tenía otras cualidades; trotaba ferozmente, y a pesar de las dos riendas, le sucedía lo que a México, tenía mal gobierno.

Don Jacobo, en quien el valor no era precisamente una de sus cualidades distintivas, creía que los transeúntes le conocían en la cara aquello de que «se estaba lanzando a la revolución», y afectaba un disimulo que para nada le servía.

La calzada de Guadalupe se le figuró inmensamente larga hasta que llegó a la garita.

Allí le ocurrió otra cosa, y eran ya dos cosas buenas las que, según él, le habían ocurrido.

Lo de «lanzarse a la revolución» era una, y encomendarse a María Santísima de Guadalupe era la otra; pero en cuanto a la segunda, comenzó a encontrar inconvenientes poderosos: el primero era apearse y no tener donde dejar su caballo; pero bien pronto le ocurrió otra cosa buena, más buena que las otras, y ya eran tres las que en pocas horas iban cambiando la faz de su vida: esta última cosa buena fue aquella de que con la intención basta, y encontró tan de su gusto el consuelo, que hasta se atrevió a dar por primera vez un azote al tordillito, que contestó espeluznándose como un gato y encogiéndose el cuarto trasero como si le hubiera dolido mucho, movimiento que empezaba a revelar que entre don Jacobo y su caballo había cierta analogía; aquel debía ser el caballo de don Jacobo: habían nacido el uno para el otro.

Cuando don Jacobo salió de la ciudad de Guadalupe, respiró más libremente, figurándose que acababa de salir con bien de un gran lance, y repetía interiormente:

—Por fin ya estoy lanzado a la revolución. Ello es cierto—continuaba después de un largo rato— que bien puede costarme caro... una bala... pero, por otra parte, en la revolución siempre se come, porque cuando no lo hay, se toma.

A propósito de tomar, sintió sed y tomó pulque, pagándolo, costumbre que estaba próximo a perder, una vez bien lanzado a la revolución.

Después de pagar pensó en su mujer.

Don Jacobo pensaba siempre por analogías.

Su compadre don José de la Luz tenía la misión diplomática de informar a la familia de don Jacobo de lo de la revolución.

—O vuelvo rico—decía don Jacobo— o no vuelvo. Yo pasaré trabajos, pero llegaré a tener una guerrilla y entonces...

Dios es grande, y mi compadre muy caritativo, de manera que mi mujer no se morirá de hambre; en cuanto a mis hijos, el varoncito, que se enseñe a hombre, y Concha, como ya se sabe vestir, se casará pronto.

Absorto en sus reflexiones don Jacobo caminó todo el día, y a la oración estaba en el mesón de un pueblo en donde tomó lenguas para orientarse al día siguiente.

Capítulo II

Don Jacobo recibe el espaldarazo de la caballería andante y queda hecho guerrero

AL RAYAR la aurora el tordillito asomaba la cabeza entre las trancas del corral. El animal había perdido su blancura mate en virtud de la incuria de su nueva caballeriza. Don Jacobo se sorprendió al ver a su cabalgadura, que por un solo lado seguía siendo blanca, pero por el otro era amarilla: no parecía sino que el animalito había dormido sobre un lecho de zacatlaxcale en infusión.

Unos arrieros lanzaban a la sazón una estridente carcajada, burlándose del tordillo y llamándole «mascarita». El huésped se permitió algunas bufonadas sobre lo bien que se había pintado el andante, y recomendó al dueño que no lo vendiese.

Don Jacobo creía tener razones de peso para no ser valiente; tragó las bromitas y siguió su camino.

A poco andar percibió «un polvo», y poco práctico todavía don Jacobo en materia de polvos, tuvo a bien suspender su marcha por si acaso.

La polvareda crecía y se acercaba, y nuestro héroe comenzaba a inquietarse. Es cierto que lo que para cualquiera olio caminante hubiera sido una calamidad, para don Jacobo era la dicha; pero, no obstante, don Jacobo temblaba.

Al fin desapareció el motivo de alarma y don Jacobo continuó su camino, hasta que de manos a boca dio con una guerrilla.

—¿Quién vive? —le gritó un forajido.

—Un amigo —contestó don Jacobo afectando calma pero espeluznándose como su tordillito.

—Haga alto o le rompo el alma —dijo el guerrero.

Don Jacobo obedeció.

—Eche pie a tierra.

Don Jacobo lo hizo a tiempo que una nube de polvo lo envolvía, porque diez jinetes se acercaban a él pistola en mano.

—Será algún mocho —dijo uno.

—Lo colgaremos —gritaron otros.

—Que venga el jefe —dijo una alma caritativa, en tanto que un valiente lo atropellaba con su caballo que hacía cabriolas.

—Entregue las armas, don Petate.

Don Jacobo entregó la pistola.

—El penco no vale un real —dijo uno reconociendo el tordillito.

—Es de dos colores.

—Es que durmió caliente.

—Eche acá la toquilla —gritó otro héroe, lanzando una blasfemia inconducente.

Y don Jacobo se quedó sin sombrero.

—¿Y usted será sacristán, no amigo?

—Tiene cara de fraile.

—Y corona —gritó uno— ¡que muera el cura!

Don Jacobo había perdido, no precisamente por el calor del pensamiento, el pelo de la coronilla.

—Que nos diga misa.

Y de las chanzas y burlas sangrientas los guerrilleros iban pasando a las vías de hecho, y ya uno azota al tordillito, ya aquel prepara su lazo, y quién sabe adónde hubieran llegado si el jefe de la fuerza no viene a meter paz.

—Ahí viene el jefe —dijo uno.

En efecto, acababa de presentarse en escena un jinete como de treinta y cinco años, tipo de la raza indígena, sin barba, grandes labios morados, pelo negro y mirada concentrada y recelosa. Montaba un magnífico caballo alazán tostado, de gran alzada, acordonado y fino, y de movimientos elegantes y pisada firme, ojo chispeante y ancha la nariz; el animal venía sobre sí y como interrogando cada vez que levantaba enhiesto la cabeza.

El jinete traía una chaqueta de afelpado negro, con agujetas y botones de plata, calzonera negra con botonadura triple de pequeñas conchas de plata, chaparreras de piel de tigre sobre la cabeza de la silla, gran sombrero bordado de oro, dos pistolas de Colt, con empuñadura de marfil, sobre cada una de las caderas, puñal con mango de ébano y plata en una vaina de terciopelo rojo y contera dorada, espada de montar y un Spencer en su carcaj. Llevaba el chaleco desabrochado, dejando ver una banda roja y una gran cadena de oro.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó sin levantar la voz.

Todos callaron.

Don Jacobo rompió el silencio diciendo:

—Me llamo Jacobo Baca, y vengo a presentarme, mi coronel.

—¿Ha servido? —preguntó el coronel.

—No, mi coronel.

—Usted será espía de los mochos.

—No, mi coronel —repitió don Jacobo, procurando sonreírse.

—¿Pues dónde estaba?

—En mi casa.

—¿Y a qué vino?

—A servir.

—¡Adiós! ¿Y de qué sirve?

—De lo que se ofrezca.

—¿Sabe dar cuchilladas?

—Sí, mi coronel.

—¿Es valiente?

—Cuando se ofrezca...

El jefe recorrió con la mirada a don Jacobo, lo examinó a su sabor, y después de una larga pausa, dijo:

—Pues convide a los muchachos para que «lo calen», y si ellos quieren...

—Con permiso, mi coronel, vamos al pueblo.

—Vayan cuatro, y cuidado con ése.

Don Jacobo montó a caballo sin sombrero y sin pistola.

Un guerrillero comenzó por darle cola al tordillito. La enclenque cabalgadura, con todo y jinete, vino por tierra. El pobre de don Jacobo apenas pudo levantarse, rengueando y herido de la cabeza.

El tordillito se quejó dolorosamente al caer y parecía que estaba conociendo su miseria. Don Jacobo, lleno aún de polvo y de sangre, ofreció cigarros, sin proferir una queja.

Otro guerrillero se preparaba a «echar un lazo» a don Jacobo.

—A ver si no —dijo uno.

Esto quería decir que salía a la defensa de don Jacobo.

—Ya raspan —cantó otro—. El señor es mi amigo, vaya, y yo soy hombre.

—Ya está, mi segundo —dijo el de la reata.

—Como lo va a convidar... —dijo otro.

Esto fue un cambio de viento para don Jacobo, a quien ayudaron a montar y le ofrecieron la lumbre.

Llegaron al pueblo y don Jacobo pagó el gasto. El alcohol, que por lo que tiene de espirituoso nivela los espíritus, puso a la misma altura a víctima y verdugos. Don Jacobo estaba ya en vísperas de hacer carrera.

*

Entretanto, volvamos a la mujer de don Jacobo y veamos qué hace.

La mujer de don Jacobo se llamaba Lola, tenía treinta y tres años y estaba lo que se llama bien conservada. Casi podían pasar desapercibidos sus dos hijos, Concha y Pedrito. Doña Lola estaba bien, especialmente desde que don Jacobo se había lanzado a la revolución.

Don José de la Luz era tan bueno y tan servicial y tan atento, que a doña Lola no le faltaba nada, de manera que no cesaba de exclamar:

—¡Qué bueno es mi compadre!

El compadre, que tenía también muy buen corazón, no cesaba de decir:

—¡Qué buena es mi comadre!

Y luego, que como aquella era una época de prueba, era, como sucede siempre, el crisol de la amistad.

No sabemos de qué medios ingeniosos se valdría don José de la Luz para dar a doña Lola la noticia de don Jacobo; pero sí nos consta que el lloriqueo no se sostuvo por largo tiempo.

—Vale más así —decía don José— puede ser que mi compadre se logre; ¡tantos vemos que vuelven!

—Cica usted, compadre, que si no fuera por, usted me moriría de pena.

—Lo creo.

Y de veras lo creía don José.

—Usted me consuela —decía doña Lola.

Y positivamente se consolaba con las finezas de su compadre don José.

En cuanto a Concha y Pedrito, como en virtud de esa ley que mejora las generaciones, sabían más que don Jacobo y más que doña Lola, deseaban a toda costa aletear por su cuenta.

Doña Lola, debemos decirlo en obsequio de su corazón de madre, temblaba ante el adelanto de sus hijos. Era una gallina que había incubado patos y estos se arrojaban al agua del progreso, dejándola en tierra. ¡Pobre doña Lola!

—Antes —exclamaba— los hijos eran dóciles, porque creían saber menos que sus padres; pero hoy tengo que capitular con la ilustración de mis hijos; éstos no reciben de mí más que lo que les conviene, y hasta se atreven a reprenderme cuando procuro corregirlos. Efectivamente, algunas veces me han persuadido con sus buenas razones, porque eso sí, mis hijos tienen mucho talento.

Don José de la Luz, que para estos casos y para otros más apurados tenía siempre listas algunas frases de consuelo, contestaba:

—Es preciso, doña Lola, es preciso que así sea. ¡El adelanto, el progreso, la civilización!... Vea usted, yo conozco a la madre del general H...

Pronunció un nombre que nosotros llamamos, y continuó:

—¿Quién cree usted que es esta pobre señora?

—No sé.

—Pues es una pobre señora... sirvienta, guisaba, quiero decir, hacía la comida, o más bien dicho, ora la cocinera de la casa de...

Don José pronunció otro nombre, que por ser muy conocido llamamos nosotros, porque en esta ensalada nos hemos propuesto que el lector coma las lechugas sin saber en donde se cortaron.

—Ya usted lo ve; la madre del general H... Pues la pobre señora se calla, su hijo la manda como general, y si no fuera porque le besa la mano delante de todo el mundo, nadie sabría que es su señora madre. Así le sucede a usted con Pedrito y con Concha.

—Exactamente, ya no me es permitido reprenderlos; en el momento me echan en cara mi torpeza, y siempre acaban por probarme que no tengo razón.

Este pliegue del corazón humano, como diría un novelista romántico, es la primera dislocación moral, como decimos nosotros, a despecho de la crítica; es el

primer aleteo de independencia de los pollos actuales, protestando a nombre del progreso contra la tutela materna.

Había antes un secreto resorte que sujetaba la razón del niño ante el encantador prestigio de la madre. Nosotros recordamos haber escuchado oráculos de los labios maternos; las palabras que oímos cuando niños tenían el sello de una autoridad que jamás nos ocurrió poner en duda.

Hoy, salvo el debido respeto al verdadero progreso que amamos y respetamos los primeros, hay, y en abundancia, pollos llenos de suficiencia, de humos y de garbo para enmendar la planilla a los autores de sus días.

Concha y Pedrito, sin ser precisamente progresistas, eran pollos que rompían el cascarón y lo pisoteaban: quiere decir, se avergonzaban de su madre.

Abierta esta primera puerta, roto este primer dique del respeto filial, los hijos de don Jacobo se ponían en situación de adelantar notablemente.

Corrían un riesgo inminente que ellos mismos acariciaban.

Doña Lola conocía todo esto por la intuición delicada de las madres; pero no se lo podía explicar bien a don José de la Luz; éste, por su parte, hacía todos los esfuerzos posibles por encontrar una solución consoladora a todas las tribulaciones de su comadre.

Capítulo III

De cómo a los pollos se les va conociendo por la pluma y por el canto

PEDRITO se enteró estoicamente de que casi ya no tenía papá, y, seamos francos, no lo sintió mucho: se quedó pensativo; pero no porque sintió algo en el corazón sino en las alas.

Iba a alear, ya podía alear.

Buscó varias veces seguidas en su casa a un personaje, personaje fresco, acabado de hacer, pero en boga.

El personaje estaba visible pocas veces, y no se veía otra cosa por todas partes. Al fin Pedrito logró verle al tercer día de solicitudes.

El personaje, aunque acabado de hacer, tenía bata, aunque acabada de hacer, y gorra griega y pantuflas.

Así recibió a Pedrito.

—Buenos días, mi general —dijo éste.

El personaje era coronel, de manera que la primera sonrisa de benevolencia fue toda para Pedrito, que a su vez sonrió de esperanza.

—¿Qué vientos le traen a usted por acá, muchachito?

—Vea usted, mi general; vengo a confiar a usted un secreto.

—Bien.

—Pero me ofrece usted...

—¡Vamos, muchachito! ¿De qué se trata?

—Yo sé que es usted uno de los... de los ¿cómo diré? de los liberales de buena fe.

—¡Oh, sí! ¿Y eso quién lo duda?

—Pues bien, el secreto es que mi padre... ¡se ha lanzado a la revolución!...

—¡Hombre! —exclamó el coronel.

—Y yo tengo necesidad de ver lo que hago.

—Eso es; en todo caso es necesario ver uno lo que hace.

—Y he pensado...

—¿Qué ha pensado usted?

—Pedir una colocación.

—¿Al gobierno?

—En cualquier parte.

—Usted no tiene...

—Sí, señor, a mi madre y a mi hermana.

—¡Ah!

—Y como supondrá usted están mal.

—Y su hermana de usted ¿qué tal? Estará ya hecha una mujer.

—Ya la verá usted —se apresuró a decir Pedrito; y es preciso decirlo, le pareció en ese momento que su negocio iba bien.

—Pues cuente usted conmigo, muchachito.

Van tres veces que me dice muchachito —pensó Pedrito.

—¿Cuándo quiere usted que lo vuelva a ver?

—Pronto; dé usted sus vueltas.

Pedrito se despidió del coronel con estudiada cordialidad y con muchas esperanzas.

Pedrito, como se ve, hacía lo mismo que su papá: como no sabía hacer nada buscaba destino.

Era una piedra del edificio social que esperaba su destino; buscaba un albañil que la «colocara», y como no estaba labrada, debía ser colocada detrás de otras piedras.

Mientras Pedrito busca destino, el curioso lector tiene tiempo de ocuparse en conocer a Concha.

Concha tenía muchas cosas buenas: en primer lugar, diez y seis años; en segundo lugar, dos ojos muy negros y muy expresivos, de esos ojos que no están de balde en el mundo, ojos programa, ojos que levantan a su propietaria falsos testimonios.

Detengámonos un poco para que no se atribuyan a palabrería estos elogios, y hablemos seriamente de los ojos de Concha; porque cuando hemos releído la historia de esta joven, nos hemos persuadido de que sus ojos ejercieron una influencia directísima en su porvenir: casi ellos tuvieron la culpa de todo.

Los ojos de Concha no eran ni luceros, ni mucho menos azabaches. ¡Dios nos asista! eran simplemente ojos a los que más bien que todas las imágenes de los poetas, les venían los epítetos de «platicones», de «pícaros», etc.

Al menos así se lo dijeron a Concha muchas veces, lo cual animó más a Concha y a sus ojos a volverse insoportables.

Diremos en qué nos fundamos.

Sabido, y mucho, es aquello de que los ojos son el espejo del alma; en efecto, los ojos de Concha no desmentían tal aserto; pero había más, Concha conoció, primero porque era mujer y luego porque se lo dijeron, que tenía una arma en sus ojos.

Concha, bajo este punto de vista, era armipotente.

Todas las mujeres han elevado sentidas y misteriosas preces al dios de lo bello, ante el ara del espejo, porque les conceda algo notablemente hermoso, y este dios propicio ha derramado, especialmente en México, sus preciados dones; de lo que resulta que a la que le tocó un pie bonito, por ejemplo, se tropieza con tantas oportunidades para enseñarlo, que no parece sino que a cada cinco pasos hay un caño y cada bocacalle es un vado difícil, todo con la debida circunspección y reserva, y en los límites prescritos. A la que le tocó cintura de sílfide, se sofoca con otro abrigo que no sea de punto de Alençon o de ojo de perdiz; y la propietaria de una mano que

copiarían Praxiteles y Fidias, tiene una cabeza tan perezosa que necesita sostenerla a toda costa con su manecita blanca y torneada; las propietarias de manos de esta clase, siempre tienen algo que hacerse en la cara, siempre una mosca imprudente les pica en la mejilla, siempre el cabello se descompone en la frente, siempre, en fin, suceden tantas casualidades hermanas, que la manecita está ocupada de continuo en ejercicios plásticos, con beneplácito del artista y de los osos.

Pero la hija de Eva, que, por supuesto, tiene su alma en su almarío, a quien le toca por don un par de ojos como los de Concha, hace pasar la cuestión del terreno de la estética al de la filosofía, y se entra de lleno a un género distinto de reflexiones.

Concha no vio nunca impunemente.

A los trece años sus ojos representaban diez y seis, y era que la belleza y el artificio se combinaban, y aquellos ojos llegaron a lanzar saetas por miradas, y llegaron, en el ejercicio de la más inocente coquetería, hasta a subrayar lo que hablaba Concha.

La mujer posee un librito de letra menuda que suele pasar desapercibido del sexo feo.

Lo decimos porque la primera persona que le hizo comprender a Concha que tenía bonitos ojos, no fue un hombre, sino una mujer.

Era ésta una amiguita de infancia, pobre como Concha, pero fea.

—¿Sabes por qué te quiero tanto? —la dijo un día.

—¿Por qué? —preguntó Concha, casi adivinando de lo que se trataba.

—¡Porque tienes unos ojos muy lindos!

Y la amiguita fea se los besó ardientemente.

Otra vez la dijo, en tono de reconvención:

—No veas así, porque me enojo.

Finalmente, en las viviendas de la casa en que vivía Concha se cantaba a pasto una canción a «Los ojos», y simultáneamente convenían los vecinos en que esos ojos eran los de Concha.

Un joven, sastre, que respunteaba todos los días ocho horas frente a Concha, llegó a coser mal, y mientras uno de los vecinos respunteaba «Los ojos» en la guitarra, el sastre hilvanaba los respuntes.

Concha trasladaba todas estas observaciones al librito de la letra menuda, y todo ello iba robusteciendo y aclimatando, por decirlo así, en la mente de Concha una idea fija, inseparable de todas sus demás ideas: la de que tenía muy bellos ojos. Y por esa serie de movimientos nerviosos, secundarios, y para los que casi no se necesita la voluntad deliberada, Concha había ido adquiriendo cada día una manera de ver más expresiva, más irresistible y que, no obstante, parecía natural.

Al espejo del alma le iba sucediendo una cosa rara: que cada día iba siendo mejor el espejo que el alma.

He aquí un grave mal. Concha era ya una mujer a quien en lo sucesivo se le iba a juzgar injustamente; se la iba a creer más ardiente, más apasionada, más espiritual de

lo que era en realidad: sus ojos iban a preparar frentazos.

Éstos empezaron por el sastre y por el de la guitarra.

El sastre, en un día grande en cuya víspera se había confeccionado a sí mismo un traje nuevo, se atrevió a hablarle a Concha de sus ojos, después de sus miradas, luego de sus efectos, cuya prueba eran los pespuntos, y por último le espetó un «yo te amo» como cuenta de sastre.

Concha blandió su arma favorita, miró al sastre, y a la mirada acompañó una risita y a la risita un dengue.

El sastre se desorientó y siguió haciendo pespuntos, aunque con todas las veras de su corazón hubiera querido hacer versos.

Al de la guitarra le llegó su turno, y después de aturdir a toda la vecindad con «Los ojos», y de haber logrado dar a su voz de tenor *sfogato* toda la elasticidad del berrido lírico, asestó sus tiros sin obtener mayor triunfo que el sastre; y ambos amantes, en su común desgracia, no saborearon más consuelo triste que suscribirse a las poesías de Antonio Plaza, poeta que ha tenido el talento de hacerse leer con entusiasmo, en esta época de positivismo y de cobre, por todos los enamorados, especialmente si éstos tienen de qué quejarse como el sastre y el de la guitarra.

Capítulo IV

En que se ve que la civilización mejora la raza

TODO LO que los ojos de Concha tenían de ricos, tenía ella de pobre; pero decididamente la hermosura engendra las aspiraciones.

Concha cultivaba con ahinco heroico la amistad de unas señoritas ricas.

Ya hemos visto nosotros a señoritas ricas tener amistad con jovencitas pobres, como estas jovencitas sean hermosas; este no será motivo suficiente, pero sucede y sucedía así con Concha.

Ésta comenzó por encontrarse atribulada en materia de atavíos propios para presentarse; pero estas dificultades acabaron por desaparecer, merced al cariño de las amiguitas, quienes hicieron al fin costumbre vestir a Concha.

Esta polla no necesitaba más que plumas, distintivo esencial de la raza fina; y el primer gro que crujió a los movimientos de Concha, no se desprendía de la propietaria como podría haber sucedido, sino muy al contrario.

El sastre y el tenor oyeron crujir aquella seda al barrer sus puertas, como si hubiera pasado por ellas la Fortuna; las vecinas cuchichearon y se asomaron a sus puertas como llamadas con campanitas; y, en una palabra, el traje de Concha fue el platillo de todas las conversaciones.

Vieja hubo que, torciendo el gesto, protestara humilde y devotamente no volver a saludar a Concha; y bien averiguado que no eran ni el sastre ni el tenor los obsequiantes, toda la atención de la vecindad se concentró en buscar al protector desconocido.

El lujo, que trae consigo la vanidad, trae la mentira. Concha ocultaba la procedencia de su vestido de seda.

Y, bien visto, no tenía necesidad de contarlo.

Concha estuvo presentable, y sus amiguitas exclamaban entre sí:

—Ahora ya es otra cosa, ya podremos llevar a Concha al paseo, al teatro ¡pobrecilla!

—Y lleva bien el traje.

—¡Como es tan bonita!

Concha fue invitada a comer un domingo con sus amiguitas.

La casualidad hizo que ese domingo Arturo, primo de las amiguitas de Concha, comiera también en la casa.

Arturo era un pollo fino, de buena familia y además era bonito, espigado, nervioso, pequeño de cuerpo; prometía llegar a tener muy buena barba; era pulcro, elegante, aseado; se vestía bien, calzaba bien y era simpático; era hijo único y no

necesitaba buscar destino, y bien podía, como Pedrito, no saber hacer nada, supuesto que tenía dinero.

Bien podía también emplear su tiempo como mejor le pareciese, de manera que, en lo general, no lo empleaba en nada, y podía ser vago sin título y sin riesgo.

El lector, antes que nosotros lo digamos, ha dado por hecho que Arturo y Concha estaban predestinados.

Concha pensó a un mismo tiempo en sus ojos, en el sastre, en el tenor y en Arturo.

Arturo pensó en sí mismo y en Concha.

A poco rato hablaba con una de sus primas en estos términos:

—La voy a emprender con Concha.

—¡Arturo! ¡Arturo! —exclamó la prima, escandalizándose—. Te lo prohibo.

—Y ¿por qué?

—Porque es una pobre muchacha, a quien queremos mucho y la hemos de defender de ti.

—Es que lo que yo quiero es quererla tanto como ustedes.

—Pero tú eres un pillo.

—Gracias, prima.

—Quiero decir, eres hombre.

—Otra vez gracias; pero todo eso no impide que me gusten mucho los ojos de Concha.

—¿Oiga? —preguntó la prima con un acento en que había tanta ironía como celos.

—¡Son divinos!

—Pues cuidadito; porque nosotras no lo hemos de permitir.

Esto que la prima decía, en tratándose de amor, daba el resultado diametralmente opuesto.

La oposición, la resistencia, la dificultad, lo vedado, son los combustibles con que desde antaño atiza el niño amor su antorcha. Arturo no necesitaba tanto; pero la prima trabajaba inocentemente en contra de Concha.

Arturo se calló para insistir.

Los ojos de Concha habían ya tejido, como los gusanos de seda, un capullo alrededor de Arturo.

Esto es lo que se llama envolver a uno en las redes de amor.

Arturo, por su parte, había tejido otro capullo alrededor de Concha.

Eran dos capullos electromagnéticos, pero bastaban. Aquello no tenía remedio.

La ocasión propicia no se hizo esperar mucho.

—Concha —exclamó un día Arturo— estoy enamorado de usted.

Concha se puso colorada.

—Es usted encantadora.

Concha no se puso más colorada.

Hubo un momento de silencio en que las dos cabezas de aquellos pollos eran dos devanaderas.

A Concha le palpitaba el corazón a pesar de estar prevenida, hacia tiempo, para este caso.

—¡Concha!... —exclamó Arturo, como si esa sola palabra bastara a decirlo todo. Bien pudo haber sido así, porque Concha entonces miró a Arturo.

Los ojos, los ojos de Concha hablaron.

Arturo tomó una de las manos de Concha y la cubrió de besos antes que ésta pudiera retirarla.

Volvió a reinar el silencio.

En la música de amor no hay cosa más elocuente que los compases de espera.

Durante uno de esos compases, Concha vio delante de sí ese mundo nuevo, encantado y misterioso que se aparece delante de las niñas a la primera palabra de amor; se deslumbró de tal manera, que no pudo contestar; una felicidad desconocida cerró sus labios y sintió que se le humedecían los ojos.

Arturo la vio encantadora, como efectivamente lo estaba, a través de su turbación, y la estrechó la mano.

El sacudimiento hizo brotar una lágrima de los ojos de Concha. La flor se despojó de su rocío. Muchas veces la expresión de la felicidad pura es el llanto; hay almas que gozan tanto, que lloran. Concha había contestado al amor de Arturo como las flores, como las nubes: con gotas de rocío.

¡Amor, amor, cuyo primer perfume es siempre puro; puerta de un edén de donde se sale con la hiel en el alma!

¿Acaso en la lágrima de Concha había aparecido el sombrío presentimiento del porvenir?

Concha inculta, Concha pobre, tenía un tesoro, su pureza; tenía un peligro, su inocencia; tenía un enemigo, su amor; tenía un mal consejero, su vanidad; todo esto delante de una realidad estoica: el pollo...

Arturo es el más feliz de los pollos.

La felicidad en el pollo es la fatuidad.

Arturo se infatuó, tosió, se compuso la corbata, encendió un puro y acercó su silla a la de Concha con la seguridad de un derecho conquistado legítimamente.

Esta actitud del pollo es uno de sus aleteos más interesantes.

En esta actitud, cuando el pollo es fino, quiere decir de buena sangre, de familia moralizada y que no ha perdido la pureza del alma al contacto de la depravación de las costumbres actuales, entonces el pollo nada más ama, nada más espera.

Pero cuando el pollo es «tempranero», cuando es de esos pollos que abundan, sahumados con humos parisienses, echados a perder al soplo del precoz libertinaje, entonces el pollo, en vez de amar corrompe, en vez de esperar apresura, en vez de contemplar se precipita, y el neófito de la inmoralidad moderna, aspirando a ser un Lovelace o un Riosanto, de un amor primero, de un amor puro hace un crimen, y en

las puertas de un edén abre una sentina.

Arturo había acercado su silla para ajar aquella flor, y la primera bocanada de su aliento fue corrompida.

Concha se estremeció.

En seguida estuvo perpleja; pero por fin se levantó, diciendo:

—Pero yo no debo amar a usted.

—¿Por que? —preguntó Arturo.

—Porque no debe ser, porque usted es rico, porque usted no me ama.

—¡Que no la amo a usted, Concha! Míreme usted a sus pies.

Y cayó de rodillas, tomando entre sus manos las de Concha.

—Levántese usted y...

Arturo se levantó en silencio y —debemos decirlo aunque él no lo confesara— pasó algo negro sobre su cabeza, sintió como la desazón de aquel a quien su conciencia le reprende.

Concha vio en aquella nube un horizonte oscuro, frío, profundo...

Permanecieron de pie y callados por algún tiempo.

Arturo rompió el silencio, diciendo con tono reposado:

—Sentémonos.

Concha se dejó caer en su silla.

—¿Cree usted que el que yo sea rico puede ser un obstáculo para nuestro amor?

—Sí.

—¿Desearía usted que fuera yo un miserable?

—No, miserable no, pero pobre.

—Eso es una extravagancia. ¿Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

—Sí, menos igualarnos.

—¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted; desde hoy usted tendrá cuanto apetezca, y jamás tendrá usted penas.

—Usted tiene familia.

—Está ausente.

—Usted se avergonzará de mí mañana.

—Jamás —contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fue bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó a Arturo una salida honrosa, y a nosotros pasar a otro capítulo.

Capítulo V

Monografía del pollo

AUNQUE EL joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX y, con más especialidad, de la época actual, y todavía más particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente a secas, con el niño, ni mucho menos con el joven.

El pollo se cría en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva de la generación que viene, de una generación encargada de darle la última mano a nuestras cosas de hoy.

Cuando nos hemos propuesto escribir sobre «los pollos», no hemos comprendido bajo este nombre a todos los jóvenes, ni este título *sui generis* lo prodigamos por razón de edad solamente; y para que el lector juzgue y establezca importantes diferencias en las clasificaciones, le mostraremos nuestra cartilla, que a la letra dice:

—¿Qué es pollo?

—Pollo, por razón de edad, es un bípedo racional que está pasando de la edad del niño a la del joven.

—¿Qué es pollo por razón social?

—El bípedo de doce a dieciocho años, gastado en la inmoralidad y en las malas costumbres.

—¿En cuántas clases se dividen los pollos?

—En cuatro, a saber: pollo fino, pollo callejero, pollo ronco y pollo temprano.

—¿Qué es «pollo fino»?

—El hijo de gallina «mocha» y rica, y gallo de pelea, ocioso, inútil y corrompido por razón de su riqueza.

—¿Qué es «pollo callejero»?

—El bípedo bastardo o bien sin madre, hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos, que de puro liberales no les ha quedado cara en qué persignarse.

—¿Qué es «pollo ronco»?

—El de la raza del callejero, que llega al auge de su preponderancia, que es el plagio.

—¿Qué es «pollo temprano»?

—Cada uno de los tres anteriores que se distingue en su primer emplume por sus avances; de manera que es más temprano el que con menos edad tiene más vicios y el corazón más gastado.

—¿Existen en esa edad jóvenes a quienes no se les debía aplicar el nombre de pollos?

—Sí, existe la generación espiritual, la de los jóvenes honrados, los hijos de la Ciencia, los alumnos aprovechados de los establecimientos de educación, ricos y pobres, pero fieles a la moral y al deber, que serán mañana los depositarios de la honra nacional, del patriotismo, de la ciencia y de la literatura.

—¿Hay causas determinantes del aumento y progreso de los pollos de las cuatro clases enunciadas?

—Sí, y son las siguientes: primera, el torrente invasor de la prostitución parisiense, y segunda, la conmoción social en la época de transición porque atravesamos.

—¿Cómo se podrán corregir los pollos implumes cuando desprecian la moral y el deber, cuando se burlan de los buenos ejemplos?

—Sólo por medio del ridículo. Señáleseles con el dedo; exhíbanse ante el mundo con todos sus defectos, y al arrancar sonrisas mofadoras y gestos de desdén, tal vez le teman más al ridículo que al crimen.

Con esta moraleja acaba la cartilla. Nuestra intención es sana, tanto cuanto es nuestra pluma torpe en el difícil género que hemos emprendido; pero en gracia de nuestra buena intención, nos perdonará el lector la digresión y anudaremos el hilo de la historia.

Volvamos a Pedrito.

Pedrito tenía mucho de su papá y de su mamá, pero más tenía de sí mismo, de manera que sabía más de lo que le habían enseñado.

Pedrito tenía por derecho legítimo el título de pollo callejero.

Doña Lola, si bien no tenía eso con que se hacen los discursos, era buena, inofensiva y devota, pero no pudo conseguir que Pedrito siguiera sus consejos. En cuanto a don Jacobo, se dispensó una vez por todas la molestia de dárselos nunca.

Abolida (y con justicia) la disciplina y los golpes como método racional de enseñanza, ha habido después muchos papás y mamás que han tocado el extremo opuesto; hoy están en mayoría absoluta los muchachos consentidos, los niños son más formalmente malcriados y terribles; las mamás querendonas y consentidoras están también en mayoría.

Temblad ante los niños, especialmente de los riquitos. Muchos dicen que es porque nacen más despiertos, que es el progreso, y exclaman, parodiando al libro santo:

—Dejad que los niños hagan lo que les dé gana.

Eso hizo Pedrito, eso le dejaron hacer hasta lograr su entrada en el gremio de los pollos callejeros.

Merced a la influencia del general, tardó muy poco en encontrar destino, y mucho menos en encontrar sastre: dos elementos tan indispensables para el pollo como el maíz y el agua.

Pedrito fue de la noche a la mañana escribiente; bien es que no sabía escribir, pero ya aprendería; y si de ortografía tampoco sabía cosa, estaba recomendado por el general.

Pedrito se transformó en un abrir y cerrar de ojos; no había recibido la primera quincena cuando estrenó un pantalón a grandes cuadros, un saco o gabán en que empleó el sastre la menor cantidad posible de género.

El pollo callejero le llama al sombrero alto «sorbete» o «cubeta», y lo rehusa por ser el distintivo de los caballeros. Pedrito se adaptó un sombrero corto, abovedado, que, según él decía, era a la inglesa.

Se colocó la corbata más amarilla y más abigarrada que encontró en el comercio, y no faltó alfiler, ni dije, ni circunstancia para que Pedrito estuviese presentable.

La pobre de doña Lola tenía mucho gusto, y era tan buena, que tuvo más satisfacción de ver a Pedrito hecho un lechugino, que si le hubiera visto la honrada blusa del obrero.

Doña Lola creía de buena fe que su hijo se había logrado; y cuando supo que Pedrito tenía amigos de distinción, la pobre madre no pudo menos que avergonzarse de haber reprendido tantas veces injustamente a su pobre Pedrito.

Doña Lola, como lo habrá conocido el lector, creía con mucha facilidad muchas cosas: tenía desarrollado el órgano de la fe o, como decía don José de la Luz, doña Lola tenía muy buenas creederas.

De manera que doña Lola creía sinceramente que don José era el modelo de los compadres; y a juzgar por las pruebas de cariño que de éste recibía diariamente, tenía razón: don José estaba pendiente de sus menores deseos; don José hacía las veces de don Jacobo Baca. Con respecto a la conducta de los hijos de éste, don José subvenía a las necesidades domésticas y, como se verá por lo que vamos a contar en seguida, don José no tenía precio en materia de amistad.

Se acercaba un viernes de Dolores. Don José había estado viendo venir ese viernes hacía dos meses.

Doña Lola tenía una Dolorosa, delante de la cual ardía de día y de noche una lamparita.

—El día de mi Virgen —decía una noche doña Lola a don José— el día de mi Virgen pongo altar.

—Hará usted muy bien, doña Lola; esa es una costumbre que me gusta mucho. Estamos de acuerdo, y además, como ese es un día grande...

—¿Por qué? —preguntó doña Lola, sabiendo por qué lo decía don José.

—Porque es el día de su santo...

En los labios de doña Lola se dibujó una sonrisa. En los de don José otra.

Después, la mirada de doña Lola se encontró con la mirada de don José, y los dos guardaron silencio.

En seguida hablaron de otras cosas.

Pocos días después don José rompió un interregno de silencio con estas palabras:

—Con que el día de su santo...

Y... ¡qué casualidad! se volvieron a reproducir las dos sonrisas y se volvieron a encontrar las dos miradas.

Doña Lola estaba sembrando en macetitas y cubriendo con semillas de chíá remojadas la áspera superficie de unos jarritos porosos.

—¿Con que esa es la siembre para el día de su santo, comadre?

—Para el viernes de Dolores.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, porque lodo esto es para mi Virgen. A mí no hay quien me celebre.

—Yo, comadre, ese día es mío.

—Pero ¡compadre de mi alma!

—Ya lo dije, y ya lo saben los amigos.

El fino del compadre tenía efectivamente preparada una fiesta, y ya en la vecindad andaba el runrún de que el viernes de Dolores habría un buen altar en la vivienda de doña Lola.

La víspera de día tan solemne se había acostado bien tarde doña Lola, y Concha, un tanto contrariada, había tomado parte en las importantes haciendas de la casa, que se había removido de arriba a abajo.

En cuanto a Pedrito, hacía días que no tenía la bondad de ver a su madre, porque Arturo, de quien era muy amigo, lo hospedaba en su casa.

De repente, los sonoros ecos de una música de bandolones, flautas y corneta de pistón despertaron a doña Lola, a Concha y a los vecinos.

Era el bueno de don José, que venía a ofrecer a doña Lola unas «mañanitas».

Después de la primera pieza se abrió lentamente la vivienda de doña Lola, y apareció Concha y después su mamá.

—¡Compadre! —exclamó ésta— ¿para qué se mete usted en... esas *mañanitas*?

—¡Comadre! —contestó don José— es un deber. Le dije a usted que el día era mío, y lo he tomado desde temprano.

Efectivamente, eran las cuatro de la mañana, apenas empezaban a rechinar algunas puertas, y el ruido de algunas escobas empezaba a turbar el silencio de las calles, interrumpido a esas horas por el andar de algunos panaderos, por el rumor lejano de las diligencias que salen y por el mugido prolongado de una vaca que entra en la ciudad, extrañando a su cría.

El santo de la fiesta, que no era ni santa, pero que así le decían todos, mostraba esa satisfacción embarazosa de todos los santos de la fiesta; los músicos tocaban alegres danzas, y ya los vecinos, atraídos por la novedad, estaban formando corrillos: unos se agolpaban al corredor, otros acechaban y algunos entraban a saludar a doña Lola.

Concha estaba despeinada y vestía una bata de percal blanco y se cubría el pecho con un rebozo de Tenancingo.

A las «mañanitas» musicales hubo que agregar la indispensable ceremonia de hacer la mañana, y circuló el «catalán» con beneplácito, especialmente de los músicos.

Concha no tomó; pero en su lugar don José tomó una copa, que acompañó con un brindis que sabía de memoria y recitaba en estos casos.

Don José fue celebrado por doña Lola y por los músicos, quienes tocaron diana como un homenaje al verdadero mérito.

El día pintaba bien: debía ser muy alegre.

—Como que se celebran los Dolores de María —decía doña Lola con fervor devoto.

—Y a mi comadre —añadía don José.

Concha, ayudada por una criada andrajosa, sirvió el desayuno; y cuando los músicos se retiraron comenzó el trajín del altar, al que cada uno de los vecinos concurría con su contingente: quién envía sus macetas, quién unos platos con semillas de trigo nacidas, quién un tápalo de gasa y quién botellas y vasos para las aguas de colores; porque en aquel altar cabía todo lo alegre, todo lo abigarrado y rechinante, desde las prendas de ropa, hasta los platos del comedor, los pájaros, las macetas, las flores artificiales de un peinado que se usó y las flores empolvadas que habían adornado algunos años las clavijas de una guitarra; finalmente, don José mandó cuarenta velas de cera.

Concha, en unión de dos amiguitas de la vecindad, se había encargado de las aguas frescas con que los concurrentes habían de mitigar el calor que iban a sentir con las cuarenta velas.

Don José estuvo más atento y más servicial que nunca; comió en la casa y trabajó todo el día para poner el altar: como que era el encargado de clavar clavos en las paredes y poner las macetas y las velas.

Pedrito apareció al mediodía, e hizo un gesto y dijo que aquello era el fanatismo y el embrutecimiento; doña Lola y don José le llamaron excomulgado y hereje, y Pedrito se dio humos de civilizado, burlándose de aquella fiesta, basta el grado de introducir en la casa y en la vecindad, no sólo el desconcierto, sino el escándalo.

Capítulo VI

El altar de los Dolores

AL ACERCARSE la noche, el trajín tomó el carácter de una asonada: faltaban muchas cosas, ya era la hora, Concha no estaba vestida, doña Lola tenía jaqueca, todas las piezas de la vivienda estaban llenas de vecinos.

El sastre ponía velas en los candeleros; el de la guitarra hacía banderitas de oro volador; dos niñas dulces doraban naranjas agrias, mientras dos viejas agrias se acababan los dulces que les habían servido por vía de *piscolabis* o de servicio *extra*, y en virtud de la fuerte razón que dieron de espantarse el histérico.

Don José de la Luz se multiplicaba como los Josés y como la luz; sudaba gotas gordas y estaba en un brete porque, por primera vez en su vida, se había puesto botines de charol, botines que, por otra parte, le habían valido ya tres miradas oblicuas de doña Lola; y don José estaba ufano haciendo un cálculo aproximado: contaba como a diez dolores por mirada.

El altar presentaba ya ese mosaico caleidoscópico de cien mil prismas y cien mil relumbrones. Los amarillos vástagos del trigo nacido en la oscuridad; las muchas macetitas sembradas con almacigo de lenteja, garbanzo y cebada; la chíá tapizando con sus dos primeras hojitas la superficie de pinos, jarros, ladrillos y «comales», en los que la «alegría», otra semilla cuyo primer brote es rojo, formaba caprichosas labores.

Éstos eran los doce «comales» de doña Lola, en los que se mostraban los clavos, el martillo, las tenazas, la escalera, los dados, la túnica y demás atributos de la pasión de Cristo, todo de «alegría».

El tapete, que es de rigor colocar al pie del altar, era de salvado, de polvo de café y de hojas de flores. Estaba hecho por el sastre.

El de la guitarra fue comisionado por doña Lola para encender las velas del altar. Y un vecino, dependiente de aceitería, tenía el encargo de aderezar, encender y colocar las cuarenta y ocho lamparitas que debían alumbrar cada uno de los vasos que contenían aguas de colores.

A las ocho ya el altar estaba completamente iluminado y llenando la mayor parte de la sala.

La luz, que salía a torrentes por la puerta e iluminaba la pared del corredor de enfrente, empezó a atraer a todas las mariposas de la vecindad.

—¡Parece un monumento! —decía una anciana—. ¡Bendito sea el Señor Sacramentado!

—Si este don José de la Luz es fanfarrón —decía otra.

—Y luego que como no está ahí don Jacobo... —dijo el sastre muy bajito.

—¡Ah! si estuviera ahí, estaría esto tan triste —dijo una vecina relamida que había comido mucho.

—¿Y dan aguas frescas? —preguntó un muchacho.

—Vaya, como que en el 7 han molido pepita desde ayer.

—Aconséjele usted a Conchita, mi alma —dijo la anciana que había dicho lo del monumento— aconséjele usted que no deje de echarle a la horchata sus rajas de canela y su polvo por encima.

—Yo no, porque Conchita, desde que usa tacones y castaña, se ha vuelto tan mala...

—¡El incienso! ¿En dónde está el incienso? —gritaba doña Lola—. A ver, que traigan un anafre.

Dos chicos, cerilleros de oficio y en receso aquella noche, se apresuraron a ofrecer sus servicios, y a poco rato pasaron por toda la casa un brasero incensario que arrojaba espesas nubes de humo blanco, hasta que lograron poner toda la casa en olor de santidad.

Concha, entretanto, había abandonado el campo y se había refugiado en el cuarto de una vecinita predilecta. Allí la esperaba una criada de ruego y encargo con agua tibia, ropa limpia, pomada y útiles de tocador, que acomodados previamente en un canasto, iban a transformar a la hacendosa Concha.

Ésta llegó jadeante, inquieta, y viniéndose el tiempo encima, comenzó a despojarse de sus vestidos con una festinación febril, se lavó la cara, y a hurtadillas de la indiscreta criada se pasó por el rostro una esponja con albayalde de plata disuelto en agua rosada... A hurtadillas también consultó tres veces al espejo si la «mano» había quedado pareja, y luego comenzó a aglomerar postizos sobre su cabeza; una gran castaña, más apuntalada con horquillas que un casco de buque en astillero, y luego rizos y luego flores.

La graciosa cabeza de Concha, que en todo el día había dejado caer dos trenzas negligentes y lacias, se había transformado como al conjuro secreto de una hada, tomando un aspecto distinguido y elegante.

Concha mostraba una disposición infusa para el tocador; había adivinado por instinto esas líneas características del *chic*. En una palabra, había hecho una gran conquista, tenía el secreto de un prestigio cuyo valor apenas puede medir la misma mujer: se sabía peinar.

La criada, que había estado entrando y saliendo muchas veces, se paró de pronto frente a Concha, exclamando:

—¡Qué linda está usted, doña Conchita! Y ¡qué blanca! —agregó sin acertar la causa—. Y qué... —prosiguió después de un rato— ¿siempre que se lava la cara se pone tan blanca?

—Sí, Soledad —contestó Concha—. Es que como se me irrita la piel con el calor...

—¡Eso es! Pues mire usted, yo me voy a lavar seguido; porque mire usted, no soy tan prieta y a mí también se me irrita el culis con la cocina.

—Harás bien —dijo Concha—. Dame mi crinolina.

—¡Ay niña! si está enredada; toda se ha volteado. Estas de alambre no sirven; cuando tenga usted, se ha de comprar una en el Portal de las Flores; las hay muy bonitas.

Concha pensó en Arturo por la analogía que probablemente ha de haber entre el amor y la crinolina.

La criada no cesaba de contemplar el blanco mate de Concha, sorprendida de que hubiera desaparecido tan radicalmente la irritación de la piel.

Concha se estaba pasando por los dientes un cepillo con polvos de comoto.

—Qué ¿viene el niño Arturo? —preguntó la criada, abriendo la boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Como se limpia usted los dientes.

Concha se rindió a la evidencia: la criada había adivinado.

—Sí —contestó con un movimiento de cabeza.

Poco después se sentó Concha en el suelo, se descalzó y se puso a lavar los pies.

La criada estaba pendiente, y al servirla agua, exclamó, también abriendo la boca:

—¡Ay qué piecitos!...

Concha le pagó con una mirada.

La criada le dio la toalla, y buscó después en el canasto algo que había en el fondo: eran dos bultos envueltos en papel de estraza.

—¡Medias! —exclamó la criada—. ¡Botines! —repitió descubriéndolos— y del *Botín azul*; ¡caramba! ¡de a cinco pesos! ¡A ver, a ver! ¡Con sus moños!

Concha veía venir una indiscreción tras otra, y se resolvió a ponerles término.

—No digas nada —dijo— no lo sabe mamá.

—¡Ay! con que... ya decía yo...

—Soledad, por Dios...

—Hace usted bien, que el que una sea pobre es toda su desgracia; que a las pobres ni hay quien las quiera, y si el niño Arturo...

—¡Cállate!

—No; yo lo digo ¡porque si usted quiere...! ya sabe usted que los doce reales que me dan en el 14, ni para manta... y luego los mandados.

La criada permaneció callada y como preocupada.

Concha se estaba poniendo las medias.

—¿Y qué? —preguntó Concha al cabo de un rato.

—Decía que... en caso de que suceda... yo me puedo ir con usted.

—¿De veras?

—¡Vaya! Como una quiere vestirse y también cada cual... porque vea usted... no me he podido comprar unos botines todavía, y con usted y el niño Arturo que es tan rico...

—Pero si todavía...

—¡Qué!... ¿Y los botines? ¡Vaya! Yo lo he conocido todo. ¡Ay qué ataderos tan preciosos! No se puede negar que el niño...

Concha ajustaba a su gallarda pierna una liga de seda blanca con hebillas doradas; ya se había calzado los botines, y se puso en pie.

—Coloca la vela y el espejo en el suelo.

—¿Para ver los botines? Ya entiendo.

—Más allá —dijo Concha, levantándose la falda y procurando encontrar sus pies en el espejo que se movía en las manos de la criada.

La criada, después de muchas vacilaciones, acertó a reclinar el espejo en una silla y se sentó en el suelo.

Concha permanecía recogiendo la falda con ambas manos y con la vista fija en el espejo; la criada dirigía, pasmada y con cierta avidez, sus miradas alternativamente a la copia y al original, al espejo y a los pies de Concha.

Aquellos pies merecían todos los honores.

Entonces el calzado de color estaba en boga.

Los pies de Concha, calzados en aquel momento con unos botines de seda color de café, eran, en efecto, el modelo del renombrado pie mexicano, arqueado, fino, pequeño y elegante.

Concha, por su parte, les buscaba el escorzo en el espejo y procuraba estudiarlos, como los dibujantes del natural, por todos lados.

No en vano nos detenemos en estos pormenores, pues la fisiología viene en apoyo de nuestra contemplación.

Concha estaba experimentando esa dulce voluptuosidad del aseo; sentía en sus pies esa confortable sensación que proporciona una media irreprochable en un calzado justo y perfecto que oprime como una suave caricia.

Esta sensación, que partía de los pies, se comunicaba por los ramos nerviosos como por otros tantos hilos eléctricos al cerebro de Concha, y allí se producía un deslumbramiento.

Aquella fruición difundía un bienestar extraño y agradable en todo el cuerpo de Concha, que por momentos sentía acrecentarse un estremecimiento gratísimo.

Concha veía en sus pies, como a sus pies, el lujo, las comodidades, la vanidad y el bienestar social.

Inútil parece advertir que aquellos botines y aquellas medias eran un regalo de Arturo, quien, con énfasis, había dicho a un amigo suyo:

—Es necesario comenzar por los cimientos.

Estamos seguros de que Arturo no midió toda la verdad de su frase; pero no había cosa más cierta.

Aquella sensación de placer, debida a los botines, no la ha olvidado Concha nunca.

Aquella electricidad que comenzó por los pies, invadió toda la máquina,

deslumbró a Concha y la perdió.

Eran los cimientos, efectivamente, de un edificio, como los que finge la niebla, como los que forman las nubes y los «mirajes»...

Pero no anticipemos ni se nos vaya la lengua.

La criada pensaba que sería muy feliz el día que pudiera calzarse como Concha, y midiendo de un golpe su impotencia, preguntó a Concha:

—Cuando estén viejos ¿me los dará usted?

Esta pregunta hizo salir a Concha de su enajenamiento y dejó caer su falda.

—Ya es muy tarde —exclamó— dame mi ropa.

La criada se levantó, después de haber acariciado los pies de Concha, que hubiera querido besar.

Concha se puso un vestido de muselina, aéreo y transparente, y de un gusto exquisito; estaba adornado con volantes, que la misma Concha, a costa de muchos días de trabajo, había logrado encañonar.

Se colocó un pequeño cuello y un lazo rojo; puso un geranio entre los rizos que adornaban su frente, y salió del cuarto seguida de la criada.

Capítulo VII

En el cual revela la historia natural las poridades de la raza fina y de la ordinaria

CONCHA apareció radiante ante el altar; los circunstantes, como movidos por un resorte mucho más profano de lo que en sí pudiera serlo Concha, apartaron simultáneamente los ojos de la Dolorosa y de las banderitas, para contemplar a aquella placentera criatura.

Don José de la Luz miró a Concha de arriba a abajo.

Doña Lola sofocó un grito de su corazón con un grito de su conciencia.

—Concha está muy bonita —pensó— pero no debía vestirse así, y yo tengo la culpa.

El sastre pareció haberse picado con una aguja, porque se chupó los dedos. El de la guitarra palideció: se sentía destemplado.

Concha atravesó todas las piezas de la casa, haciendo ese ruido compacto, sordo y peculiar del calzado nuevo.

A Concha le gustaba oír aquel ruido; andaba casi sólo por oírlo.

Y sus pies seguían comunicándose con su cerebro.

El autor consulta a sus lectoras: ¿No es verdad que hay presiones exteriores que transmiten a veces un mundo desde la superficie de vuestro cuerpo hasta lo más recóndito de vuestro pensamiento?

Concha, en una palabra, estaba preocupada con sus pies; era la primera vez que se calzaba así, y deseaba con mucha razón calzarse así siempre.

A las ocho y media se oyó el ruido de un carruaje que paraba a la puerta de la casa, y en seguida el crujir de la seda en las escaleras.

Concha se precipitó al corredor y salió al encuentro de las visitas.

Eran estas las amiguitas ricas de Concha. Con ellas venían los amiguitos. Y con los amiguitos, Arturo.

Se oyeron cuatro besos, y en seguida rumor de voces.

Concha conducía de la mano a Ernestina.

Detrás venía Sara, después Edmundo y luego Arturo.

Fue necesario esperar a que el corredor se despejara de la nube de curiosos que lo invadía, para que las amiguitas de Concha pudieran pasar.

Los pocos asientos disponibles que había en la sala estaban ocupados por las dos octogenarias que habían comido dulce, por las señoras de la vivienda principal y por algunas personas desconocidas.

Las amiguitas de Concha eran las pollas ricas, y los compañeros, como bien se

comprende, eran pollos finos. Por cuya calidad se consideraron dispensados de ser amables con aquellas pobres gentes, y sólo murmuraron un «buenas noches» entre dientes y sin dirigirse a nadie.

De pie, y acompañadas por Concha, contemplaron por largo rato el altar.

Arturo y Edmundo se llevaron los sombreros hacia la boca, como para tapar alguna sonrisa, y se pusieron a ver: Arturo a Concha, y Edmundo a la concurrencia, dirigiendo a todos, uno por uno, esa mirada altiva y desembarazada del pollo rico, mirada de onza de oro, mirada fija y resuelta, mirada a plomo, que bien pudiera llamarse «a plata».

Concha enseñaba a sus amiguitas uno a uno los primores del altar, e hicieron grandes elogios del tapete.

Concha miró al sastre, que estaba enfrente oyendo sus honras. Las amiguitas vieron al sastre. El sastre vio a las amiguitas y a Concha.

—¿Conque el señor es...? —se dignó decir Ernestina.

—Sí, señorita —se atrevió a decir el sastre poniéndose colorado.

—Mira, Sara... el señor es el que hizo el tapete.

—¡Ah! —balbució Sara, con un movimiento de cabeza de *primo cartel*.

Doña Lola y don José eran simples espectadores.

Aquella incrustación aristocrática de cuatro pollos elegantes había impuesto a los concurrentes más silencio que la Dolorosa con sus cuarenta velas.

Las pollas encontraron que allí hacía mucho calor, a pesar de que no cesaron de mover el abanico, cuyo ruido era el único que interrumpía el silencio.

Concha hizo pasar a sus amiguitas a la pieza inmediata, en donde las sirvió personalmente vasos de horchata.

Hasta aquel momento, la sed reinaba en todas las fauces, y sólo cuando hubieron tomado las pollas ricas empezaron a circular los refrescos entre los pobres.

La tertulia de cinco pollos quedó instalada definitivamente en la pieza inmediata a la del altar.

Arturo tomó una silla y se colocó junto a Concha. Ernestina y Sara lo notaron.

Edmundo procuró hablar con las pollas a toda costa.

—¡Qué insoportable olor el del incienso!

—Es copal —dijo Sara.

—Huele a oratorio de indios —observó Ernestina.

—¿Qué le parece a usted el altar, Sara?

—Hay muchas visiones.

—Sea usted tolerante.

—Ésa es mi opinión. ¿Y qué le parece a usted la concurrencia?

—Detestable —contestó el pollo.

—¿Quién es la madre de Concha? —preguntó Ernestina en secreto a Edmundo.

—Aquella gorda.

—¿Cuál?

—La que se cubre con un rebozo negro, que está junto a aquel hombre de chaqueta.

—¿Ésa?

—Ésa.

—Parece increíble.

Entretanto, Arturo hablaba con Concha por lo bajo, y a merced del rumor que se iba levantando a medida que los vasos con chía, horchata, limón y tamarindo circulaban por el corredor, por la sala y por toda la casa.

—Todo está dispuesto —decía Arturo.

—¿Y mi madre? —preguntó Concha.

—Todo se arreglará.

—¿Va usted a hablarle?

—Si se hace necesario...

Entretanto, una mujer pecosa que bizcaba del ojo izquierdo, formaba el centro de un corrillo en el corredor.

—El taimado del sastre —decía— que se puso como unas granas... ya se ve, si la tal Conchita no encuentra un acomodo pronto y en la calle, va a revolver a toda la vecindad, tan curra y tan peripuesta, y luego pintada... cuando es tan prieta como yo.

La bizquera y las pecas de esta mujer no le habían impedido enamorarse del sastre, ni mucho menos encelarse de Concha.

—Está quedando bien —continuaba, dirigiendo una mirada oblicua hacia la ventana desde donde se divisaba a Concha—. Como ha puesto su altar; como ha sido la sacristana, sí, la sacristana. Ahí tienen ustedes a Concha la sacristana, que ni para eso sirve.

—¡Concha la sacristana! —repitió una mujer del grupo.

—¡Concha la sacristana! Ji, ji —murmuraron dos muchachos.

—¡Adiós! ya se le quedó ese nombre —exclamó otra mujer.

—¡Qué gusto! —exclamó la bizca, castañeteando con la lengua—. Aunque a mí me digan «la bizca», como a ella le digan «la sacristana»; sí, la sacristana, la sacristana. Le voy a armar un loro —exclamó de repente, inspirada por una idea maligna.

Se adelantó algunos pasos hacia la puerta de la sala y llamó a doña Lola.

—¿Qué le parece a usted, doña Lola? —le dijo— si esto ya no se puede tolerar, y si yo hablo es por usted y nada más, que en cuanto a mí, ni me va ni me viene.

—Pero ¿qué? —preguntó doña Lola.

—Nada, no es nada; su hija de usted, que porque tiene amigas ricas y novios elegantes, mírela usted por aquí, por la ventana del corredor; venga usted y se convencerá de que esas encopetadas sólo vienen a mofarse de todo; y en cuanto al jovencito, no digo nada: mírelo usted como arrima su silla a la de Conchita. ¡Si se ven unas cosas!...

Doña Lola se fijó en el grupo que formaban las amigas de Concha, y vio

efectivamente lo que le hacía notar la bizca.

—Yo, mi alma, no soy madre todavía; pero la considero a usted y la respeto.

—Déjela usted —respondió doña Lola— que se vayan las visitas y nos comeremos el gallo. Yo le haré ver...

—Bueno, bueno, doña Lola; hará usted bien, que se enseñe a respetuosa ante todas las cosas.

Doña Lola volvió a la sala a ocupar su lugar junto a don José, que ya hacía buen tiempo se encontraba descansando de sus botines.

La bizca, que se llamaba Casimira, seguía haciendo la crónica de la concurrencia.

—Bueno, bueno —repetía gozosa.

Y después exclamaba:

—Y luego, que ni un miserable vaso de chía nos han dado a los del corredor, y eso no es justo, que todas sermos vecinas y todas lo trabajamos; yo presté dos platos, que buena falta me hacen.

—A ver —exclamó— que nos traigan de beber; los de por aquí no hemos tomado, y ya nos abrasamos de sed.

Una criada se acercó con un vaso y un jarro en que traía horchata, y sirvió al grupo.

—Está un poco desabrida —dijo la bizca, después de apurar el primer vaso— le falta dulce y tiene muy poca canela. Beba usted, mi alma, le dijo a una compañera; vea usted qué horchata.

El corrillo de los pollos finos se había animado también.

Ernestina miraba con desdén los petates; Edmundo se burlaba de la multitud de imágenes de santos que había colgadas en las paredes, y Arturo mantenía una acalorada discusión con Concha.

A poco rato, la concurrencia fue retirándose: los pollos finos salieron haciendo un ligero movimiento de cabeza al pasar por la sala; el sastre empezó a apagar las velas, y el día hasta aquel momento parecía haber terminado con felicidad; pero en el capítulo siguiente verá el lector que aquel viernes fue efectivamente viernes de Dolores.

Capítulo VIII

De cómo una gallina vieja puede hacer un mal guisado

DE INTENTO desistimos de pintar con pormenores la tumultuosa escena que tuvo lugar en la casa de doña Lola, cuando las visitas se hubieron retirado.

Aquello a que doña Lola llamaba comerse el gallo, había sido por parte de la madre de Concha la reprensión más severa, más cruel y más impertinente que pueda darse.

Doña Lola fue un energúmeno, una furia, en el colmo de la indignación y de la cólera.

Nosotros, en vez de copiar textualmente las palabras de esta escena, vamos a entrar en cierto género de consideraciones.

Hay cierta edad en la que el ser moral, movido por las impresiones que lo rodean, se erige, por decirlo así, en sí mismo, se caracteriza, modificándose y tomando su manera de ser.

En esa edad, la razón viene, por lo general, a dar la sanción y la conformidad a las tendencias que se formaron bajo ciertas impresiones.

El muchacho indócil y terrible que llegó a esa edad, acostumbrado ya a una libertad absoluta de acción, al entrar su razón en ejercicio, ésta lo induce con una parcialidad muy comprensible a sancionar sus actos reprobados.

El «por qué» de los hombres ha sido antes el «porque sí» de los niños.

No hay nada más fusible, ni que se preste más a la modificación, que el ser moral del niño.

El primer amor del niño es el amor de sí mismo.

Es la época en que las madres exclaman, como si lo hubieran comprendido todo:

—¡Imprudente!

Es la época en que los niños hacen llorar a las madres.

Es la primera vez en que el niño comprende que se pertenece, sintiendo el primer destello de la individualidad.

Esta edad es un escalón de la vida, en el que se refleja la infancia con todos sus incidentes y circunstancias.

El niño, amedrentado por las nodrizas con cuentos que le han conmovido, encuentra la razón de ser cobarde.

El consentido encuentra la razón de ser impertinente.

El que ha sentido una presión dominadora, encuentra la razón de ser humilde y sufrido.

La razón, que es siempre una consecuencia, parte de las premisas, y estas

premisas, formadas desde la cuna hasta la pubertad, imprimen al hombre, por lo general, su posterior carácter.

La educación del niño será una lucha más o menos difícil y penosa, a medida que esté en más o menos contraposición de las primeras impresiones.

Viene la juventud, y si ésta no se apoya en las bases de una moral sólida, el hombre viene a ser solidario de las tendencias solapadas de la niñez y del descuido de la juventud; y el hombre entonces tiene que modificarse por medio de un esfuerzo supremo, o soporta las consecuencias en grande escala de todos los pequeños descuidos de la infancia.

Cuando la educación tiene necesidad de empezar por corregir, en vez de ceñirse a guiar, hace lo que el jardinero que comienza a cultivar una planta silvestre viciada en su primera edad.

Todo esto nos induce a prescribir la educación desde la cuna, para que la de la segunda edad tenga una base y la de la juventud un resultado seguro.

He aquí por qué censuramos a las madres que, guiadas por una ternura irracional e injustificable, son, no la guía, no el jardinero que cultiva la plantita tierna, favoreciendo su desarrollo, sino la esclava de irracionales caprichos, puesta a merced de tiranuelos en pañales, de déspotas en larva.

Y no se diga que nos desentendemos de esa ternura sublime del amor maternal, ni se nos tache de ser incompatibles para comprender ese sentimiento purísimo que engendra la abnegación más heroica y es origen de los más espontáneos sacrificios, no; pero queremos que la razón, que es luz y fuerza, que es poder y derecho, sea el móvil de la educación y la norma del cariño.

Reproducirse; ver nacer un niño débil, tierno, desvalido, inútil para sí mismo, cuyo ser moral es todavía una promesa, cuyo espíritu es una penumbra, cuya existencia es casi un milagro, cuya cuna es casi un sepulcro; escuchar su primer vagido, aspirar su primer aliento, recoger su primera mirada sin luz, su primera sonrisa incoherente; detener con ambas manos las mil contrariedades, las mil asechanzas de ese fantasma enemigo de las madres, que diezma niños, y sorprender, con esa atención peculiar del que vela por otro, el primer destello de inteligencia, crepúsculo de un sol que puede mañana iluminar el mundo; sentir la palpitación de un corazoncito capaz más tarde de abrigar odios y pasiones, vicios y virtudes; tocar una frente donde podrá residir un pensamiento inmortal; ver todo esto, esperar todo esto, y durante cuatro años desentenderse del espíritu y criar un niño como se cría un pájaro, es desperdiciar los primeros materiales, es dejar enfriar la cera sin imprimir el sello, para grabar después con más trabajo, es podar lo que no debió haber nacido.

El animal emplea escrupulosamente todos los recursos de la prerrogativa de su instinto; se consagra a la cría con un afán indiscutible, con una asiduidad perfecta, irreprochable.

Pero por una anomalía, que es la primera de las calamidades humanas, el ser racional discute la inmutable ley natural, la modifica y la tuerce, y lo que es más, se

desentiende, ciego por un cariño que tiene más de instinto que de razón, del tesoro sagrado de la inteligencia naciente.

¡Benditas sean las madres cuyo amor es iluminado por la razón, y que, comprendiendo que en el hijo, fruto precioso, hay en depósito y en germen un ser moral modificable, lo estudian porque piensan, lo guían porque saben, y lo aman porque sienten!

¡Madres, besad a vuestros hijos en la frente! ¡Proteged el desarrollo de la razón con vuestra inteligencia desde el primer destello, como protegéis el desarrollo del cuerpo con vuestros pechos desde el primer vagido, y tendréis buenos hijos!

*

Esto que acabamos de escribir era, había sido y seguirá siendo para doña Lola lo que en el mundo se llama «música celestial».

Doña Lola tuvo la incuria por cuna, y una madre que en materia de educación exclamaba:

—¡Yo soy como Dios me ha hecho!

Lo mismo decía doña Lola; de manera que cuando estuvo en aptitud para pensar, no sabía qué pensar; dejó que Concha fuera también como Dios la había hecho, y hoy se encontraba frente a una hechura que la sorprendía, frente a un ser moral débil y puesto a merced de sus pasiones incorregibles, frente a una planta que había crecido ya con las lesiones del embrión descuidado.

Doña Lola vio a su hija bonita.

Esto no servía más que para aumentar su celo, y el celo, que es siempre una pasión mezquina, es en la persona inculta el furor y el odio.

Doña Lola veía a su hija bien vestida y elegante, y sentía el despecho de la emancipación espontánea.

Doña Lola vio a su hija enamorada, y sintió algo parecido al reproche: sintió la desazón de lo irremediable.

Este conjunto de disgustos era la cosecha que la madre recogía, y algo muy severo le reprendía en el fondo de su conciencia hasta atormentarla.

Este tormento, inexplicable para doña Lola, inarticulado y profundo, estalló brutalmente, y doña Lola, perdiendo el equilibrio y la moderación, prorrumpió en improperios, en denuestos y en insultos.

Nótese que las madres que quieren recobrar una autoridad perdida y desprestigiada por culpa propia, son las más cruelmente intolerantes e injustas.

El inestimable título de madre no lo es solamente por razón de serlo: ese título se consagra por medio de ese incontable número de sacrificios y de ese estudio prolijo, concienzudo y delicado del depósito moral confiado por Dios a la criatura racional para que un día dé cuenta de su desarrollo.

Sin esta base, un día se encuentra la madre delante de su hija, exclamando:

—¡Te desconozco!

Y las más veces sucede que la madre es la que no se ha conocido nunca a sí misma.

A medida que hay menos cultura y educación en las madres, hay mayor número de esos actos que podríamos llamar abusos de autoridad.

Ya se irá comprendiendo la ira de doña Lola.

En aquella ira había varios ingredientes.

El primero, el reproche de la conciencia de doña Lola, reproche que ella procuraba ocultarse a sí misma, sustituyendo la cólera y la palabrería a la razón; había, además, injusticia, había ignorancia, había insensatez.

Concha, por su parte, al encontrarse delante de un ser que la repudiaba, que la maldecía, que rechazaba el razonamiento y la disculpa, sintió que el vínculo sagrado del amor filial se ahogaba en una atmósfera de rencor y de encono.

Medía cara a cara la tremenda injusticia con que se la vituperaba, y la ternura era impotente contra la cólera: la razón impotente contra la ceguedad.

Las primeras palabras que Concha pronunció en su defensa, fueron cortadas por el dolor de una bofetada.

Concha miró un universo de chispas rojas.

Luego se sintió asida por los cabellos y arrojada en tierra.

Doña Lola, hecha una furia, había arremetido contra Concha, que yacía a sus pies empapada en lágrimas y en amargura.

Don José de la Luz apareció en la puerta, al ruido de la bofetada.

La criada Soledad había estado espiando por las rendijas de la ventana las escenas que acababan de pasar, y al ver a Concha caída, arrojó un grito, quiso tocar, pensó en pedir socorro y en armar un escándalo; pero pensó también en Arturo, y bajó la escalera, descolgó la llave de un clavo que había en la puerta de la casera y salió a la calle.

Doña Lola fue presa de un ataque de bilis, acompañando cada uno de sus dolores con feroces denuestos que la pluma se resiste a escribir.

Don José de la Luz, entretanto, entró como por asalto al terreno vedado.

Las situaciones de término medio buscan una explosión.

Don José tenía algo de alegre en aquellos momentos. Se habían reunido tantos motivos de excitación; aquel día había sido tan fecundo en episodios, que el desenlace le parecía propicio al bueno del compadre.

Tuvo ocasión de mimar a doña Lola enferma.

Hubo una oportunidad para consolarla, lo cual es, por otra parte, una misión honesta y buena.

Don José estuvo expansivo, casi tierno al ver sufrir a doña Lola.

Concha había permanecido anonadada; pero al fin se levantó y miró en torno suyo, dio algunos pasos y clavó en seguida la vista en el geranio que se había desprendido de sus cabellos.

Sentía un ardor horrible en la mejilla, pero no quería tocársela; le parecía que en aquel lugar estaba manifiesta y abierta la herida que estaba lacerando su alma.

Miró la flor, y su imaginación recorrió su pasado con una rapidez calenturienta; pensó en su padre, que tal vez no volvería; en sus amigas, que tal vez no la ampararían, y pensó en Arturo, estremeciéndose...

—¡Sola! —murmuró, cuando un ardor febril había evaporado sus lágrimas.

Los tiernos vínculos de la familia se le aparecían rotos por una mano cruel, o representados por un dolor físico, por el dolor de su tierna mejilla, que se comunicaba como una corriente de fuego hasta su corazón.

Concha medía de un golpe la tremenda injusticia con que se la había tratado; resonaban en sus oídos, como las vibraciones de una campana siniestra, las horribles palabras con que doña Lola había procurado herirla y humillarla, y sentía acrecer por momentos su desolación y su infortunio. ¿Qué hacer? ¿Adónde volvería sus ojos? Estaba rodeada en aquella casa de personas que la querían mal desde que ella había procurado salir de su esfera humilde; había vecinas que ya la habían vituperado.

—Decididamente, estoy sola en el mundo. ¿Por qué he perdido el cariño de mi madre? ¿Por qué desde que mi padre está ausente no he vuelto a recibir ninguna caricia? ¿Qué falta he cometido, Dios mío? —decía Concha juntando las manos y buscando una luz en su tribulación.

—Arturo... —pensaba— Arturo dice que me ama; pero tengo miedo a ese amor. ¿Será acaso la infamia y el crimen lo que me ofrece? Pero a pesar de todo, le amo; yo sí que le amo de veras. Arturo no se casará conmigo, no; yo no debo ver a Arturo, y menos ahora, porque...

Y Concha se estremecía, contemplando un negro abismo a sus pies.

—¡Dios mío, Dios mío! Dame fuerzas, ilumina mi razón. ¿Qué haré? ¿Qué debo hacer? Yo no quiero ser mala, el crimen me horroriza, me da vergüenza pensar en ser infame.

Concha ocultó su rostro entre las manos. Un débil quejido de doña Lola la sacó de su profunda meditación.

—¡Mi madre sufre también!... De todos modos, es mi madre... aunque haya proferido maldiciones, aunque me haya dicho... que salga de aquí... Tal vez se haya arrepentido.

Dio un paso hacia la pieza en donde estaban doña Lola y don José de la Luz, de quien ya Concha no se acordaba.

—Sí —continuó— se habrá arrepentido. ¿Iré? Sí, la pediré perdón, me hincaré para suplicarle que me castigue; pero que me quiera y no me vuelva a maldecir... ¡Ay! la maldición de una madre... ¡Qué horrible es escuchar esas palabras!... pero ¿será posible? No, no ¡si me ha querido tanto!...

Y al llegar aquí, parecía que Concha no tenía toda la evidencia de lo que acababa de decir, y continuó:

—Algunas veces... sí... algunas veces me ha querido mucho. Voy a pedirla que

me perdone. Sí, esto es lo que debo hacer.

Concha se precipitó a la puerta y la abrió; iba a dar un paso hacia adelante cuando su semblante se descompuso, como si hubiera visto a la muerte; vagó en sus labios una sonrisa como la expresión de la amargura suprema. Se restregó los ojos, como creyendo no ser cierto lo que veía...

—¿Quién es ese hombre? —dijo, como entrando en el delirio—. Ese hombre que está a sus pies...

—¡Ah!... con razón ya no me ama mi madre.

Sintió un nudo en la garganta, porque la ahogaban sus lágrimas, y parecía próxima a asfixiarse en aquella atmósfera; un grito iba a escaparse de su boca, pero le faltó el aire; sentía morir... Volvió el rostro para no ver más el cuadro que tenía delante y atravesó vacilante las piezas de la casa, salió al corredor, y al sentir el aire frío, se escapó por fin de su pecho, ya no un grito ni un suspiro, sino un gemido sordo y estertoroso.

Giró el mundo alrededor de su cabeza; buscó en vano un apoyo, y cayó como un cadáver.

Capítulo IX

Los pollos hacen de las suyas

SOLEDAD salió corriendo de la casa y apenas hubo andado el largo de la calle, moderó su marcha y empezó a entrar en cuentas consigo misma.

—Sí, que venga el niño Arturo —decía— él sacará a Conchita de este apuro. ¡Dizque llegar a pegarle! ¡Esto no se puede aguantar! Y todo por el don José de la Luz, por ese taimado del compadre. Sí, que venga el niño Arturo. En esta vez se la lleva, y yo me voy también. Ahora sí compraré unos botines.

Soledad no tardó mucho en encontrar a Arturo. Estaba en *Fulcheri*.

—¿Qué hay? —exclamó sobresaltado cuando el criado le participó que una mujer quería hablarle.

—Quiere ver a usted.

Arturo acababa de tomar un consomé, un *vol-au-vent* de ostiones y dos copas de Madera, en unión de Pío Prieto, un pollo que más adelante daremos a conocer al curioso lector.

Arturo salió al patio, habló un momento con la criada, a quien dio orden de esperar en la puerta, y volvió donde estaba Pío Prieto.

—Chico, ponte en pie: la cosa es grave.

—¿Qué sucede? —dijo Pío Prieto, parándose.

—¿Puedo contar contigo? —le preguntó Arturo, poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿Eso quién lo duda? Ya sabes que soy hombre.

Todos los pollos son «muy hombres».

—De un raptó —le dijo Arturo al oído.

—¡Hombre! —exclamó Pío Prieto, abriendo los ojos.

—Sígueme.

—Te sigo.

—Vamos a casa por mi revólver: ¿traes el tuyo?

—Yo siempre lo cargo.

—Vamos.

—*Andiamo* —dijo Pío Prieto, para afectar serenidad.

Salieron, llegaron a la esquina de los portales y Arturo dio tres palmadas.

—¿Coche? —preguntó Pío Prieto—; pero si ya es muy tarde; espera, allá viene uno: es de los de «la busca». Así llaman los cocheros al servicio que prestan por turno de diez a doce. Son los coches que quedan esperando lances de a esas horas.

Montaron en el coche los dos pollos y la criada; dió orden Arturo de parar en su

casa. Subió, sacó su pistola, se puso un paltó claro, tomó una bufanda blanca y un sombrero de fieltro; se puso dinero en los bolsillos, y bajó en seguida.

Un momento después paraba el coche a la puerta de la casa de doña Lola.

—¿Qué hacemos? —preguntó Pío Prieto.

—Subir.

—¿Y luego?

—Traernos a Concha.

—¡Pero su madre...!

—La matamos.

—Hombre ¡qué barbaridad! ¿Y don José?

—También lo matamos.

—¡Dos víctimas!

—Eres un cobarde, Pío Prieto.

—No, chico, no me digas, que donde haya hombres...

—Pues aquí hay un hombre y una mujer. Subamos.

—Adelante —dijo Pío Prieto.

Al acabar de subir la escalera, se encontraron a Concha en el corredor. Yacía en el suelo falta de sentido.

Arturo se le acercó.

Se agacharon Pío Prieto y Soledad.

—No respira —dijo Arturo.

—¿Muerta? —preguntó Pío Prieto temblando.

—No, desmayada.

—Hombre, eso es muy bueno; nos la llevaremos al coche.

Arturo, en lugar de contestar, levantó a Concha por la cintura. Pío Prieto la levantó también. Soledad procuraba arreglarle la ropa; la tomó sus preciosos pies, que iba acariciando en la oscuridad. Así bajaron la escalera.

Todo estaba en silencio; los vecinos dormían; sólo una sombra se escurría tras de los pilares, siguiendo los movimientos de aquel extraño grupo que se dirigía a la puerta de la calle.

Pío Prieto y Arturo procuraban no hacer ruido con los pies.

Ya llegaban al zaguán, cuando se oyó en medio del patio una carcajada.

Los pollos estuvieron a punto de soltar la carga.

—¡Es Casimira! —dijo Soledad— es la bizca malvada, que todo lo ha visto.
¡Pronto, pronto!

Aquella carcajada tenía algo de siniestro.

El grupo llegó a la puerta a tiempo que Casimira gritaba:

—¡Ya se la llevan a la sacristana; que se va la sacristana; se la roban los catrines!
¡Adiós, Conchita la sacristana; adiós primor, mosquita muerta! ¡Adiós!

Don José de la Luz y doña Lola se pusieron de un brinco en el corredor.

—¿Qué sucede? —preguntó doña Lola.

—¡Qué ha de suceder! —contestó Casimira desde el patio—. ¡Que se llevan a la sacristana!

—Pero ¿quién es la sacristana? —preguntó don José.

—Ella —decía Casimira— su hija de usted, ella, así le dicen; pero se la llevan, corra usted, don José, corra usted; ahí están en la puerta ¡todavía es tiempo!

—¡Mi hija! —gritó doña Lola—. ¡Don José de mi alma!

—¡Voy corriendo!

Y don José bajó los escalones de cuatro en cuatro, y estuvo en el patio, corrió, se lanzó hacia la puerta y saltó a la banqueta a tiempo que partía el coche.

—¡Corre o te mato! —se oyó gritar a Arturo, y en seguida tronó el látigo del cochero.

El coche se perdió bien pronto, como una exhalación, y haciendo un ruido espantoso en el empedrado.

Don José corría sin sombrero detrás del coche, gritando: «¡Atájenlo!»; pero sus gritos no se oían, hasta que al fin se paró, faltar de aliento, sin poder ni gritar ni dar un paso.

Se apoyó en la pared, y se sentó en el suelo.

Doña Lola venía corriendo.

—No... los pude... alcanzar... —rugió don José.

Doña Lola tampoco podía hablar por la fatiga, y se sentó junto a don José. Estuvieron esperando a que el aire tuviera la bondad de entrar voluntariamente a sus pulmones.

El aire les dio gusto y le permitió decir a doña Lola:

—¡Ay don José!

Y a don José le permitió el aire contestar:

—¡Ay doña Lola!

Esta escena patética terminó porque don José y doña Lola se fueron por donde habían venido.

Casimira estaba en medio de la calle observando, y cuando se acercó doña Lola, la bizca le dijo:

—En el 3 vive el *ispetor*: ¿voy a llamarlo? —preguntó en seguida.

—¿Qué dice usted, don José?

—Eso es muy delicado, y sobre todo sepamos con quién se fue.

—¡Cómo con quién! Con el niño Arturo. ¡Con quién había de ser! Con el catrincito que le ha trastornado los sesos.

—¿Lo oye usted, doña Lola? —dijo don José.

—Quiere decir que me la tenían amasada —dijo doña Lola, poniéndose en jarras — pero ya lo verán, qué buena cárcel se maman, que aunque sea mi hija, para eso hay justicia.

—Y sobre todo, el catrín —dijo Casimira—. ¿Llamo al *ispetor*?

—Espérate —se apresuró a decir don José—. Subamos, doña Lola, y hablaremos

del asunto; por ahora cerraremos.

—Pero ¿quién les abrió? —preguntó doña Lola.

—¡Vaya! —exclamó Casimira— la Soledad, la del 14, que también es de la partida; si yo todo lo he visto, los estuve espionando; por señas que se han llevado a Conchita privada.

—¡Privada! —gritó doña Lola—. ¡Si le habrán dado un bebiguero, si me la habrán envenenado esos pillos!

—No —dijo Casimira— es que le dio sentimiento que usted la abofeteara, y de berrinche se acalabró; pero ya se le quitará con Arturito, le llevará un buen médico, que como es tan rico, que hasta coche tiene...

—¿Qué dice usted, don José?

—¿Qué dice usted, doña Lola? ¡Qué desgracia!

Ya algunos vecinos habían despertado, y otros entreabrían sus puertas para averiguar lo que pasaba, cosa que bien pronto supieron, supuesto que Casimira levantaba la voz cuanto podía para tratar aquellos asuntos reservados.

—¿Qué le parece a usted que hagamos, don José?

—Una de dos.

—A ver.

—O armar un escándalo o dejarlos; no hay más.

—¡Dejarlos! ¡Pues no faltaba más!

—Porque... vea usted; si meneamos la justicia, a la larga ganan los ricos, y citas van y citas vienen, para que al fin nada se consiga.

—La cárcel.

—Pero la cárcel no come, como dice el dicho, y sobre todo sale de la cárcel y...

Intempestivamente, doña Lola lanzó un aullido, y después otro, y después otros seis.

El dolor toma una forma extraña en la gente ordinaria: no parece sino que hasta el llanto se educa; el aullido es característico en la mujer del pueblo; el mentado *do* de pecho y el *mi* bemol son hijos del dolor de esas gentes que lloran con los pulmones, como doña Lola.

No bien hubo ésta dado el primer aullido, cuando Casimira exclamó:

—¡Hace bien! ¡Que se desahogue! Déjela usted, don José.

Con esta sanción de Casimira, doña Lola tomó aliento, se lució. Y aquel aullido, vibrando en los aires, sonoro y prolongado, fue la voz de alarma.

No hubo un solo vecino que no preguntara, y con razón, la causa de aquellas notas altas. No hubo un solo vecino que no se enterase del motivo secreto de aquel pesar.

—Yo lo estaba viendo —dijo una.

—Era preciso —dijo otra vecina.

—¡Vaya! a mí eso no me coge de nuevo. Si las que se ponen castaña son así, siempre acaban por irse; yo por eso ando de dos trenzas.

—¿Y con quién se fue?

—Con un tal Arturo.

—¿Y es rico?

—Es de coche ¡pues no!

—¡Ah!... entonces...

—Hizo bien —dijo una criada— vale más buen acomodo que mal casamiento; así fue mi madre, y no le pesó. ¡Y armar tanto escándalo por eso! Hasta luego, vecinas.

El llanto de doña Lola acabó por fatigarla y se quedó dormida.

Es necesario respetar su sueño.

Capítulo X

Comienza la hoja de servicios de don Jacobo

A DON JACOBO no le faltaron el primer día ni voluntad ni piernas; pero al tordillito le faltó sólo morir, porque al rendir la jornada hubiera exclamado de buena gana:

—Ni Cristo pasó de la cruz... etc.

El jefe recibió el parte de «la baja» y ordenó la requisición de caballos.

Cinco minutos después se pusieron a temblar todos los dueños de caballos de la población, y a los veinte minutos más la nación tenía a su servicio otros diez caballos con que salvar a la patria.

Don Jacobo tuvo en qué elegir. Eligió un prieto, de alzada, bueno para la carrera, lo cual era una condición inestimable.

Al echarle la silla, don Jacobo pensó:

—Este caballo es de otro; pero la nación me lo ha dado.

—¡Qué buen caballo tiene, amigo! —le dijo uno de sus cohéeros.

—No es mío, amigo —contestó don Jacobo.

—Pues ¿de quién es?

—De la nación.

—Eso es... de la nación; pero su dueño está que chilla. Y oiga, amigo, cuídese de él, es malo y no le ha de perdonar a usted que monte su prieto.

—¿Y yo qué?

—Nada; que siempre es buena la precaución, y que no venga solo por aquí nunca.

La palabra «nación» estaba siendo insuficiente para quitarle su valor a la palabra «robo».

Don Jacobo, y debemos decirlo en obsequio de su conciencia, hubiera devuelto el caballo por tal de no tener aquella carcoma.

—¿Quién es el dueño?

—El del ranchito de...

—¿Y es buen hombre?

—Mírelo.

Don Jacobo volvió la cara y encontró unos ojos que le veían; pero aquellos ojos eran dos ojos de tigre.

Don Jacobo probó la primera desazón de la carrera gloriosa de las armas; bajó los ojos ante aquella mirada provocativa, insolente, y siguió arreglando la silla.

El caballo, al ver a su amo, alargó el cuello como para reconocerlo, y luego levantó la cabeza y se sacudió en señal de satisfacción. Don Jacobo se inquietó al ver aquel movimiento.

El mismo animal hubiera querido irse con su antiguo amo. El amo entendió esto, y se quedó viendo su caballo con la ternura con que hubiera podido ver a su querida, y luego, al ver el movimiento de alarma de don Jacobo, estudió una de esas frases embozadas y malévolas, peculiares de nuestro pueblo, y dijo a don Jacobo con profunda intención:

—Es manso... amo.

Don Jacobo no supo qué contestar.

—Oiga, amo... —añadió el dueño del caballo, acercándose a don Jacobo—. Va usted bien en el animal... es muy noble y... de veras bueno...

Al decir aquel hombre esto, se limpió una lágrima con el dorso de la mano y en seguida, experimentando la transición de la ternura a la ira, le tomó la mano a don Jacobo y le fijó otra vez su mirada de tigre.

—Oiga, amo...

—Vámonos, compadre —dijo un hombre que se había acercado, viendo que ahí se preparaba una escena seria.

—No, compadre —dijo el dueño del caballo— no tenga usted cuidado; le voy no más a decir al patroncito que me lo cuide... nada más.

—Bueno, dígaselo usted y vámonos.

El dueño del caballo se acercó lo más que pudo a don Jacobo, y con la cara a una pulgada de la de su interlocutor, exclamó:

—Oiga... patrón... cuídese de Guadalupe Martínez, porque no le vaya a quitar el caballo.

—¿Quién es Guadalupe Martínez? —preguntó don Jacobo.

—Yo soy... para servir a usted —dijo el dueño del caballo, quitándose el sombrero y dejando ver en la frente la honda cicatriz de un machetazo.

Don Jacobo tembló.

—Vámonos, compadre —repitió el tercer personaje del grupo.

—No interrumpa la contesta, compadre, estamos yo y el patrón tratando ¿verdad, amo?

—¡Monte! —le gritó a don Jacobo su compañero.

Don Jacobo tomó el estribo, y el caballo dio una salida; insistió el jinete por varias ocasiones y ya temía quedarse a pie; se oyó un toque de clarín y don Jacobo, más apurado, brincó como pudo al lomo del prieto, el que, parándose sobre las patas, se lanzó de un salto, en el que don Jacobo estuvo a punto de volar, si el mismo caballo no hubiese compuesto sus movimientos.

Una horrible blasfemia se escapó de la boca de Guadalupe, quien se quedó parado hasta ver desaparecer su caballo.

Excusado parece decir qué camino tomaron Guadalupe y su compañero. Estaba apesadumbrado; luego debía beber pulque. Esta lógica era tan natural en aquellos dos hombres, que sin ponerse de acuerdo se dirigieron a la pulquería.

—¿Dos grandes, don Marcelino? —preguntó el jicarero al compañero de

Guadalupe.

—Vaya echando, amigo.

El pulquero sirvió en dos vasos cuatro cuartillos de líquido.

Guadalupeapuró su vaso hasta la mitad y se limpió la boca con la manga. Marcelino hizo otro tanto, y ofreció cigarros en la copa de su sombrero.

Guadalupe mordió un cigarro, escupió la punta y lo encendió en un cerillo que le ofreció el pulquero; arrojó humo por boca y nariz, y dio una palmada sobre el mostrador; iba a hablar, pero Marcelino levantó el vaso y le dijo:

—Ande, don Guadalupe.

Tenía tanta fe Marcelino en que el pulque es bueno para las pesadumbres, que le daba pulque a su amigo con la tierna solicitud con que se le da una tisana al enfermo grave.

Guadalupe iba estando capaz. En cada trago de pulque encontraba una compensación, como si se bebiera su propio caballo.

Guadalupe, después de sentirse capaz, empezó a sentirse valiente. Empezó a ver pequeña la guerrilla que a la sazón estaba oprimiendo al pueblo, y la fisonomía de don Jacobo se le aparecía en cada tina de pulque.

—¿Cómo se llama el que se lleva mi prieto?

—Dicen que don Jacobo.

—¿Don Jacobo qué?

—Pues creo que Baca.

—¡Ay qué vaca, amo! —gritó Guadalupe haciéndose arco y echándose hacia atrás su gran sombrero.

En seguida se desató en denuestos e improprios contra don Jacobo, luego contra el jefe de la guerrilla y por último contra el partido liberal.

—Marcelino, yo no pierdo mi caballo; voy a recogerlo.

—No, don Guadalupe, no es prudente: déjelos, que ya vendrán un día.

—Lo que yo quiero es mi caballo.

A estas voces habían acudido ya tres o cuatro vecinos, a quienes Marcelino y Guadalupe dieron de beber, y como la guerrilla acababa de abandonar la población, todos los que bebían pulque podían entregarse libremente a estas expansiones.

Algunos días después pudieron coligarse hasta ocho víctimas adoloridas; y montadas por su cuenta, y con el loable fin de matar a don Jacobo Baca, se constituyeron defensores de la patria, bajo el título de reaccionarios. Guadalupe Martínez estaba provisto de un despacho provisional de coronel de auxiliares del ejército, y ya podía, por lo mismo, emplear todos los medios «legales» de la revolución para quitarle a don Jacobo su caballo y la vida.

Don Jacobo, por su parte, empezó a creerse más héroe de lo que él mismo se esperaba, porque sobre aquel caballo prieto se sentía capaz de muchas cosas.

Aquel día y los dos siguientes habían sido días de peripecias militares; había sido necesario huir de los puntos en donde había enemigo; la guerrilla se había remontado,

y faltos de víveres y sin tocar población alguna, aquellos valientes empezaron a sentir la desesperación del hambre.

Don Jacobo se entregaba a serias cavilaciones en cuanto a lo de que «en la revolución, cuando no se tiene se toma», hasta que en una tarde de rayos, aguaceros y hambre, hubo de llegar aquella fuerza a un pequeño rancho situado en despoblado y a la falda de un monte.

Casi a la sombra de tres corpulentas encinas se levantaba una pequeña casa con portal de tres arcos, bajo el cual estaban la entrada a un patio y otras dos puertas de lo que en un tiempo pudo haber sido tienda.

Cuatro piezas interiores, una troje y un corral, formaban el resto de la construcción; en aquella tranquila casa vivían un hombre de más de sesenta años, padre de dos muchachas de dieciséis y dieciocho, y de dos jóvenes de veinte a veinticinco.

Aquella familia, apartada del ruido del mundo, se mantenía con el producto de la siembra y de la cría de ganado en pequeña escala; reinaba en la casa la dulce tranquilidad de los tiempos patriarcales. María y Rosario, que así se llamaban las dos muchachas, estaban dedicadas a todas las ocupaciones domésticas, y los dos jóvenes a todas las labores del campo; el viejo descansaba a la sombra de las encinas a la hora de la siesta, y con una constancia ejemplar y una dedicación que constituía su manera de vivir, lo veía, lo revisaba todo, sin olvidar ninguno de los detalles, no sólo en el interior de la casa, sino en las labores.

Hacía tres horas que el buen viejo había dicho a sus hijas:

—Rosario, si no quitas el tasajo del patio, se te moja: va a llover.

El cielo estaba azul; pero el viejo conocía su cielo, y las muchachas conocían a su padre.

—Ensilla, Pepe, y no te duermas —continuó— y llévale dos peones para abrir los portillos.

—¿Lloverá? —se atrevió a preguntarle su hijo.

—Quita allá, holgazán ¿no lo estás viendo?

—El tiempo está sereno.

—Por lo mismo lo digo. Y que vaya tu hermano. ¿No ha vuelto?

—No tarda, fue por la punta.

Aludía al ganado.

—¡Corre, hijo, corre!

María y Rosario acabaron de levantar la carne puesta a secar, y para ellas era tan autorizada la voz del viejo, que colocaron un barril y una olla grande en el patio para recibir el agua que habían de arrojar las canales, y cuidaron escrupulosamente de no dejar nada a la intemperie, como si efectivamente estuvieran viendo venir las nubes.

Por medio de esa sensibilidad auditiva, tan peculiar de las gentes del campo, notaron en la voz de su padre un acento de emoción poco común, y movidas por igual resorte se acercaron a él.

María, la más joven de las dos hermanas, notó que a su padre le temblaba un poco la barba; no se atrevía a preguntarle la causa de su emoción, y empezaba a contemplarlo con angustia.

Rosario, más intrépida, preguntó:

—Padre ¿será fuerte el aguacero?

—Y la tempestad, hijas, y la tempestad...

—Pero yo tengo una vela de Nuestro Amo y otra de la Candelaria —dijo gozosa María, con la convicción de la fe y de la pureza de su alma.

—Tendrás que encenderlas —le contestó el viejo con tristeza, y fijó su mirada acostumbrada a lo lejos en un punto del horizonte.

Sus hijas seguían los movimientos del viejo, y María preguntó:

—¿Por allí viene la tempestad?

—¿Por allí? —recapacitó el viejo— ¿por allí?... por todas partes. Ya nada es como antes... y luego que no se ha podido comprar la casita del pueblo.

—¿Para irnos allá? —preguntó María.

El viejo parecía cada vez más preocupado, y no contestó. Guardó silencio por algún tiempo, fijando sus pequeños ojos en el azul del cielo.

Sus hijas no le perdían movimiento; notaron que movía los labios.

—Está rezando —le dijo muy quedo Rosario a María.

Aquella oración inarticulada, sincera, espontánea, enviada en el destello de una mirada de sesenta años al azul de los cielos, inspiró un tierno recogimiento a las muchachas, que rezaron también.

Y los tres guardaron silencio.

Las dos muchachas estaban sentadas a los lados del viejo, en la banca de piedra del portal. Las manos de aquel anciano abandonaron el grueso bastón en que se apoyaban, y levantándolas pasó sus brazos sobre el cuello de sus hijas.

Al sentir esta caricia, las dos muchachas le besaron las mejillas.

—¿Está usted triste? —preguntó María.

El viejo vio a María y la besó en la frente, y en seguida vio a Rosario y la besó también.

Rafael, el otro hijo del viejo, venía llegando con el ganado.

—Allí vienen tus cabras, María.

—Sí, padre, y los «chiquititos».

—Cuídalas.

—El año que viene... ¡ah, ya verá usted, viejecito! —exclamó María haciéndole un mimo a su padre.

—¿Por qué está usted tan triste, padre? —preguntó Rosario.

—Por ustedes.

—¡Por nosotras! ¿Hemos hecho mal en algo, le hemos dado a usted motivo?... ¿No me porto yo como María, como si fuera yo de veras su hija de usted?

—Calla, calla... no hagas caso, Rosario... tonteras mías... estoy viejo y...

—Pero sano, padre —replicó María.

—¡Ay! —murmuró el viejo, moviendo la cabeza.

—¡Vea usted, padre, cómo vienen los cabritos; véalos usted cómo juegan y qué contentos se ponen!

Y María se echó a reír con una satisfacción pueril, pero envidiable.

Un pastor venía corriendo por la vereda delante del ganado.

—Ahí viene Juan.

—No trae ninguno muerto ¡qué gusto! —dijo María.

—¿Y por qué corre? —preguntó el viejo.

—Porque viene a quitar las trancas y las espinas.

Los perros de la casa salieron del interior meneando la cola y ladrando como si hubieran olido el ganado, y se adelantaron hacia la loma para juntarse con los perros de los pastores.

Éstos venían en formación y como satisfechos de haber cumplido con su deber, pues habían ayudado a juntar el ganado y ya regresaban al establo, dando buenas cuentas de sus trabajos; los perros de la casa les hacían fiestas y procuraban sacarlos de su formación; pero los perros formales no abandonaron el ganado hasta que vieron desfilar la última res en el establo.

Pepe y Rafael se pararon delante de su padre, con el sombrero en la mano, para recibir órdenes.

—Mira, Rafael, que abran los portillos de abajo y te pasas a la zanjita, que luego está mala con la yerba: la limpian.

—Está bien, padre.

—Ya venimos —dijo Pepe.

—No se tarden, porque se mojan.

Pepe se acercó al oído de María, para hacerle una recomendación con respecto de la cena.

—Volvemos a cenar —dijo Rafael dirigiendo una mirada a Rosario, que ésta recogió poniéndose colorada.

Los dos hermanos montaron a caballo y se dirigieron a buen paso hacia el campo, y ya, cortando por el monte, se perdían en las malezas por el lado opuesto dos puntos blancos.

Eran los dos peones que iban a abrir los portillos.

El viejo se levantó del asiento tan luego como sus hijos hubieron desaparecido.

María y Rosario fueron a contar los cabritos y dar la última ración de maíz a las gallinas y a las palomas.

Cada una de estas jóvenes llevaba en el brazo una canasta, y cuando arrojaron el primer puñado de maíz en el pequeño corral interior de la casa, se vieron rodeadas de todos sus «hijos», como ellas les llamaban.

Entretanto, el viejo hablaba con aquel peón que había llegado corriendo delante del ganado.

—Nada se dice —decía el peón.
—¿Cuándo pasaron por la Soledad?
—Anteayer en la tarde.
—¿Y por «las ramas»?
—No me dijeron.
—¿Cuántos son?
—Como doce.
—¿Y la fuerza del Gobierno?
—Salió también.
—¿No has visto «povos»?

El pastor vio uno como a las dos de la tarde.

El viejo quedó profundamente pensativo.

En cuanto a la guerrilla en que militaba don Jacobo, estaba en aquellos momentos como a ocho leguas del rancho que acabamos de describir, rancho cuyo nombre y posición geográfica pudiéramos fijar, así como los nombres verdaderos de los actores de las escenas que allí pasaron; pero tenemos el deber de respetar la memoria de unos y de guardar la debida reserva acerca de otros; y como, por otra parte, los hechos que referimos son auténticos, y su relato emanado de fuente fidedigna, tanto cuanto puede serlo un actor de las escenas que describimos, hemos preferido cambiar nombres y no fijar lugares para que en ningún caso se nos tache de indiscreción ni ligereza.

Hecha esta salvedad, volvamos a la guerrilla, a cuyo jefe conoceremos con el nombre de Capistrán.

Capistrán hizo por fin alto en el monte. Los caballos estaban fatigados, y la falta de agua tenía a aquella gente en una situación violenta.

El jefe encontró una eminencia a propósito para la observación, y mandó un hombre a que se colocara y diera parte oportunamente de lo que viese. Mandó echar pie a tierra, y se puso a platicar con su segundo.

—Por aquí jalamos hasta el otro rancho.

—¿Y los de la Soledad?

—Pues no fueron a seguirnos por allá.

—Eso es.

—Tienen que llegar hasta *El Gato*, y venirse por el pedregal toda la noche.

—Llegan tarde.

—¡Vaya!

—¿Y los otros?

—En eso está lo malo.

—¿Nada se sabe?

—Nada.

—Si han tomado por el camino real ¿cómo a qué horas estarán de este otro lado?

—Hasta mañana, porque el río viene crecido y no lo pasan; o rodean o se separan.

—Y todo por ese viejo...

Capistrán agregó dos interjecciones y luego contestó:

—Van dos veces que avisa.

—Pero no es él, hombre.

—¡Que no!... pues serán sus hijos.

—Son los de la Soledad los que avisan.

—¡Pero *álgame* señor! ¡Qué ganas tengo... de quererlos!

El vigía hizo una seña.

Capistrán gritó:

—¡A caballo!

El vigía venía bajando.

—¿Quién viene? —preguntó Capistrán.

—El agua —gritó el vigía.

Dos o tres soldados se rieron y otros desataron sus jorongos o sus mangas de hule.

—Siempre al rancho —dijo Capistrán.

—A cenar —dijo uno.

Don Jacobo estaba en Babia; lo observaba todo con extrañeza, y la hambre le hacía concebir proyectos de exterminio. A sus solas iba pensando en una hazaña: pillar la primera gallina que viese. Tenía apetito de gallina, y se figuraba que era muy conveniente robársela en habiéndola a las manos.

El agua no se hizo esperar, porque después de sentir una ráfaga de viento frío y húmedo, empezaron a caer algunos goterones; luego se oyó una detonación que rimbombó en las montañas, y en seguida se desató el más formidable de los aguaceros.

Los caballos podían apenas caminar en los arroyuelos impetuosos que se formaban en las veredas del monte, y hubo necesidad de abandonar el camino conocido y atravesar entre las malezas.

Un rayo, cuya formidable detonación hizo temblar a jinetes y caballos, acababa de desgajar un oyamel viejísimo, delante de la guerrilla.

Don Jacobo, cuando menos lo pensó, estaba rezando una oración «contra la tempestad».

El caballo de Capistrán se había encabritado y había puesto al jefe en grave peligro de desbarrancarse.

Al ruido del rayo sucedió el grito de Capistrán y una cantidad razonable de blasfemias.

Don Jacobo cortó su oración para escandalizarse de su jefe, y enseguida pensó que tendría necesidad de abandonar ciertas costumbres para llegar a ser jefe, tan jefe y tan hombre como Capistrán.

Caminando incesantemente, a pesar de la lluvia, la guerrilla se aproximaba al rancho.

—¿A cuál rancho vamos? —preguntó un jinete a otro.

—Al de las Vírgenes.

—No lo conozco.

—¡Vaya!, al de María y Rosario.

—¿Qué, de veras?

—Ya lo verá.

—El jefe está enojado.

—Vamos a tener campaña.

—Seguro.

Conviene al lector seguir con nosotros los movimientos del viejo del rancho.

—No te vayas —le dijo al peón— te estás en el portal.

Y penetró en su habitación, miró a su alrededor para observar si lo veían sus hijas y tomó de un rincón un mosquete; lo reconoció escrupulosamente, y en seguida lo volvió a colocar donde estaba.

El mosquete estaba casi inservible. Después sacó de un baúl una pistola que no estaba en mejor estado que el mosquete, y volvió a guardarla.

En seguida levantó los ojos al cielo y se cruzó de brazos; recorrió con la vista la habitación y se tomó la cabeza con ambas manos, como sintiéndose agobiado bajo el peso de ideas aterradoras.

¿Qué pasaba en la mente de aquel anciano? No parecía sino que un presentimiento de muerte le mostraba todo el horror de sus últimos momentos sobre la tierra.

Dejóse caer sobre una silla, y clavando la vista en tierra pensó:

—No es posible oponer la fuerza: ¿qué voy a hacer con esas armas?... Y mis hijas... ¡Ah! sería horrible, me matarían primero... ¡Ay! ¡pobre país, pobre patria en que vi la luz! Si el señor Hidalgo me viera hoy... Por todas partes el asesinato y el robo... y yo en medio de estos montes, sin esperanza de abrigarme en la población, expuesto a todo... y viejo... y sin armas...

El viejo se perdió en un mar de tristes reflexiones; el agua, como él lo había previsto, había empezado a caer a torrentes, y él no lo había percibido; pero de repente levantó la cabeza y exclamó:

—¡El agua, el agua! Que se anegue todo, que se pierda todo; pero que mi casa sea una isla para que ese hombre no pueda entrar... Dios me oye ¡qué aguacero! ¡Ah!... es imposible que lleguen aquí, y mañana... mañana nos vamos. ¡María! —gritó en seguida— ¡Rosario, acá, muchachas!

—¡Padre! —respondió de lejos María.

—Ven, vengan las dos.

A pocos momentos María y Rosario estaban delante de su padre.

—¿Está usted malo, padre? —preguntó María.

—No, no —se apresuró a contestar el viejo, procurando ocultar su emoción— es que... es que mañana nos vamos.

—¿Adónde, padre?

—Al pueblo, nos vamos a vivir al pueblo.

—¡Qué bueno! —dijeron a un tiempo María y Rosario.

—¿Y mis palomas? ¿Me llevo mis palomas? —agregó María.

—Sí, todo, todo te lo llevas, porque no hemos de volver.

—¿Nunca?

—Al menos ustedes no.

Un movimiento de sorpresa en las jóvenes obligó al anciano a continuar:

—Y no es porque yo sepa nada; pero... los tiempos están malos, y hay mucha gente de esa que se lanza a la revolución y que... qué política ni qué principios... robar, sólo robar es lo que quieren; y como luego suelen caer... en fin, yo no temo por lo pronto... pero, a la larga, sabe Dios... y ustedes, como niñas, tienen que perder.

—¿Y mis hermanos? —se apresuró a preguntar Rosario.

—Mira, Rosario, en cuanto a Pepe, irá y vendrá; pero Rafael se quedará aquí.

Rosario hizo un movimiento que no pasó desapercibido para el viejo, quien repuso:

—María, voy a hablar con tu hermana a solas.

María salió.

—Ya lo he entendido todo —continuó el viejo— desde que supisteis que tú y Rafael no sois hermanos, habéis dado en quereros más... pues como esa afición ya es, como si dijéramos, de amantes, ya ves, hija, que esto no puede seguir así, y es necesario que lo que ha de ser, sea, y no cargue yo sobre mi conciencia con haberlos dejado así... Yo no he hablado con Rafael, pero se conoce que te quiere ¿es cierto?

—Es cierto —dijo Rosario bajando los ojos, y luego preguntó:

—¿Y aquí se queda solo?

—Sí, Rosario, aquí se queda; pero con animales buenos para que pueda salir de un apuro.

Durante todo este tiempo los aguaceros se habían sucedido unos a otros; algunos truenos, cuyo estrépito se aumentaba con los ecos de las montañas vecinas, habían interrumpido varias veces el diálogo anterior. Todavía permanecieron el anciano y Rosario por algún tiempo hablando de proyectos para el porvenir; pero esta conversación, a medida que parecía tranquilizar al viejo y sacarlo del estado de desasosiego en que antes lo hemos visto, parecía entristecer más a Rosario.

Notólo aquel excelente anciano, y como para tranquilizar a Rosario y fortificarla en la resolución de emigrar al día siguiente, se atrevió a hablar de esta manera:

—La verdad de todo es que aquí ya no podemos estar seguros, ni tengo un solo día de tranquilidad desde que ese hombre me ha mandado amenazar.

—¿Capistrán?

—Sí, Rosario; ese hombre tiene malas intenciones, conoce la tierra, y es difícil que por aquí logre alcanzarlo la fuerza del Gobierno; yo temo que el día menos pensado...

—¡Ay padre! si es así, nos iremos esta misma noche.

—Sería una locura; además, es inútil, porque con estos aguaceros nadie puede en toda la tarde entrar a la cañada, de manera que estamos seguros; pero mañana sin duda dormiremos ya en el pueblo. ¿Estás conforme?

—Usted lo manda.

—Vamos, ve a hacer tus líos sin perder tiempo, y que María se disponga también.

Rosario y María, conmovidas profundamente por aquel cambio que se preparaba en su vida, se entregaron a la más animada charla, en la que no olvidaron detalle ni circunstancia de todo cuanto pudiera convenir al nuevo plan.

Iban a abandonar de pronto, no sólo la casa querida en que nacieron, sino todos los objetos que por tanto tiempo habían sido testigos de sus pesares y alegrías.

María lloraba por sus cabritos y por sus palomas, y Rosario por sus flores, por sus recuerdos y por su amor. En los momentos en que por primera vez iba a separarse de Rafael, sentía por primera vez todo el valor de su cariño.

La certidumbre de la separación, realzaba toda la intensidad de un sentimiento que había nacido a la par de las flores de su jardincito; como las flores había crecido, y como de sus flores, Rosario había recogido de aquel amor desde la primera emoción.

¡Ay! pero acaso tras de las negras nubes que se desgajaban a torrentes sobre la cañada, estaba escrita por la mano del destino una sentencia formidable.

Capítulo XI

En el que se ve cómo entre pollos el delito es una felicidad

EL RUIDO DEL coche despertó a Concha súbitamente. Iba a gritar; pero Arturo se lo impidió muy cariñosamente, y Concha no pudo decir «esta boca es mía», porque Arturo, que era muy solícito, se encargó de decirlo.

El coche siguió corriendo, y como no llevaba orden, el cochero procuró ganar tierra. Cuando sonó la rodada sordamente, los pollos pudieron oírse los unos a los otros.

—¿Pero en dónde estamos? —preguntó Concha.

—Por San Pablo, Conchita —dijo Pío Prieto.

—¿Quién viene aquí?

—Yo —contestó Soledad— ya me vine con usted, como se lo ofrecí.

—¡Paremos! —dijo Arturo con el aplomo de un general.

Pío Prieto tiró del cordón del cochero con la solicitud de un ayudante de campo.

Pío Prieto estaba tocando el *summum* de la dicha; aquel lance tenía para el pollo un carácter tan romancesco, que le ocurrió compararse con Ciutti, el criado de don Juan Tenorio.

Casualmente Arturo exclamó a la sazón:

—«Doña Inés del alma mía.»

—«¡Virgen santa, qué principio!» —continuó Pío Prieto.

A Concha no le quedó más recurso que compararse con doña Inés. Soledad era la única que no sabía que podía ser Brígida, pero lo era.

El estupor había pasado, y comenzaron los comentarios sobre don José y sobre el partido que debía tomarse.

En cuanto a Concha, tenemos el deber, en obsequio de la justicia, de revelar que insistió enérgicamente en ser trasladada de nuevo a su casa, que reprobó la conducta de Arturo, que tuvo arranques de desesperación, y que, por último, se entregó al llanto más deshecho y al dolor más sincero; todo lo cual no fue un obstáculo para que los pollos y Soledad instalaran a Concha en el cuarto de un hotel de tercer orden.

Pío Prieto se portó admirablemente, según Arturo.

Entre las virtudes del pollo se enumera la de no ser egoísta: la tercería le encanta, porque estimula su curiosidad, y lo torna en servicial, y lo infatua esta complicidad, y el pollo en tales lances procura toser ronco y se pavonea.

Pío Prieto hubiera querido en aquella noche ayudar a robarse a todas las pollas de México. Estaba contento de sí mismo, y se soñaba hombrón y calavera.

Soledad fue también muy útil, y aun logró ingerirse de una manera muy familiar

en las discusiones.

Concha estaba en extremo violenta, y se ocupaba en contradecir todos los planes de los pollos, en cuya controversia los sorprendió la aurora.

Hemos ofrecido al lector darle a conocer a Pío Prieto, y vamos a cumplir nuestra palabra.

Pío Prieto nació en el Puente de Curtidores, de un hojalatero que se firmaba Pioquinto Prieto, y como no es privilegio exclusivo de las dinastías reales que el primogénito lleve el nombre paterno, la mujer del hojalatero discurrió, a los cinco meses de casada, colocar su felicidad entre dos Pioquintos, y Pioquinto se llamó el heredero de la hojalatería.

Pero como los nombres largos son un escollo oral, el niño perdió la mitad, de su nombre en la escuela, y siguió llamándose hasta hoy Pío a secas.

Apenas supo medio leer, medio escribir y medio contar, lo dedicó su padre a soldar tinas y calentaderas; ocupación honrosa y lucrativa, pero que no tardó en ser cargante para Pío.

Don Pioquinto, padre, hubo de emplear un día sus ahorros en comprarle una levita a su hijo, sin adivinar siquiera que aquella prenda de ropa había de ser, en la vida de Pío, su «grito de Dolores».

La levita comenzó a ponerse en abierta pugna con el soldador y con el estaño. Cada lunes hacía Pío un nuevo sacrificio al ceñirse su mandil de brin, y al recuerdo de sus conquistas del domingo en la tarde, Pío Prieto entraba en mudas confianzas con la hojadelata, y se volvía más meditabundo que trabajador.

El bueno de don Pioquinto no se apercibió de aquel síntoma funesto sino cuando ya la enfermedad de su hijo había tomado creces.

¡Ah, si el hojalatero hubiera sabido hacer la defensa del mandil del artesano!

Pero la levita, con voz autorizada por la sociedad, menospreciaba la dalmática del trabajo; las sugerencias del casimir seducían al pollo, que empezaba a avergonzarse de su oficio.

Pío, al abrigo de su levita, contrajo amistades de pollos ricos e incapaces de transigir con el mandil. Éste es uno de nuestros resabios de más mal género y de los más transcendentales.

Nuestra sociedad apenas empieza a transigir con los obreros. El trabajo, que es el precursor de la riqueza, todavía no puede entre nosotros ser una aristocracia, y nuestra juventud huye de los talleres, presa aún de rancias preocupaciones.

El sentimiento de la dignidad personal y de la democracia está mal comprendido en este punto.

La envidiable posición del artesano constructor, como apóstol del progreso material de un pueblo, como representante de la gloria artística, y por cuyos títulos adquiere la respetable posición del ciudadano libre, se cambia diariamente entre nosotros por el miserable rincón de la nómina de una oficina o por la mezquina condición del dependiente.

La libertad del hombre no está suficientemente inculcada en nuestra juventud. Muchos pollos esclavos de un amo déspota, creen profesar principios liberales y se permiten declamar contra las viejas prácticas, contra las costumbres retrógradas y contra las tiranías.

Creer comprender la libertad y amar la independencia, y comienzan por ser impotentes para emanciparse a sí mismos, y viven bajo un yugo y tienen amo, y sirven y obedecen, sin aspirar a mandar y a hacerse obedecer.

Menosprecian el martillo del obrero, símbolo sagrado de la más noble de las emancipaciones, y aceptan el papel de parias sociales, en cambio de poderse vestir con las plumas del pavo.

La juventud se refugia en las oficinas o detrás de los mostradores, y se encanija a la sombra de la molicie, se llena de vicios antes de adquirir ni fuerzas físicas ni morales, y luego se exhibe, pulcramente ataviada, como una muestra de degeneración y de raquitismo.

Hay cien pollos cloróticos en cada calle, pequeñitos y enclenques, que no conservan ya ni los vestigios de los soldados de Cortés ni la idea del vigor de los aztecas. La raza tropical languidece y degenera, ganando en vicios lo que pierde en desarrollo físico.

Pío Prieto siguió este torrente, y la primera vez que pidió un helado en *Fulcheri* pensó con tristeza en la hojalatería; se le figuraba que el mármol de las mesas, el tapiz aterciopelado de los asientos, los espejos y las lámparas de gas le reprendían por ser hojalatero; pensaba que si en un corro de sus nuevos amigos, pollos finos en su mayor parte, llegaba a saberse que Pío Prieto soldaba tinas y calentaderas, sufriría la más pesada de las bromas y no sabría qué hacer.

Para evitar esto, comenzó por negar a su familia, por ocultar la ubicación de su casa, que se llamaba *Hojalatería*, a fin de sostener una apariencia que lo nivelara con sus amiguitos nuevos.

Pío Prieto no hubiera sabido hacer, no sólo la defensa ni la apología del trabajo, pero ni aun se le hubiera ocurrido jamás conciliar la dignidad del hombre con el trabajo material; de manera que sus aspiraciones tomaban un tortuoso sendero, y su vida comenzaba por ser una contradicción.

Pío Prieto, además de estas prendas morales, tenía la desgracia de ser feo y trigueño, y como señal característica poseía una mandíbula superior, superior a su labio respectivo, de manera que Pío Prieto exhibía gratis su encía descomunal en cada sonrisa.

Cuando Pío Prieto empezó a ser presumido, notó con sentimiento la incompatibilidad de su belfo y lo irremediable de la constante exposición de su dentadura.

En el cuadro sinóptico de la monografía de la boca, las de este género representan la desvergüenza, y Pío Prieto no era la excepción de esta aseveración fisionómica, a pesar de que, si en su mano hubiera estado, hubiera de buen grado comprado labio y

vendido encía.

Pío Prieto, a los quince años logró (admirable prerrogativa del ser que piensa) ser todo menos hojalatero, y logró hacer de su vida un enigma, que es el estado natural de muchos Píos que conocemos.

Por medio de todas estas virtudes, Arturo tuvo un cómplice a pedir de boca, y Pío Prieto, reo de un delito al que ciertas leyes aplicaron ha mucho tiempo el castigo infamante, se regocijaba por su conducta y estaba contento de sí mismo.

Ya hemos dicho que en el pollo la tercería es una de sus comiditas, ha oído hablar de que las *Pandectas* y las *Partidas* son vejestorios, y ni aun encuentra puntos de contacto entre su contacto y la de muchos sentenciados en la cárcel pública por el mismo delito, sin que esto tenga para el mismo Pío Prieto otra explicación que esta: la levita.

Solución que afirmó más a Pío Prieto en la acertada resolución de cambiar el mandil por esta prenda, sello preciso de las ciudades civilizadas.

¡Ay! mientras en la Avenida de los Hombres Ilustres y en la Avenida de los Hombres Ociosos, o sea calle de Plateros, no veamos diariamente cruzar mil blusas en vez de cien levitas, mil obreros en vez de cien pollos ociosos, no tenemos esperanza de remedio.

Y cuando los niños de la clase media, lo mismo que los del pueblo, se inclinen al taller y no a las leyes, a la mecánica y no a la medicina, al martillo y no a la minuta; cuando el uso de los guantes de cabritilla tenga por objeto interponer una piel suave entre la mano de una bella y el callo del obrero, entonces será difícil comprar votos en las elecciones; entonces comenzarán a ser oscuros y miserables los empleados junto a los caballeros artesanos; entonces la república comenzará a tener por todas partes hijos dignos y ciudadanos libres, desprendidos de la teta patria, y que, emancipados por el trabajo de la tutela gubernativa, y de la empleomanía como único recurso, sean los representantes legítimos de la democracia y los sinceros defensores de las instituciones libres.

Perdónenos el lector este arranque serio que se deslizó en la ensalada, y cambiemos de rumbo.

Capítulo XII

Los pollos anidan

DESPERTÓ doña Lola.

No necesitamos encomiar aquí las virtudes del sueño, de ese reposo eminentemente reparador y confortable, y sólo sí diremos que doña Lola se sintió mejor.

Don José de la Luz había velado, de manera que fue el primer consuelo que se le ofreció a doña Lola al despertar.

—¡Compadre! —exclamó con voz débil.

Y la palabra salió de su boca articulada entre un suspiro y un bostezo, síntoma que don José calificó de favorable.

En lo primero en que estuvieron de acuerdo los dos compadres, fue en que debían desayunarse para proceder con acierto.

En seguida se entabló la discusión sobre el partido que debía tomarse en aquel grave asunto.

No faltó vecina que hiciera prodigios de mordacidad y de encono contra la prófuga; alguna ensayó su lengua; otra hizo revelaciones; otra dijo que ya lo sabía todo de antemano, merced a su policía y a su penetración, y el asunto, mil veces comentado, fue el sabroso pasto de la vecindad, erigida en gran Jurado; pero aquel cuerpo colegiado discurría menos y hablaba más, y estuvo a punto de parecerse a un Congreso hasta en lo de aceptar la peor de las medidas propuestas; por fin se decidió que don José de la Luz tomara el negocio por su cuenta y empezara por averiguar el paradero de los pollos.

Así lo hizo el bueno de don José, y como había sido en un tiempo juez de paz, discurrió que su primera providencia debía ser avisar a la policía.

Nadie conocía hasta entonces a Pío Prieto, ni a la policía pudo don José dar señas del cómplice, pues Casimira no había visto más que dos bultos de varón y dos de hembra, que eran los cuatro personajes de la escena.

Pío Prieto no deseaba la terminación de aquel asunto; antes bien, hubiera querido prolongarlo indefinidamente, y cada nueva peripecia la acogía el pollo cómplice con entusiasmo.

Su primera diligencia fue buscar a un amiguito que tenía en el Gobierno del Distrito, para averiguar por medio de él si la policía iba a tomar cartas en el asunto, merced a alguna denuncia.

Tan acertado anduvo, que un cuarto de hora más tarde que la policía, supo Pío que se pretendía seguir la pista a los raptos.

Arturo se vio obligado a recapacitar en situación tan crítica, y mandó por un coche.

El grupo se dispersó. Arturo y Concha montaron en el coche; a Pío Prieto se le encargó de pormenores, yendo y viniendo, y a Soledad se la consignó a Catedral hasta nueva orden; porque, según Pío Prieto, en Catedral no podía inspirar sospechas ni la policía tiene nada que ver con las devotas; de manera que la criada a poco rato estaba en un rincón, cerca un confesionario, bien arrebujaada en su rebozo y como en espera de confesarse.

Antes de que la policía pusiese en ejercicio sus acechanzas, y que don José de la Luz, erigido también en policía particular, pudiese haber hecho nada razonable, Arturo había logrado atrapar a don José, ni más ni menos que si se hubieran cambiado los papeles.

Razones, y de peso, emplearía Arturo, supuesto que el bueno de don José no tuvo dificultad en ablandarse, y comenzó a oír al seductor, aunque con sorpresa no por eso con menos benevolencia.

Convino don José en que la justicia se inclina al lado del pudiente. Convino en que Concha, si no se había de casar bien, que al menos no se perdiera mal. Convino también en que para doña Lola y para él era mejor quitarse de una vez de quebraderos de cabeza. Y por último, don José se comprometió, primero, a retirar su denuncia a la policía y en seguida a persuadir a doña Lola de que este es el mundo.

Terminada la conferencia, Soledad pudo salir de Catedral y Pío Prieto obrar en más amplia escala.

—Chico —le dijo Arturo a Pío— ¿qué hacemos con Pedrito?

—Pedrito es buen chico.

—Pero necesitamos ganarlo.

—No puede hacer nada.

—Pero siempre es bueno estar bien con todos.

—Bueno.

—Vamos por él a la oficina.

—Y lo «entrompetamos».

Caló de Pío Prieto, con que significaba que lo emborracharían.

—Eso es.

—Cuando él está «jalado» (sinónimo peculiar de Pío) se presta a todo.

—¡Magnífico! Busquemos un carruaje.

A Arturo lo conocían muchos cocheros.

Los pollos llegaron a Palacio en coche. Pío Prieto fue a sacar a Pedrito, y los tres se dirigieron en seguida al *Tívoli del Elíseo*. Era hora de almorzar.

Cuando los pollos hubieron engullido trufas y ostiones, y ya les reventaba el buche a tanta vianda y libación, creyó Arturo llegado el momento de aclarar su parentesco con Pedrito, y exclamó de repente:

—Somos cuñados.

—¡Hombre! —dijo Pedrito.

—Te lo digo porque tú eres hombre ilustrado y suficientemente experimentado para abjurar errores y preocupaciones. Ya en México está muy admitida la costumbre de la unión libre, como se practica en Francia y en otras naciones cultas.

—Y esto tiene la ventaja —agregó Pío Prieto— de que las cosas tienen remedio, pues a la hora que uno de los dos se cansa...

—Y que ya sabes, Pedrito, mi aversión al matrimonio; yo no soy para casado en regla; yo, chico, soy liberal, pues, soy así... despreocupado; ya me conoces.

—Lo mismo que yo —dijo Pedrito.

—Y lo mismo que yo —agregó Pío Prieto.

La mancha más fea para los pollos en aquel momento hubiera sido la de parecer preocupados; de manera que el grave asunto del matrimonio y de la suerte de Concha se trató allí sin ceremonias y sin cortapisa.

—A tu salud, hermano.

—A la tuya.

—A la de los recién casados —gritó Pío Prieto abriendo su desmesurada boca y riendo como un carretonero.

—Ahora es necesario portarse bien —agregó Arturo—. Voy a ver a un judío para que me descuente la segunda libranza de mi padre, para estar en aptitud de todo. Madama Celina va a alegrarse de esto, porque le voy a mandar hacer unos trajes a Concha, que ya verán ustedes. ¿Le debes mucho a tu sastre, Pedrito?

—Doscientos pesos.

—No te apures, yo pago.

—¡Quién fuera tu cuñado, chico! Los que tienen hermana; «¡per'uno!»...

—Ya te llegará tu turno; dile a Salín que te haga un traje.

—Dame una tarjeta.

—Tómala.

Arturo le dio una tarjeta en la que escribió algunas líneas.

Pío Prieto concentró toda la expresión de su reconocimiento en esta frase:

—¡Qué «templado» eres!

Y llenó, no la copa propia, sino un vaso de un litro con vino de Champaña.

—A tu salud, chico —dijo, y bebió vino a tragos gordos; al acabar dio un fuerte golpe con el asiento del vaso sobre la mesa, y se limpió la boca con la mano.

—Éste se pone unas monas del demonio —dijo Pedrito muy alegre.

—Pues cuidado, porque te necesito —dijo Arturo.

—No tengas miedo, que aquí hay canilla ¡canastos!

Los tres pollos entraron al coche, que paró en una mueblería de la calle de Donceles.

—Monsieur Moncalián —dijo Arturo saltando del estribo.

—Monsieur Arturo —le contestó Moncalián.

—Necesito un menaje completo y pronto.

—Lo que usted guste.

—¿A ver las camas?

—Tengo unas inglesas que acaban de llegar... (hacía dos años).

—Ésta.

Moncalián tomó una pizarra y apuntó: «Cama inglesa.»

—¿Y este ajuar?

—Es francés; nada de jalocote, rosa legítima; llevó uno igual el señor Pimentel.

—Éste —dijo Arturo—. Tocador.

—¿Con mármol?

—Sí, hombre ¿quién usa tocador sin mármol?

—Se echa a perder con la humedad —dijo Pío Prieto para dar su opinión, como si tuviera mucha experiencia en materia de mármoles.

—Éste —dijo Arturo.

Moncalián seguía apuntando, y en seguida preguntó:

—¿Adónde?

—Aquí está esta tarjeta; el portero se llama Vicente; la casa está vacía hace ocho días.

—Está muy bien, monsieur Arturo. ¿Qué otra cosa?

—Alfombra, escupideras, lámparas, candeleros, en fin, usted me pone la casa.

—¿Se va usted a casar?

—Sí; pero no lo diga usted.

Moncalián se sonrió y apuntó en la pizarra.

—Aquel ropero —agregó Arturo.

—¡Qué lindo es! —dijo Pío Prieto—. ¿Cuánto vale, monsieur Moncalián?

—Ciento setenta.

—No es caro —dijo con aplomo Pío Prieto.

Esta frase valía cincuenta pesos.

Los pollos volvieron al coche.

Dos horas después Arturo se separó de Pío y de Pedrito y volvió al lado de Concha.

Pedrito volvió a la oficina, y a pesar de su «sana» filosofía echó a perder tres copias.

Pío Prieto se presentó en la sastrería de Salín, y como Arturo le había dado dinero para los gastos de «aquel negocio», Pío compró un puro de a dos reales para echar bocanadas de humo aromático al sastre.

Esto le pareció a Pío muy natural, y aun creyó que estaba representando muy bien su papel de señor.

Entretanto, la moral de Arturo iba ganando prosélitos al grado de acallar los aullidos de doña Lola.

Don José de la Luz estuvo elocuente, y a doña Lola la iban haciendo más y más impresión los contundentes argumentos de su compadre.

Por desgracia, esto que pasaba con doña Lola se repite con una frecuencia lamentable en México, y si señalamos esta llaga social es para anatematizarla.

Si buscamos el origen de estos hechos, nos persuadiremos que este no es otro que el amor al lujo, esa aspiración constante de todas las clases de nuestra sociedad, excepto la ínfima, de llegar a una posición superior; pero no a costa del trabajo ni por medio de los recursos legales, sino arrostrando con todo miramiento y consideración.

Pedrito, haciendo su papel en el mundo elegante a costa de constituirse en un ser inútil y ocioso, cuyo porvenir estaba ligado al prorrato, era una víctima de esa pasión.

Concha, aspirando al lujo, por imitar a sus amiguitas, se había apoyado en el pasamano de Arturo para subir en la escalera social, y no estaba haciendo otra cosa que preparar su caída al abismo de la prostitución.

Pío Prieto, abandonando el patrimonio santo del trabajo, se escondía dentro de una levita de Salín para ser la larva del ladrón.

Arturo, parodiando las costumbres relajadas de las grandes ciudades, compraba con sus prendas físicas y con su patrimonio monetario la infamia y la desgracia de una joven pura.

La misma doña Lola cerraba sus ojos de madre al resplandor que la cegaba, y exclamaba:

—Con tal que sea feliz y tenga lo necesario, qué hemos de hacer... Tantas vemos que son dichosas; porque habiendo con qué...

—Vaya, doña Lola —contestaba don José— eso es muy corriente; si viera usted en mi familia... y tantos que hacen lo mismo. En realidad, los señores padres son los únicos que lo llevan a mal.

—Es cierto, compadre, todo muy cierto.

Y todos, todos adoradores del becerro de oro, rompían abiertamente con las sabias prescripciones de la moral y minaban por su base la institución de la familia y secaban con sed de riquezas la fuente de la felicidad futura, felicidad que a estos pollos toca propagar mañana; estos pollos serán los padres de familia y los que preceden a una generación cuyo porvenir nos horroriza.

Segunda parte

Capítulo I

Entrada de Concha en el gran mundo

LA CASA DE CONCHA no tardó en ser lo que se llama un relicario: nada faltaba allí de cuanto puede pedir el refinamiento y el lujo, al grado de que Concha, al hablar de su casa, decía:

—No hay ojos con qué verla.

Arturo fue más previsor de lo que se puede pedir a un pollo.

Lo decimos, porque después de haber llenado todos los requisitos que pudieran hacer de la casa de Concha un departamento confortable, puso al servicio de ésta una aya francesa.

Madama Luisa estaba encargada de instruir a Concha en los cien mil detalles que tiene obligación de consultar una mujer a la moda.

Concha saboreaba voluptuosidades desconocidas que la encantaban, como el uso del *coldcream* y del polvo de arroz aromatizado, de la esponja y del jabón de Pivert; en suma, la atmósfera de perfumes en que vivía envuelta, la embriagaba.

Madama Luisa traía de París las últimas novedades del confort, y con una solicitud exquisita y verdaderamente parisiense, iba haciendo de la hija de Jacobo una señorita de gran tono.

Concha, por otra parte, tenía la intuición de lo bello y era naturalmente observadora, de manera que no había objeto que la rodeara que no hubiera sido motivo de su examen y de su contemplación.

Arturo estaba fuera de sí y positivamente enamorado de Concha: se gozaba en su obra y había tomado tan a pechos la erección del ídolo que él mismo había dorado, que empezó por volverse susceptible y hasta celoso, al grado que muchos pollos, amigos suyos, ignoraban el nuevo enlace de su amigo y lo echaban de menos frecuentemente en sus reuniones favoritas.

Este retraimiento le proporcionó a Concha adelantar considerablemente en su aprendizaje, tanto que, en concepto de Madama Luisa, poco tardaría Concha en estar presentable.

Pero no era así naturalmente, porque los vicios de la primera educación difícilmente se corrigen; no obstante, Concha podía pasar ya como una bonita apariencia.

A los pocos días de retiro, a Arturo empezaban a parecerle las horas casi del tamaño natural, cosa que al mismo pollo le sorprendió, supuesto que las de los primeros días le habían parecido un soplo; esto, unido a las bromas de sus amigos por su retraimiento, lo decidieron a tomar otro partido.

—¡Arturo —le decía un día un pollo— conque te casaste!

—No soy tan bárbaro, ese suicidio me parece del peor género.

—Entonces...

—Si lo dices por Concha...

—Precisamente.

—Que quieres, un golpe de fortuna, de esto no hay todos los días.

—¿Y vas a lucirla?

—Mira... todavía no me decido, aunque al principio te confieso que pensé en el secreto riguroso.

—¡Oh! eso del secreto es fatal, es una vida llena de privaciones, ya verás como te cansas.

—Ya lo estoy viendo, pero temo...

—¿Qué temes? ¡Vaya un calavera tímido! Si la chica vale tanto como dices, vale la pena de darla a luz y sobre todo de que le formes círculo, de que des algunos tés para los amigos; cuenta conmigo, Arturo, ya sabes que no me escandalizo de nada y sobre todo sé respetar las propiedades. ¿Qué dices?

—Estaba pensando ya en sacarla; la pobrecita ha tenido una vida de privaciones.

—¡Ah! pues es justo que se divierta.

—Anoche fuimos por primera vez a *Fulcheri*.

—¿Tú eras? Ta, ta, ta...

—¿Cómo lo supiste?

—Me dijo Ruiz que había visto una linda joven y a su amante acariciarse en el gabinete azul. Te vieron en los espejos, chico. ¡Qué chasco te has llevado!

—¿Es posible?

—Exacto.

—Sólo en los espejos, porque el gabinete azul estuvo solo.

—Vamos, eso no tiene mucha gracia, hoy ya lo sabrá la «chorcha».

Esta palabra pertenece al caló del pollo y quiere decir reunión, pandilla o círculo de amigos.

—Debías llevarla al teatro —continuó el amigo de Arturo, como para sacarlo de su embarazo por lo de los espejos.

—Sí; el domingo vamos, tienes razón.

—Domingo en la tarde por supuesto.

—Se entiende, todavía no me atrevo a llevarla de noche, sabes que van mis primas y todos los de mi familia, mientras que por la tarde las cocineras todas son unas.

—Bueno, chico, te felicito y es necesario que cuanto antes me presentes.

—El domingo.

—Bueno.

—Pues hasta el domingo.

—Adiós.

Diremos algo acerca del interlocutor de Arturo: era un pollo que se llamaba Pío Blanco y que pertenecía legítimamente a la raza de pollos tempraneros.

Tenía quince años y era por naturaleza disipado y ocioso; sabía beber, fumar y blasfemar, triple ciencia que lo privaba de saber otras cosas a pesar de los esfuerzos de su padre por hacerlo hombre de provecho.

Pío Blanco había crecido mimado, al grado de que sus padres confesaban con un candor sin límites, que se habían declarado insuficientes para sujetar a Pío.

Este pollo había pasado revista en muchas escuelas, porque a los quince días de permanecer en un establecimiento, ya tenía el suficiente caudal de embustes para desprestigiar al director, y bien una riña o alguna maldad de trascendencia decidían su pase a nuevo colegio.

Así corrió de ceca en meca, hasta parar en el Colegio Militar, de donde fue dado de baja por faltas de subordinación.

Esta última salida lo puso en posición de declararse vago con cargo a los fondos de su papá, el señor Blanco, quien acababa de ganar un pleito, separándose de su mujer, que, por fortuna, no era la mamá de Pío.

Con el talismán del dinero, Blanco, padre, se alegró al grado de apurarle menos el porvenir de Pío, a quien quería tanto.

Pío, al gastar el dinero de su padre, no le pesó su conducta anterior, y Blanco padre e hijo se apañalaron cariñosamente en el regazo de la fortuna.

No hizo más Pío Blanco que emplumar lujosamente en manos del sastre, y tomar un aire de superioridad y de abandono que hacían de él el pollo más magistralmente resuelto que se conoce.

Pío Blanco, pobre, solía tener mesura y encogimiento; pero Pío con guantes, dio suelta a su lengua, pareciéndole que ya no tenía por qué callar. Los libros fueron para él un abismo de letras donde no osaba penetrar jamás su perezosa imaginación: en cuanto a religión, apenas dijo al acaso «soy liberal», se creyó dispensado de tener creencias, se avergonzó de haber oído misa alguna vez, y, para sancionar este acto de debilidad de su catolicismo, aprendió de memoria algunas frases de un discurso de Villalobos, y acomodándolas a las circunstancias salía del paso airoosamente, según él mismo creía. Hacía alarde de ser cínico y desvergonzado, y no había historia secreta de familia ni honra vacilante, que Pío Blanco no se encargara de divulgar *mutatis mutandis*.

Era de esas personas, que por desgracia abundan en México, para quienes los asuntos ajenos, por poco que les atañan, son el punto culminante de sus discusiones; desmenuzan y glosan la más insignificante noticia; emprenden, con un calor digno de mejor causa, una controversia sobre los asuntos privados de una familia, a quien ni saludan; y nada de lo que hay a su alrededor, por indiferente que sea, pasa sin sujetarse al tormento del análisis y del más escrupuloso examen. Emprenden sumarias genealógicas hasta dilucidar si H y R son hermanos, y si P y N son casados; son boletines orales de cuya lengua libre al lector su buena estrella, aun cuando a

nombre del sagrado de la familia y de la gente honrada haya puesto hoy el autor de esta ensalada el foco de su lámpara sobre esas larvas dañinas, para que alguna vez la víctima vea a toda luz a sus verdugos.

Pío Blanco tenía, además de todos sus títulos, el de chismógrafo triturador de honras más acabado que se conoce.

Este pollo, cuya primera edad había sido una penumbra y una negación, no tenía en su corazón ni en su cerebro noción alguna provechosa ni base moral que normara sus actos, de manera que, perdido el encogimiento del pobre, aceptó de un golpe la vanidad y la desenvoltura del rico, y, con todo el atrevimiento de la ignorancia, afrontaba magistralmente desde la pequeña cuestión social hasta los altos problemas filosóficos.

Tal era Pío Blanco, pollo a quien vamos a ver en seguida convertirse en amigo de Concha.

En el palco intercolumnio número 1, de los segundos, apareció, la tarde de un domingo, en el Teatro Nacional una joven elegantemente vestida: llevaba un traje de gro azul y blanco de doble falda hecho por Celina, y estaba peinada con una gracia y una propiedad inimitables.

El minarete de la belleza de hoy, el clásico copete de la joven estaba adornado con dos rosas pálidas, y aquella colina de cabellos y flores daba a la propietaria un aire aristocrático y distinguido: hubiera sido imposible a Casimira la bizca convencerse de que aquella dama tan blanca, tan sonrosada y tan elegante era la hija de doña Lola, era Concha la Sacristana, como ella se había empeñado en llamarle.

Cuando en uno de esos palcos 1 o 25, de cualquiera de los tres órdenes, aparece una de esas beldades solitarias de exuberante y lujosa falda en una tarde de día de fiesta, la numerosa familia de pollos y tal cual gallo de pelea se ponen en alarma.

Ya barruntan que tras de la bella se parapeta algún feliz que ve con medio ojo la comedia y con uno y medio a la prenda de su cariño; ya se esperan encontrar un conocido a quien felicitar el lunes por su caza mayor; ya, en fin, se hacen la ilusión de que no hay tal propietario y que la beldad es una mujer que acaba de asomar en el mundo pidiendo a gritos la indispensable protección del sexo fuerte; todas estas ideas alborotan la gallera, en la que los pollos son los primeros en piar como al ruido del maíz de por la tarde.

—¿Quién es aquella azul? —preguntó un pollo.

—Es de las mías —contestó otro.

—Ya quisieras.

—¿En dónde vive?

—No sé.

—Está bien vestida.

—Demasiado.

—De seguro no se ha peinado sola.

—La peinó Broca.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo antecedentes.

—¿A ver, a ver? —dijeron varios.

—Mira, Alberto —le dijo un pollo a su compañero— vamos a poner paralelas para el asalto: desde el palco de enfrente veremos quien es el compañero de esa diosa.
—Aprobado, chico: pues al asunto.

—Vamos.

—Vamos.

Y media docena de pollos salieron del salón en un entreacto, pidieron vuelta, y subieron corriendo las escaleras de los palcos haciendo mucho ruido.

La parvada se precipitó por el tránsito de los segundos, llegó al palco número 25 que estaba vacío y entró.

—Orden, caballeros —dijo un pollo.

—No sean díscolos.

—No se le ve más que el sombrero.

—Pero ¿quién es? —dijo Alberto.

—Si está casi sumido tras de la crinolina.

—Pero ella es encantadora.

—¿Quién será?

—Nadie la conoce.

—No es de las de...

—Ni de las de... —agregó otro pollo haciendo una mueca.

—¡Ah, ya sé quién es él! —exclamó uno—. Nos está viendo.

—¡Arturo!

—¡Arturo! —repitieron cinco pollos.

—¡Qué maldito!

—¡Ah, hipocritón!

Un pollo tosió recio.

—¡No, hombre! —exclamó uno.

—¡No seas incivil! —agregó otro.

—¿Vamos a visitarlo?

—No seas estúpido. ¿Con qué derecho?

—Con cualquier pretexto.

—Anda solo.

—¿A que no va?

—Éste es «echador».

—¡Echador! ¿Quieres verlo?

—¿Apostamos?

—Lo que quieras.

—Te vas para atrás.

—¡Qué me he de ir!

A este tiempo Pío Blanco tocaba a la puerta del palco en que estaba Arturo; éste iba a pararse cuando Pío Blanco entró provisto de un grande alcatraz de dulces.

—Chico, vengo a que me cumplas tu palabra.

—Concha, te presento a Pío Blanco, mi amigo.

—Gracias, chico. Señorita —agregó dirigiéndose a Concha— sírvase usted aceptar estos dulces.

—Mil gracias.

—¡Qué fortuna tiene este pícaro!

—¿Por qué? —dijo Concha.

—Por qué ha de ser. ¡Usted lo ama! ¿Habrás dicha más grande? Arturo, te felicito doblemente. Señorita, yo sé que Arturo tiene muy buen gusto, y lo que es en esta vez...

Pío se lamió los labios. Concha bajó los ojos. Arturo volvió la vista.

Pío volvió a la carga.

—¡Vamos, si es usted lo más encantadora que se haya visto! Es usted la reina del teatro esta tarde.

Era la primera vez que Concha recibía una andanada de flores de pollo, y se puso colorada: le pareció que Pío Blanco la estaba enamorando descaradamente.

Arturo lo notó y le dijo:

—No hagas caso de éste, es un loco.

—¡Y tú tan juicioso! Ya sabes.

—Cabal.

—No lo crea usted, Conchita; no lo conoce usted; es lo más enamorado y lo más pillo.

—¡Qué tal! —le dijo Concha a Arturo.

—Tú eres la que no conoces a Pío: es un calavera.

—Defiéndame usted, Conchita.

—Yo no.

—Pues me defenderé solo. Todos dicen que soy calavera, que soy enamorado, qué soy pillo, y vea usted... me calumnian: todo mi efecto consiste en ser simpático, porque ¿no es verdad que soy simpático?

Concha no contestó.

—Pues bien —continuó Pío, como si Concha le hubiese dicho que sí—. Tengo muchas amigas que me quieren mucho, y de ahí sacan los envidiosos que soy enamorado. ¿No le parece a usted el colmo de la injusticia? Pero usted va a ser mi buena amiga y me va a hacer justicia ¿no es verdad?

—Sí, señor —dijo Concha toda turbada, y dirigió una mirada a Arturo.

Éste se la correspondió afectando serenidad; pero realmente estaba entrando en cuidado, porque tenía que habérselas con la audacia de Pío Blanco.

A Concha le pareció oportuno hacer algo, y tomó los anteojos.

Todavía Concha no sabía tomar los anteojos, como se estila hoy: los tomó como

se han tomado siempre, en la postura natural.

Arturo tiró del vestido de Concha.

Pío Blanco lo notó.

Concha no entendió una palabra: volvió a tirar Arturo. Concha le dirigió una mirada arrugando la ceja como quien pregunta «¿qué sucede?»

Arturo le hizo un guiño con los ojos, señalándole los anteojos.

Concha se los dió.

Arturo vió con los anteojos tomándolos por delante y exagerando la posición.

Concha se quedó abriendo la boca, como si tal cosa.

Pío Blanco pensó.

—Se está encelando.

Concha volvió a recibir los anteojos, y al recibirlos sintió en la mano una presión significativa de la mano de Arturo, como quien dice:

—«¡Qué tonta eres!»

Concha tradujo el apretón de este modo:

—«¡Cuidado con Pío Blanco!»

Concha se puso a ver a Concha Méndez.

—¿Le gusta a usted su tocaya? —le preguntó Pío Blanco.

—Sí, señor; es muy bonita.

—¡Qué diera por ser como usted!

—Tiene muy lindos ojos.

—Los de usted son dos luceros.

—Y muy bonito cuerpo.

—El de usted es mejor.

—Y un pie...

—El de usted es mejor.

—Usted no me los ha visto.

—Es cierto, pero han de ser mejores. Se lo conozco a usted en la mano. La mano de usted es digna del pincel de Xenofonte.

—¿Xenofonte era pintor? —preguntó Arturo.

—¡Hombre, cómo no! Y bueno, ya sabes.

—No me vengas con tu literatura porque me apesta.

—Vea usted, Concha, qué injustos son conmigo: me sucede con mi figura lo que con mi talento. Porque me visto bien dicen que soy un Montecristo; porque soy amable, que enamoro, y porque hago versos me llaman literato.

—¿Hace usted versos?

—Sí, Concha, cuando encuentro quien me inspire, lo cual es difícil. Le ofrezco a usted unos versos a sus ojos, si tú me lo permites, chico —agregó volviéndose a Arturo— porque supongo que a Concha le habrás regalado un álbum. Usted perdone si la llamo Concha, pero yo soy así, no me gustan los diminutivos. Conque ¿le has comprado un álbum? ¿Le ha comprado a usted un álbum?

—¿De retratos? —preguntó Concha.

—No, de recuerdos.

—Ésos no los conozco.

—Es un libro en blanco.

—¡Ay qué feo!

—¡Cómo feo! Allí le escribirán los que la adoren y los que la admiren todo lo que usted les inspire.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Los que me adoran?

—Sus amigos de usted.

—¡Ah! ¿Y qué escriben?

—Unos versos y otros prosa.

—¿Y para qué?

—Ya lo verás —dijo Arturo cortando el diálogo con impaciencia.

Esta impaciencia la agregó Concha al apretón.

—Mañana le llevo a usted su álbum con mi composición a sus ojos.

—¿Pero para qué se ha de molestar usted?...

—¡Concha! ¡Concha! ¡Entre buenos amigos! ¡Pero, calle! Mire usted qué turba está en el palco de enfrente. Mira, Arturo, te han comido el trigo, allí está la «chorcha» haciéndonos señas, allí están Pepe y Alberto.

—No les hagas caso, no veas para allá. Concha, mira la comedia.

Concha obedeció.

Pío Blanco se colocó en los asientos de atrás junto de Arturo.

—Chico ¡qué linda es! ¡Qué «pico largo» eres! Pero ¿quieres decirme de dónde has sacado a esta chica tan *comm' il faut*? Nadie la conocía.

—Cállate, hombre, y ten moderación.

—¿Te pones serio? ¡Vaya! Ya sé a qué atenerme. En todo caso comprendo que no es de las que conocemos, ya sabes.

—A todo sales con «ya sabes».

—Ya sabes. Te convidó a cenar. Concha, la convidó a usted a cenar, iremos a *Fulcheri*.

—Hombre, hombre.

—¿Qué dice usted, Conchita? Porque yo supongo que ustedes cenan ¿no es verdad, Arturo?

—¡Hombre, Pío!

—No hay remedio, ya vuelvo, al terminar la comedia aquí estoy. Abur, Arturo. Concha, hasta luego. Arturo tiene la amabilidad de permitir que cenemos juntos en *Fulcheri*; hasta luego, hija mía, hasta luego.

—Adiós, señor —dijo Concha abandonándole la mano según una lección de Madama Luisa.

—Oye, Pío.

—Nada, nada, está resuelto, hasta luego.

Pío Blanco salió y cerró la puerta.

Arturo comenzó a ponerse de mal humor. Concha guardó silencio.

Capítulo II

Una digresión acerca de las manos. La cena en «Fulcheri»

LAS MANOS. He aquí una parte del cuerpo humano digna, por su importancia suma, de la atención del observador.

En las manos llevamos todos escrito el nombre de nuestra raza, el grado de nuestra educación, nuestra posición social, nuestras tendencias, nuestros sentimientos y nuestra historia.

Si este lenguaje de las manos entrara alguna vez en la categoría de los conocimientos vulgares, la humanidad, apoyada en sus propias manos, caminaría mejor.

Esta segunda fisonomía no está, por desgracia, tomada generalmente en consideración, y, con pocas excepciones, el mundo se conforma en materia de manos con estas solas dos calificaciones: Manos bonitas y manos feas. Y no se cuida mucho de que hay tantas clases de manos, cuantas clases de pasiones hay.

Las manos son una revelación de ese misterio que se llama «ser moral», son una acusación manifiesta de lo que el hombre oculta; y por eso, cuando el hombre formula en su interior una oración sincera emanada de la conciencia y de la verdad, «eleva a Dios las manos».

Las manos con su laberinto de rayas, sus falanges, falangines y falangetas, con sus movimientos especiales, son el proceso del individuo, el *carnet* de su viaje por este planeta.

La quiromancia conocía antaño ese *carnet* , y el pillo que sabía leerlo en la antigüedad tenía el raro prestigio de consternar un reino, de cambiar la faz política de una nación, y de alcanzar mayores resultados con un horóscopo y con una predicción, que el poder religioso y que la fuerza bruta.

Es que la verdad y la conciencia son hermanas, y cuando por cualquier medio, por extravagante que sea, se dan la mano, triunfan.

Si alguno de nuestros lectores es observador, se habrá fijado alguna vez en el lenguaje mudo de las manos.

Las manos son susceptibles de educación, y son siempre las que la revelan; las manos en su configuración, en su tez y en sus movimientos, son el testimonio inexcusable de las costumbres del individuo.

Hay manos groseras, manos tontas, manos ordinarias, así como las hay ociosas, aristocráticas, sensuales, artísticas, curiosas, hábiles, etc., etc.

Estudiad las manos y al poco tiempo de observación encontraréis que os hablan.

No nos preciamos de conocer a fondo *La science de la main* , librito que hemos

buscado con ansia para estudiarlo y apoyar nuestras observaciones, de las que, a reserva de ampliarlas en otra ocasión, asentaremos algunas, aunque ligeramente.

La quiromancia llegó a profundizar la cuestión y el autor del libro a que nos hemos referido ha llegado a hacer un estudio prolijo y concienzudo que ha logrado penetrar, y con felicidad, en el terreno de la adivinación; pero nosotros no entraremos al examen de las líneas, sino solamente al de la forma y los movimientos.

Por ejemplo: despedíos de una joven bien educada, acostumbrada a la buena sociedad y al trato franco y sincero, y sentiréis todas esas cualidades en el tacto, en la manera con que os estrechará la mano; pero dádsela a una beldad inculta, a una polla ordinaria, y notaréis una contracción extraña, sentiréis unos dedos nerviosamente rectos y una mano muerta, un movimiento sin intención y como que no está en armonía con la voz ni con el asunto, es una mano postiza que se mueve por imitación, es un desencanto, una mano torpe y elocuentemente desconsoladora.

En esta categoría estaban las manos de Concha aun después de las lecciones de Madama Luisa.

En cuanto a su forma, ocultaban sus articulaciones bajo una piel suave y tenían los dedos puntiagudos, señal inequívoca de pereza y voluptuosidad.

Las manos hábiles tienen los dedos espatulados, las trabajadoras las yemas redondas, y los dedos casi rectos, las articulaciones pronunciadas y las venas salientes.

Las manos de Arturo se parecían a las de Concha, eran suaves y puntiagudas. Los dos amaban la molicie.

Pío Blanco, a pesar de su poca experiencia, comprendió gran parte de lo expuesto en la manera con que Concha le dió la mano; y este solo hecho era tan significativo y trascendental que Pío se puso a discurrir de este modo:

—No, a pesar de su lujo, esa chica no es lo que parece; Arturo la ha de haber sacado de algún rincón y la ha ataviado como una señorita. ¡Bravísimo! Esto me alienta y me hace concebir una esperancita... porque, en fin, yo soy un calavera... mi edad... vamos Pío, eres un pollo —se decía a sí mismo el pollo, tomando un aire de fatuidad muy marcado—. Pío, Pío, tú tienes un pensamiento retozón... ¡pero si tiene unos ojos esa chica! Y luego... que como no es decididamente una encopetada cocota ni cosa que lo valga, va a ser accesible, yo soy buen mozo y me visto bien... Afortunadamente traje mi corbata verde que, según mi chica, me está tan bien... En fin, en la cena veremos lo que se avanza: es necesario quedar bien con el fanfarrón de Arturo, para que en todo caso vea Concha que sé lo que traigo entre manos y que soy hombre que presta garantías.

Estas y otras mil ideas preocuparon a Pío Blanco basta el momento de reunirse con Arturo y Concha.

—¿No me tardé? —dijo al entrar al palco.

—Nada de eso: eres un inglés.

—Ya sabes. Concha ¿se ha divertido usted mucho?

—Sí, señor.

—¿Vámonos?

—Sí, así saldremos sin pasar la consabida revista —dijo Arturo.

—¿Qué revista? —preguntó Concha.

—La de la doble fila de curiosos que se forma a la salida del teatro.

—¡Ah!

Pío tomó de sobre una silla un magnífico abrigo de merino blanco y lo colocó sobre los hombros de Concha, a quien desde luego pareció aquella galantería de un carácter desconocido, al grado que dirigió una mirada a Arturo como para pedirle su aprobación.

Pío Blanco dejó que Arturo tomara a Concha y dijo:

—No te quejes, chico, de derecho me tocaba llevar a la interesante Concha, pero como te considero muy enamorado te hago esa concesión. Ya sabes.

—Gracias, generoso.

Los tres pollos salieron antes de que se acabara la comedia; montaron en un coche y partieron para el café de *Fulcheri*.

Pío Blanco pidió sopa de ostiones para los tres.

—¿Sopa? —dijo Concha haciendo un gesto graciosísimo.

—Sopa, Concha, sopa de ostiones.

—¿A estas horas?

—¡Oh! ese es el chic, los ostiones son nuestra comida favorita ¿no es verdad, Arturo? Ya sabes.

Puso el criado la sopera y Pío Blanco hizo platos.

Concha observó para sí que aquello no tenía cara de sopa; por lo menos no se parecía a la de tortilla, ni a la de fideos; tomó algunas gotas en la punta de la cuchara y la probó: la encontró detestable.

—De tomar sopa —pensó Concha— preferiría yo de tallarín, como la que hace mi mamá.

Arturo estaba en un brete; hacía señas a Concha con los pies para que no se dejara ver la hilaza, para que no hablara; pero no pudo evitar que Pío Blanco, con esa tenacidad peculiar del pollo, especialmente cuando el pollo come y bebe, no pudo evitar, decimos, que Pío exclamara:

—¡Cómo! encantadora Concha ¿no le gustan a usted los ostiones? Los ostiones son la comida favorita de los hijos del placer, de los hombres de gusto, de la gente que comprende los deleites gastronómicos; el mundo elegante los reputa, desde la más remota antigüedad, como el platillo de los enamorados.

Concha abrió los ojos, teniendo la cuchara suspendida entre el plato y la boca, estaba lela; después bajó la cara y procuró analizar la forma de los ostiones.

—¿Busca usted la forma? Eso es cuestión de forma, como dicen en el Congreso; busque usted la sustancia, Concha, la sustancia, y ya verá usted. Chico —dijo en seguida, dirigiéndose a Arturo— si quieres ser feliz, es preciso que alimentes a esta

hechicera beldad con los productos culinarios más en analogía con las costumbres modernas.

—Ya aprenderá —dijo Arturo turbado.

—A la salud de usted, Concha, por esos ojos...

Pío tocó su vaso con el de Concha, quien se estremeció con el contacto inesperado y estuvo a punto de soltar el vaso.

Pío apuró el suyo de un sorbo y Concha apenas tocó el suyo con los labios.

El dios Baco tiene sacados muy curiosos apuntes sobre la embriaguez en todos los tiempos, y hasta ha llegado a confundirse en materia de apreciaciones. El tal dios de las viñas hace formales mollinas cuando, en una cena íntima o en un banquete, se encuentran beldades de paladar refractario al consagrado néctar.

Las personas no acostumbradas al vino lo aceptan como una verdadera poción venenosa; apenas lo catan y les parece mucho un trago: el verdadero chic consiste en beber con naturalidad. A este chic debe la industria moderna la enormidad de su estadística alcohólica.

—Beba usted, Concha.

—Se me sube.

—El buen vino no se sube.

Arturo y Pío bebían como contra maestros.

La conversación subía de punto. Pío se volvía impío y Arturo no veía claro. Delante de una mesa cubierta con succulentas viandas y exquisitos vinos, el hombre espiritualiza el placer animal, y las fuerzas digestivas dejan, en los primeros momentos, ejercer todo su poder a las fuerzas intelectuales.

El gusto, la vista y el olfato se regodean en el refinamiento culinario; y sabores y aromas, estimulan el sensualismo del gastrónomo: el hombre reina, se siente bien, se alegra de verse bueno. Este placer múltiple pone al pollo insoportable, al grado de privarnos del placer de escribir en seguida el diálogo de la cena, que, para nosotros, tiene todo el sabor del pollo en auge; presentaría una de las fases más encantadoras de este bípedo, nos facilitaría la autopsia, nos ahorraría letras. Con positivo sentimiento renunciamos a describir con todos sus detalles aquella cena a tres, cena del Café Inglés de París, casi pompeyana; pero preferimos respetar a nuestros lectores doblando la hoja para pasar al capítulo siguiente.

Capítulo III

En el que la precocidad de los pollos determina una catástrofe

SENTÉMONOS en una de las elegantes bancas de fierro del jardín de la Plaza Mayor de México.

La noche es hermosísima, y en el reloj de la Catedral acaban de sonar las doce y media: del portal de las Flores se retira el último figón improvisado sobre una mesa, y todavía en los dos extremos del portal de Mercaderes permanecen, soñolientos y silenciosos, dos dulceros, iluminados por la fuerte luz de un quinqué de petróleo.

La luna está en el zenit, el cielo es azul y ni una ráfaga de viento agita las dormidas plantas del jardín, en el que, no obstante, se perciben los aromas de los floripondios, de la miñoneta y de los heliotropos.

Frente a Catedral están sentados, en una banca, una dama y un caballero. La dama está envuelta en un manto gris, el caballero tiene un paletó oscuro, y una bufanda le oculta la mayor parte del rostro.

Eran Concha y Arturo.

En el rumbo opuesto, quiero decir, frente al Palacio Municipal, hay cuatro pollos que ocupan otra banca de fierro. Estos pollos son Pedrito, Pío Blanco, Pío Prieto, y un desconocido.

—Es deliciosa, chico, es deliciosa —decía Pío Blanco—. Anoche cené con ella; es un poco inculta.

—¿Es posible? —dijo Pío Prieto, que ignoraba lo que había pasado entre Concha y Arturo hacía algunos días— cuéntanos eso.

—A ver —dijo Pedrito, muy lejos de creer que se trataba de su hermana.

—Nuestro hombre estaba en los segundos con la chica, nos picó la cresta a todos los de la carpanta, y nos propusimos averiguar quién era la azul.

—¿La azul? —preguntó el pollo desconocido.

—Iba vestida de azul —repuso Pío Blanco, y continuó—: nadie la conocía; pero Paco el acomodador nos dio informes y ya con ellos, cataplum, me lancé al palco y saludé, provisto de un alcatraz de dulces; lo ofrezco, ella lo acepta, los convidó a cenar, bebemos mucho champaña, y después algunos ponches calientes... la cosa es hecha. Ya en el champaña, un piecico de la niña me pertenecía; porque han de estar ustedes, que yo acostumbro empezar los telégrafos con los pies: es mi táctica.

—Yo soy lo mismo —dijo Pío Prieto.

—En primer lugar, acerqué mi pie como casualmente, y cuando mi hombre se descuidaba, dirigía yo miradas tiernas a la sirena.

—Miradas melodramáticas —agregó el pollo desconocido.

—Exactamente. Yo creo tener cierta atracción magnética en la mirada.

—¡Presumido! —exclamó Pedrito.

—No, chico, eso no es presunción. Yo conquisto con los ojos y luego con los pies; con la vista, exploro, y con los pies corroboro: así es que a los ponches ya el piececito de la divina estaba colocado negligentemente sobre el chagrín de mi botín. ¡Delicioso!

—¿Y luego? —preguntó Pío Prieto.

—Hoy la he llevado una preciosa caja de dulces y un álbum.

—¿Y qué? —preguntó Pedrito.

—El negocio es hecho, la ocasión es la que falta, la conquista es espléndida.

—Te felicito, chico —dijo Pío Prieto.

—Vale la pena de cenar en *Fulcheri* —dijo el pollo desconocido.

—Aprobado —dijo Pedrito.

—Pío Blanco paga —dijo Pío Prieto.

—No me arredro; en marcha.

—A *Fulcheri*, a *Fulcheri* —repitieron Jos pollos y se pusieron en movimiento.

Las cenas de *Fulcheri* son generalmente cenas de calaverones, de pollos y de amantes desvelados: rara vez estas cenas son entre gentes de severas costumbres, porque son a media noche y más succulentas de lo que conviene a estómagos enfermizos y metódicos.

Los cuatro pollos sorbieron con delicia el caliente consomé, tomaron jamón de Westfalia, pavo, pasteles, champaña y ponches de Kirchwasser.

Todos brindaron a la salud de la «azul», y Pío Blanco, en el colmo del agradecimiento, les ofreció otra cena en compañía de la bella conquistada.

Esta palmaria prueba de confianza hizo estallar el entusiasmo, y los pollos prorrumpieron en vivas a Pío Blanco.

—Lástima es —dijo Pedrito— que esa cena sea para dentro de seis meses.

—¡Seis meses! —exclamó Pío Blanco.

—Lo menos —dijo Pedrito.

—Dentro de ocho días.

—Que se tome nota —dijo el pollo desconocido.

—Que lo apunte el más viejo de nosotros —dijo Pedrito— ¿cuántos años tienes, Blanco?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Prieto?

—Diez y siete.

—¿Y tú, Pepe?

El pollo desconocido dijo:

—Diez y ocho.

—Tú lo apuntas.

—Corrientes —dijo Pepe— el día 15 será la cena.

—¡No será ese día! —dijo Arturo, presentándose de una manera dramática en el gabinete...

Los pollos enmudecieron.

Pío Blanco, se puso blanco, Pío Prieto rojo, Pedrito verde y Pepe amarillo.

En medio de aquella caja de colores estaba la llama azul del poche.

Arturo se acercó a Pedrito, y le dijo al oído:

—Llévate a Concha a casa y allí me esperas.

Pedrito obedeció en silencio y fue a tomar a su hermana que, efectivamente, estaba en la sala inmediata al gabinete azul, pues mientras los pollos proyectaban cenar, Concha y Arturo, con la misma inspiración, habían entrado a *Fulcheri*.

Arturo se dirigió a Pío Blanco y le dijo con acento de primer galán:

—Salga usted, caballero.

Pío Blanco se puso su sombrero.

—Me permitirás que pague la cena, porque supongo que no me obligarás a aparecer droguero con *Fulcheri*.

—¡Mozo! —gritó en seguida— ¿cuánto se debe?

—Una onza —dijo el criado.

Pío Blanco tiró sobre la mesa una onza de oro y una peseta para el criado.

—Estoy a tu orden, Arturo.

Los cuatro pollos salieron de *Fulcheri*.

*

Pedrito y Concha pasaron la noche en vela esperando a Arturo.

A las siete de la mañana salió Pedrito en busca de noticias. Arturo no había dormido en su casa ni en hotel alguno. ¿En dónde estaría?

Pedrito empezó a sospechar que el lance debía haber sido bastante serio. Buscó a Pío Blanco y después a Pío Prieto, y por último a Pepe.

Todos los pollos se habían perdido.

Pedrito, por lo tanto, no sabía qué partido tomar, y regresó a participar a Concha aquella extraña desaparición.

—¡Se habrán batido! —dijo ésta sobresaltada.

—¿Quiénes?

—¡Cómo quiénes! Arturo y Pío Blanco.

—¿Luego tienes motivos para sospechar que Arturo esté celoso de Pío?

Concha no supo contestar.

—¡Responde!

—Pues bien, sí. Pío me enamoraba.

Pedrito fingió ponerse furioso.

—No estarnos para sermones —dijo Concha resueltamente— busquemos a

Arturo.

—Y a Pío Blanco.

—No me provoques.

—Tú le juegas una mala pasada a Arturo, y ya sabes cuanto le debemos.

—Ya me lo has dicho veinte veces.

—Y te lo diré cien mil. Llevas muy malas trazas, vas a acabar mal.

—¿Y tú?

—¿Yo? Soy hombre y trabajaré: ¿pero tú?

—¿Qué oficio tienes?

—Eso es cosa de mi capote.

—De mi capote —repitió Concha ahuecando la voz.

—¡Estúpida!

—Tengamos la fiesta en paz y vuelve por ahora a buscar a Arturo.

—¿En dónde quieres que le busque? No está en su casa, no está en ninguna parte.

—En alguna parte ha de estar.

—Estará en la cárcel.

—Puede ser.

—¿Qué dices?

—Que nada extraño sería que estuviese en la cárcel. —¿Sabes que dices bien?

—¡Pues ya lo creo! Vé a la Diputación.

Con este nombre distinguen algunos el Palacio Municipal de México.

Pedrito salió de nuevo en busca de Arturo. A pocos pasos de la casa de Concha, Pedrito encontró a un pollo.

—Chico —le dijo éste— no vayas a la oficina.

—¿Por qué?

—Porque ya es inútil que te molestes.

—¡Cómo!

—El jefe te ha destituido.

—Te chanceas.

—Ayer se ha puesto la orden.

—¿Y por qué motivo?

—Por inútil y por moroso en el cumplimiento de tus deberes.

—¿Pero eso es cierto?

—Palabra de honor.

—Ya me lo esperaba. El jefe no me puede ver, y es porque sabe que mi padre anda en la revolución; pero no importa, todas estas son intrigas de mis enemigos, ya sé de donde viene el golpe; pero te juro que le he de romper los anteojos al tal jefe ¡ignorantón! que ha ascendido por favoritismo.

—¡Hombre, Pedrito!

—Seguro, eso es por su mujer. ¡Echarme como si fuera yo un criado! ¡Ya se ve! ¡Si no se puede ser empleado! Pero deja que triunfe la revolución, chico, y verás

adónde se va el jefe hipócrita, santurrón. No me pesa. Con que no debo ir ¿eh?

—Creo que no debes presentarte a recibir el desaire.

—Iré, y mucho que sí, para decirle a ese viejo cuántas son cinco.

—Haz lo que quieras: te dejo porque van a dar las nueve. Adiós.

—Adiós.

Y Pedrito se quedó extático; después se rascó la cabeza, se echó hacia atrás el sombrero hasta descubrir el pelo de la frente, se colocó las manos en los bolsillos y comenzó a andar, silbando quedito. De vez en cuando interrumpía su aria con una blasfemia que murmuraba por lo bajo, pero que no siempre pasaba desapercibida para los transeúntes, que se reían del pollo desvelado y maldiciente.

En cuanto a Concha, ataviada aún con el traje del paseo nocturno, había cambiado solamente el manto gris por un rebozo azul.

El rebozo es el más íntimo confidente de la mujer en México. Las costumbres francesas se han estrellado generalmente ante el uso de este adminículo indispensable, ante esta acentuación de la nacionalidad, ante ese chal de extraña flexibilidad y característico de México.

La mujer y el rebozo son el único matrimonio completamente feliz: sobre los hombros de la propietaria se adapta a un millón de «partidos de paños», como dicen los pintores.

Cuando el rebozo está sobre los hombros y, después del emboce, vuelven a subir las dos puntas sobre el hombro izquierdo, la mujer está ocupada; entonces el rebozo quiere decir tráfago, haciendas, ocupaciones domésticas, preparativos.

Cuando el rebozo en los hombros está cruzándose sobre el hombro y cae más abajo de la cintura, es señal de que el talle de la propietaria está invisible, los broches están divorciados y la pureza de las líneas está en bosquejo.

Pero cuando este lienzo elocuente está cubriendo la cabeza hay que temer cosas graves, y es una infalible señal de alarma: en primer lugar, el tocador está en inútil espera, los postizos están en dispersión, y la propietaria está confiando a su rebozo males físicos o morales; la propietaria está triste, tiene jaqueca, ha recibido malas nuevas, y la diosa de la moda y los geniecitos del tocador están bostezando y muriéndose de fastidio porque la hada del gabinete de los secretos está transigiendo con la prosa vil de la vida.

Ultimamente, cuando el rebozo cubre parte de la frente, la boca y parte de la nariz, el drama es inconcuso, la propietaria ha tocado el summum del malestar, de la displicencia, del frío, de la pereza, del dolor, y de todo lo sombrío y siniestro. El rebozo de Concha no le dejaba descubiertos más que los ojos.

Aquellos ojitos estaban inyectados y se clavaban en el suelo como leyendo en las flores de la alfombra una porción de cosas tristes. Concha comenzaba a ser infeliz, y estaba abriendo ese libro de negras páginas, y del que cada capítulo va conduciendo al alma a un índice horripilante.

Hay una nube sombría en el porvenir que de repente se interpone entre nosotros y

el sol de nuestras dichas pasajeras, y las intuiciones de lo cierto, de lo desconocido, de lo pavoroso, nos hacen estremecer, como a la vista de un precipicio palpable.

El libro de nuestra vida repite, como las grandes composiciones musicales, los temas, los motivos y las ideas de la introducción.

Labradores de este campo que se llama la vida, recogemos indispensablemente los frutos de nuestra siembra de ayer, la tierra nos devuelve con usura lo que le confiamos, para tener derecho a que le devolvamos lo que nos confió: nuestro cuerpo.

Concha empezaba a recoger.

Todos para recoger miramos al suelo, donde pusimos los pies; allí está la huella, no lo podemos negar.

Hay frutos amargos.

Al verlos los regamos ya tarde con una lágrima. Al recoger los frutos buenos, levantamos la frente al cielo.

Concha no levantaba la frente. ¡Pobre Concha!

Su meditación fue interrumpida por la voz de una criada. Esta criada era Soledad, que hacía notable contraste con el lujo de la pequeña habitación: estaba andrajosa y sucia; tenía como veinte años, una fisonomía bronceada, trazada con esas líneas elocuentes que dibujan la disipación y la mala vida: sus cabellos estaban ordinariamente erizados, y el poema de aquella existencia misteriosa, estaba representado en dos circunstancias, a saber: en el desaseo y la incuria de la criada, y en sus pies.

Esta criada calzaba unos magníficos botines de seda solferinos exquisitamente adornados.

Soledad había visto realizado su ensueño. En cuanto a Madama Luisa, se había despedido desde el día en que Arturo minoró las propinas.

Soledad entró; vio a Concha cabizbaja y se sentó en la alfombra enfrente de su ama:

—¿Qué? —murmuró apenas Concha.

—La comida.

—No como.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Que no hay comida.

—Mejor.

—¿Cómo mejor, y yo?

—Es verdad —dijo Concha tomando unas llaves que alargó a la criada.

Ésta se levantó y fue a abrir un ropero, cuya puerta era un espejo.

La horrible cara de la criada se reprodujo allí como en un gran marco elegante la figura maestra de una pordiosera; parecía una de esas magníficas pinturas que representan a un miserable.

La criada se vió de cuerpo entero, y en vez de verse la cara se vio los pies.

Todos estos detalles pasaron desapercibidos para Concha.

—No hay nada —dijo la criada.

Concha le fijó la mirada.

—¿Cómo no hay nada? Habrá plata.

—Nada —volvió a decir la criada haciendo girar el espejo— vea usted.

Concha se levantó y lo registró lodo, y después se quedó pensativa.

—Lleva esto —dijo al fin, y tiró a la criada un vestido de gro negro.

La criada hizo un lío en una toalla y salió de la habitación.

Hay algunos millones de pesos en circulación en el país, debido a que algunos miles de usureros se han colocado enfrente de la miseria y de las malas costumbres.

La miseria, no obstante, no es la principal proveedora de las casas de empeño. Un poco de orden y el infame comercio languidecería; un poco de método y de amor al trabajo, y la circulación de la usura dejará de ser la vorágine de las clases menesterosas.

La pereza está al lado de las necesidades, para proporcionar el recurso fácil del empeño al que tiene, por dicha de los usureros, la torpeza de olvidar la aritmética en estos tiempos.

El Monte de Piedad está legítimamente instituido bajo el manto de la beneficencia pública. Tal fue la mente del Sr. D. Pedro Romero de Terreros, cuando el año de 1775 cedió trescientos mil pesos para la fundación de ese establecimiento en México.

Efectivamente, ese ogro que se llama la miseria pública, se arrastró huraño pero consolado, hasta las puertas del suntuoso edificio; y por medio de una operación piadoso-mercantil, vio convertirse un trapo, inútil por el pronto, en un pedazo de pan. El hambre logró ver el algodón, la lana, la seda y los metales color de pan: ¡ilusión risueña!

Pero la pereza, que también trabaja para mantenerse, la holgazanería y todos sus hijitos los vicios, a la sombra del gran pensamiento filantrópico se disfrazaron de miseria, y también se arrastraron hasta las puertas del Sacro y Nacional Monte de Piedad de ánimas.

Pero volvamos a Concha, que de nada de esto tiene la culpa, pues no ha tenido más parte en lo que pasa que haber nacido bonita y pobre: desgracia bien común y bien fecunda en resultados.

Concha presentía el derrumbamiento.

Todas las posiciones falsas tienen delante el precipicio. Las loretas de París suelen caer desde el palacio al hospital.

Cuando a Concha se le acabara el oro no le quedaba más que la belleza, que es el capital que rinde más funestos réditos.

Concha, después de una larga meditación, se consoló viéndose en la luna de su ropero.

He aquí una de las ironías de la vida.

La explotación del capital más inmueble que se conoce: este era el porvenir de

Concha, y no obstante, Concha no se espantaba: lo que tenía delante de sus ojos no era el abismo de la prostitución con todos sus horrores, porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios; la pobre doña Lola nada supo en su vida de toda esa jerigonza.

Ella decía que era buena cristiana, y lo decía sinceramente: en efecto, oía misa y rezaba, y si no le había enseñado más a Concha era porque ella misma lo ignoraba.

Concha, abandonada por Arturo, no sería, en todo caso, más desgraciada que doña Lola abandonada por don Jacobo, «lanzado a la revolución».

¿A quién apelaría Concha? A nadie, a ella misma.

Capítulo IV

El lector encuentra a los pollos y se entera de lo que les sucedió después de la cena en «Fulcheri»

CUANDO los pollos salieron del café, buscaron campo y se fueron al jardín del zócalo.

Arturo tomó la palabra y, poniendo gruesa la voz, dijo de este modo:

—Pío, es necesario que nos matemos.

—Nos mataremos —contestó Pío Blanco.

—Pero señores —exclamó Pío Prieto— veremos si el asunto puede arreglarse de otro modo.

—Sólo con la muerte de uno de los dos —insistió Arturo.

—Supuesto que por una... chiquilla, quiere Arturo batirse, yo le daré gusto; pero la chica no vale la pena.

—¡Miserable! —exclamó Arturo tomando una actitud de tenor *sfogatto*.

Pepe y Pío Prieto se interpusieron.

Pío Blanco tenía calma, tal vez por la convicción de su falta, pero no se retractaba.

En seguida Arturo prorrumpió en asquerosos denuestos, en insultos soeces, en palabras inmundas y quería comerse a Pío Blanco. Le escupió a la cara.

Pepe contenía a Arturo. Pío Prieto procuraba inducir a Pío Blanco a que arreglara el asunto, ofreciendo no volver a ver a Concha; pero Pío Blanco no transigía y Arturo estaba cada vez más furioso.

Aquel altercado en la mitad de la noche, llamó la atención de los guardas, quienes a paso acelerado se dirigían ya hacia los pollos; pero éstos, para quienes un guarda-faroles era un gavilán, se escurrieron bonitamente tomando en silencio la dirección de las calles de Plateros.

Media hora después, los cuatro pollos estaban en la colonia de los Arquitectos.

Arturo, como a cincuenta pasos de Pío Prieto y de Pepe, que arreglaban, como padrinos, las condiciones del duelo, y Pío Blanco estaba a otros cincuenta pasos distante, en dirección opuesta.

Después de una larga conferencia, Pepe se volvió a donde estaba Arturo, y Pío Prieto a donde estaba Pío Blanco, y en seguida volvieron a reunirse; esto se repitió varias veces, hasta que quedó definitivamente arreglado que por ser de noche y aun cuando la luna alumbraba espléndidamente, se colocarían los contendientes a veinte pasos de distancia y a una señal avanzarían y dispararían a voluntad con el revólver.

Pepe y Pío Prieto colocaron a Arturo y, avanzando después veinte pasos, señalaron el lugar para que se colocara Pío Blanco.

Después Pío Prieto y Pepe se apartaron a un lado y sonó una palmada.

Ninguno de los contendientes se movió. Sonó otra palmada. Arturo avanzó de prisa y Pío Blanco apuntó; Arturo iba a pararse para disparar cuando se oyó el tiro de Pío Blanco, y Arturo cayó disparando su pistola.

Pío Blanco permaneció en guardia. Pío Prieto y Pepe se acercaron corriendo a Arturo, lo tocaron... ¡Tenía atravesado el pecho!... Pepe, al levantarlo, sintió la sangre en la espalda.

—Me muero —murmuró Arturo con voz débil.

—¿Qué hacemos? —dijo muy afligido Pío Prieto.

—¿Está muerto? —preguntó Pío Blanco acercándose.

—Morirá pronto —le contestó Pepe.

—Fue una calaverada haber hecho las cosas de este modo —dijo Pío Prieto— pero aquí tengo amigos, tocaremos allí —añadió señalando una puerta al fin de una tapia.

—Pero haremos un escándalo —objetó Pepe.

—No importa, Arturo se muere.

Pío Blanco fue a tocar. Por fortuna contestaron pronto.

—¿Quién?

—Soy yo, Victoriano —dijo Pío Prieto— abre que importa.

—¿Es usted el niño Pío?

—Sí, yo soy, abre.

Pepe y Pío Prieto venían cargando a Arturo. Victoriano era el cuidador de una de las casas de campo de la colonia.

Se instaló al herido en la pobre cama, caliente aún, de Victoriano, y Pepe, salió en busca de un médico. Entre tanto Pío Prieto y Pío Blanco aflojaron los vestidos a Arturo, que había caído ya en la postración de la muerte.

Victoriano propuso a los pollos que vendaría al herido, y así lo hizo, rompiendo una sábana. Victoriano había sido soldado de la ambulancia, de manera que la venda, aunque inútil, estaba al menos bien puesta. En seguida puso lienzos mojados sobre las dos heridas que no cesaban de sangrar.

Hora y media después se oyó el ruido de un coche; venían en él Pepe y un médico.

Arturo no había vuelto a hablar; su cuerpo sólo producía un sonido estertoroso y lento.

El médico movió la cabeza, tocó el pulso, se volvió hacia los pollos, que estaban descoloridos, e hizo una señal desconsoladora. Pocos momentos después expiró Arturo, a la sazón que en el horizonte se destacaba una zona sonrosada y por todos los ámbitos de la ciudad cantaban los gallos.

El médico se despidió, y Pepe y los dos Píos se quedaron viéndose por largo tiempo sin proferir una sola palabra. Los pollos estaban apurados.

En su carácter de tempraneros los pollos habían cumplido su misión, ya habían

entrado en singular combate; pero aquel muerto hablaba elocuentemente con su silencio.

Un muerto siempre es una cosa muy seria, aun entre los pollos. Arturo, el espigado, el simpático, el elegante, yacía exánime.

¿Qué harían con aquel cadáver? ¿Quién se encargaría de llevar la fatal noticia a la familia del muerto? ¿Qué partido tomaría el asesino?

Veamos de qué manera resolvían los pollos estas importantes cuestiones.

Desde que Dumas inundó la América española de novelas, sembró con buen éxito algunas frases que recogieron los pollos.

Ésta es una de ellas:

—«¿Y bien?»

Era preciso que después de la perplejidad, un pollo rompiera el silencio de este modo, así es que Pío Prieto exclamó:

—¿Y bien?

Pío Blanco contestó:

—¡Psh!

Y Pepe se encogió de hombros.

—Sí —respondió Pío Blanco.

Los pollos estaban lacónicos: su verbosidad se plegaba ante el cadáver.

El pollo de buena ley, el pollo de estos tiempos que corren, el pollo que mata y se suicida, y enamora y seduce y se embriaga, tiene todavía su fibra patética delante de los muertos.

Parece que no hay cadáver que no tenga el dedo en la boca diciendo: ¡silencio!

Los pollos estaban hablando quedo, como si temiesen que los oyera Arturo. No hay quien no respete la soñada sensibilidad del tímpano auditivo de un muerto.

Vivid, sentid, y el mundo sin consideración os atronará los oídos aun cuando os lastime; pero tan luego como estéis en la imposibilidad de oír, guardarán silencio los que os rodean, os cuidarán de las moscas, y no moverán vuestro cuerpo yerto sino con exquisito cuidado: ya no hablarán mal de vos como si temieran que abrierais un ojo, que es la chanza más pesada de un muerto.

Los pollos hacían todo esto, chupando cigarros. El cigarro es la mamadera de las grandes situaciones.

El hombre como siente y como piensa, fuma. Se aflige, se mortifica, se avergüenza, y fuma. No sabe qué hacer, y fuma. Tiene mucho qué hacer, y fuma.

Mira a un muerto y fuma.

El cigarro es un problema sin solución.

El hombre para quien han sido, son y serán humo muchas cosas, se familiariza con el humo. A la pobre inteligencia humana le queda mucho que averiguar, tiene delante siempre lo indefinido, lo abstracto, lo desconocido, y pasa por el mundo dejando sin solución la mayor parte de lo que ve.

Por eso fuma el hombre: tal vez esa nubecilla que tanto se empeña en hacer

permanente delante de sus ojos, es la significación de todo lo que ignora.

Los pollos fumaban con tesón, y como dicen los fumadores, «coleaban»; lo cual quiere decir en el tecnicismo de este gran negocio de la humanidad, encender un nuevo cigarro en el cabo del anterior.

Pero humo no era lo que allí se necesitaba; y los pollos entretanto no tomaban ningún partido.

Dejando al muerto, salieron de la habitación a buscar en el fresco ambiente de la mañana la anhelada inspiración.

—Decididamente —exclamó Pío Prieto con aire magistral— Pepe irá a llevar la noticia.

—¿Yo? —dijo Pepe.

—Sí. Entretanto yo me quedo aquí y Pío Blanco se esconde.

—¡Esconderme! —dijo Pío Blanco con una entonación propia de don Sancho el Bravo.

—Sí, esconderte —insistió Pío Prieto—: has matado a un hombre.

—Pero en buena lid, como caballeros.

—Lo cual no impedirá que te aprehendan, porque las leyes no entienden de buenas lides.

—Pues no me escondo: en tal caso me denunciaré a la justicia y sufriré las consecuencias.

—No seas tonto, ocúltate mientras arreglamos las cosas, y después veremos.

—No señor, mi partido está tomado. Abur, caballeros —dijo Pío Blanco calándose el sombrero hasta las cejas.

—¡Oye! ¡Oye! —le gritaron Pepe y Pío Prieto.

Pío Blanco desapareció.

Pío Prieto y Pepe se descartaron por lo pronto de una dificultad: quedaba en pie la del muerto.

Pepe por fin fue el encargado de dar la noticia. Pío Prieto se quedó cuidando el cadáver. Éste es un cumplimiento a que todos los muertos son acreedores, y es tan estricto el ceremonial en este punto, que hay ricos que pagan veladores que hagan durante una noche los honores al muerto.

Esta antesala postrera es indispensable.

Pío Prieto cumplía por su parte, justo es decirlo, con toda la hombría de bien y con toda la circunspección que el caso requería.

Delante del muerto fue cuando aquel pollo comenzó a horrorizarse, al grado de proponerse seriamente no hacer el amor sino a pollas libres.

Pío Blanco estaba a eso de las ocho de la mañana bajo el portal del Palacio Municipal. Acababa de preguntar a un policía por el señor juez en turno.

—No ha venido —le habían contestado, y Pío Blanco se puso en atalaya. Poco después de las ocho llegó el juez que lo era el señor Lic; don Manuel Flores Alatorre. El pollo lo siguió de cerca, subió los dos tramos de la escalera y después del tercer

tramo, que conduce al vestíbulo de la alcaldía y del juzgado.

El escribano de actuaciones, dos escribientes y dos querellantes estaban esperando al señor juez, quien, después de saludar, se encaramó en su plataforma y tomó asiento delante de su mesa de despacho.

Pío Blanco había quedado de pie a la puerta, sin que nadie se apercibiera de él, hasta que, subiendo a su vez a la plataforma, dijo al juez:

—Señor juez en turno, tengo un asunto reservado y de la mayor importancia.

—En ese caso —dijo el juez— sírvase usted pasar a este gabinete. —Y condujo a Pío Blanco al gabinete contiguo.

Cuando el juez hubo cerrado la puerta, Pío Blanco habló de esta manera:

—Señor juez, anoche he tenido un lance de honor y he muerto a mi adversario.

Esta introducción requería una exclamación o, cuando menos, un movimiento de parte de una persona que no fuera un juez de lo criminal, de manera que la imperturbable fisonomía del juez apenas se contrajo.

—¿Y quién era el contrario? —dijo el juez.

—Mi amigo Arturo L... ha muerto, señor juez. Él lo quiso, él provocó el lance, pero yo, que soy caballero y que respeto la ley, vengo a presentarme para que se me castigue.

Pío Blanco esperó que el juez hablara, seguro de oír un panegírico elocuente acerca de aquella conducta que al pollo le parecía heroica, casi novelesca.

Pero el juez manifestó la misma indiferencia y, después de haber escuchado con mucha atención, mandó extender en forma las primeras diligencias, y dos horas después Pío Blanco se encontraba formalmente preso.

A las diez de la mañana comenzó a circular por todas partes la fatal noticia. La familia de Arturo estaba inconsolable, y como el pollo muerto pertenecía a una clase elevada de la sociedad, el ruido fue mayor y mayores las demostraciones y el movimiento en los altos círculos.

Entraron en escena media docena de pollas encopetadas, como acreedoras a pasados guiños y galanterías. Quién de ellas recordaba cierta danza, aquella una declaración amorosa, la otra un *bouquet* (entre pollas sería muy prosaico decir ramillete). Finalmente, las pollas cumplían con el deber de los honores póstumos, y sin disputa aquellos fueron los momentos en que el pobre Arturo gozó de mejor reputación en toda su vida.

Un periódico dio al día siguiente la noticia, y la reprodujeron los demás, algunos con tal o cual moraleja; en la tarde se verificó el entierro en el panteón de San Fernando, pues, en concepto de toda la familia, hubiera sido una verdadera calamidad que el cuerpo se hubiera sepultado en Santa Paula, panteón desprestigiado y poco elegante.

La causa siguió sus trámites y Pío Blanco pasó a la cárcel de Belén.

Pío Blanco, convertido en héroe de calabozo, acabó de perder en el encierro el aire de encogimiento y de debilidad, propio de su edad y se convirtió en un hombre

avezado a las penalidades. Como se trataba de un pollo fino se ablandó el alcaide, y el separo de Pío era invadido frecuentemente por una bandada de pollos que formaban corro, improvisaban almuerzos y llevaban dulces, pasteles, puros y botellas de coñac al preso.

Éste era visto por sus compañeritos con una especie de consideración respetuosa, que ellos mismos se prescribían; y ese sentimiento no era la consideración, ni mucho menos el interés que inspira la desgracia, sino que —¡cosa rara!— había algo de envidia en los pollos; algunos de ellos cuando salían de visitar al preso casi deseaban encontrarse en igual posición y ser el objeto de las miradas, de las conversaciones y de los cuidados de los amigos.

Por supuesto que no había uno solo de aquellos pollos que no aplaudiera la conducta de Pío Blanco, porque los que la reprobaban, quiere decir, los amigos de Arturo, no visitaban al preso.

Pío Blanco llegó a convencerse de que había hecho una gracia.

Dos pollos, los más chicos, casi recién emplumados y discípulos de Pío Blanco, hablaban así:

—¡Canario! —dijo uno con voz de monaguillo— ya Pío Blanco es todo un hombre, ha tenido un desafío.

—Se ha batido —interrumpió el otro pollo.

—Y ha matado a su adversario.

—Este duelo no acabó como yo he oído decir que acaban muchos: en la fonda.

—Ya se ve.

—Será cosa en lo de adelante de no hablar recio a Pío Blanco.

—Y tiene fama de valiente.

—¿Y qué le harán?

—¿Cómo qué? Nada: ya sabes que estos negocios suelen ser largos, pero siempre se sale bien.

—He oído decir que mudarán de juez.

—Será mejor.

Y los pollos entraban y salían a la prisión, y Pío Blanco era sin cesar el objeto de las atenciones y los cuidados de sus amigos.

Pedrito había sido de los primeros en visitar a Pío Blanco, pero al día siguiente, Pedrito, Pepe y Pío Prieto estaban presos también.

Concha, por lo tanto, no tenía a donde volver los ojos. ¡Pobre Concha! Concha había entrado al mundo como una alimaña que se hubiese metido quebrando el vidrio de una ventana: había roto el cristal de su pureza.

Después de esta atrocidad la mujer tiene dos caminos: todas lo saben y todas los ven claros. Concha lo sabía también, y tanto lo sabía que sumó.

—Pío Blanco nada tiene —pensó.

Esta frase la pronuncia la mujer haciendo una suma en la que el corazón es un guarismo.

Cuando la mujer piensa así, su operación aritmética siempre le da un buen resultado.

Concha estuvo sola nueve días.

Al décimo se encerró en su tocador y comenzó a vestirse sus mejores prendas.

Se puso un vestido de gro negro adornado con blondas, terciopelo y abalorios, y ajustó a su cuerpo un elegante saco de terciopelo negro, se cubrió la cabeza con un velo, tomó una sombrilla, un devocionario, un magnífico pañuelo y salió a la calle.

Concha iba a misa: era domingo.

A las once atravesaba las calles de Plateros, y caminaba después entre dos filas de curiosos, colocados bajo los árboles del atrio de Catedral.

Produjo, como era natural, un grande efecto: cada corro refrescó las especies, las palabras «ésa es» pasaron de grupo en grupo; la heroína del duelo de Arturo se exhibía al través de un velo negro, velo que daba realce a la hermosura de Concha, según la opinión de algunos pollos.

Concha se arrodilló y oró.

Dios recibe las oraciones de los justos y de los pecadores.

Capítulo V

Entra en escena un gallo de pelea con buen espolón y buena cresta

CONCHA SALIÓ de misa.

Las puertas del templo dieron paso a una multitud compacta que se extendía como la mancha del aceite, como una oleada, e invadía la calle de árboles del atrio.

Estos árboles cubrían a muchos pájaros. Reclinados en un tronco a manera de tábanos, estaban dos solterones de a cincuenta abriles, asiduos concurrentes a aquel lugar todos los domingos de diez a una; más allá estaban cuatro pollos, después algunos colegiales ataviados con prendas de Godard y de Salín; algunos empleados de la nueva época acreditando en su compostura la exactitud de la quincena; algunos cronicones apoderados de una banca y rodeados de jóvenes que estaban aprendiendo a vivir en ese *carpet* de ciertas charlas que realmente son un libro abierto, pero cuyas páginas no son de lo más edificantes.

De este grupo, que era de los más numerosos, se desprendió bruscamente un general, hombre de más de cuarenta años, con la barba gris y con cierto aspecto de aseo, de elegancia y aun de refinamiento. Este general era el coronel protector de Pedrito.

Con una rapidez eléctrica se difundió una sonrisa maliciosa en todo el grupo, todos volvieron la cara para ver alejarse al general.

Concha acababa de pasar.

Todo el grupo los siguió con la vista, y Concha y el general se perdieron por las calles de Plateros.

Concha había notado que alguien la seguía, pero no volvía el rostro: varias veces se paró fingiendo contemplar esa multitud de curiosidades y objetos de lujo que forman pequeños museos detrás de un cristal en las calles de Plateros y San Francisco. A veces notaba Concha que los pasos que iban resonando detrás de ella cesaban. Ya no le cabía duda: la seguían.

—Si vuelvo la cara —pensó Concha— esta acción deberá traducirla mi perseguidor de este modo: «Ya sabe que la sigo», y esto cuando menos es entornar la puerta; fingiré que no le veo.

La mujer, como no tiene alas, está muy mal parada siempre que hay cazador en el cercado. Si la mujer supiera volar o, por lo menos, correr, podría decirse en amor que al mejor cazador se le va la liebre. Pero la mujer empieza por no saber qué hacer cuando la persiguen.

Siempre cree acertar, y siempre yerra. Siempre cree defenderse, y se entrega.

El general conoció que Concha disimulaba y dijo:

—¡Bueno! —con la misma satisfacción con que un cazador diría «no me ha visto la res».

Concha creyó que su disimulo era tan perfecto que nadie se apercibiría de que disimulaba, y creyó esto con tanta más razón cuanto que «extrañó» los pasos.

Era que el cazador estaba sobre la pista, y habiendo dado un paso adelante procuraba quedarse atrás.

Por lo visto, el general era buen cazador.

Concha no volvió a sentir los pasos y se vio tentada de hacer una solemne contramarcha.

¿Qué deseaba en aquellos momentos Concha? ¿Que la siguieran o que la olvidaran? Nosotros no lo sabemos, ni Concha tampoco.

He aquí la suerte de una mujer pendiente de un cabello.

Concha se sintió halagada de que la siguieran, y la idea de serle indiferente a «aquél», quien quiera que fuese, ofendía su vanidad de mujer, y de mujer engalanada.

Cuando la mujer acaba de trazar en el tocador el renglón de la compostura, lo coloca, como los impresores, entre dos manecillas: de aquí nace que la mayor ofensa que podéis hacer a una mujer compuesta es no verla.

Concha, como hemos dicho, se había engalanado, había comenzado por calzarse unos pequeños botines de raso negro, adornados con cuentas y encajes; se había ataviado competentemente, no la faltaban ni el lujoso libro de misa ni el magnífico pañuelo, ni el velo, esa indecisión encantadora y provocativa, esa interposición seductora que se llama velo, y detrás del cual la mujer os acecha y os hostiliza con ventaja y premeditación.

Las mallas del punto negro os ofrecen la hermosura como el follaje de las florestas os presenta el horizonte tornasolado de la tarde.

Vuestra ilusión entonces, aunque no seáis pintor, completa las líneas que el velo deslía en un vapor formado de hilos negros.

Cuando Concha echó de menos los pasos pensó en todo esto: le parecía que sus botines estaban irreprochables porque en *El botín de los novios* saben calzar admirablemente; juzgaba además que aquel saco de terciopelo negro lo había confeccionado Celina, y pensaba, en fin, que el más exigente de los genios del gusto y de la moda la encontraría vestida con toda la elegancia y coquetería apetecibles.

Concha cambió de repente de opinión, como si la veleta de su sexo hubiera recibido el aletazo de un viento contrario, y dijo para sí:

—¡Qué se yo qué pobre diablo será el de los pasos! Vale más no volver la cara, porque sería desgarrador encontrarme con un palurdo o con un viejo. Por otra parte —pensó entrando en una nueva serie de ideas de distinto género— ya no debo amar a nadie: Arturo ha muerto, Pío Blanco...

Al llegar aquí Concha se ruborizó.

—Pío Blanco está preso, mi hermano también y sería yo una loca si pensase...

Decididamente voy a ser una mujer juiciosa y Dios me ayudará.

Y como si todo esto fuera lo que Concha sentía más vivamente, creyó tomada su última resolución y anduvo más de prisa.

Al cabo de un rato sintió los pasos y después la voz de una persona que casi al pasar junto a Concha dijo:

—Adiós, general.

—¿Será general? —pensó Concha con la velocidad del rayo.

Un soldado inválido se acababa de parar, cuadrándose al frente y dirigiendo la vista en dirección del perseguidor de Concha.

—Sí es —pensó ésta, y experimentó cierto ofuscamiento, sus ideas se confundieron, y en aquellos momentos no predominó en su ánimo resolución ni pensamiento alguno.

El principio de toda caída es ese desvanecimiento siniestro. Todos los malos pasos son precedidos de un sopor que parece ser el aliento de la fatalidad.

Concha entró en su casa como si acabara de sucederle algo, y, en realidad, no tenía más enemigos que su pensamiento y el ruido de unos pasos.

En la senda de lo indeterminado y de lo porvenir, la mujer lleva sobre el hombre la ventaja de los presentimientos.

Concha entró en su lindo dormitorio; ya estaba aseado, había desaparecido ese desorden de campo de batalla, los cofres habían vuelto a cerrarse, los botes de pomada habían vuelto a guardar bajo el tapón su volátil esencia, no sin haber impregnado la atmósfera del retrete, comunicándole no sabemos qué de sensual y de comfortable.

Concha, antes de arrojar el velo, dirigió una mirada al espejo. Así la había visto el general, con velo; en seguida lo arrojó y se dejó caer en un magnífico confidente de brocatel azul. Así permaneció un largo rato.

El pensamiento de Concha pasaba por una de esas oscuridades indefinibles, que son una parálisis. Ni ella misma sabía en qué pensaba. Se podía decir, propiamente, que estaba desprevenida.

El cuerpo de la criada se dibujó en la puerta.

—Buscan a usted —dijo.

Concha se estremeció, tuvo miedo, tembló y no supo qué contestar.

Había algo en la fisonomía de Concha, que la criada tradujo por una sonrisa, y desapareció.

Un momento después, el general estaba delante de Concha.

Concha iba a pararse, pero se le doblaron las piernas.

El general saludó con suma gracia.

Concha estaba sintiendo esa impotencia parecida a la de ciertos sueños, ese embargamiento irresistible del susto que retiene la secreción de la saliva y que impide toda acción.

El general se sentó junto a Concha.

—Perdone usted, señorita, mi atrevimiento; pero estoy locamente enamorado de usted.

—Pero, caballero —dijo Concha con extrañeza.

—Conozco que debe usted culparme; pero lo hecho no tiene remedio. Conozco que la posición de usted es muy delicada, y que, después de los acontecimientos desgraciados de que todos nos lamentamos, quedaba usted expuesta a ser la burla de algún mal caballero. Yo vengo a ofrecer a usted, no sólo mi corazón, sino el aseguramiento de su porvenir. Tiene usted un hermano, de cuya suerte me he encargado ya.

Hay un resorte noble y poderoso en el corazón de la mujer, que la hace superior a toda seducción.

Concha sintió que se rebelaba algo en su interior, como la dignidad suprema; y la pobre hija de doña Lola y don Jacobo, la polla humilde se revistió de la altivez de la dama, y colocada en ese pedestal a que tienen derecho todas las mujeres que defienden su pudor, lanzó una mirada de sublime orgullo al general.

El general bajó los ojos, porque también en el corazón del hombre hay, en todas las circunstancias de la vida, un resorte sensible que cede ante el derecho y ante la justicia.

El gran señor, el opulento, el novelesco general, se había sentido humillado ante aquella mujercilla débil.

Hubo un momento de silencio.

El general procuraba rehacerse.

Concha estaba conociendo que había obrado bien.

Concha tenía su causa a su favor, y se sentía con fuerzas para luchar.

El general hizo lo que todos los calaveras, abandonó el terreno legal para armarse de osadía y cinismo.

—Confío —prorrumpió al fin— en que los escrúpulos desaparecerán en breve.

—¡Los escrúpulos! —repitió desdeñosamente Concha.

—Estoy dispuesto a todo.

—En ese caso...

Y Concha dirigió una mirada a la puerta.

—Menos a marcharme —se apresuró a decir el general.

—¡Ah! —dijo Concha con profunda ironía.

—Sea usted razonable y hablemos como buenos amigos: la amo a usted.

—¿Desde cuándo?

—Hace un siglo.

—No soy tan vieja.

—El amor no envejece.

—¿Y los militares? —preguntó Concha fijando sus ojos expresivos en los cabellos del general.

—Son siempre jóvenes.

—Pero no siempre ganan.

—Peleando...

—Aquí pierde usted, señor general.

—¿Qué?

—El tiempo.

—¡Quién sabe!

—Es usted presumido.

—El amor es tenaz.

—Como los viejos.

—Vamos, hermosa Concha, veo que he logrado volver a usted su jovialidad.

—¿Porque me río?

—Sí.

—Es que no debo tomar por lo serio ninguna burla.

—Yo no me burlo.

—Se divierte usted caballero, y como no me ha bastado indicar a usted que debía marcharse, me veo precisada a tolerar su visita.

—Yo procuraré que llegue a serle a usted agradable.

—Es difícil.

—Poniendo todos los medios, así lo espero: por ejemplo, si le repito que es usted una mujer encantadora, cuyos ojos...

Concha miró al general.

Se había movido en Concha otro resorte. El amor propio de la mujer está siempre entre ella y su virtud.

El general vio desfilar sus avanzadas.

Acercó su silla. Concha recogió la orla de su vestido negro.

—Conchita —dijo el general como si rectificara sus posiciones— me encantan los desdenes de usted.

Concha miró al general.

—Y sus ojos —añadió éste.

Concha los cerró.

El general acercó más su silla, y como Concha no lo vio porque tenía los ojos cerrados, no recogió la orla de su vestido negro.

—Aseguro a usted, Conchita, que vamos a pasar una tarde muy divertida.

Concha intentó levantarse.

—Es inútil —dijo el general.

—¿Inútil? —preguntó Concha con extrañeza.

—Me he permitido proporcionar a la criada de usted la inocente diversión del teatro. Se da *El Jorobado*, y la pobre muchacha va a estar muy contenta. *El Jorobado* es muy bonito.

—¿Sí?

—Es de Juan Mateos.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa.

—Quiere decir, caballero —dijo Concha de repente— que usted ha tomado posesión de mi casa sin mi consentimiento, y ya dispone usted hasta de mis criados.

—Pido a usted mil perdones.

—¿Y me deja usted sin una persona que me sirva la mesa?

—Aquí estoy yo.

—Muchas gracias.

—Soy hombre prevenido.

—¡Pero qué es lo que oigo!

—Que me he permitido el placer de que comamos juntos.

—¡Pero caballero!

—Pido de nuevo perdón; pero ya está aquí la comida.

—¡Hola! —dijo en seguida en voz alta, y como en una escena de comedia aparecieron dos criados del *Hotel de Iturbide* con una gran charola y trastes.

—Aquí —dijo el general acercando a Concha la mesa redonda.

—Pero...

Los criados saludaron ceremoniosamente y comenzaron a colocar los platos y los cubiertos.

Concha estuvo a punto de violentarse; pero conoció que era dar un escándalo inútilmente, se sintió humillada y le pareció que aquel hombre llevaba su audacia a un término increíble: bajó los ojos, los ocultó entre su pañuelo y se puso a llorar.

Los criados, después de haber colocado el primer servicio, se retiraron.

—Es muy triste que se ponga usted a llorar en los momentos de tomar la sopa —dijo el general—. Es necesario que tenga usted más calma y que se preste usted a entrar en amena conversación.

Concha mordía su pañuelo, conteniéndose para no estallar.

—Caballero —dijo al fin levantándose— me veo precisada a decir a usted que está abusando cobardemente de mi aislamiento y de mi posición; pero por desvalida que parezca, todavía me considero con la entereza suficiente para echar a usted en cara su proceder y para suplicarle que se retire.

—Van a notar los criados lo que aquí pasa.

—Lo deseo así.

—¡Qué dirán!

—Me ampararán si los llamo.

—Es difícil, están gratificados.

—Para servir, pero no para ser infames.

—Conchita, es inútil toda resistencia. En último resultado, después de comer o somos dos buenos amigos, o me despediré de usted para siempre.

—Es que ni por un momento consentiré en que esta escena se prolongue.

—Celebro que haya usted tomado esa resolución, porque el cambio me será

favorable.

—Ya basta —dijo Concha golpeando el suelo con su pequeño pie—. Ordene a usted que salga.

—Tengo el sentimiento de desobedecer a usted.

—¿Pretende usted acaso conquistar mi aprecio por medio de una conducta tan extraña y tan inconveniente?

—Precisamente.

—Hasta ahora no se ha hecho usted acreedor más que a...

—¿A qué?

—¡A mi odio!

—Ya es un paso. Si usted se estuviera riendo, me vería tentado de plegar mis banderas; pero empieza usted por odiarme y el odio es una de las puertas del cariño.

—No he de amar a usted nunca.

—Usted se engaña.

—Detesto a los hombres fatuos.

—Pero la fatuidad es un defecto que desaparece en la primera transacción, y sobre todo, Conchita, todo lo que estoy haciendo es incoherente, descabellado, torpe, si se quiere, pero usted tiene la culpa.

—¿Yo?

—Usted me ha enloquecido con sus ojos, y por la primera vez en mi vida siento en mí los efectos de una verdadera pasión. Si yo perdiera la esperanza de ser amado por usted, me suicidaría.

—¡Qué horror! —dijo Concha en tono de profundo sarcasmo.

—Búrlase usted de mí, pero no hará más con esto que exacerbar mis sentimientos; desprécieme usted pero no conseguirá más que poner a prueba mi constancia, porque lo que pasa aquí no es una burla, no es un entretenimiento, es una resolución irrevocable, porque nace de mi profunda convicción y de mi amor, de un amor que he sentido desde que la vi a usted por la vez primera.

—¿Dónde? —preguntó Concha sin reflexionar en lo que hacía.

—En el teatro —contestó el general, reanimado con la pregunta de Concha— aquella tarde iba usted vestida de azul, estaba usted encantadora, y desde entonces no he podido olvidarla. La he seguido a usted por todas partes, he rondado al pie de su balcón y me había conformado con ver a usted de lejos y con amarla en secreto; pero cuando he sabido la desgracia de usted y he contemplado su situación, me he decidido a dar este paso, a arrostrar hasta con su cólera, pero para poderla decir que no está usted sola en el mundo, que hay un hombre que vela por usted y que la protegerá y la cuidará en todo tiempo; y si mis palabras en nada logran conmover su corazón, me conformaré con ser su protector, su padre, su escudo, aunque usted no llegue a amarme nunca. No osaré, por otra parte, colocarme en otra posición ni recibir de su cariño o de su desprecio más que lo que la voluntad de usted me otorgue libremente. Si algún día llega usted a tener piedad de mí, lucirá ese día para mí como

la aurora de mi felicidad, y si jamás llego a tocar esa dicha, me resignaré con mi suerte, pero tendré el consuelo de amar a usted como nadie la ha amado en el mundo.

En seguida reinó en la habitación un silencio solemne.

Concha estaba leyendo en un gran libro, dejando atrás la historia de Arturo como un prólogo inédito.

El general había sabido dar a su voz esa entonación conmovedora de la pasión, y no en vano la oratoria cuenta más triunfos que la verdad y la justicia.

Los actores de la comedia humana se disputan, como los pájaros, la supremacía en las inflexiones de la voz. La elocuencia de los sonidos está elevada al rango de arte divino.

¿Qué mucho que los cómicos sociales enumeren los triunfos de sus cadencias, de sus entonaciones y de su «juego de garganta»?

Concha estaba abismada, y toda la perniciosa influencia de la vanidad y el orgullo la orillaban a una caída segura.

Después de una larga pausa Concha exclamó:

—¡Estoy sola en el mundo!

—No, Concha, no está usted sola desde el momento en que ha sabido inspirarme una pasión que no acabará sino con mis días.

Los criados de la fonda se presentaron de nuevo trayendo la comida.

Concha, al levantar la cara, encontró la mirada suplicante del general.

Uno de los criados destapó la sopera.

El general, viendo que Concha no se sentaba, hizo una seña a los criados para que se retirasen.

Cuando estuvieron solos, el general continuó:

—Ruego a usted de nuevo, Concha, que acepte este asiento, me someto a sus fallos, estoy pronto a obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

—¡Gracias! —dijo el general con una efusión de ternura increíble.

Los criados se acercaron para hacer platos. Concha fingía comer.

El general había abierto una brecha: el gallo había luchado como valiente.

Capítulo VI

Los pollos fritos

LAS PRIMERAS diligencias judiciales acerca de Pío Blanco habían dado ya lugar a que, por la secuela de la causa, se viniera a resolver la importante cuestión de la pena.

Al llegar las cosas a este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un runrún fatídico había resonado como el graznido del gavilán sobre la cabeza de los pollos.

Este runrún era esto: la última pena.

Pío Blanco empezó a verlo todo negro delante de sus ojos.

El primer día del runrún, Pío Blanco no comió pastelitos, ni bebió copas, ni estuvo decididor. Le dolía la cabeza.

La muerte tiene irremisiblemente su lenguaje, su expresión políglota; hasta los pollos la comprenden.

Y nos proporcionan la honra de llamar a un pollo reo de muerte «un pollo frito», valiéndonos de una de las frases que hemos oído (y no es cuento) en boca de los mismos pollos: «Estoy quemado, estoy tostado, estoy frito.»

Pío Blanco, según él mismo decía, «estaba frito.»

La negra imagen de la muerte, cariacontecía al pollo insustancial; pensaba, por la primera vez en su vida, en algo muy serio: se figuraba ahorcado, sacado a la vergüenza, escarnecido.

En tal grado de abatimiento y desazón, lo encontró una de sus cotidianas visitas.

—¿Qué tienes, Pío? Te veo triste —le dijo el pollo recién venido, que era en efecto otro barbilindo como Pío Blanco.

—Nada —contestó éste.

—¿Cómo nada? Estás triste.

—Es cierto.

—¿Pero qué motivo?

—Anda el runrún de que me sentencian a muerte.

El barbilindo entonó una carcajada en octava alta. La carcajada del pollo tiene algo de la escala cromática.

Por otra parte, es muy difícil que un pollo se ría solo. Pío Blanco rio también.

¡Qué hermosa es la edad de la risa! La risa es el pío de los pollos, y todos los pollos pían al mismo tiempo.

—¡No seas estúpido! —continuó.

(El *carnet* de donde está tomada esta historia conserva el tipo original del lenguaje expresivo de los pollos, que no es para libros. *Nota del autor*).

—¿No consideras —continuó el barbilindo de la escala cromática— que la horca es para los «mecos»?

(En el caló del pollo, «meco» es pobre. *Ésta es otra nota del autor*).

—Sí —replicó Pío Blanco— pero dicen que el juez es muy malo.

—Por malo que sea ¿crees que siendo yo sobrino del gobernador?... ¡Bah! ¡bah! ¡Pues no faltaba más! Yo te garantizo que no te hacen nada. La levita, chico, es una garantía social. ¿A cuántas «personas decentes» has visto ahorcar?

—Eso no impide que pudiera yo ser la primera.

—No estás solo en el mundo; tienes amigos, tienes relaciones. No hay más que ver tu prisión convertida en tertulia, no hay más que oír las conversaciones de las muchachas en Bucareli, en el teatro, en todas partes, para convencerse de que entre el reo de muerte y tú hay una distancia considerable.

—Por otra parte... —continuó el pollo, tomando ese aire solemne, peculiar de este bípedo, ese aire de personaje en ciernes, con el que el pollo toma actitudes cómicas, hilvana frases pomposas, y sazona su conversación con una que otra blasfemia de piloto o de carretero.

Este pollo estaba retratable, se había puesto a horcajadas en la silla, apoyando los brazos en el respaldo, y prosiguió de esta manera:

—Por otra parte, chico, si tú has matado a Arturo, fue en un lance de honor del que nadie está exento, y en probando que fuiste provocado y conducido por honor al sitio del combate, te salvas irremisiblemente.

—Tienes razón, y, por otra parte, yo creo que no hay ninguna ley que obligue a un hombre a ser cobarde.

—Ya se ve que no la hay.

—Él tuvo la culpa.

—Mira, en eso hay su más y su menos.

—¿Por qué?

—Porque tú le enamoraste a Concha.

—Parvedad de materia, chico; él me había enamorado antes a otra, y no me quejé ni la eché de guapo: bien es que no consiguió nada.

—¿Y tú?

—Ya sabes, chico, ya me conoces.

—¡Pobre Arturo!

—Puedes creer que lo siento y te aseguro que yo no creí matarlo: el tiro de mi pistola lo disparó el diablo, porque yo no me acuerdo haber apretado.

—Lo que yo creo que sucedió fue que tú, asustado, estiraste por un movimiento nervioso.

—Eso ha de haber sucedido. ¿Conque tú crees que no me condenarán?

—Estoy seguro. Ya sabes que cierta persona muy amiga nuestra está en el negocio y, sobre todo ¿sabes a quién vas a deber tu salvación?

—¿A quién?

—A Andrea.

—¿Es posible?

—Es infatigable en sus empeños, y la pobre está tan afectada que no habla de otra cosa.

—Pues no ha venido a verme más que una vez.

—Como que tu cuarto está siempre tan concurrido.

—No debo quejarme.

—Como que no se habla de otra cosa en todo México.

—Mira qué lindo *bouquet* (un pollo nunca dice ramo) me han regalado las González.

—¡Hola! —dijo el pollo mirando de reojo un lindo ramo de pensamientos, heliotropos y violetas.

—¿Y lo has descifrado?

—Naturalmente: ya sabes que las González son fuertes en el lenguaje de las flores, y yo...

—¿Y qué has sacado en limpio? ¿Qué es lo que dice ese *bouquet*?

—Dice: «Pensamos en tu amor, joven modesto».

—«Pensamos» —repitió el pollo visitante— lo comprendo por los pensamientos.

«En tu amor...»

—Por el heliotropo morado y blanco —interrumpió Pío Blanco.

—«Modesto» por las violetas; pero la palabra joven no la comprendo.

—Mira este clavel rojo en botón que está en el centro de las violetas.

—Es cierto.

—Ésa es una de las conquistas que pensaba hacer.

—¿Y ya no lo piensas?

—¿Pero qué quieres que haga en este maldito cuarto?

—Pronto saldrás, y te ofrezco acompañarte a hacer tus primeras visitas para ser testigo de la emoción que vas a causar, porque, después de todo, chico, un lance como el tuyo lo hace subir a uno en la estimación de las gentes.

Llegaban aquí cuando se abrió la puerta de la habitación y aparecieron el alcaide, el escribano y un escribiente con dos soldados.

Venían a llevar a Pío Blanco ante el juez, para dar nuevas declaraciones.

Pío Blanco se puso descolorido y salió, custodiado hasta llegar a la presencia del juez.

Apenas salió Pío Blanco de su habitación y fue percibido por los presos del patio, se levantó un murmullo sordo y llegaron distintas a los oídos del pollo algunas frases por este estilo:

—Oye tú ¿qué *levita-ba*?

—Pues será lo *roto*.

—¿*Pos qué* también?

—¡No digo! ¡*Cuantimás!*

Pío Blanco se puso encendido como el botón de clavel de su gran bouquet porque comprendió la intención de aquel caló insultante.

En seguida compareció ante el juez.

Pío Blanco estaba en verdadero punto de pollo frito.

Aquel aspecto imponente y severo del ceremonial, aquellas figuras grasientas y repugnantes de los empleados del juzgado y de los adláteres, tinterillos, apoderados y reos, más o menos taciturnos y displicentes; algunas mujeres de mala vida en acecho en los corredores y avenidas de los juzgados; el ruido incesante de los presos que vagan en los patios; el trajín de los destinados a la limpieza; el cerrar de puertas y cerrojos; el golpeo seco de los fusiles de los centinelas y escoltas de los reos que se cruzaban en varias direcciones, y ese conjunto de sonidos sólo peculiares del lugar donde la ley reúne al criminal y a la justicia, todo produjo en el ánimo de Pío Blanco una emoción indescribible.

Se nos había olvidado presentar a Pepe a nuestros lectores, y vamos a cumplir con esta prescripción de la buena crianza.

Pepe era uno de esos pollos que brotan de la noche a la mañana, como la flor de San Juan; de esos pollos que empluman en chiribitil y se exhiben el día menos pensado, ingresando sin ceremonia a la carpanta.

Por lo que a nosotros toca, diremos que Facundo se lo encontró un día en el jardín del Zócalo cuando este jardín llevaba poco tiempo de plantado.

He aquí las circunstancias de su conocimiento.

Una masa compacta de curiosos avanzaba precipitadamente, disputándose ver algo de lo que pasaba a un señorito elegante que sostenía acaloradamente un altercado con dos guardas diurnos.

Era un pollo cuyas mejillas aparecían color de cresta, en virtud del bochorno que estaba sufriendo. El pollo era Pepe.

Tenía en la mano un cuerpo de delito.

Este cuerpo de delito era una flor.

—Yo no la he cortado —decía Pepe.

—¿Y a mí qué? —le contestaba un diurno ex-carbonero— esa es la orden del señor Trigueros.

—Pero esto es una injusticia.

—Después se quejará con *quen* corresponda —decía el otro diurno ex-veterano.

—Que se lo pongan —agregó un policía de a caballo recién metido a hombre de bien.

—Que se lo pongan —repitió un muchacho—. ¡Que se lo pongan! —gritaron cien voces en coro, y el grupo ansiaba ver la repetición del espectáculo, que algunos días había sido ya la diversión de los transeúntes.

Pepe dirigía en vano sus miradas inquietas en derredor de sí, buscando una alma caritativa que lo pudiera librar del tormento que le amenazaba; pero los diurnos, que para testarudos nacieron, hacían gala de su rigor y de su celo por el cumplimiento de

la ley.

Varias veces se acercó Pepe al oído de sus verdugos ofreciéndoles una propina; pero no había remedio, aquellos caribes no se dejaban seducir, pues su firmeza era el resultado de estas tres cosas: en primer lugar, eran indios; en segundo lugar, tenían armas; y en tercero, se trataba de un ser indefenso. De manera que de las brascas negativas pasaron sin dificultad a las vías de hecho.

La negra mano de uno de los diurnos tenía asido el brazo espigado del pollo, mientras el otro ejecutor le colgaba a Pepe, a guisa de escapulario, una tablita blanca con este letrero: POR DESTRUCTOR.

Apenas sintió Pepe Pardo el sambenito se rebeló y empezó a retorcerse y a sacudirse entre los dos guardas que le ajaban el cuello y los puños de la camisa, daban al traste con el *chic* del peinado y la corbata, y hacían del pobre pollo la más descompuesta y ridícula figura que puede imaginarse. El concurso reía con un buen humor admirable, porque todo aquello, en último resultado, no era más que una escena cómica sin trascendencias: los gritos de la multitud crecían por momentos y aquel rumor estrepitoso de risas iba trayendo a un centro, como hormigas, a muchos transeúntes, a los concurrentes al atrio de Catedral, a los cocheros del sitio que formaban el mosquete más imponente y mordaz, a los cargadores, a los vendedores de golosinas y a todo el mundo.

Los empleados en el Ministerio de la Guerra abrieron algunos balcones, los centinelas de Palacio llamaron al cabo cuarto para denunciarle al pelotón de gente, conforme a ordenanza; los empleados del Gobierno del Distrito abrieron también sus balcones, y ansiosos salían a contemplar la práctica de la providencia gubernativa con esa satisfacción propia del que dicta, escribe, lleva o comunica las órdenes superiores, y por lo tanto está colocado sobre las víctimas.

Codeando, empujando y abriéndose paso con mil trabajos al través de aquella masa compacta de curiosos, caminaba Pío Prieto en socorro de su desgraciado amigo Pepe, hasta que logró colocarse a su lado.

—No seas bárbaro, Pepe —le dijo Pío cuando estuvo a su alcance— tú no sabes la Biblia.

Y tomándolo del brazo se disponía a marchar con él en medio de la escolta que ya era de ocho guardas de policía; pero viendo que se resistía, le quitó el rótulo del cuello y se lo plantó Pío con aire de triunfo, y comenzó a andar, llevando del brazo a su amigo en medio de un aplauso general y de la risa de los concurrentes.

Pío, con esa vivacidad y desenvoltura propia del pollo, se contoneaba, hacía cucamonas y reía con los curiosos, procurando dar a aquella escena el carácter de un verdadero juguete.

Pepe respiró y comprendió cuán torpe había sido en resistirse.

Los pollos dieron cabales las dos vueltas prescritas en la orden, en torno del jardín y, devolviendo el cartel a los guardas, les dijo Pío:

—Ea, muchachos, a ponérselo a otro, porque ya me cansó esa tabla. ¡Adiós,

hijitos!

Un nuevo aplauso acabó de acreditar a Pío y de lisonjear su vanidad de calavera.

La reunión se disolvió, y Pío Prieto y Pepe se dirigieron acto continuo a la pastelería de Plaisant a tomar un ajeno, licor muy a propósito para aturdirse después de las pasadas emociones.

Pepe Pardo era hijo de un sastre de Morelia; a los catorce años y en virtud de esa ley de que hemos hablado, que mejora las generaciones, encontró un día muy prosaico el dedal y muy oscuro el porvenir: comprendió que en Morelia, siendo hijo de Pardo el sastre, no podía aspirar a nada; y hurtando un día a su padre cincuenta pesos, declaró su independencia y se echó a andar por esos mundos de Dios.

Oscuro, pobre y desarrapado, llegó a México, y hubiera descendido hasta la última degradación, si un señor muy caritativo no le hubiera proporcionado una plaza de dependiente; y, si hemos de creerle a él mismo, no conoció a su madre, ni tuvo jamás noticias suyas.

Pepe Pardo vivía, pues, como el pez en el agua. Como no sabía hacer otra cosa que medir, era dependiente de una casa de comercio, en la que sus patrones no creían haber encontrado en Pepe otro Cicerón.

Capítulo VII

Las pollas copetonas

FALTARÍAMOS a las reglas de estricta justicia si nos dejásemos en el tintero ciertos apuntes relativos a las pollas de alto copete, supuesto que nuestra pluma se ha deslizado ya en el terreno de las observaciones con respecto a las pollas de baja estofa.

Sara y Ernestina nos han ministrado a su vez el material de este capítulo, y comenzaremos por describirlas.

Sara estaba clorótica. Ernestina también.

La raza meridional se despide dejando por recuerdo esta generación enclenque de productos gallináceos cuya constitución médica es la anemia.

Esta degeneración peculiar de los grandes centros de población, se hace más palpable en México a merced de las condiciones climatéricas que se apresuran a preparar una raza liliputiense; y eso con la imprescindible ayuda de las píldoras de Blancard, del fierro de Quevenne, de la bola de Nancy y del aceite de hígado de bacalao.

El último ser del reino animal exhausto y débil, pide ya socorro al reino mineral siempre fecundo.

Una de las grandes cuestiones que han preocupado siempre a la humanidad es esta: la manera de ser.

Y la política, la moral y la filosofía, nunca han descansado en la ímproba tarea de arreglar nuestro viaje por el planeta.

Pero hoy la ciencia tiene que ocuparse preferentemente en asunto de más vital importancia, y clama sobresaltada.

Esperad, porque no hay sujeto.

Están desertando las niñas de las filas de la pubertad; la precocidad de la inteligencia, el desarrollo moral están cortando todos los botones del jardín y nos vamos a quedar sin flores: ¡esperad!

Las pollas se dan prisa y la sangre de estos pimpollos escasea, languidece, se agota: ¡esperad! Esperad a que el carmín de los quince colore las mejillas.

Escabasse contesta con la vigésima importación en el año de cien cajas de colorete extrafino.

La palidez amarillenta, serosa de la anemia aún no desaparece: esperad.

Cien avisos de cremas al bismuto, de blanco de perla y de cascarilla de La Habana, se ríen con su brevete de invención de la ciencia médica.

Esperad aún, los cabellos caen como el pasto sin riego, esperad a que se

fortalezcan, porque habiendo sangre...

Dos mil muertas se agitan en sus tumbas echando de menos sus cabelleras, que se quedaron en el mundo para dar más guerra de lo que las mismas propietarias pudieran imaginarse.

Las que se van han adquirido la costumbre de dejar sus cabellos a sus sucesoras: no hay que apurarse por cabellos.

Esto no tiene remedio.

Sara y Ernestina crecían así, luchando, elaborándose, completándose, la cabeza con crepé de muerto, la tez con *aquarella*, la estatura con tacones, el cuerpo con cojines y la sangre con fierro.

Como eran ricas, tenían médico y, además, maestro de piano.

Sara y Ernestina cantaban y tocaban.

Pero las bases y condiciones constitucionales de la cantatriz faltaban a las pollas. En aquellos pulmones no había aire: el fuelle estaba comprimido y era insuficiente, y Ernestina cantaba una *Traviata*, para taparse los oídos. Su voz convencional no atacaba las notas, las atrapaba; modulaba pujando, subía chillando, respiraba jadeando, y bajaba graznando; pero cantaba la *Traviata*, según todos los vecinos y según ella misma.

Sara solía acompañarla al piano y algunos pollos solían formar la claqué.

De las tres bellas artes, la música es la que hace más víctimas. Se puede uno librar de un mal poeta y de un mal pintor, pero de un mal músico jamás.

Al pintor y al poeta los elude la voluntad, pero si un mal cantante se os para enfrente, armaos de resignación: sus ensayos y sus gallos y todos sus mortales esfuerzos, pertenecen a todo el que tenga oídos.

El cantante no puede ocultar el borrador. Los vecinos de un músico apechugan con los borradores y con las copias en limpio.

Por este grave inconveniente, Facundo abandonó la música: tuvo a tiempo compasión de su auditorio.

Ernestina no abandonó la música, al contrario, después de la *Traviata* puso el vals de Ascher.

El papá y la mamá de Ernestina pasaban unos ratos deliciosos. No sabían música por supuesto.

Sara y Ernestina eran primas; pero tan iguales como si lo fueran de guitarra: tenían la misma voz, el mismo cuerpo, el mismo pie, tomaban las mismas píldoras, se bañaban juntas en la «Alberca Pane» y en Chapultepec, y se querían mucho.

En cuanto a higiene, como el médico les había recomendado muchas cosas buenas, iban a la Alameda al clarear de las diez, se desvelaban y comían poco, oían misa de doce en Catedral, los domingos; y en cuanto a instrucción, sabían hasta de memoria las confesiones de Marión Delorme, las gracias de Ana de Austria y todo lo que se aprende de historia en las novelas de Ponson du Terrail.

Sara y Ernestina, estaban amenazando a la sociedad con convertirse de un día a

otro en madres de familia: por lo demás, eran caritativas, habían vestido a Concha, según sabe ya el lector.

Estas dos pollas finas tenían muchas amigas, muchos pretendientes, muchas visitas y muchos deseos de no quedarse para vestir santos.

El médico llegó a juzgarlas tan faltas de sangre, que las obligó a desayunarse a la puerta de un matadero con sangre caliente de borrego; medicina en boga y por medio de la cual los hijos de Esculapio piden al ganado lanar lo que la raza gallinífera pierde cada día.

Todo lo cual no impedía que Sara y Ernestina fueran dos pollas de moda, concurrentes asiduas a todas las funciones gratis, a todas las comedias de aficionados y a todos los bailecitos.

Una nube de pollos las rodeaba, y cada uno de ellos ponía su grano de arena en el curso teórico de amor; pero cada uno de ellos estaba muy lejos de formalizarse en tales asuntos.

La noticia de la muerte de Arturo cayó en aquella parvada como un pellejo de carne.

—¿Qué dice usted, qué desgracia, Alberto? —decía Ernestina—. ¡Pobre Arturo, tan joven, tan elegante y tan simpático!

—Qué quiere usted, hija —contestó Alberto con resignación de general en jefe— los hombres estamos en el mundo para eso. ¡Qué diablo! un lance cualquiera lo tiene, yo me he batido dos veces.

—¿Es posible?

—¡Vaya!

—A ver, cuente usted eso.

—Tenía yo una chica, y cierto fastidioso me la quiso burlar en mis barbas; y no hubo más, nos batimos.

—¿Y qué?

—Nada; que después supe que nuestros padrinos habían cargado las pistolas, retacándolas, para que subieran los tiros, y no nos hicimos nada.

—¡Ah! ¡Así qué gracia!

—Pero es que nosotros no lo sabíamos, y lo que es yo le confieso a usted que tuve «mi cacho de cuidao».

—¿Y Sara? —continuó el pollo para cambiar de asunto.

—Le ha dado un ataque de nervios espantoso.

—¿Por la muerte de Arturo?

—Sí.

—Qué ¿lo quería?

—Vea usted Arturo... ya lo conocía usted, era muy enamorado y a Sara le decía unas flores que... oiga usted... se iban haciendo peligrosas... figúrese usted que se trataban de esposos.

—¿Cómo?

—Sí; entraba Arturo y le decía a Sara: «¿Qué haces, esposa?» «¡Esposo, buenas noches!», contestaba Sara, y así era siempre. Y luego con una gracia que se despedía diciendo: «¡Esposa, adiós, bendita seas!»

—¡Hombre! —exclamó Alberto— ¡qué bonito! Voy a aceptar esa frase; con que... ¡Adiós, esposa, bendita seas! ¡Bueno! Yo tengo dos o tres amigas a quienes les digo «esposa» y esta noche voy a despedirme así: ¡Adiós, esposa, bendita seas!

—Arturo decía que eso se lo aprendió a Zorrilla.

—¿Conque decía usted que a Sara le dio ataque de nervios?

—Sí.

—¿Y cómo estuvo eso?

—Figúrese usted que le dan la noticia de sopetón, y lo primero que hizo Sara fue caer como herida de un rayo.

—¿Y cómo cayó?

—En los brazos de su primo. Vea usted que fortuna, que si no hubiese estado allí ese joven, de seguro se mata Sara.

—¿Y luego?

—Eso fue retorcerse y voltear los ojos en blanco; vamos, una convulsión espantosa. Vino el médico y Sara privada, y esto fue trabajo; por aquí sinapismos, por allí baño de brazos, álcali y frotaciones con cepillo; y, vamos, la escena fue terrible.

—Pero ¿se le pasó?

—Sí; pero todavía sigue tomando el valerianato de amoníaco. ¡Pobre Sara!

—¡Sí, pobre Sara! ¿Y usted?

—Yo soy fuerte, me he enfermado también, pero no como Sara.

Todos los pollos en aquella casa se vistieron de luto, y de la noche a la mañana y de la mañana a la noche no cesaban de hacer comentarios sobre la catástrofe, y algunos barbilindos, sacando partido de las circunstancias, consideraron como muy favorable la de tener necesidad de consolar a las pollas afligidas.

Consolar es siempre una misión grata que se desempeña con gusto, especialmente cuando se trata de consolar pollas.

Uno de los principales triunfos de las virtudes, es que los vicios les usurpan su forma para cubrirse. Alberto, por ejemplo, al saber la muerte de Arturo pensó en sustituirlo en el cariño de Sara; pero enamorarla durante el duelo hubiera sido torpe, de manera que Alberto se ciñó a consolarla y tras de esta obra de misericordia tejía el pollo su red.

Capítulo VIII

La ensalada se sazona con pimienta y sal y se revuelve

TENÍAIS muchísima razón, Monsieur Honorato de Balzac, hombre privilegiado, profundo filósofo, gran conocedor de la sociedad, vos que con vuestro escalpelo literario disecasteis el corazón humano; vos que con vuestro talento superior supisteis introducir en el mundo espiritual, y revelar al mundo pensador los tenebrosos y complicados misterios del alma; teníais razón en pararos a meditar mudo y absorto, y de abismaros en la contemplación de este dédalo de misterios que se llama corazón humano. Prestadme algo de vuestra sublime inspiración, un ápice de vuestro ingenio, una sola de vuestras penetrantes miradas, para contemplar a mi vez a mis personajes, pobres creaciones engendradas en la noche de mis elucubraciones y de mis recuerdos.

Yo también suspiro por el mejoramiento moral, yo también deseo la perfectibilidad y el progreso humano; y escritor pigmeo, lucho por presentar al mundo mis tipos, a quienes encomiendo mi grano de arena con que concurro a la grande obra de la regeneración universal.

De tan alta consideración son las razones que me han obligado a escribir mi *Ensalada de pollos*.

Los pollos son la generación que nos sucede, la semilla que ha de fructificar mañana, y la que atestiguará ante la posteridad que los barbados de hoy no pasábamos de gallos tolerantes y olvidadizos para con la preciada prole, esperanza nuestra.

Nuestros pollos están emplumando a toda prisa, su canto es ronco con uno que otro falsete exprimido y chillón, y caminan sin detenerse en esa senda oscura, objeto de nuestras graves reflexiones.

Blanco, Prieto y Pardo están sueltos, están en libertad: sucedió lo que nos pensábamos, lo que pensaban los amigos del homicida.

Vamos a entrar en el relato de hechos de un orden superior, en pos de los pollos de esta ensalada. Al grano, porque el grano es necesario para los pollos.

Pío Blanco, Pío Prieto, Pepe y Pedrito, cuya pista habíamos perdido, están juntos.

Ocupan un simón ¡terrible síntoma! Este simón atraviesa a eso de las ocho de la mañana la plazuela de San Pablo.

Los pollos están vestidos de domingo, pero con traje de campo. Dentro del simón va una caja de vino, otra de puros y algunas latas de pescados en aceite.

Toman la dirección de la calzada de la Viga y llegan a la orilla del canal, que por ser la orilla y embarcarse allí los paseantes, se llama el embarcadero.

Arrástranse perezosamente en el fango más de veinte canoas planas, cada una de

las cuales tiene en su proa un marinero de agua dulce, de raza indígena pura, y que de náutica y océanos saben tanto como de latín: aquellos pilotos medio desnudos, ofrecen en tumultuosa algarabía sus embarcaciones al aproximarse el coche que conduce a los pollos. Éstos volaron, más bien que saltaron, de la caja del coche al suelo.

El pollo suele omitir los escalones, los estribos, los pasamanos, los barrotes de las sillas y otras comodidades, porque su genio inquieto le da algo de aéreo; son ágiles y la mayor parte de ellos gimnastas.

Había dos especies de embarcaciones: unas, las que conoció Guatimotzin, sin la más ligera reforma, quiere decir, con toldos de carrizo y petates y sin asiento; y otras, con toldo de madera forrado de hoja de lata y con asientos.

Los pollos eligieron una de estas últimas llamada *La capitana*; porque a aquellas canoas puede faltarles quilla, timón y hasta asientos, pero no les falta el nombre grabado en uno de sus costados.

El patrón de *La capitana* comenzó a aderezar su embarcación con toda la gravedad de un buen servidor que se propone recibir a sus amos dignamente. De un pequeño cajón sacó unas sucias cortinas de brin que colgó a los lados del toldo, y vistió los asientos de las bancas con unos guardapolvos de indiana; extendió un petate y en seguida enarboló la bandera nacional, de media vara cuadrada, sobre el toldo de la canoa.

La capitana estaba empavesada.

Los pollos se precipitaron al interior empujándose y echándose agua unos a otros.

Al fin, cansados, quedaron en paz por un momento; pero bien pronto el ruido de un coche los hizo salir de la canoa y saltar a tierra.

—Ellas son —dijo Pío Blanco.

Efectivamente venían en un coche cuatro amigas de los pollos. Éstos se apresuraron a recibirlas.

—Buenos días, Concha —dijo Pío Blanco a una de las recién venidas— ¡qué guapa vienes!

—¡Hola, Lupe! Que bien te está esa red de estrellitas: pareces un cielo de Nacimiento —dijo Pedrito a otra las convidadas.

Éstas bajaron ostentando toda la exhuberancia de sus abultadísimas faldas de muselina de chillantes colores, y comenzaron a colocar en la canoa canastos y bultos, que contenían las provisiones de un almuerzo.

A pocos momentos partió el coche hacia la ciudad, el barquero desatraca su embarcación, y bien pronto las cuatro parejas hendían tranquilamente las aguas del canal que conduce a Santa Anita y a Ixtacalco.

—Concha, tú eres el bello ideal de mis ensueños —decía Pío Blanco ofreciendo un vaso de coñac que alternativamente pasaba de mano en mano—. Bebe, Concha, y bebamos todos para olvidar las pasadas desventuras.

—Yo concibo en ti —dijo después de una pausa— a la mujer perfecta, a la mujer

en la plenitud de su libre albedrío. ¡Bendita seas!

—Explícame eso —dijo Concha.

—Es muy sencillo: odio las trabas, aborrezco la ley, detesto la prohibición, no reconozco en ningún hombre el derecho de coacción, soy libre por excelencia.

—Eso es porque tienes sangre de pájaro —dijo Pío Prieto.

—Tal vez, y como creo en la transmigración, siento en mí que he sido faisán.

—¿A quién le ocurrió eso de la transmigración? —preguntó Pedrito.

—A un tal Pitágoras —dijo Pío Blanco.

—Era hombre de talento —exclamó Pedrito.

—Lupe ha de haber sido paloma —dijo Pío Prieto.

—¿Y yo? —preguntó Andrea dirigiéndose a Pío Blanco.

—Tú, Andrea, tú eras una alondra.

—¿Qué animal es ese?

—La golondrina —gritó Pepe.

—Propongo un brindis por la libertad del preso —dijo Pepe.

—Sí, sí por Pío Blanco —repitieron Pío Prieto y Pedrito.

—Por los valientes —dijo Pepe.

Y bebieron todos alternativamente hasta consumir el vaso de coñac.

Pío Blanco era entre los pollos el que gozaba de más reputación y aun le veían con cierta consideración, reconociendo la superioridad de su ingenio y de su fuerza.

Pío Blanco hacía magníficas planchas en el trapecio, jugaba a 7 y 9 en los bolos, les daba una bola en el billar a los otros pollos, bebía más, fumaba puro, tenía más poblado el bigote, tenía varias novias, hacía versos y había matado a Arturo; razones todas por las cuales Pío Blanco llevaba la voz, y sus decisiones eran admitidas casi como una orden, sin apelación.

Concha era la más bonita de las cuatro damas de aquel festín y su amistad con Pío Blanco era más antigua.

La canoa acababa de atracar en Santa Anita y le salieron al encuentro varias indias vendedoras de flores y de lechugas. Pepe tomó cuatro coronas de rosas y las ofreció a las señoras, quienes sin ceremonia coronaron sus sienes al ruido de las aclamaciones y los aplausos de los pollos.

Después de una corta espera, la canoa siguió bogando a lo largo del canal con dirección a Ixtacalco.

Este pueblo, que es uno de los paseos favoritos de los habitantes de la capital y objeto de expresas visitas para los forasteros, conserva inalterable su aspecto desde tiempo inmemorial. La poderosa mano de la civilización lo respeta como un monumento raro, y no parece sino que está destinado este pueblo a esperar a orilla del canal a las generaciones venideras, a que vengan a contemplarlo como prenda arqueológica. Este pueblecito indígena por excelencia, atestigua la imperturbabilidad de sus aborígenes y su muda protesta contra la civilización europea.

No pasa día por Ixtacalco. Se parece a esas personas a quienes deja uno de ver

diez años, al cabo de los cuales sorprende no encontrarles ni una cana más ni un diente menos.

Ixtacalco es refractario al progreso. Hasta sus árboles parecen estacionarios: son casi todos sauces, de la misma familia, escuálidos y en forma de escobas: parecen una serie de admiraciones colocadas a los lados de las chozas que vieron nuestros antepasados.

Pero Ixtacalco es solicitado también, desde tiempo inmemorial, por los amantes: es el lugar de las citas amorosas y en el que se ha celebrado el cumpleaños de las nueve décimas partes de los habitantes de México.

No sabemos qué tiene de atractiva aquella soledad y aquel silencio que distinguen a Ixtacalco; no parece sino que las legumbres y las amapolas gustan de la soledad como los poetas. Aquel es el reino de las lechugas, el emporio de los rábanos y las coles.

Sus jardines son a los de la ciudad lo que los almacenes a las tiendas al menudeo. Aquellos jardines singulares han considerado las flores como artículos de comercio, y huyendo de las variedades y los matices, emprenden la grave tarea de sembrar una fanega de amapolas o tiran un almud de semilla de espuela de caballero o una cuartilla de mercadela.

No forman ramilletes, sino tercios de flores, y representa una renta respetable el consumo de zempazóchitl, de chícharo de olor y de otras flores cuyas especies no pasan de seis.

Las familias indígenas que pueblan aquel gran pantano convertido en hortaliza y almacén de flores, no viven más que del producto de su cosecha.

Las aguas que dividen la multitud de cuadriláteros de tierra, que como otras tantas manzanas forman una ciudad de flores, legumbres y sauces espigados, ministran a los rústicos habitantes cultivadores una pesca abundante de pescaditos, ajolotes, *acociles* y ranas.

Los que visitan a Ixtacalco tienen el deber de recorrer las chinampas, de coronarse de flores y de saborear las aceitosas hojas de la lechuga.

A fuer de imparciales recordamos que algunos empresarios modernos han fabricado salones circulares a manera de palenques, destinados a las familias, que los toman en alquiler para días de campo.

Estos salones han visto mucho, hacen bien en no hablar, pero saben más que un libro. En estos salones se baila, se come y se ama. En uno de ellos acababan de instalarse nuestras cuatro parejas.

Capítulo IX

En el cual la dicha de todos los personajes va a más y mejor

RETROCEDAMOS un poco.

Muy poco tiempo tardó Concha en dejar de ver las cosas color de rosa; y contra todo lo que se esperaba, iba siendo más desgraciada cada día.

Concha no se quejaba más que de su suerte. A su suerte le echan muchos la culpa de lo que les sucede.

Ésta es una salida fácil y en la que buscan un consuelo los desgraciados.

Lo difícil es echarse uno la culpa a sí mismo, cosa que ni por las mientes les pasa a la mayor parte de esos desgraciados.

Concha no había hecho más, en todo caso, sino dejarse llevar de los acontecimientos.

—Privada me robaron —decía— yo no pude oponer resistencia. Arturo no se podía haber casado nunca conmigo; después se metió el general a mi casa, y yo no pude hacerlo salir. ¿Qué culpa tengo de todo esto? Es mi mala suerte.

—Amé a Arturo: yo debía haber amado al sastre o al de la guitarra; pero esa fue mi suerte.

—No debí salir de mi casa, pero mi suerte...

—No debí haber admitido al general; pero el general es tan pegoste y tan porfiado... Mi suerte, en todo mi suerte ¡qué hemos de hacer!

¡Heroica resignación!

Los prosélitos de esta fácil y expeditiva resignación hacen su viaje por este mundo, dando traspiés de desgracia en desgracia, todo por su mala suerte.

También doña Lola estaba resignada con su suerte, según ella misma decía. Se le había lanzado don Jacobo a la revolución por su mala suerte; pero en cambio se le había aparecido don José, que era su paño de lágrimas.

De todos modos, Concha no estaba contenta con su suerte, porque hubiera querido que el general hubiera sido un ángel; pero era una bestia feroz, un oso blanco.

Le había salido celoso como Otelo, no la dejaba ni a sol ni a sombra. Arturo era más confiado, como niño al fin; pero el general, el general la tenía mártir, y representó dos veces al día «El tigre de Bengala» durante cinco meses.

Concha lloraba también dos veces al día, y algunos días dejaba de llorar dos horas en veinticuatro. No cesaba Concha de quejarse de su mala suerte.

Cuando Pío Blanco salió de la cárcel fue cuando Concha empezó a consolarse de nueva cuenta: es cierto que Pío había matado a Arturo; pero en cambio la consolaba ahora de las barbaridades del general.

La primera visita de Pío Blanco, al salir de la cárcel, fue para Concha. Esto era una fineza.

Y todas las demás visitas tenía el pobre de Pío que hacerlas escondidas del general, todo por no causarle un disgusto a Concha.

Cada una de estas otras cosas era otra fineza.

En lo único en que Concha tenía suerte era en las finezas que hacían con ella.

La última fineza de Pío Blanco fue la de dar un día de campo sólo por Concha, sólo por distraerla, por librarla un día siquiera de la ferocidad del general, por verla reír y gozar con el campo, con la canoa, con las chinampas y con todo lo del paseo. Irían amigos de confianza como Pío Prieto, como Pepe Pardo, y sobre todo, Pedrito, que era tan buen chico.

Cada uno de estos tres pollos había de llevar una señora, y Pío a Concha. Total: ocho personas.

Había una persona que supiera mejor la historia de Concha que Concha misma: esta persona era Casimira. Desde que Concha se emancipó, Casimira no se ocupó en más que seguirle la pista, y en tener al tanto a doña Lola por el fidedigno conducto de toda la vecindad, de todo lo que hacía Concha.

La víspera del día de campo de Pío, había interrumpido un diálogo de doña Lola y don José un acontecimiento notable.

Acababa de entrar al patio de la casa de doña Lola un hombre a caballo preguntando por la esposa del coronel Baca.

—No vive aquí —gritó Casimira— aquí no vive la mujer de ningún coronel, aquí todas somos pobres.

—Niña, aquí ha de ser —insistió el jinete.

—Que no, le digo... ¡Esposa de coronel! Ni para un remedio.

—Se llama doña Lola.

—¿Doña Lola?

—Sí.

—¿Y su marido?

—Pues don Jacobo Baca.

—¿Ya es coronel?

—¡Pues no!

—Entonces, aquí es, hombre de Dios, eso es hablar en castellano. Si ya es coronel don Jacobo entonces... ¡Doña Lola! ¡Doña Lola! —se puso a gritar Casimira—. ¡Doña Lola! Ya don Jacobo es coronel, y la vienen a llamar a usted de su parte. Suba usted, señor —agregó dirigiéndose al jinete— allá en el corredor de arriba, en la vivienda del rincón.

El jinete se apeó y subió a ver doña Lola.

—Un ojo con mi caballo, señorita, por vida de lo que más estime.

—No tenga usted cuidado, que aquí nada se pierde, toda es gente segura y de muchos años: no faltaba más sino que se perdiera algo en la casa de nuestra Señora

de la Luz. ¿No vió usted el letrado al entrar?

—Qué tal —continuó Casimira, dirigiéndose al grupo de vecinos que rodeaba ya el caballo— hizo bien don Jacobo; yo de hombre haría lo mismo; no hay como la revolución para salir de pobres. ¡Coronel! ¡El señor coronel! Já, já, ja. Con razón le dije a ese hombre que no era aquí la casa: ¿quién había de pensar? Por eso me gustan los liberales, y es chinacate legítimo que se le conoce a legua: miren qué buen caballo; ¿quién sabe de quién serías tú, animalito, y cuántas muertes deberá el héroe que te trepa! ¡Que viva don Jacobo! Oigan, vecinas, vamos a felicitar a doña Lola y a obligarla que nos dé tamales y atole de leche, como albricias de la buena noticia.

—No, mejor chongos —dijo una vecina.

—Mejor mole de guajolote —agregó otra.

—¡Eso es! ¡Cada uno va pidiendo, no se puede decir nada, hambrientos!

—Hambrienta tú, que quieres tamales luego.

—Es justo.

—Cállense, que ya baja el del caballo.

—Y es buen mozo —dijo muy quedito una vecina.

—Muchas gracias, señorita —dijo el jinete a Casimira—. Ahí está eso para nieve —y le dió un peso.

—¡Ah, qué señor! —dijo Casimira haciendo desaparecer completamente su pupila izquierda, pretendiendo hacer una coquetería.

—Mi medio —dijo un muchacho, animado al ver que daban.

El jinete repartió pesetas y medios a todos los curiosos, montó a caballo y dio las buenas tardes. Aquel enviado extraordinario hizo un efecto mágico en la vecindad.

Doña Lola recibía por primera vez una carta de su marido y por primera vez también recibía dinero. El enviado había informado a doña Lola que el coronel Baca era muy valiente y que ya mandaba una fuerza que merodeaba por Ajusco, bajaba a Tlalpam y solía recorrer los pueblos de Xochimilco y Mexicalcingo.

Doña Lola y don José cuando se hubieron repuesto de la primer sorpresa se pusieron a leer la carta de don Jacobo, que decía así:

Monte de Ajusco, etc.

Mi querida esposa de mi cariño: Mealegraré que al recibo desta te ayes con salud en compañía de nuestros ijitos y compadre don José esta solo sereduca a que como andamos ya cerca con la fuerza por orden del cuartelgeneral y como siempre triunfaremos telo paso avisar paque un día vengas a Xochimilco y te pueda ver y a mis ijitos de mi corason ay te mando eso para tí son sin cuenta pesos que los disfrutes mea legraré.

Tu esposo que ver tedesea.

C. CORONEL JACOBO BACA.

—¡Qué dice usted, compadre de mi alma! —exclamó doña Lola al acabar de deletrear la carta y dándose una palmada en el muslo derecho que hizo estremecer a don José.

—¿Qué dice usted no más? Yo me alegro por mi compadre.

Don José y doña Lola se quedaron viéndose el uno al otro.

Después de aquellas dos exclamaciones, ninguno de los dos se atrevía a indicar el giro que debería tomar la conversación, hasta que después de un largo rato don José dijo:

—¡Con que coronel!...

—¡Coronel! —repitió doña Lola abriendo los ojos y encogiendo los hombros—. ¡Coronel!

Volvió a reinar el silencio, durante el cual don José jugaba con la carta que tenía en las manos.

—¿Con que usted cree, compadre, que triunfará la revolución?

—Vea usted... los papeles públicos... esos de los periódicos dicen que no y que no; pero la revolución siempre triunfa y mi compadre lo dice de puño y letra y como ya es jefe...

—Jefe, sí señor, y muy jefe. ¿Cuánto tienen los coroneles?

—Vea usted, en campaña... asegún...

—¡Ah!... —exclamó convencida doña Lola, y al cabo de un rato continuó—: ¡la vuelta de don Jacobo!

—Eso, comadre, eso, la vuelta.

—Porque en fin...

—Eso es lo que yo digo.

—Y lo de Concha.

—Usted, dirá... lo de Concha.

—Y lo de Pedrito.

—Lo de Pedrito; pero al fin es hombre.

—Cierto, es hombre y los hombres... donde quiera.

—¡Ay doña Lola!

—¡Ay don José!

Don José suspiró. Doña Lola también suspiró agregando:

—¡Ya ni compadres nos decimos! ¿Qué dice usted?

—¡Cabal! Yo le dije a usted «Ay doña Lola» y usted me contestó: «Ay don José», y es que como nos ha cogido de sopetón la noticia.

—De sopetón... que ni quien se la esperara.

—¡Albricias, albricias! —gritaba Casimira subiendo la escalera, haciendo mucho ruido y seguida de algunas vecinas y de todos los muchachos de la vecindad.

Esta irrupción dió término a la perplejidad de doña Lola y don José.

Los cincuenta pesos estaban todavía sobre la mesa.

—Aquí hay para tamales, doña Lola; nos va usted a convidar a tamales porque ya es usted coronela. Muchachos ¡que viva la coronela!

—Vamos, vamos, Casimira —se atrevió a decir don José— es necesario no armar escándalo por eso.

—Como usted es tan callado quiere que todo se haga quedito; pero no señor, es

necesario festejar esta noticia. ¿No es verdad, doña Lola? ¡Como que ha de estar usted contentísima! Yo también tengo mucho gusto porque no volverá usted a pedirme mis planchas prestadas. Don José —agregó Casimira dirigiéndole una mirada diabólica— ya viene el amo.

Don José se mordió los labios. Doña Lola no se deshizo de sus importunas visitas sino después de haberles ofrecido una tamalada.

Capítulo X

Continúa la hoja de servicios de don Jacobo

EL VIEJO del rancho de las Vírgenes, como recordará el lector, había juzgado propicio el temporal porque estaba seguro de que no lo inquietarían durante la noche.

María y Rosario continuaban haciendo sus preparativos de marcha, y Pepe y Rafael no habían vuelto del campo.

Por lo que respecta a la guerrilla de Capistrán, debemos decir algunas palabras.

Capistrán no se llamaba Capistrán; tenía otro nombre que había juzgado prudente hacer olvidar.

Capistrán no luchaba precisamente por la patria, por más que la patria se empeñara en contarle en el número de sus fieles servidores, merced a los registros oficiales del Ministro de la Guerra.

Capistrán se había acogido a la gracia de indulto o la gracia de la revolución, que es lo mismo. Su vida pasada había llegado a ponerle en este predicamento: ahorcado o liberal.

Por lo visto no vaciló y defendió la libertad. El gobierno lo admitió como *ficha* por no verlo convertirse en su contrario. Ésta es una de las gloriosas transacciones de la guerra civil.

Capistrán pasó de reo a héroe, y decía muy ufano y muy para sí: «Mi vida está en la bola», y procuraba a toda costa que esta bola de fuego y sangre fuese la bola de nieve, quiere decir, que fuera creciendo.

Sus aliados lo conocían y él conocía a sus aliados; el delito común es un lazo tan fuerte como el peligro común. Ésta es la fuerza moral de la guerrilla.

Tristemente hay algo que sustituye al patriotismo y a la subordinación, y es el remordimiento.

La salvación de un sentenciado está envuelta en estas palabras: «Triunfar, sobreponerse». ¿De quién? ¿De qué? ¿Por qué? No importa: vencer, no importa a quién; matar, aterrorizar, sobreponerse, este es el valor del cobarde. A este valor debe México un raudal de lágrimas.

Capistrán y los suyos eran ese monstruo que se llama guerrilla y que renace a las primeras tempestades revolucionarias como esos insectos que salen de su caracol a las primeras aguas.

Lo que en Capistrán no se atrevería a llamar hoja de servicios ni la misma revolución, era un conjunto tal de crímenes asquerosos que horrorizaba.

Después de estos ligeros apuntes biográficos sigamos a Capistrán la noche de la tempestad.

La guerrilla había encumbrado el monte, huyendo del fondo de las barrancas y de las vertientes impetuosas de las partes bajas de la serranía.

Aquella tarde ostentaba toda su pompa salvaje la tempestad de Otoño. Después de los primeros aguaceros, el cielo pareció tomar aliento para emprender de nuevo una terrible lucha.

Jirones azules aparecieron algunas veces, y en esos jirones alguna nubecilla tornasolada por el sol poniente; pero bien pronto otras nubes gruesas, pesadas y pardas, se precipitaban con violencia para cubrir esos intersticios azules, mengua del furor de la tormenta.

Pielagos cenicientos e inconmensurables quedaban en los horizontes como reserva de aquellas nubes monstruosas y negras que barrían las montañas en tropel gigantesco.

Destacándose en uno de esos fondos plomizos, se dibujaban por intervalos las siluetas de la guerrilla: no se sabía si eran los perfiles de «peñas cargadas» o de formaciones basálticas, o nubes desgajadas y rotas por el huracán aquellos erizamientos de la montaña.

Los relámpagos determinaban cambiantes cárdenos azulosos y violados en el fondo, y las siluetas aparecían entonces negras como un arbolado.

No se distinguía el movimiento de Capistrán y los suyos, porque el rápido movimiento de las nubes desvanecía.

A poco una nube parda se arrastró sobre la loma y confundió el perfil fundiendo el cielo con la tierra; después se perdió todo; había sólo ante la vista esa pesada transparencia que precede en un lejos al chubasco.

En seguida el espacio fue blanco, era una inmensa cascada de granizo...

Acerquémonos.

Capistrán va por delante, su caballo echa sangre por la boca y las narices, y sus ojos parecen saltar de sus órbitas, porque enseña esa línea blanca que da a los caballos un aspecto salvaje.

Capistrán, en vez de calarse hasta las cejas su gran sombrero, lo lleva echado hacia atrás y recibe la lluvia en la cara y lleva algunos granizos detenidos en sus negros cabellos.

Capistrán no tiembla, ruge. Es una fiera que ante la muerte y ante el rayo, grita. Llama a la ira en socorro de su terror.

A cada trueno se oye una blasfemia de Capistrán.

El rayo arranca por todas partes una oración: a Capistrán le arranca un aullido. Aquel aullido era la más sublime expresión del miedo.

Pero el miedo de Capistrán era el miedo de los valientes, quiere decir, el miedo de tener miedo.

Las nubes de aquella borrasca habían revuelto las nubes de la conciencia de Capistrán y al rayo del cielo oponía Capistrán el reto del réprobo.

Aquella monstruosidad transmitió sus reflejos a los otros jinetes y brotó un coro

de maldiciones, y cada uno de ellos se decía a sí mismo:

«Aquí es donde para no parecer cobarde se necesita gritar», y sus formidables gritos se ahogaban en el estallido de un rayo o en el mugido de los torrentes.

Cada cual pensaba que Capistrán debía mandar hacer alto, los caballos iban a perderse, ya dos iban mancos y casi todos heridos por los espinos y raspados en los despeñaderos; pero ningún jinete se atrevía a quedarse atrás ni a objetar, ni a murmurar con su compañero.

Capistrán sabía que lo maldecían interiormente, pero se gozaba en el abuso de su autoridad y le parecía que «estaba probando a los muchachos», como él llamaba a su tropa.

En los primeros momentos de la tempestad reinó la animación en la guerrilla al aspirar, hombres y bestias, ese vivificador aroma que se desprende de la tierra al empezar la lluvia.

Después el terror se apoderó de los espíritus por un momento.

En este momento Capistrán arrojó una maldición, gritó, azuzó a su caballo y dijo a sus compañeros:

—¡Adelante, muchachos, y que nadie se «raje»!

Los muchachos entraron al período de excitación a que los condujo Capistrán.

Después de este período vendría el desaliento, el cansancio, acabaría todo vigor hasta en Capistrán, y al fin la naturaleza desencadenada triunfaría de aquellos seres débiles.

Parecía que todos presentían por intuición la proximidad de este período y se daban prisa.

Un momento más, y la guerrilla hubiera acampado en una cueva próxima; pero un relámpago dibujó a los pies de los caballos como un lago azulado, con fajas de plata, con arrecifes negros y una nave en el centro.

Era el valle con sus arroyos, sus arboledas y su casita: la casita del rancho de las Vírgenes. Aquella casa blanca tuvo un hilo eléctrico para cada jinete y produjo en la guerrilla una sobreexcitación.

Don Jacobo Baca era el único a quien algunos rayos le habían arrancado estas palabras:

—«Señor Dios que nos dejaste...»

O bien:

—«Glorifica mi alma al Señor y mi...»

Pero Capistrán o el vecino más inmediato se encargaba de cortar con una interjección enérgica aquella oración rudimentaria que se volvía a tragar don Jacobo.

Don Jacobo pensó, al ver la casa blanca, que iba a comer y a dormir. Otros compañeros pensaron que iban a «habilitarse». Los más inmediatos a Capistrán, que iba a haber zambra. Y Capistrán que iba a hacer una de la suyas.

Descendía la guerrilla al valle cuando ya la noche había cerrado completamente.

Capistrán moderó el paso y a poco dio resuello a los caballos y dijo con voz

ronca:

—Ya no griten.

Siguieron el camino y a poco hizo alto Capistrán.

Echó pie a tierra y dijo muy bajo:

—Compónganse —y arregló la silla de su caballo, lo cinchó de nuevo, se bajó el sombrero y quitó los botones de las fundas de las pistolas y el del carcax en que llevaba el *spencer*, y aflojó la espada del ajuste de la empuñadura en la vaina.

Estas precauciones no fueron secundadas del todo entre los demás jinetes, pues algunos se redujeron a imitar el movimiento y a estirar las piernas, desentendiéndose de esos detalles precisos e interesantes.

Capítulo XI

El rancho de las vírgenes. Rápidos progresos de don Jacobo

TRANSCURRIÓ un largo espacio de tiempo en medio de un silencio terrible.

La lluvia había calmado, y la tempestad recorría en lejanas distancias el espacio.

La guerrilla desfilaba entre las malezas, sin hacer ruido: parecía una gran serpiente negra que se arrastraba acechando la casita blanca.

En el interior de esta casita se oía el animado diálogo de Rosario y María; vibraba su voz en medio del silencio como el lejano canto de los zenzontles en el bosque.

El peón que velaba en el portal se adelantó algunos pasos hacia el campo, y se puso en observación: nada se oía, pero notaba un ruido extraño, mezclándose al de las corrientes.

A poco entró a buscar el viejo.

—¿Hay novedad? —preguntó éste al ver entrar al peón.

—Creo que vienen ya.

—¿Por dónde?

—Deben estar cerca: no se ve, pero se oye.

—¡Y mis hijos!

—No han venido.

—Que entren los peones: corre, aquí nos encerramos; que traigan sus armas.

—¿Qué hay, padre? —entraron preguntando Rosario y María.

—Nada, hijas, nada, una precaución; vamos a encerrarnos.

—¿Y mis hermanos? —dijo María.

—Ya vendrán. ¡Pronto, a la troje! Allí se encierran ustedes.

—¡Ya vienen! —gritó un pastor.

—¡Ahí están ya! —dijo un peón.

—¡Mi machete!

—¡Acá todos!

Y tropel de mujeres y niños y algunos peones se precipitó al patio de la casa, en medio del ladrido de los perros que husmeaban en todas direcciones y aturdían mezclando sus ladridos a las voces de los peones, al llanto de los chicos y al inexplicable rumor de la repentina alarma.

—Ya nos sintieron —dijo Capistrán, y aflojó la rienda a su caballo, que se desprendió como una saeta, y tras él los demás jinetes, y al último don Jacobo.

Capistrán llegó a tiempo que iban a cerrar la puerta, al grado que un momento después se hubiera estrellado contra ella; pero el caballo de Capistrán azuzado, se lanzó sobre la última línea de luz que proyectaban las dos hojas de la puerta, línea

que se ensanchó de nuevo para dibujar toda la figura del bandido.

Se oyeron tres tiros en la azotea, y después dos en el patio, y en seguida un rumor siniestro y una confusa algarabía de golpes, quejidos, gritos, blasfemias y alaridos.

Un guerrillero había caído del caballo en el patio; todo era confusión y desorden en medio de la más profunda oscuridad.

Dos jinetes tiraban tajos y mandobles y acometían con sus caballos a cuatro peones que habían hecho fuego sobre ellos, y que en seguida se defendían a culatazos, pero bien pronto cayeron a los pies de los caballos.

Otros forzaban una puerta que daba al interior de las habitaciones, y Capistrán gritaba a los suyos:

—¡Mátenlos a todos!

Capistrán había disparado los seis tiros de su primera pistola, y había empuñado la espada.

Poco tiempo bastó para que hubieran desaparecido del patio todos los de la casa.

Un guerrillero apareció con un hachón.

Había cuatro cadáveres. Eran éstos: los dos peones, un guerrillero y el viejo.

Capistrán los reconoció uno por uno, y al llegar al último hundió todavía dos veces su espada en el pecho inerte del anciano, que yacía en un lago de sangre.

—Ahora sí —exclamó— así andarán siendo chismosos estos mochos. Muchachos ¡que viva la libertad!

—¡Que viva! —gritaron algunos con voz lúgubre, en medio de aquel cuadro de muerte.

En seguida Capistrán distribuyó su fuerza. Envió algunos a forzar puertas, otros a perseguir a los de la azotea que se habían escondido, y a otros a rondar por el exterior y a atrapar a los fugitivos.

—No suelten a las mujeres; y si chillan, mátenlas.

Don Jacobo no había sido atacado en toda la refriega más que por un perro, que se empeñó en no dejarle movimiento; y don Jacobo, entrando en singular combate, sable en mano, sacrificó su primera víctima en aras de la patria.

Atravesó el perro de parte a parte, y después le partió la cabeza hasta callarlo.

Cuando hubo terminado buscó más gente a quien matar; pero ya no había, y entonces fue cuando don Jacobo se sintió en todo el apogeo de su valor personal.

Permanecieron más de una hora aquellos bandidos abriendo baúles y sacando ropa y dinero; obligaron a los prisioneros a cargar la mula de casa con el botín, y dos guerrilleros con la mula, y los dos peones a quienes obligaron a arrear, fueron los primeros que salieron del patio.

Capistrán había recorrido toda la casa.

Uno de los que rondaban por el exterior entró corriendo al patio.

—¡Mi coronel! viene gente —dijo a Capistrán.

—Vayan dos que vean quién es.

—¡Tropa armada! —gritó un tercero.

—¡A caballo! —dijo el jefe.

—Es la fuerza de la Soledad —gritó un tercero.

—Echa el hachón en el ocote y vámonos —dijo Capistrán a un camarada—. Acá todos: que Juan, el Coyote y Chema cubran la retaguardia. ¡Vámonos!

—No están todos —dijo uno.

—Van por delante.

—¿Por *onde jalamos*?

—A coger la vereda grande, y si nos pican mucho, en dispersión, a caer mañana al Gato.

—¿En la Lomita?

—Sí hasta arriba.

No bien se habían alejado los últimos jinetes, cuando comenzó a salir de la casita blanca una ráfaga rojiza que iluminaba el principio de una nube negra en forma de espiral.

Aquella luz fue creciendo, y una lengua de fuego se mecía majestuosamente en el espacio, difundiendo una penumbra temblorosa en los campos vecinos.

Pepe y Rafael venían por el valle con una fuerza de caballería, y al ver el incendio se desprendieron bruscamente de las filas para llegar los primeros.

El patio de la casa era una inmensa hoguera, que había comunicado el fuego a las trojes y a las piezas interiores.

Rafael iba a precipitarse con su caballo a aquel horno, y Pepe le detuvo.

—Todo está ardiendo; espérate.

—¡Rosario! —gritó Rafael.

—¡María! ¡Padre! —gritó a su vez Pepe— ¿por dónde están? ¡Padre, padre!

Sólo el chasquido de la madera que ardía y ese zumbido siniestro de las grandes llamas, respondía a los acentos de la desesperación de aquellos jóvenes.

—¡Por atrás —gritó Pepe— por la otra puerta!

Y los dos hermanos se precipitaron en busca de la puerta. Estaba rota la puerta de la troje que daba al campo; entraron a caballo gritando siempre a Rosario, a María y a su padre.

Nadie contestaba.

Se oyeron algunos tiros de los que cubrían la retaguardia de Capistrán.

Pepe y Rafael lograron penetrar por una ventana a las piezas interiores: el desorden de las habitaciones les reveló el drama que acababa de pasar.

El dolor de aquellos dos huérfanos no tenía límites.

—Estarán en el patio.

—¡Ardiendo! —exclamó Rafael.

—¡Vamos!

—¡Vamos!

El viento, que comenzaba a soplar de nuevo, había alejado el humo y las llamas de la puerta, y los jóvenes pudieron penetrar algunos pasos; tropezaron con el cadáver

de su padre, cuyos vestidos comenzaban a arder.

—¡Mi padre! —gritó Pepe— ¡ay... y mis hermanas! ¡María! ¡Rosario!

Los dos jóvenes se precipitaron hacia el cadáver para apagarle los vestidos con las manos.

La fuerza de caballería de la Soledad, siguió persiguiendo a la guerrilla.

A Rafael le acometió un acceso de locura, y dejó a Pepe llorando sobre el cadáver del viejo.

Ni una voz humana resonaba al rededor de la casita, de donde hasta los animales habían huido para el campo.

A poco rato apareció un peón que había logrado esconderse y encontró a Pepe besando la fría y destrozada cabeza de su padre.

—¿En dónde están mis hermanas?

—Se las llevó la fuerza.

—¿Quién?

—Capistrán.

—¡Ah, Capistrán, Capistrán! —gritó aquel joven levantando la frente al cielo como para pedir el castigo para el asesino.

Dos días después, a veinte leguas de distancia del rancho, la fuerza de la Soledad pudo alcanzar a la guerrilla.

Rafael estaba entre los perseguidores, se había incorporado con la esperanza de rescatar a Rosario: esta fuerza la mandaba el dueño del caballo prieto que montaba don Jacobo, y estaba compuesta en lo general de vecinos agraviados por Capistrán.

Rafael fue acogido con entusiasmo por la fuerza, pues era conocedor del terreno y de valor acreditado.

Capistrán fue sorprendido en un recodo del camino, y no bien hubo aparecido su fuerza a la vista de la que lo perseguía, cuando lanzándose como una flecha Rafael, llegó hasta Capistrán que le esperaba preparado para dispararle a quemarropa.

Rafael había empuñado su espada. Capistrán hizo fuego; pero casi al mismo tiempo se sintió pasado de parte a parte por la espada de Rafael.

Entre los demás contendientes, se trabó una lucha encarnizada, en la que hasta don Jacobo, sacando fuerzas de flaqueza, se acreditó de valiente; se batió con el valor de la desesperación y fue afortunado en sus golpes, al grado de poner tres contendientes fuera de combate.

La fuerza de Capistrán, desmoralizada, se dispersó, abandonando el botín.

Rafael acababa de caer herido; pero en los brazos de Rosario y de María que habían presenciado aquella horrible escena.

El denuedo con que cargaron los perseguidores de Capistrán, hizo notable este hecho de armas, al grado que un periódico dijo a los pocos días que el supremo gobierno era lo más popular y querido que conocía, porque por todos los ámbitos de la república se veían levantarse fuerzas armadas y montadas por su cuenta para exterminar a la canalla.

Los restos de la fuerza de Capistrán formaron nueva banda a las órdenes de don Jacobo Baca.

Capítulo XII

De cómo la ventura del pollo, es flor de un día

EL LECTOR, el benévolo lector, que hasta este capítulo habrá tenido la paciencia de seguir nuestro relato, ha visto a Concha desbarrancarse; y acaso juzgue por lo mal pergeñado de lo escrito hasta aquí, que el autor tiene más parte que las circunstancias en ese desbarrancamiento.

Pero ¡lejos de nosotros tan dañada intención! Y para probar que sólo copiamos, hacemos en seguida algunas anotaciones.

Téngase presente que toda contravención del orden moral que rige a la sociedad y a la familia, es un camino errado, que sólo conduce a la aberración y a la desgracia.

Minar por su base la sagrada institución del matrimonio es un atentado, cuyas consecuencias recaen, inexorablemente, sobre el delincuente.

La unión legítima es el único pedestal en que descansa la felicidad de la familia; ésta es una de las más severas prescripciones de la moral universal, y toda infracción es irremisiblemente funesta.

Escribimos en una época harto fecunda, por desgracia, en ejemplos de esta especie; época de abjuración, de vacilación y de duda, de cálculos y de errores.

No, Concha no podía ser feliz; porque la felicidad es un premio reservado al bien obrar: las víctimas del becerro de oro no tendrán jamás bastantes lágrimas para lavar su conciencia.

—«Todas las que se ponen castaña se van» —decía Casilda la bizca, y en el fondo la bizca decía una gran verdad.

La pasión del lujo está engrosando cada día las filas de la crápula, y pasma el aplomo con que millares de jóvenes pobres aceptan en el mundo su papel de parias sociales, concurriendo gustosas al aislamiento de la infamia.

La mujer, en México, ya no vacila en confesar paladinamente que la aguja es el hambre, y después de esta funesta aseveración ¡qué horrible castigo es la hermosura!

La parte menesterosa de nuestra sociedad, está pidiendo a la moral pública un socorro en su desmorona miento.

Tiempo es ya de decirles a esos barbados, musculosos y sanos, vendedores de encajes y de chucherías, de listones y de terciopelos, de baratijas y de cigarritos: «Salid de vuestros armazones a emplear vuestras fuerzas, vuestra juventud y vuestra inteligencia en trabajos dignos del vigor varonil y de la misión del hombre y dejad vuestros mostradores para que sirvan de parapeto a la virtud de la mujer».

En Concha no había perversidad, había ignorancia.

Cuando se encontró reunida con Andrea, con Lupe y con Lola, sintió en su alma

el estremecimiento de su caída; se acordó de que sus amigas Clara y Ernestina ya no la habían vuelto a ver, porque se avergonzaban de ella; sus amigas, en lo de adelante, iban a ser de aquella clase.

Concha lloró: tenía vergüenza. ¿Cómo retroceder? El general sabría aquello, y ¿después?...

—Ésa es mi suerte —repetía Concha despidiéndose con todo el fervor de su alma de toda dicha legítima, de todo placer puro, de algo que ella adivinaba parecido a la estimación, al respeto social, joyas soñadas y perdidas para siempre. ¡Pobre Concha! ¡Pobre Concha!

En medio de estas supremas amarguras, de estas íntimas decepciones, de estas insuficiencias morales se aparece por lo general, no el diablo, ni la tentación, ni ninguno de esos genios familiares; se aparece festivo, risueño, grotesco y coronado de pámpanos, el mitológico, el mismo viejísimo dios Baco, como una especie de «hombre bueno», como un verdadero abogado de pobres; y todo esto bajo la sencillísima forma de un vaso de coñac, como se le apareció a Concha.

Pío Blanco se lo ofreció con la misma mano aquella de la pistola que mató a Arturo.

Concha comprendió la torva sugestión del de las viñas y bebió coñac, con esa tendencia suicida del que pretende huir de sí mismo.

De manera que al llegar a Ixtacalco, Concha había encontrado un antídoto contra su vergüenza.

Andrea, Lupe y Lola acariciaron a Concha con ternura, con mucha ternura. Había en el fondo de aquellas caricias algo de la resignación de los huérfanos que se cobijan bajo la sombra de la misma desgracia.

Los pollos estaban a cien leguas de estas intimidades fisiológicas, y reían con esa frescura desconsoladora del pollo disipado, que no encuentra nada más allá de sus narices.

Baco y los pollos celebraban tácitamente una transacción, por medio de la cual éstos se exhibían tales como eran en cambio de un poco de aturdimiento.

A este dios lo hemos contemplado algunas veces, con una copa en una mano y en la otra un libro en blanco.

Dándole las gracias y rehusando la copa, llenaremos algunas páginas de su libro.

Concha se enfermó.

Más adelante sabrá el lector que Concha le debió en esto a Baco un favor de padre.

Como se enfermó Concha, buscó una enfermería y entró en un jacal inmediato.

A la puerta de la tienda más inmediata al canal había dos caballos lujosamente ensillados.

Al verlos venía a la mente esta disyuntiva, estos caballos son de un rico o de un ladrón.

En nada se les van los bártulos a los adoradores del becerro de oro, como en esto

del arnés nacional.

Conocemos tendero, sin segunda camisa, que se monta sobre su capital en su caballo.

Abundan cajoneritos de esos que se están parados toda la semana, que el domingo andan sobre su patrimonio.

Estos sujetos son los mitos de la riqueza, porque su lujo no es el resultado de una posición ventajosísima, sino el de una porción de economías dolorosas, por medio de las cuales se hacen acreedores a que mientras más ricos parezcan, merezcan más esta aplicación: ¡pobres!

He aquí de qué manera arrancan la exclamación «¡pobres!» los que fingen ser ricos.

Volvamos a los caballos. Desde luego no eran de tendero, porque éstos no exponen fácilmente su lujo sino en el paseo.

—Serán ladrones —pensó Lupe.

—Serán hacendados —dijo Lola.

La mujer es la primera que prevé un peligro. Andrea se levantó del asiento que ocupaba en el cenador. Algo la preocupaba.

Se puso en acecho, a poco palideció y buscó en torno suyo una salida opuesta, como para huir.

—¿Qué buscas? —le preguntó Pío Prieto.

Andrea no contestó.

Dos enérgicas interjecciones habían resonado en el interior de la tienda: luego allí estaban los jinetes, luego los jinetes eran ladrones.

Así discurrieron a dúo Lola y Lupe, mientras que la mente de Andrea la ocupó toda este monosílabo: ¡Él!

Como evocado apareció en la puerta de la tienda uno de los jinetes.

Andrea arrojó un grito. Al grito salió el otro jinete. ¡Era don Jacobo Baca!

Los pollos tenían que habérselas con dos gavilanes.

Los dos jinetes se dirigieron a pie al cenador.

Andrea y Pedrito quisieron huir.

No tuvieron tiempo.

—¡Bien hayan las mujeres! —gritó uno de los jinetes fijando en Andrea sus ojos encendidos por el licor y por la cólera— ya me rezarías ¡ingrata! pero ya me ves, he resucitado. ¡Por vida de...!

Y avanzando los dos pasos que le faltaban para llegar a Andrea, la asió de la muñeca, y la separó bruscamente del grupo de los pollos.

—¡Bien hayan los hijos! —gritó a su vez don Jacobo, tomando de la mano a Pedrito, echándose hacia atrás su gran sombrero bordado, y sacando a su hijo del lado de los otros dos pollos.

—Éste no es mi padre —pensó Pedrito.

—Dispense usted, amigo —dijo Pío Prieto.

—Yo no soy amigo de nadie —dijo el bandido llevándose a Andrea.

Pío Blanco estaba a la sazón con Concha en el jacal, de donde juzgó prudente no salir.

—Oiga usted —insistió Pío Prieto.

—Le voy a aconsejar, niño —dijo con voz sorda el bandido— que no me cante ni me baile, porque le va a sobrar verso y a faltar tonada. Yo soy Zeferino Dávila y ando con los hombres.

Y dejó caer una mano, como de calicanto, en el hombro de Pío Prieto, que tambaleó.

—Si tiene que sentir de mí... amo... tengo plomo con qué quererlo —continuó Zeferino, buscando su revólver.

Pío Prieto dio un brinco hacia atrás y sacó su pistola de debajo del saco. Pepe hizo lo mismo.

Hace diez años, esto hubiera parecido inverosímil, pero en la época que atravesamos, todos los pollos son de pelea.

Los Estados Unidos se han encargado de hacer del revólver un adminículo indispensable; y Colt es émulo de Lozada, pues ya no se concibe al pollo sin reloj y sin pistola, especialmente cuando el pollo anda calavereando.

A esta costumbre tan generalizada debió su muerte Arturo. Recordará el lector que el desafío fue a revólver.

Zeferino Dávila no había sacado aún su pistola, y don Jacobo ya se había alejado con Pedrito.

—No se asusten, niños —dijo Zeferino, cambiando completamente de tono—. Ya está, patroncitos... con la venia.

Y dio media vuelta.

Pío Prieto y Pepe se quedaron en el cenador con Lola y Lupe. Estaban perplejos, pero no por esto dejaron de comprender que lo más acertado que podían hacer era conformarse con la voluntad de Zeferino y don Jacobo, porque, al fin, tenían derecho, el uno sobre Andrea, y el otro sobre Pedrito.

Poco después, Andrea en la silla del caballo de Zeferino, y Pedrito a la grupa del de don Jacobo, desaparecieron del pueblo.

Concha no estaba tan enferma que no hubiera podido enterarse de lo que pasaba fuera de su enfermería, y al oír distintamente la voz de su padre, quiso levantarse para ir en su busca, pero Pío Blanco la detuvo.

Las circunstancias en que don Jacobo venía a encontrar a sus hijos no podían ser peores.

Concha se conformó con echarse a llorar. En cuanto a Pedrito, pertenecía desde aquel momento a la guerrilla de don Jacobo.

Don Jacobo Baca se había transformado completamente: el guerrillero había sustituido ya al pusilánime, al encogido don Jacobo: no se conocía a sí mismo.

Había salido del círculo social por la puerta de la inutilidad y la ignorancia

instigado por la miseria, y se encontró de la noche a la mañana en el teatro del crimen.

Don Jacobo comenzó a ser criminal por miedo; después lo fue por necesidad, y al último por hábito.

Capítulo último

En el cual sabrá el lector el paradero de sus conocidos, sin hacerse ilusiones para el porvenir

LA ENSALADA, según Brillat Savarin, debe tener las condiciones que desearíamos tuviera la nuestra; los italianos recomiendan la *ensalata ben salata*; por esto nos cabe duda acerca de la presente, porque la sal es uno de los artículos que al escritor suele escaseársele, mal que le pese.

¡Ojalá que muchos de nuestros benévololectores encuentren que esta ensalada tiene suficiente sal!

En cuanto a la pimienta, no tenemos la misma duda; porque la pimienta abunda en las costumbres actuales, y el pollo tiene por naturaleza, si no mucha sal, al menos la pimienta suficiente.

Pero en lo que están contestes, en materia de ensaladas, autoridades competentes, es en que la ensalada debe revolverse a satisfacción; casi tanto como las elecciones o como París.

Al llegar el autor al cumplimiento de esta prescripción, revolvió en efecto la ensalada, pero como esta operación es larga y puede cansar a los lectores, y además, en esta revolución las cosas se irían poniendo de mal en peor hasta el grado de presentar fases horripilantes, hemos preferido dejar el platillo en paz y ofrecerlo al lector, no sin dejarlo satisfecho en cuanto a la suerte de los personajes por quienes haya podido interesarse.

Por otra parte, la índole del género de literatura que ensayamos nos obliga a no ser difusos, a escribir libros pequeños, según lo hemos ofrecido; y desde luego falta a nuestra pobre pluma el espacio necesario para retocar y acabar sus originales.

Pero cuando a la vez estamos ciertos que el lector, con todo y ser tan amable, no nos perdonaría la extravagante humorada de dejarlo en la mitad del camino, nos comprometemos desde luego a no privarlo, en lo de adelante, de sus buenos conocidos.

Seguiremos tras de Concha, paso a paso, hasta su calvario, seguiremos a los Píos; que no porque con el tiempo dejen de ser pollos, dejarán de ministrarnos materia, sabrosa de leer, en algunos capítulos, y llegaremos, en fin, por nuestra perseverancia y la de los lectores, a un término de cosas en el que, tal vez algunas y muy provechosas máximas se deduzcan.

Por lo pronto volvamos al general.

El general se había ocupado, hacía algunos días, de la aritmética, con más tesón de lo que ordinariamente conviene a un general.

El general discurría así:

—Concha es muy hermosa; pero mi lote de convento ha desaparecido. Una adjudicación ha absorbido a la otra. Item más, casi toda mi liquidación. Luego debo dejar a Concha y meterme a la bola. Es necesario habilitarse de nuevo; yo le escribiré esta noche a mi compadre y al gobernador de... Resueltamente me equipo y me lanzo a la revolución, la tesorería flaquea ¡a la bola! Concha me ha derramado la bilis ¡a la bola! La revolución ha tomado cuerpo ¡a la bola! Corro riesgo de quedarme de coronel ¡a la bola! Y lo que es en esta vez no he de ser zurdo ¡a la bola!

Con esto y con que Casimira, oficiosamente, le contara al general los trapicheos de Concha con Pío Blanco y lo de Ixtacalco, el general puso su renuncia, que la misma Casimira se encargó, gustosa por supuesto, de presentar a Concha.

Después de lo cual, el general, ya libre como don Jacobo y como Pedrito y como otros muchos, se lanzó a la revolución.

En cuanto a Concha, mediante esa estúpida operación (reservada al ser que piensa) por medio de la cual el alma queda a medio vivir, la inteligencia a medio discurrir o a discurrir al revés, la razón a medio perderse y el juicio perdido completamente; por medio de esta operación, decimos, Concha se entregó a un paréntesis que representaba otro descenso.

Concha se encontró sin Pedrito y sin el general, y frente a frente de Pío Blanco o, por mejor decir, en su poder.

Pío Blanco hubiera gritado ¡aleluya! si el latín o la misa le hubieran dejado siquiera ese recuerdo; pero su felicidad tuvo una expresión menos clásica y mucho más en analogía con sus costumbres.

Tan luego como tuvo conocimiento de la vacante, se dirigió a la vinatería de Huergo y se proveyó de ostiones y otras conservas alimenticias, compró Chartreux verde, licor de los Benedictinos, Aya Pana, Vermouth de Torino, agregó un jamón de Westfalia y un gran trozo de queso fermentado de Gruyère.

En seguida tomó en la casa de Escabasse cien pesos de perfumes, entre los que predominaban el Ilang-ilang, la violeta de los Alpes y otros no menos exquisitos.

Todo esto era la suprema felicidad. Pollo alguno se vio jamás tocando esa dicha de sultán. Casi no tuvo tiempo de avisar y Pío Blanco se eclipsó.

Pío Prieto siguió siendo la orquídea de Pío Blanco, como lo había sido de Arturo; se encargaba de la jubilación y la cesantía de las prendas de ropa de Pío, y de contraer deudas a su sombra.

Dejemos que estos pollos se pongan roncós, con la precocidad usual de estos tiempos, y el lector los encontrará más tarde, en su segundo y no menos edificante período.

Doña Lola y don José seguían bien, en su inalterable amistad, esperando la vuelta de don Jacobo y de Pedrito, con la misma tranquilidad con que nosotros esperamos muchas cosas que no han de llegar.

Casimira llegó a conseguir su objeto, pues nadie conocía en México a Concha por

otro nombre que con el de «Concha la sacristana».

Este triunfo fue el máspreciado galardón para la bizca.

Rafael y Pepe, arruinados y huérfanos, concibieron un odio a muerte a los restos de la guerrilla de Capistrán, especialmente Rafael, que juró, por su amor, la muerte de todos los que tomaron parte en su desgracia.

A Sara y a Ernestina las veremos más tarde desempeñando el interesante papel de mamas, que no habrá más que pedir.

¿En dónde están los seres virtuosos, las almas puras, los jóvenes sin tacha, los modelos, en fin, que se deben imitar? ¿Será posible que ya no exista nada de eso? ¿Ésta es la sociedad? ¿Así son todos? ¿Adónde vamos a parar? ¿En qué época vivimos? ¿Y el amor, y la fe y las virtudes todas adónde se han refugiado? ¿Qué realismo en este tan espantoso? —¡Protesto! —¡Yo también! —¡Facundo se equivoca! ¡Lo ve todo negro! ¡Exigencia, imaginación, mentira!...

Consolaos, si podéis; estáis en vuestro perfecto derecho. Por nuestra parte creemos no haber pecado contra la exactitud histórica, sino en el sentido de haber guardado silencio acerca de más cosas que sabemos todos.

Nuestros personajes están a la vista del lector; ahí por esas calles de Dios, en todas partes; fijaos bien y los reconoceréis.—¡Sobre que no hemos hecho más que copiarlos! Y no así como quiera, sino por su turno riguroso, sin elegir, sin preferir a nadie.—¿Que en dónde están las almas puras, los seres virtuosos?—¡Qué queréis! Los demás se interponen y nos los ocultan, procuraremos hallarlos, atizaremos nuestra linterna y buscaremos con afán incansable; y en prenda de nuestro buen deseo os empeñamos nuestra palabra, lector amigo, de indemnizaros con usura de vuestro desencanto, tan luego como en este dédalo de pollos encontremos un tipo, ya no del bello ideal, sino siquiera presentable.

A este fin, Facundo levantará el foco de su linterna desde la casa de doña Lola, desde la hojalatería de don Píoquinto Prieto, hasta esos palacios dorados que encierran altas y poderosísimas damas y encopetados negociantes. Tal vez allí tendremos un modelo, un tipo digno, noble, grande y capaz de exaltar nuestro entusiasmo.

Perdonadnos, entretanto, si esta ensalada no sigue revolviéndose, y la damos tan pronto por suficientemente condimentada; pero si en este pequeño libro habéis podido hallar, mezclado al sabor de nuestra charla, algo que haya hablado a vuestra alma; si al leer habéis pensado en vuestros hijos; si os habéis detenido un momento a contemplar la situación moral del mundo, os afirmamos que esta suspensión contemplativa no será estéril en resultados, y acaso veáis más claro el porvenir a la débil luz de la LINTERNA MÁGICA.

FIN DE «ENSALADA DE POLLOS»

Baile y cochino...

Novela de costumbres mexicanas

Capítulo I

Preparativos del baile y del cochino

SE TRATA de celebrar el cumpleaños de Matilde, la niña de la casa, y su papá, que la quiere mucho, y además acaba de hacer un negocio gordo, va a echar la casa por el balcón.

Matilde, ante todas cosas, quiere bailar, a pesar de las objeciones de su mamá, una buena señora, muy sencillota y muy ranchera. Es preciso darle gusto a Matilde y esta idea triunfa de todos los escrúpulos.

—¡Baile! —decía la mamá—. ¿Cómo vamos a hacer baile cuando casi no tenemos relaciones en México? ¿Quiénes vienen a bailar?

—En cuanto a eso, mamá, no te apures, yo convidaré a las Machucas.

—¿Quiénes son las Machucas?

—Las muchachas de allá enfrente. Ya nos saludamos, y estoy segura de que si las convidó en forma, vendrán.

—Yo, por mi parte —agregó el papá— haré por ahí mi colecta de amigos.

—¿Y de amigas también? —preguntó la señora a su marido.

—Mira, en cuanto a amigas, yo no tengo aquí todavía conocimientos; pero creo no faltarán.

—Bueno, pues si ustedes se encargan de la concurrencia ¿qué vamos a hacer? haremos baile.

Nótese que la señora de la casa había dicho «haremos baile», a propósito de lo cual se hace necesaria aquí una digresión.

Son dos cosas enteramente distintas «dar un baile» y «hacer baile», como son distintas también dar una comida o hacer comida.

Da un baile la persona que con cualquier pretexto de solemnidad invita a sus amigos a pasar unas cuantas horas en su compañía. El pretexto es lo de menos, el objeto principal del baile es estrechar los vínculos de amistad y los lazos sociales por medio de la amena distracción que proporciona a sus amigos.

En este caso los amigos son los que se consideran obsequiados y favorecidos, y después de concurrir al baile, en virtud del convite, están obligados a hacer una visita al anfitrión para demostrarle su reconocimiento, y luego para hacer entender que corresponden a la intención social del convite de estrechar y frecuentar las amistades.

En este sentido también se toma dar una comida, dar un té, dar un concierto, etc.

Ahora bien, «hacer baile» es reunir música, refrescos, luces y gentes para bailar, comer y refrescarse... y santas pascuas.

La señora mamá de Matilde, como se verá, no da baile, ni mucho menos; ¡qué

había de dar! ni ella estuvo nunca en si es lo mismo dar que hacer, ni si el baile es para obsequiar a otros o para obsequiarse a sí mismo; de manera que aquello de la concurrencia, que cuando se da un baile es precisamente la parte principal, para doña Bartola, que así se llamaba la mamá de Matilde, era lo de menos.

Ya contaban con que vendrían las Machucas, que eran tres pollas, que por su talla, por lo delgadas de carnes y lo «bisbirindas» y alegres, debían ser tres bailarinas de primera fuerza.

Contaban, además, con que un amigo de la casa, encargado de «conseguir parejas», iba a invitar a una señora que tenía dos hijas. No se sabía qué clase de señora era aquélla; pero en cuanto a las hijas, que era, como quien dice, la infantería de línea, el amigo aquel aseguraba que sabían echar un valse a dos tiempos que daba miedo. Estas chicas, también por su complexión, no había miedo ni de una apoplejía ni de que se desmoronaran en el camino; guardaban, pues, condiciones de bayaderas, y por lo tanto había que esperar que fuesen incansables.

—¿Quién es esa señora de las dos hijas? —preguntaba el amigo colector de bailarinas.

—Es una señora gorda.

—Ya, pero...

—En cuanto a eso, no tiene más peros que el que se empeñan las gentes en decir que es un poco alegre.

—¡Alegre! —exclamó doña Bartola—. Entonces mejor, puesto que se trata de baile. ¡Qué vamos a hacer con gentes estiradas y tristes! Esa señora alegre me conviene. Saldaña, tráigala usted, y le recomiendo que las demás parejas sean también alegres.

Saldaña y el papá se hicieron un guiño.

—Pero oiga usted, Saldaña ¿qué, no será cosa que...? —dijo el papá llevándose a Saldaña a su gabinete.

—No, señor, toda la alegría de esa señora es que la tiene ahora don Gabriel, pero eso es todo.

—¡Ah! ¿Conque la tiene?...

—¡Vaya! desde el año pasado; y como ella no coquetea con ciertos pollos, se vengan las malas lenguas corriendo la voz de que es alegre. ¡Ya conoce usted lo que son las gentes!

—Bueno, pues ya tenemos a las Machucas, que creo son dos, y a la señora de las dos niñas... ¿Pero la dejará venir don Gabriel?

—Vea usted, viniendo don Gabriel viene ella; pero para eso no hay que decir nada a la señora de don Gabriel.

—Es cierto.

—De manera que no hay que pensar en don Pancho ni en Riquelme, porque son amigos de la casa.

—Bien, hombre, Saldaña, bien; usted se encarga de todo eso; pero nos falta gente.

—¿Conoce usted a Camacho?

—¡Cómo no!

—Tiene el maldito ahora una muchacha guapísima, y ¡qué bailar de criatura! ¡Y qué cintura aquella, y qué pies, y qué...!

—Convide usted a Camacho.

—Ahí tiene usted. Ésa es una brillante adquisición, porque es una joven que puede lucir en cualquier parte.

—¡Bravísimo! Bien me decía mi mujer: mira a Saldaña, que conoce a todo México, y él nos llena la sala.

—En cuanto a eso, no tenga usted cuidado. Sólo que no se le olvide a usted tomar en alquiler siquiera otras dos docenas de sillas.

—¿Las alquilarán?

—Sí, yo me encargo de eso.

—Gracias, Saldaña, mil gracias; es usted el hombre de las circunstancias.

—Y a todo esto ¿qué se les da de beber?

—En cuanto a beber —repitió Saldaña— según la bolsa. Champaña y licores. Eso depende de lo que se dé de comer. Vea usted: se pueden poner carnes frías, gelatinas, pasteles...

—Eso es, me parece muy bien: pasteles, carnes frías y... ¿qué decía usted?

—Gelatinas.

—¿Y esas cómo?

—Se mandan hacer.

—¿Dónde?

—Yo me encargo de eso.

—¡Bueno, hombre, bueno! Porque yo, la verdad, soy muy torpe para esas cosas.

—No has contado con la huéspedada —gritó doña Bartola—. No tenemos un trasto, y se van a necesitar muchos vasos, y muchos platos, y muchos...

—Se alquila —dijo Saldaña— todo eso se alquila.

—¿Y cubiertos?

—Se alquilan.

—¿Y manteles?

—Todo lo habrá, señora. Pierda usted cuidado.

A pocos días de que Saldaña había comenzado su reclutamiento, un corrillo de pollos, que salía de los billares de Iturbide, se detenía en la esquina de la calle de Vergara para disolverse.

—Conque hasta mañana, Daniel.

—Hasta mañana, Gustavo.

—Adiós, Perico; mañana te gano, ya verás —dijo otro pollo.

—No, mañana no vengo.

—¿Por qué?

—Tengo bodorrio.

—¿Dónde? —preguntó Daniel.

—Todavía no sé la calle: me lleva Gutiérrez.

—¿De qué se trata? —preguntó Gustavo.

—De que éste tiene baile y no convida.

—Si quieres, vamos —dijo Perico— un convidado convida a cien.

—¿Adónde es el baile?

—Dice Perico que todavía no sabe la calle.

—Por no convidarnos.

—Pues ahora te...

Los pollos tienen verbos que no se traducen.

—Vamos a sitiar a éste desde que se levante.

—No hay necesidad —exclamó Perico— ya está dicho, vamos todos al baile.

—Por supuesto, será baile...

—Nada de eso, un baile muy decente. Van las Machucas.

—Ahora vas a hacernos creer que es necesario ir de frac.

A los pocos días de promovido el baile, el señor de la casa le decía a su señora:

—Bartolita, me parece que el negocio del baile se va formalizando más de lo que yo creía.

—Como que van a venir gentes de mucho tono, y me ha preguntado la mujer del general cuál es el color de nuestros vestidos. Yo le dije lo primero que me vino a las mientes, a reserva de hablarte de esto. Necesitamos vestidos Matilde y yo.

—En cuanto a Matilde, ya estaba decidido; pero respecto a ti, me parece que el último que te hice está muy bueno.

—No; está muy oscuro. Necesito uno más claro y más a la moda, porque yo no quiero que me critiquen.

—Está bien; mañana te proveeré de lo necesario para la compra de los vestidos. El caso es que estén a tiempo.

—No tengas cuidado.

Matilde recibió la buena nueva con una alegría indecible.

Ya hemos dicho que Saldaña era el alma de la fiesta; sin él no hubieran podido hacer nada ni el señor de la casa, que nunca había entendido de estas cosas, ni mucho menos doña Bartolita, acostumbrada, como ella decía, a hacerlo todo al estilo de su tierra.

Saldaña era efectivamente una persona muy útil, muy servicial y entendida de todo. Era de esos que saben siempre dónde venden bueno y barato, y sabía qué sastre rinconero sabe hacer unos pantalones como Salín, y qué zapatero hace botines de charol a tres pesos y medio; entendía de alquileres y era amigo viejísimo de los Castañares, de Barrera, el mueblero, y de Zepeda, Gutiérrez y Noriega, vinateros.

—¡Hola, Saldaña! —le dijo don Quintín Gutiérrez, al verlo entrar una mañana a eso de las once—. ¿Qué le trae a usted por acá?

—Adivínelo usted, don Quintín.

—¡Bah! Como no sea que se ha convenido que nuestro coñac cinco ceros es el mejor de la plaza.

—Vea usted, de eso no me convencerá usted nunca; el de Zepeda vale cien veces más, y es más barato.

—¡Qué va a ser, hombre de Dios! No sabe usted lo que se dice.

—Bueno, don Quintín. No por eso dejaré de ser marchante, y lo que es ahora le traigo a usted una facturita.

—Lo que usted guste, Saldaña. Sabe usted que la casa está a su disposición.

—¡Gracias; pero será por mi dinero!

—¡Quién habla de dinero! Mira —dijo don Quintín a un dependiente— tráele al señor Saldaña una copa del Jerez que abrimos esta mañana.

—¿Legítimo? —preguntó Saldaña, con una sonrisa de desconfianza.

—Con decirle a usted que no está de venta. Lo he recibido para mi uso. Vaya, conque de intento no he querido que lo pruebe el Presidente, porque de seguro me pide el barril.

El dependiente presentó una copita a Saldaña. Éste se echó hacia atrás el sombrero, tomó la copita con sólo dos dedos, abrió hasta donde pudo los poros de su ancha nariz, y aspiró el aire con la fuerza del que pretende cloroformizarse.

Todos se quedaron viendo a Saldaña, quien dirigió a los circunstantes, uno por uno, una mirada elocuente de aprobación y de sorpresa. Olió el vino por segunda vez, y lo cató sin respirar; en seguida hizo un castañeteo particular con la lengua y el paladar; volvió a oler y volvió a gustar, y después de cerrar los ojos exclamó:

—¡Don Quintín! ¡Hombre, don Quintín!...

—¿Qué tal, Saldaña, qué tal?

—¡Don Quintín! ¡Hombre, don Quintín!

—Pero bien, díganos usted su opinión.

—¡Don Quintín! ¡Don Quintín! —repitió enseñando su copa vacía y alargando el brazo en ademán de pedir más.

El dependiente, después de cambiar una mirada de dependiente con don Quintín, llenó la copa.

—Será lo que usted quiera, don Quintín, pero o me vende usted un par de botellas de este Jerez o rompemos nuestras amistades. ¡Habrás visto! ¡Darle a uno néctar, y salirle con que no está de venta! Como si uno viniera aquí a echar la gorra. ¡Un par de botellas, don Quintín!

—¿Son para usted?

—Sí, son para mi uso particular. Yo sé que no a todos se les puede dar estos caldos.

—Convenido —dijo don Quintín— y válgale a usted ser un conocedor tan competente.

—Gracias —dijo Saldaña arrebatando un *vol-au-vent* de ostiones, que engulló en dos bocados.

—Vamos a la factura, don Quintín.

Éste abrió un libro, y puso el tintero sobre el mostrador. Los dependientes y algunos otros parroquianos que estaban presentes, dejaron de fijar su atención en Saldaña, quien bajando la voz dijo a don Quintín, *tête à tête*.

—Se trata de... ya sabe usted, el marido de Bartolita va a dar un baile, y yo soy el comisionado de los licores.

—¿Es tomador? —le preguntó don Quintín.

—¡Quite usted allá! ¡Qué tomador! ¿Se acuerda usted del Château Lerouse del otro día?

—Sí.

—Le pareció detestable. Es de estas gentes que se enriquecen de la noche a la mañana, y creen que eso les basta para conocer los caldos y para saber beber. Eso sí, él pretende ser muy garboso y le gusta lo caro.

—Bueno, pues le pondremos una facturita...

—Sí, yo diré a usted cómo la combinamos de manera que haga bulto y que...

—Ya comprendo.

Saldaña empezó a dictar, inquiriendo el precio de cada efecto y haciendo a la vez un apunte en su cartera. Después de dictar muchas partidas, Saldaña creyó que la concurrencia tendría lo suficiente.

Volvió a tomar otro *vol-au-vent*, una rebanada de pan con jamón y pidió coñac.

Siempre que Saldaña hacía un negocio con don Quintín tomaba *lunch* doble.

Capítulo II

De cómo se reclutaban parejas y se alistaba concurrencia

HABÍA UNA mamá que tenía tres niñas que se bañaban en la Alberca Pane los más días, porque las tres lo necesitaban. Estas tres niñas tenían tres novios, que también se bañaban en la Alberca Pane sin necesitarlo. Como la mamá tenía también otros niños menores, se quedaba en casa, y las tres niñas tomaban los carros de verano del Circuito de baños.

Sucedía que al tomarlos, ya estaba instalado en uno de ellos uno de los novios, y al cabo de algunas paradas, saltaban al mismo carro los otros dos.

Por medio de este sistema hidroterápico, la salud de las niñas se iba mejorando poco a poco. Volvían a su casa con su toalla cada una colgada del cuello, hacia la espalda, para recibir la húmeda y encrespada guedeja de sus respectivas cabelleras, que sujetaban solamente con un listoncito azul que, pasando por la nuca, iba a enlazarse en la raya. Las tres muchachas venían oliendo a náyade, despedían emanaciones de alga, y pregonaban con la frescura de su piel la voluptuosidad del aseo; sus manitas tenían esa palidez del agua fría que retira la sangre de los dedos para enviarla donde más se necesita. En cambio las mejillas ostentaban como la primera tinta rosada de un albaricoque que se madura. Alguna que otra gotita de agua solía titilar suspendida aún en los cabellos, a pesar de la trepidación del carro y como si brotara allí, como brotan las perlas del rocío entre los pistilos y los estambres de las mosquetas.

Las niñas estaban frescas, y pasaban por ese período en que el hormigueo voluptuoso de la reacción le hace sentir al cuerpo la caricia de su propia sangre. La epidermis se había lavado de sus secreciones y los poros sentían el beso oxigenado del ambiente.

Sentían el bienestar de una caricia anónima, que podían saborear con la frente levantada y sin rubor. Hasta el contacto de la ropa limpia interior tenía algo de cariñoso.

Este estado fisiológico iba a concentrarse en un poco más de brillo en las pupilas, y en la expresión de la sonrisa.

En resumidas cuentas, las niñas no sólo estaban frescas sino que se sentían bien.

Eso es lo que querían su mamá y el doctor Liceaga. La hidroterapia, favoreciendo las funciones de la circulación, comunicaba al sistema nervioso, tan delicado, tan pulcro y tan obediente, una suma no despreciable de lo que pudiera llamarse «el placer de vivir», y todo ello formaba una atmósfera, en la cual aquella media docena de enamorados se sentían en el verdadero camino de la felicidad.

Después de aquel baño de agua, cuya temperatura había apretado el resorte de las reacciones, aquellas ninfas, y aquellos tritones de sombrerito redondo, se seguían bañando en miradas, en luz, en ambiente y en esperanzas.

Se trataba de bailar, quiere decir, de subir de un brinco muchos escalones hacia la dicha, de consumir la reacción del agua fría sobre una alfombra restirada y *tête à tête* con el novio entregarse a esas intimidades a las que la sociedad ha concedido patente de sanidad.

Los novios habían olido el baile de la casa de doña Bartolita, y buscaban la puerta para meterse en ella con todo y novias.

Con pocas palabras se hizo en el vagón un complot verdadero. Se entendieron, como sucede siempre entre pollos, casi sin hablarse; sin duda por la poca distancia que fisiológicamente debe suponerse existe entre el baño de agua fría y la danza habanera. De modo que en ese mismo día, a eso de las dos, uno de los novios, el más intrépido, se presentó en la casa de la mamá de las niñas acompañado de un joven capitán de caballería, enteramente desconocido de la casa.

Salió la mamá de las niñas, que, como hemos dicho, era una buena señora. Saludó al recién venido y al novio introductor, y a poco fueron saliendo una por una las tres niñas, todas todavía con su toalla felpuda a la espalda y sus cabelleras esponjadas, ensortijadas y profundas.

El capitán sintió un olor a ninfa que le produjo calofríos.

—El señor —dijo el novio a la mamá de las niñas— tiene la bondad de venir a convidar a usted para un baile.

—Pues muchas gracias —dijo la mamá sin ningún reparo.

—Va a estar muy bueno —añadió el capitán— figúrense ustedes que van las Machucas.

—¡Ah! según eso —dijo la mamá de las niñas— será un baile de mucho tono.

—No precisamente —agregó el capitán—. Lo que puedo asegurar a usted, es que es una casa muy decente.

—Yo también he sabido —agregó una de las niñas— que ese baile va a estar muy bueno.

—¿Conque puedo decir al coronel que contamos con ustedes? —preguntó el capitán a la mamá.

—¿Qué coronel? —preguntó ésta a su vez.

—¡Cómo! Mi coronel, el que da el baile.

—¡Ah! ¿Conque es su coronel de usted?

—Sí, señora, y doña Bartolita, su mujer, les manda a ustedes un recado; que aunque no tiene el honor de conocerlas, pero que tendrá mucho gusto en que se sirvan honrar aquella casa.

—¿Ya lo ves, mamá? —dijo una de las niñas— hasta la señora nos manda invitar. Ésa es mucha bondad y no debemos desairarla.

—Naturalmente —agregó el capitán—. Yo conozco bien a su mamá de usted, que

es una persona tan fina, y no sería capaz de un desaire semejante.

—Por de contado —dijo el novio.

La mamá de las niñas, muy cortada delante del capitán y pensando en que tal vez cometería una falta rehusando una invitación de esa clase, hizo un movimiento de aquiescencia.

El capitán y el novio se despidieron; y a las tres niñas se les acabó de secar el pelo.

Entretanto, Saldaña no descansaba. Era hombre que sabía tomar los negocios a pechos, y su prurito era ser servicial y comunicativo, y, sobre todo, se moría por tener negocios con personas de cierta importancia. Entró a Palacio y preguntó por el jefe de cierta oficina. Se le dio antesala como a otros muchos, pero él le hizo ver al portero que no era un pretendiente, sino un amigo íntimo del jefe, y sobre todo que el negocio que le llevaba allí era negocio de familia, enteramente personal. El portero llevó a Saldaña por otra puerta, habló con el que la cuidaba, y un minuto después Saldaña estaba delante de su personaje.

—¿Qué hay, Saldaña? —le dijo éste, llevándolo aparte, porque sabía que los negocios de Saldaña se debían tratar a media voz.

—Nada; que no se comprometa usted para el domingo.

—¿Qué tenemos? Todavía la güera porfiada...

—¡No, qué güera ni qué nada! Lo voy a llevar a usted a un bailecito.

—Hombre, con esas...

—No hay nada de eso. Un bailecito en casa del coronel... —y Saldaña dijo su nombre.

—No lo conozco. ¿Quiénes van?

—Yo cuento con toda la chorcha; van Miguelito y don Cruz y Acevedo.

—¡Ah! entonces...

—No, no sea usted malicioso. Van buenas muchachas, y eso es todo.

—¿Conocidas?

—Pues de conocidas, las Machucas.

—¡Ah!

—Y las tres hijas de la señora. Aquellas de la Alberca Pane.

—¿Cómo se llaman?

—Isaura, Rebeca y Natalia.

—¡Ah, sí! ¿Y va la de don Gabriel?

—Sí, y la de Camacho.

—¿De veras?

—Me lo acaba de decir.

—Entonces sí voy. ¿Dónde es la casa?

Saldaña escribió las señas con lápiz en un pedazo de carta, se lo dejó al jefe de la oficina y salió pavoneándose.

El papá de Matilde había llegado a su casa más temprano, esperando que Saldaña

le diera cuenta de sus mil comisiones.

—¿Qué has hecho? —le preguntó doña Bartola.

—Pues mira, fui a comprar unos candelabros en la casa de Lohse.

—¿Más candelabros?

—Sí, mujer ¿no ves que faltan? Acuérdate que se trata de baile, y un baile... ya puedes figurarte, un baile...

—¿Bueno, y los compraste?

—Sí, de seis luces. Con sus mamaderas.

—¿Y dónde están?

—Los traerán esta tarde.

—Bueno ¿pero en cuanto a convidados?

—Yo también he hecho mis proezas. Figúrate que el dependiente de la casa de Lohse es un jovencito...

Matilde, que a la sazón tejía, levantó la cabeza.

—Un jovencito rubio —continuó el papá— tan amable, tan fino y tan... Vamos, un caballero, y como me enseñó tantos candelabros y se molestó tanto, me pareció natural convidarlo.

—Hiciste muy bien, para que vean las gentes que uno no es egoísta. Sobre todo, el baile se hizo para los muchachos. Y quedaría agradecidísimo.

—¡Vaya! como unas pascuas; dice que le gusta mucho bailar y... es un jovencito decente y dice que te conoce y que conoce a Matilde...

—¿Quién es, niña? —preguntó doña Bartola.

—No sé, mamá; pero creo que se llama Carlos, es el que nos vendió los cubiertos y las charolas.

—¿Creerás que yo no me fijé?

—Ni yo tampoco —dijo Matilde disimulando— pero creo que ha de ser ese.

Puesto en práctica aquel procedimiento de convite, resultó que iba a ir al baile todo México. Saldaña llevaba a los suyos, quienes a su vez llevaban a las suyas, por lo que era natural suponer que allí iban a estar las de todos, cosa que iba a hacer aquél el baile más alegre del mundo. Doña Bartola tenía razón: para los bailes se necesita gente alegre. Aquella señora por quien lo había dicho, y que según Saldaña no tenía de alegre más que el que la tenía don Gabriel, era una señora de las más a propósito: primero, porque se vestía muy bien, y luego porque tenía dos hijas.

Esta señora no siempre había dado qué decir, ni se había vestido con tanto lujo como ahora, y todo ello dependía, según expresión de su marido, de las circunstancias.

Figúrense ustedes que el tal marido se había metido en camisa de once varas, y todo por compadecerse de cierta cliente a quien acabó por ponerle casa, y como la casa era cara, se desniveló el presupuesto, y aquí de los apuros, y luego que los negocios de la curia de curso ordinario son de por sí tan poco productivos, que el pobre curial empezó a verse entre la espada y la pared; y como, por otra parte, son

tantas las tentaciones y tantos los diablos tentadores, el día menos pensado echó una firma ¡maldita firma aquella! ¿Van ustedes a creer que ella fue el origen de todo? Nada, que no hubo remedio: el curial manchó su honra inmaculada, echó una firma, se metió en un negocio turbio, como él decía, y esto, aunque por una parte le picaba la conciencia, por otra le proporcionaba muy buenos ratos, tan buenos que su mujer empezaba a sentir en el cuerpo al diablo de los celos. Pero hasta eso le salía bien, porque se volvió galante con su mujer, la regalaba y la obligaba a vestirse bien y hasta a pintarse: él mismo fue quien le llevó a su mujer la crema y el polvo y le dio la primera lección. ¡Qué bien salió! No tienen ustedes una idea de lo que ganó la mujer del curial con aquel polvo; parecía otra persona, porque ella no tenía malas facciones; pero como era trigueñita, casi no se echaba de ver que tenía muy buena pestaña y muy buena ceja, y labios un poquito volteados y de un color de granate que una vez en contraste con el bismuto, tomaban no sé qué aspecto provocativo. Vamos, era cosa que el mismo curial, con todo y llevar tantos años de casado, encontró algo de nuevo en su mujer. Y para que vean ustedes lo que son los hombres, el mismo don Gabriel, que era nada menos que compadre de la señora, y que la había tratado mucho y que nunca le había encontrado nada subversivo en la cara, el día del bismuto se la quedó viendo y sintió... sintió amor; sí, señor, amor que salía del polvo aquel calcáreo como Venus de las espumas del mar. Don Gabriel se sorprendió de sí mismo, y le retozaba a solas la idea de cómo no se había apercebido en tantos años de que su comadre tenía ciertos atractivos y... nada, el hombre pone y... van ustedes a creer que... ¡lo que son las coincidencias! A la sazón que don Gabriel desenterraba el amor bajo las capas geológicas de la cara de su comadre, el curial, quiere decir, su compadre, se encontraba precisamente al borde de un precipicio: el negocio aquel turbio que decía, se descompuso, y el pobre curial, que ya había probado las delicias del lujo y las de la infidelidad, estaba a punto de dar al traste con sus glorias nada menos que en la cárcel, y vean ustedes por qué decía que lo que son las coincidencias: el único que lo podía salvar de aquel precipicio era su compadre, el mismísimo don Gabriel.

A la consideración de ustedes dejo las consideraciones que el curial guardaría a su compadre, las que el compadre tendría por el curial, y sobre todo, las que el curial y el compadre le guardarían a la señora.

Según lo comprobaron los resultados eran estas tres personas consideradísimas; al grado que la señora, de quien puede decirse que entraba en su segunda juventud, nunca fue tan feliz; era más feliz que cuando era trigueña.

Desde que su tez tiraba a imitar el blanco germánico, la señora aquella se movía por distintos resortes, y como que obedecía a otros móviles, tanto que hasta había dejado de ir a misa con la puntualidad de antes, se había vuelto muy presumida, especialmente con respecto al calzado. Don Gabriel mismo, entre el sinnúmero de consideraciones que le guardaba, le llevaba en la bolsa frecuentemente un par de zapatitos de raso, bordados de colores, forrados de seda y tan pequeños que le causaba mucha risa a don Gabriel.

La señora anda por ahí por esas calles de Dios y del Ayuntamiento, enseñando sus piecitos primorosamente calzados con zapatito bajo, porque a don Gabriel no le gustan las botas.

Es cierto que él se las ha puesto, pero no las de su comadre, sino esas botas del refrán que tan en boga han estado en estos últimos tiempos.

Don Gabriel, como habrá comprendido perfectamente el curioso lector, era rico, quiere decir, se había enriquecido en esta época bonancible porque acabamos de atravesar.

Don Gabriel se la había ido pasando así así mientras no tuvo roce con la cosa pública; pero una vez iniciado en ella, de pobre que era se convirtió en lo que se llama un «rico nuevo». En un dos por tres, don Gabriel contaba sus entradas por miles de pesos, le llovía el dinero por todas partes, era una verdadera bendición de Dios, y ahí lo tienen ustedes gastando sus billetes como un lord. ¡Qué casa la de don Gabriel! Nunca se había visto en México casa semejante: ¡qué escaleras! ¡qué patios! ¡qué corredores! ¡qué cortinas! ¡Oh! las cortinas eran de raso bordadas de oro, y el tapiz de los muebles de raso bordado de oro, y los almohadones de raso bordado de oro. Era cosa que las gentes andaban a caza de permisos para visitar aquella maravilla.

Díganme ustedes si siendo don Gabriel tan rico, no podría salvar al pobre curial de la catástrofe que le amenazaba; bastó que su comadre le hiciera una indicación, y aquello de la firma y mucho más que había entre papeles se arregló como quien barre y deja limpio, y una vez barrido, el curial rebosaba bienestar, su mujer rebosaba juventud, de la segunda, y don Gabriel rebosaba oro y satisfacción.

Aunque todo el mundo sabía que a la señora aquella la tenía don Gabriel, solían cubrir las apariencias. El curial lucía a su mujer los domingos, ella iba muy guapa, guapísima, con vestido chillante recargado de adornos y de sobrepuestos, haciendo contraste con el bueno del curial, quien, apegado a sus hábitos, no se cuidaba de que llevaba a la sazón el saco de casimir del país y los botines viejos, y este pardear del vestuario del marido contrastaba con el resplandor de su mujer, especialmente cuando les hería a los dos el mismo rayo de sol de mediodía.

En aquella ocasión, y con motivo del baile, Saldaña pensó en que la señora preferiría ir con don Gabriel y creyó, como ya hemos visto, muy diplomático y muy acertado no convidar al marido; pero he aquí que en el furor de convidar a todo el mundo, el curial había sido invitado por interpósita persona; de manera que aquella invitación por duplicado y que venía de polos opuestos, obligó doblemente a aquel terno de personas felices, quiere decir, al curial, a su mujer y a don Gabriel, y esto, como todo lo que le sucedía a la señora de poco tiempo a esta fecha, le salió bien, porque al hablarse del baile y de que iba a estar muy bueno, don Gabriel fue el que, con esa generosidad de que había dado tantas pruebas, se encargó de la *toilette* de las muchachas, las que a su vez se sintieron casi tan felices como su mamá.

En cuanto a las pollas Isaura, Rebeca y Natalia, los preparativos para el baile eran

de muy distinto carácter, por aquello de que el hombre pobre todo es trazas. Isaura desbarató un vestido verde limón y compró en el Portal de las Flores unas cuantas varas de otro género verde gay tramadito de seda y unas cuantas varas de listón verde esperanza, con lo cual confeccionó un traje a verdes que no había más que pedir.

Rebeca sí pidió, porque una amiguita íntima la sacó del apuro, y en cuanto a Natalia, su misma mamá le hizo de una enagua manchada una chaqueta que, según sus hermanas, parecía la mera verdad.

La mamá ya se sabía que había de ir con su vestido negro de siempre, porque, como ella decía, a las viejas ya no les están bien las composturas ni los perendengues, y tenía razón, porque a la señora efectivamente no le sentaban bien las composturas. Con esto y con haberse puesto fea en fuerza de contratiempos, hambres y enfermedades, había acabado por formar el más perfecto contraste con sus hijas, que eran las primeras en imitar las últimas exageraciones de la moda.

Capítulo III

De las Machucas y de otras parejas

POR TODAS partes se hablaba del baile de doña Bartolita, como le decían algunos, o del baile del coronel, como le decían otros; pero lo más general era entre los convidados, llamarle el baile de Saldaña, pues, como saben bien nuestros lectores, Saldaña era el que se había encargado de la concurrencia, entre otras cosas.

No desperdiciaba coyuntura para engrosar las filas: entraba a *La Concordia* y encontraba un general amigo suyo desayunándose.

—¡Buenos días, mi general!

—¿Qué hay, Saldaña, cómo va?

—Ya usted lo ve, mi general, haciendo por la vida —contestó Saldaña tomando asiento familiarmente al frente del general.

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Hombre, mi general, hombre, qué ha de haber! ¡Un bailecito! Pero oiga usted, de lo que hay poco.

—¿Cómo es eso?

—Figúrese usted que yo lo estoy arreglando.

—¿Usted?

—Sí, mi general, estoy encargado de los vinos y de convidar.

—¡Ah! ¿Conque usted convida...?

—Sí, mi general, y lo convido a usted formalmente; calle de...

Y Saldaña dió las señas de la casa.

—¿Conque va a estar muy bueno, eh?

—Vaya; figúrese usted que van las Machucas...

—¿Van, eh?

—Vaya, las primeras.

—¿Y quiénes más?

—Pues oiga usted: van muy buenas muchachas. Van la de don Gabriel y la de Camacho.

—¿La delgadita aquella?...

—Sí, la de la cinturita y los piesecitos y los... en fin, la de Camacho. ¿Cómo no había yo de convidar a Camacho?

—Quiere decir, que será un bailecito en el que...

—Van muy buenas muchachas, mi general. No deje usted de ir.

—Pero ¿quién es el dueño de la casa?

—¡Ah! se me había olvidado. Pues el coronel del...

Y Saldaña mentó un regimiento.

—No falte usted, mi general, no falte usted; hay buenos vinos. Acabo de arreglar la factura con don Quintín Gutiérrez. Conque calle de... número... el sábado en la noche. Ya sabe usted que van las Machucas.

No sabemos por qué, pero aquel general pensó lo que muchas personas habían pensado al aceptar la invitación de Saldaña: el baile ha de estar bueno porque van las Machucas.

No había pagado aún el general el chocolate, cuando se acercó a hablarle un amigo suyo.

—¿Qué hay, general? Buenos días.

—¿Cómo va, Peña? ¿Cómo va?

—Nada, aquí me tiene usted muy contento.

—¿Se ha sacado usted la lotería?

—No, general; pero me acaban de convidar a un baile.

—¿Qué baile?

—Un baile muy bueno; figúrese usted que van las Machucas...

—¿Conque van las Machucas? —preguntó el general casi maquinalmente.

—Van las Machucas, sí, señor; van las Machucas, figúrese usted.

—Hombre, Perico —dijo un pollo a otro entrando a *La Concordia*— no dejes de ir el sábado al baile. Van las Machucas.

—¡Qué capaz que falte! Aunque sea cojeando...

El general y Peña se dirigieron una mirada de inteligencia.

—Por todas partes se oye hablar de este baile —dijo Peña.

—Y lo más notable es que a todo el mundo se le oye decir que el baile va a estar muy bueno porque van las Machucas.

—¿Quiénes son, por fin, esas Machucas tan mentadas?

—¡Cómo! ¿no conoce usted a las Machucas, general? Entonces no va usted al Zócalo, ni a las tandas, ni al circo ni a ninguna parte.

—Yo no digo que no las conozco, y mucho ¿quién no conoce a las Machucas? Pero no sé quiénes son.

—¡Ah, hombre! en cuanto a eso... En primer lugar le diré a usted que se visten muy bien. ¡Ah! eso sí ¡qué bien se visten!

—Ya lo he visto; pero...

—No, en cuanto a lujo, yo le aseguro a usted que...

—Bien; pero vamos a ver ¿de dónde les viene?

—Acabáramos, general. Ésa es cuestión de forrajes.

—Hombre, Peña, eso es muy misterioso.

—Nada de misterio. Todo el mundo lo sabe.

—¿Pero de quién dependen ellas?

—Pues dependen... ahora verá usted... porque Gumesinda la más chaparrita, la de los ojos...

—Sí, ya sé quién.

—Pues esa... esa no es verdaderamente Machuca; ella es Obando, o mejor dicho, Pérez del Villar, porque Obando ya se había separado de su mujer cuando...

—¡Bien! No tome usted las cosas tan lejos y convengamos, como ha convenido todo el mundo, en que las dos son Machucas, Dígame usted, sin rodeos, de quién dependen, quién las mantiene, quién...

—La mantención es lo de menos, porque Machuca, el pagador, ya sabe usted que es un lebrón de siete suelas.

—Conozco su historia; le dio una salvadota Tuxtepec...

—Y desde entonces —agregó Peña— ¡arriba! Ya sabe usted, esta es la época de los lebrones. En fin, «se armó», general, «se armó» y, como él dice, se preparó para la de secas.

—¿Y él es el que?...

—Le diré a usted; porque... ya sabrá usted que la otra, la verdadera hermana de Machuca... No Gumesinda sino Leonor, cuando tuvo su niña...

—¡Ah! ¿conque tuvo...?

—Sí, general, pues por eso se fueron al interior...

—Pues desde entonces, ya todas las cuentas de la modista no las paga Machuca.

—¡Ah!...

—Ya se explicará usted el prestigio de Machuca por allá arriba.

—¡Oh, sí, eso ya lo sabía!

—Ahora en cuanto a Gumesinda...

—No sólo Gumesinda, sino la otra, la chiquita, porque las Machucas son tres.

—Ésa tampoco es Machuca; porque bien visto viene a ser media hermana de la otra; y de ésta sí, francamente, no sé el apellido, aunque tengo mis sospechas...

—Bueno; es suficiente —dijo el general, y despidiéndose de Peña salió de *La Concordia*, no sin proponerse no faltar al baile del coronel, entre otras cosas por ver de cerca a las Machucas.

Aunque la fama de las Machucas era universal, no sucedía lo mismo con Machuca. A ése lo conocían en la oficina, en la Tesorería y en algunas partes; pero no era muy dado a exhibirse; tanto que, para obrar él con más libertad, dejaba hacer a sus hermanas; y éstas, como era natural, hacían y hasta deshacían; cosa que les venía perfectamente, con especialidad cuando solían hacer algo bueno.

Las Machucas habían sido muy pobres, pobríssimas, tanto que Saldaña, que conoce a todo México, suele decir, cuando le piden datos acerca de ellas, que las conoció «descalcitas».

Efectivamente, las Machucas no pudieron nunca imaginarse que llegarían al apogeo en que hoy se encuentran; todo debido a lo truchimán y buscón que ha sido su hermano, capaz, según ellas, de sacar dinero hasta de las piedras; tanto, que hay quien cree que es uno de los que tienen la contrata de adoquines para las calles de Plateros.

Las Machucas tenían todas las apariencias, especialmente la apariencia del lujo,

que era su pasión dominante; tenían la apariencia de la raza caucásica siempre que llevaban guantes, porque cuando se los quitaban, aparecían las manos de la Malinche en el busto de Ninón de Lenclós; tenían la apariencia de la distinción cuando no hablaban, porque la sin hueso, haciéndoles la más negra de las traiciones, hacía recordar al curioso observador la palabra «descalcitas» de que se valía Saldaña; y tenían por último la apariencia de la hermosura, de noche o en la calle, porque en la mañana y dentro de casa, no pasaban las Machucas de ser unas trigueñitas un poco despercudidas y nada más.

Decíamos que cuando hablan se dejan ver la hilaza; y es lo más natural, porque la pulcritud en el lenguaje no es un artículo de comercio como el raso maravilloso.

Observémoslas al lado de uno de sus amigos de confianza, paisano suyo, y con quien, según ellas decían, no tenían nada que perder porque se habían criado juntos.

Entraba el tal amigo por las recámaras como Pedro por su casa, hasta que encontraba a las muchachas.

—¿Qué haces, Gumesinda?

—Nada, hombre, ya lo ves, peinándome.

—¿Te bañaste?

—¡Caray, hombre, qué preguntón eres!

—No te enojés. ¿Estás de mal humor?

—Acabo de hacer una «muina».

En lo general, las Machucas eran violentas de genio; y todas tres, sin distinción, usaban la palabra «hombre» a guisa de interjección, así hablaran con un barbudo o con una niña. La palabra «caray», que aprendieron desde que las conoció Saldaña, era otro de los rasgos característicos de su estilo oratorio.

Una de las razones que había para que las Machucas fueran muy conocidas y muy mentadas, era que Machuca, que se envanecía de ser un liberal completo, había establecido en su casa, aunque no intencionalmente, la libertad de conciencia y la libertad de reunión.

Las visitas y las Machucas se encargaban de establecer las demás libertades.

Una vez establecido este sistema democrático, a las Machucas no les faltaba a la semana tamalada, baile o excursión en que divertirse; porque así estaban listas para ir a un día de campo, como a un casamiento, sin pararse en quién era el anfitrión, ni en quiénes eran los novios.

Visitaban a las Machucas muchos hombres y casi ninguna señora. Confesaban ellas mismas que, para tratar con señoras, se necesita mucho cuidado y muchos cumplimientos, a que ellas no estaban acostumbradas.

Machuca estaba en este punto de acuerdo con sus hermanas.

Una de las visitas de las Machucas era un señor un poco entrado en años, de bigote y pelo gris claro, ojos claros y aspecto inofensivo; era un señor rico, según fama, que sabía hacer negocios sin ser abogado; vivía de corretajes, de cambalaches y combinaciones, y era afortunado.

Tenía una cosa, y casi no se puede decir en castellano, porque no daría una idea exacta de lo que tenía aquel señor, y se necesita decirlo en latín. Tenía, en fin, *coram vobis*, que es una de las cosas muy útiles de tener en México para hacer letra.

Su aspecto era casi seráfico o, como dice el vulgo, parecía que no sabía quebrar un plato; se reía poco, sus movimientos eran pausados, y le quedaban en la fisonomía algunos rasgos de lo que hacía veinte años le había hecho aparecer como un buen mozo.

Y todo este preámbulo viene a propósito de que el tal señor era de lo más enamorado que se ha conocido. Era en toda la extensión de la palabra un enamorado de profesión; era de esas gentes que vienen al mundo con una misión esencialmente erótica, y llegan hasta a ser víctimas de la filoginia, especie de enfermedad incurable como la lesión orgánica.

Tenía este señor mujer e hijas; pero como si no las tuviera, porque, a consecuencia de sus alegrías y sus infidelidades, estaba separado de su primera familia hacía años. En cambio tenía otra familia que él se había proporcionado, cediendo a sus irresistibles tendencias matrimoniales, y esta nueva familia le costaba un ojo; lo cual no era un obstáculo para sostener hasta tres casas más, en cada una de las cuales iba a saborear a pequeños sorbos y por turno las delicias de la paternidad.

Era tan afecto a la baratija llamada mujer, que a pesar de todas aquellas satisfacciones tomaba la que le ofrecían, como los fumadores, por no decir que no, y sin embargo, aquel señor a quien todo el mundo le llamaba «ojo alegre» no tenía nada de risueño ¡qué había de tener! Era, por el contrario, adusto y reservado, lo cual no le impedía, por lo visto, ejercer su oficio con una constancia y una asiduidad de relojero.

Mantecía un ejército permanente de señoras que pertenecían a él, y aún le quedaba tiempo para comer algunas veces en la fonda algunos platillos *à la carte*.

Este señor visitaba a las Machucas, y su presencia en aquella casa alarmaba a los demás visitantes, como en un gallinero alarma a los pollos un gallo de espolón.

No queríamos darle un nombre por temor de que vaya a parecerse a alguno, y nos achaquen la mala intención de hacer retratos en vez de presentar tipos, faltando así a las leyes de la novela; pero como es preciso distinguirlo con algún nombre para no confundirlo con cualquiera de nuestros personajes, le daremos un nombre que no pueda tener nada de común con el de algunas personas que pudieran parecersele, y le llamaremos a secas don Manuel.

Cuando entraba don Manuel en casa de las Machucas, algunos pollos bajaban la voz, otros se iban, y otros hacían un gesto; pero siempre hacía cambiar el curso de la conversación, al grado que las niñas decían «caray» menos ocasiones o casi ninguna.

Otra de las cosas a que eran muy afectas las Machucas era a jugar. ¡Vean ustedes qué rareza! Pero se morían por los albures, y esto con un candor y una ingenuidad admirables. De manera que en la feria de Tacubaya y otras, se las veía entrar al garito con la misma naturalidad y desparpajo con que entrarían al circo, y era que jamás les había pasado por las mientes que el juego de azar es denigrante. Como estas

muchachas habían sido pobres, y además cada una tenía una mamá distinta, y cada una de estas mamás una historia más o menos complicada y vergonzosa, habían ido creciendo como habían podido, como crecen esas hierbas silvestres a pesar de tener encima una piedra del camino; crecían en razón del tiempo y de la atmósfera, de la humedad y de la ley de los organismos.

No habían tenido nunca nada; pero habían comido siempre, y siempre se habían cubierto con ropas, más o menos pobres; pero, en fin, se les podía ver o, mejor dicho, no se les podía ver su desnudez. El caso es que habían llegado a la adolescencia sin saber cómo, y hasta sin querer recordarlo; y hoy, que entran al mundo por una puerta fácil, se dejan llevar de los acontecimientos, sin aprensión y sin escrúpulos, y son felices, con la felicidad ciega del que no se para en preguntar el por qué de las cosas.

Tenían vestidos de seda y alhajas, sin pensar en que tales atavíos eran el precio de la deshonra de su hermano. Se complacían en ser solicitadas, sin pensar que eran aquellas las solicitudes del buitre que busca la carne descompuesta; y jugaban albuques para probar ese contraste de emociones de perder y ganar, sin pensar ni en lo oprobioso del entretenimiento ni en que alrededor del tapete verde se ponían a la altura de las mujeres públicas que las codeaban, y de los tahures, especie de excomulgados sociales, relegados por la moral fuera de la comunión de las personas honorables.

Las Machucas perdían el dinero de su hermano y su propia reputación en Tacubaya, y volvían a su casa rebosando felicidad, y tan quitadas de la pena que nadie las hubiera podido persuadir de que debían avergonzarse de su conducta. ¡Pobres Machucas! ¡Como ellas hay actualmente tantas jóvenes llevadas al garito por este torrente de desmoralización que condena a nuestra sociedad a la depravación de todas las costumbres!

Capítulo IV

De cómo entre otras cosas se preparaban para el baile del coronel las niñas de la Alberca Pane

CONFECCIONADO el vestido a verdes de Isaura, y convertida la falda aquella en chaqueta de Natalia, faltaban todavía algunos adminículos indispensables, destinados nada menos que a corregir o, mejor dicho, a torcer y exagerar las líneas de la madre naturaleza.

Aquellas niñas habían observado con ese ojo perspicaz de la polla a la moda, que las mujeres deben ostentar hoy una curva saliente en la región del coxis, ni más ni menos que si se tratara de un absceso, de un fibroide imposible o de una jiba de dromedario; y no hay que preguntar el por qué de esa protuberancia. La moda tiene sus exigencias a que obedecen así las muchachas enhiestas como las cargaditas de hombros.

París se encarga de la corrección de líneas, de abultar, de ahuecar y de perfilar a la mujer para alejarla cada día más del tipo de nuestra primera madre en el paraíso; y si los hombros de aquella señora y de las que le sucedieron fueron escultóricos en el sentido de su redondez, hoy las hijas de Eva lo usan todo puntiagudo y anguloso, para probar que la línea de la belleza no es la curva, y se ponen zapatos de punta de lápiz y se colocan en los hombros otras prominencias que recuerdan una uña que los murciélagos tienen en la segunda articulación de las alas.

Las niñas aquellas que, como hemos dicho, eran pobres, habían agotado el presupuesto de ingresos maternos, saliendo, como la guarnición, con veinticinco días en el mes, y no había modo de comprar una de esas jaulas de varas y cintas que venden en *La Primavera* para abultar a las señoras. Pero Isaura era mujer de recursos y no se había de parar en tan poca cosa para no improvisar la susodicha jaula.

Tomó a su hermana Rebeca y probó a acomodarle una canastita. Natalia opinó por un tompeate, dando muy buenas razones respecto a su flexibilidad y menor peso. Y la mamá, que no pudo menos que aplaudir el ingenio de las muchachas, vino cargando varios objetos propios para abultar.

—¡No, mamá! —exclamó Natalia contrariada—. ¡Cómo vamos a ponernos jaulas de alambre ni cajoncitos de puros!

—¡Para abultar!... —dijo la mamá— al fin no se ve.

—¡Pero se puede tentar! Y la dureza...

—Pues... y la forma... —dijo Rebeca— eso debe ser blando, flexible, pues..., así como si fuera de ballenas.

—Quiere decir, un verdadero polisón.

—Sí, como los que venden en *La Sorpresa y Primavera Unidas* a veinte reales. Todo esto lo decía Rebeca con su canasta colocada en el sitio a propósito.

—¡Tocan!

—¡Ave María Purísima!

—¡Cierren! Que no estamos en casa.

—¡Quién será!

—¡Sea quien fuere, no abran!

—Yo no me puedo quitar la canasta. ¡Se ha hecho nudo! —dijo Rebeca.

—¡Escondan la jaula!

—¡Y esos tompeates!...

—¡Ya van!

—¡Siguen tocando!

—¡Será persona de confianza!...

—¡No le hace!

—¡Está abierto!

—¡Ay, Jesús!...

Pío Cenizo, uno de los novios de las niñas, acababa de entrar.

Apenas saludó, notó que allí pasaba algo extraordinario. Isaura estaba pálida, Rebeca muda, Natalia temblando y la señora turbada.

—¿Qué ha sucedido? —exclamó Pío—. ¿Alguna desgracia?

Nadie podía contestar, y Pío paseaba sus miradas por todas partes.

—¿Se ha ido algún pájaro? —preguntó viendo la jaula.

—Sí, mi canario —dijo Natalia, encontrando una salida.

—¡Qué lástima! —dijo Pío—. ¿Y cantaba?

—Era un primor.

—¡Y cómo se fue a ir ese pícaro! —dijo examinando la jaula.

—¡Ah, acabáramos! Le faltan cuatro alambres. Por aquí cabe un zopilote. ¡Con razón se fue!...

Las niñas rompieron a reír, y Rebeca pudo escaparse andando para atrás porque no había podido desprenderse la canasta.

—¿Y tantas canastitas? —preguntó Pío—. Supongo que pretenderían ustedes coger al prófugo.

—Eso es —dijo la mamá— íbamos a ponerle una trampa.

—Para trampas, aquí estoy yo —dijo Cenizo— voy a cogerlo. ¿Estará en la azotea?

—Allá está cantando, óigalo usted —dijo la mamá.

—¡Allá voy!

Y Pío Cenizo salió de la sala para dirigirse a la azotea.

Los preparativos en la casa de la señora del curial eran de muy distinto género. Las dos niñas habían recibido dos magníficos vestidos de raso confeccionados por una modista de primer orden. Era un valiosísimo obsequio de don Gabriel, que

deslumbró al curial y a su mujer; y no sólo los deslumbró, sino los dejó sin habla, porque la señora al ver a don Gabriel, apenas pudo articular estas palabras:

—¿Pero para qué se mete usted en esos... vestidos?

El curial no pudo articular ni siquiera esa frase, encontrando bien pronto disculpa a su descortesía en aquello de que el silencio es lo más elocuente.

En cuanto a Saldaña, que no había pensado en otra cosa más que en el baile hacía muchos días, lo había tomado más a pechos que los demás; no sólo porque Saldaña tomaba así todas las cosas, sino porque él mismo se sentía, más que nunca, dispuesto a devorar los placeres del baile, y muy especialmente los de aquel baile, que casi era suyo: él lo había hecho todo, era su creación, su obra, y se proponía gozar para indemnizarse de todas las molestias que se había tomado. La idea de bailar y lucirse lo indujo a verse en un espejo. Aquel saquito del diario estaba muy corto, muy claro y muy raído. ¡Cómo se iba a presentar en el baile con aquella facha!

Pero para Saldaña no había dificultades; del arreglo de los licores, de los alquileres y de todo lo que había tenido que manejar, le quedaba un pico que con toda conciencia él llamaba «busca legal», fundado en que el artículo 5.º de la Constitución prohíbe imponer trabajo o servicio personal sin la justa retribución.

Armado con este principio constitucional, se fue en derechura a la casa de un sastre rinconero amigo suyo, y muy su amigo, que era nada menos que el Saldaña de los sastres, porque sacaba partido de toda la ropa vieja, y de los faldones de una levita sacaba un chaleco, y de un saco de codos rotos sacaba uno nuevo para niño; y era, en fin, una especialidad para transformaciones.

—¿Qué hay, don Teodoro?

—¿Qué hay, Saldaña? ¿Qué tenemos?

—Nada, un bailecito.

—Ya he sabido: el baile que le dicen de las Machucas.

—No ¡qué Machucas! Le dirán el baile de Saldaña, porque yo lo estoy preparando.

—Es natural, y va a estar muy bueno, según dicen.

—Tanto que le necesito a usted, don Teodoro.

—Vamos a ver en qué puedo...

—Una levita.

—¿Negra?

—Por supuesto, hombre; ¡negra, para baile!

—Aquí tengo una forrada de seda, una pieza magnífica y una verdadera ganga. Era del diputado...

—¡Ah, ya sé la historia! Se la voy a contar a usted, don Teodoro. Ésta es la levita nueva que llevaba el diputado hace seis meses el día del banquete en el Tivolí de San Cosme, en donde, como sabe usted, por una cuestión de faldas se agarró con el licenciadito. No se lastimaron, pero la levita sacó un rasgón y un chorro de consomé. El diputado, al llegar a su casa todavía con la turca, le regaló la levita a su criado.

—¡Llévate eso lejos de aquí! ¡Qué no vuelva yo a ver esa levita!

—Eso es, y el criado la vino a vender. Véala usted ahora; búsquele usted el rasgón y el consomé.

—¡Enteramente nueva! —exclamó Saldaña—. Y también le daría usted al criado un par de pesos por ella.

—¡Ah, qué usted! Le he dado cinco para poder venderla en quince.

—¡Quince pesos por el repelo!

—Enteramente nueva.

—Doy ocho.

—Muy buen dinero, pero vale quince.

Después de mucho hablar, Saldaña se quedó con la levita por nueve pesos.

En seguida buscó a su zapatero, el que bacía botines de charol a tres pesos y medio; compró corbata, limpió unos pantalones y echó en bencina un par de guantes que le habían acompañado seis años, porque sólo se los había puesto en las ocasiones solemnes, que habían sido pocas.

—¡Espléndido! —exclamó Saldaña, probándose a solas la levita— voy a estar hecho un potentado. Voy a dar golpe. Lo único que me falta es una buena cadena para mi reloj de níquel... Se proveerá, Saldaña, se proveerá... —dijo Saldaña, dándose golpecitos en la frente—. ¡Y ahora que me acuerdo! ¡Mi pobre Lupe! ¡La madre de mis criaturas, a quien con esto del baile no le he llevado el diario hace tres días! ¡Dejarla sin gasto! ¡Nada! Ya habrá empeñado la pobrecita... Sobre la marcha a ver a Lupe.

Lupe, como la había clasificado Saldaña, no era su mujer, ni siquiera su querida en servicio activo; porque, según Saldaña, pertenecía al Depósito, era exactamente la madre de sus criaturitas. En cambio Lupe le llamaba a Saldaña, en ausencia, el padre de mis criaturitas. Con esto está dicho cómo aquella unión provisional no tenía más lazos morales que las tales criaturitas.

Pero Saldaña, al pensar que había dejado sin gasto a su Lupe, tuvo un arranque de amor retrospectivo, y sintió el vehemente deseo de hacer partícipe a la madre de sus criaturitas de los placeres de aquel baile, en que él se proponía ser completamente feliz.

—Buenos días, Lupe —la dijo entrando—. ¿Adónde están mis pelones? ¡Acá la guardia! Vengan acá, muchachos.

Y se subió un chiquitín en cada rodilla.

Lupe meneaba el arroz que contenía una cazuela, y volvía la cara para ver a Saldaña.

—¿Has estado enfermo?

—No, mi vida, ocupado, horriblemente ocupado. ¿Y tú?

—Yo, con las punzadas.

—¿No te has curado?

—No.

—Mira, mujer, lo que tú necesitas es darte un alegrón.

—¿Cómo es eso?

—Voy a decirte. ¿Ya sabes del baile?

—Anoche hablaban de un baile en la vecindad, y como te mentaron a ti, puse cuidado.

—¡Ah! Bueno, pues ya sabes cómo arreglo yo las cosas; el baile lo hago yo... quiere decir, no lo costeo; eso no; pero lo hago y va a estar espléndido.

—Eso dicen.

—Y se me ha metido entre ceja y ceja...

—¿Qué?

—Llévate.

—¿Estás loco?

—No, mujer; tengo ganas de echar una danza contigo como... ya sabes, como las que bailábamos...

—Sí; pero eso era entonces —dijo Lupe suspirando.

—Y ahora, sí señor, y ahora ¿por qué no? Mira, para que nos podamos entender, hoy como contigo —dijo bajando a los muchachos de sus rodillas—. ¿Qué tienes de comer? —preguntó acercándose al brasero.

—Nada más que arroz.

—No; pues hoy es día de fiesta, voy a proveer —dijo pasando su mano huesosa por la pálida mejilla de Lupe, y salió a la calle.

Lupe no había dejado de mover el arroz y ya se quemaba, cuando, volviendo ella de su sorpresa, acertó a ponerle agua. Se desprendió de la cazuela ese vapor impregnado de esencia de cebolla que, difundándose por toda la pieza, fue a despertar el apetito de las criaturas, quienes pidieron su sopa a dúo.

Al cabo de algunos minutos se presentó de nuevo Saldaña, seguido de un muchacho que cargaba unas cazuelas, pan, tortillas y una tina con pulque.

—Mira, mujer —exclamó Saldaña descubriendo las cazuelas—. ¡Mole de guajolote, enchiladas y frijoles con sus tortillas y su pulque correspondiente!

Las criaturitas se acercaron al mandadero, empinándose para oler aquello, y por la fisonomía de Lupe atravesó como un reflejo de alegría gastronómica que contrastó con las sombras de su habitual tristeza.

Sobre las desiguales vigas del cuarto, logró Saldaña acomodar una mesita de palo blanco, y sirvieron de asiento un baúl para los niños, y las dos únicas sillas del menaje.

Saldaña explicó a Lupe durante el almuerzo, y entre una y otra libación de San Bartolo, cómo estaba en posición de llevar al día siguiente un vestido de baile, abanico y todo lo que pudiera necesitarse para que aquella pobre mujer luciera, al menos por una noche, el papel de persona acomodada; y como no era la primera vez que Saldaña tenía de aquellas fantasías, Lupe oía resignada, y se manifestaba bien dispuesta a la transformación.

En efecto, al día siguiente Saldaña entraba a un bazar y empeño de un español, amigo suyo, a quien llamó hacia un extremo del mostrador.

—Oiga usted, don Sotero, podemos salir del vestido azul —díjole sacando una gran cartera atestada de papeles de todas dimensiones—. Aquí tiene usted el boleto. Si les gusta darán hasta catorce pesos.

—No, hombre, el patrón ha dicho que una onza es lo menos.

—Yo creo que bajará dos pesos.

—No lo crea usted, Saldaña; es lo menos.

—Bueno, pues lo llevaré para probar sacar los otros dos.

El dependiente buscó entre algunos bultos que le eran familiares uno que entregó a Saldaña.

Entretanto éste había sacado otro boleto y dijo al dependiente:

—Por el abanico dan cinco.

—Seis lo menos.

—Bueno; pues también lo llevo por ver si saco el otro. Conque por todo, veintidós... Y lo había ajustado en diez y nueve, pero vamos a ver. Hasta luego, don Sotero.

—Abur, Saldaña.

Hizo todavía éste algunos preparativos para aperar a Lupe, y cuando creyó que nada faltaba se dirigió a la casa de sus criaturitas.

Hubo necesidad de coger varias costuras del talle y cortar algo, que Saldaña estaba bien seguro no sería notado por don Solero, a quien, como se habrá comprendido, habían de volver al día siguiente el vestido azul y el abanico, so pretexto de la diferencia de tres pesos en el precio.

Quedó, pues, resuelto que Lupe iría al baile. Era aquella una transformación que asombraba al mismo Saldaña, quien, contentísimo de su hazaña, se decía a sí mismo:

—¡Magnífico! Esto se llama entenderlo. ¿Por qué no había yo de llevar a esa pobre mujer? Bastante lo merece por su resignación y su prudencia de tantos años. Ella, la pobrecita, sin goces de ninguna clase, sólo dos veces ha ido a los títeres para llevar a mis criaturas. ¡Y pensar en que yo le robé todas sus comodidades y le quité su novio y... en fin, la hice la madre de mis criaturas!... ¡Nada! Es preciso que baile, que se divierta... que... A las criaturitas las dejamos bien cuidadas en la vecindad. A Lupe la llevará un amigo de confianza, quien quedará bastante indemnizado de la molestia con el placer de ser de los nuestros, y una vez en la sala ¡quién diablos va a averiguar que Lupe es... es la madre de mis criaturitas!

Por todas partes se hacían preparativos para el baile o, mejor dicho, se hacían ni más ni menos los preparativos que se hacen para todos los bailes; pero que presentados sin cohesión como a la presente, pasan desapercibidos; y un autor de novelas tiene entre otros el derecho de meterse a su capricho en la casa de todos sus personajes, con la piadosa intención de publicar sus poridades.

Metámonos otra vez, pues, en casa de las Machucas, pues no hemos de dejar de

analizar ninguna de las particularidades que las rodean. Las Machucas, entre otras muchas de sus cualidades negativas, tenían la especialidad de bailar muy bien la danza habanera, tanto que la víspera del baile, ya cada una tenía comprometidas más danzas de las que podían bailarse en una noche. Y decimos que bailar bien la danza es una cualidad negativa, por razones que si el curioso lector tiene paciencia, oirá de nuestra boca.

En la perpetua lucha que la moral sostiene contra el vicio en todas las sociedades, sucede que el incremento de las malas costumbres se efectúa por medio de transacciones preparadas por la hipocresía.

La hipocresía es una especie de agente de negocios del vicio. Toma una fiesta religiosa para atribuirle toda la responsabilidad del ultraje a la moral, y combina la fiesta de la Candelaria con la libre instalación del garito y del carcamán.

Y «esas señoras», otras señoras, y ciertas señoras, juegan juntas a los albures el precio de la hermosura, el dinero del marido y el pan de sus hijos.

La transacción se verifica sin más condiciones que la de ser transitoria y un poco lejos del centro; como transige la buena educación con un esputador de profesión o con un enfisematoso, siempre que éste escupa, no en medio de la sala, sino en un rincón y en la escupidera.

De manera que siendo en Tacubaya y por pocas semanas, hay señoras para quienes lo infamante y lo inmoral del garito es parvedad de materia.

He aquí otra transacción. La hipocresía cree muy justo despedirse de los placeres de la carne ante la terrible perspectiva de cuarenta días de abstinencia, e inventa el carnaval. Mientras en México las mujeres públicas fueron «descalcitas», como habían sido las Machucas cuando las conoció Saldaña, los bailes de máscara eran, sin distinción, para las clases acomodadas de la sociedad; pero cuando el lujo y la prostitución se dieron la mano, los bailes de máscara se componen de «esas señoras» y del sexo feo, el cual aprovecha esa ocasión anual para darles gusto a ellas sin aprensión ni reticencia.

Llegamos al fin a la transacción por que empezamos: a la danza habanera.

Los pobres esclavos de Cuba, tostados por el sol, rajados por el látigo y embrutecidos por la abyección, despiertan algún día al eco de la música, como despiertan las víboras adormecidas debajo de una piedra.

En la vida del salvaje y del esclavo, el placer es esencialmente genésico, por la misma razón fisiológica que en el animal lo determina sólo en un período de su vida. De manera que en el esclavo y en el animal, no hay placer sin lascivia, y siendo el baile la expresión del placer, el baile del esclavo no puede ser más que libidinoso.

El esclavo está en su derecho de bailar así bajo su sol ardiente, como lo está el león de rugir en el desierto tras de la leona.

Coincidiendo con estos rugidos y con estos bailes, vino el cansancio del *minuet* y de las cuadrillas bajo el sol tropical; y la hipocresía encontró la ocasión de hacer un baile para introducir una novedad.

Las niñas estaban con los ojos vendados y no entendían nada en materia de rugidos de león, ni de danzas de negros, y encontraron en realidad inocente y nuevo lo de llevar el compás con la manita y con los pies, y bailaron la danza habanera delante del papá.

Y todos los papás, hasta sin la intervención de la hipocresía, le extendieron a la danza de los negros su patente de sanidad para los salones.

Y se verificó sin remedio otra transacción de la moral con las malas costumbres.

Después de las anteriores reflexiones, y conocidos los antecedentes, no nos queda más para realzar las cualidades de algunos de nuestros personajes, que repetir lo que todo el mundo dice, a saber: Las Machucas bailan muy bien la danza habanera.

Capítulo V

Que trata de lo que hizo con su virtud una señora invitada al baile de Saldaña

ACABABA de cambiar de casa por aquellos días una familia, que según todas las apariencias había sufrido un descalabro en su fortuna.

Era una señora bajita de cuerpo, oscurita de color, de manos largas y huesosas y de maneras poco refinadas, una señorita muy elegante y un niño como de doce años. Nadie hubiera podido creer que la señora aquella era la madre de la señorita elegante, porque había tan sustanciales diferencias entre una y otra, que parecía imposible la transformación de una hija procedente de madre de tan baja estirpe. En efecto, la mamá era ordinaria y la niña pulcra; la madre desaseada y vulgar, y la niña elegante y bien educada; y si hubiésemos de penetrar en los resultados morales de estas divergencias, encontraríamos que la madre y la hija no se profesaban cariño.

Entre las graciosas ingenuidades de aquella señorita espiritual, solían aplaudirle sus amigos frases como ésta:

—¡No hay cosa peor en el mundo que las madres!

Siempre estaban en pugna; siempre se le oía decir a la hija: «¡Ah, qué mamá!» con un acento que variaba en su diapason, desde las notas del desprecio hasta las de la ira, y era que todo, figura, carácter y educación, eran disímbolos entre madre e hija.

La señora, que tuvo en sus tiempos muy buenos ojos y cierto «chisgo» nacional, un tanto provocativo, tropezó el día menos pensado con uno de esos Tenorios despreocupados, para quienes cada etapa de su vida está marcada con una aventura amorosa. Una corta residencia en Orizaba, una tamalada y un aguacero trajeron al mundo a Enriqueta, a la hija de aquella señora, para quien su propia desgracia se había convertido desde entonces en su *modus vivendi*.

En efecto, desde que tuvo a Enriqueta la señora aquella, no tuvo por qué apurarse, porque el papá de la niña la quiso mucho desde que nació, y además era un señor acomodado y que tenía necesidad de cubrir las apariencias y evitar escándalos.

He aquí por qué medio podría explicarse el curioso lector la diferencia sustancial del color de la tez de la señora, de Enriqueta y del niño de doce años, que también era subido de tueste como su mamá.

Estas niñas que tienen papás ricos y mamás pobres, que salen de la peor ralea por el lado materno, y entran al mundo por la brecha de una calaverada de rico, suelen flotar entre dos aguas hasta que se ahogan en el fango.

El diablo del lujo es por lo general quien se encarga de la zambullida desastrosa.

Ya Enriqueta tenía diez y nueve años, había estado en buenos colegios, y tenía

amiguitas aristócratas. Es cierto que en los colegios, por buenos que habían sido, no había aprendido gran cosa, pero en cambio, Enriqueta se sabía vestir y nada la contrariaba tanto como no estrenar un vestido o no calzarse las botas más caras de la tienda. La mamá la acompañaba a todas partes y caminaba casi detrás de ella. Enriqueta era delgadita, enhiesta y garbosa, y llevaba siempre los sombreros más raros que encontraba en las tiendas de modas; la mamá usaba un velito negro, un tapalito negro, o un abrigo de merino con escasos abalorios para los días grandes.

El papá de Enriqueta había subvenido a las necesidades de aquel jirón de su familia mientras se lo habían permitido las circunstancias; pero las cosas empezaron a ponerse malas el día menos pensado, y la mamá comenzó a pasar con Enriqueta la pena negra; tanto más, cuanto que a la niña no le había faltado nunca nada.

Afortunadamente, según decía la mamá, el equipaje de Enriqueta estaba bien provisto y podía resistir por algún tiempo a la de malas.

Así sucedió, en efecto. No se habían pasado muchas semanas, cuando Enriqueta, después de una larga conversación con su mamá sobre el partido que debían tomar, se asomó a la ventana. Enriqueta estaba triste, y se le echaba de ver. ¡Cómo no! Si sus botitas estaban raídas, y su mamá no le había podido dar para otras. Por otra parte, de la conversación había resultado esto: que Enriqueta no sabía hacer nada, y además no había nacido para trabajar, y que la mamá, aunque cosía, que era lo único que sabía hacer, el producto de la costura no alcanzaría ni para comer. Todas estas eran verdades terribles que se presentaban en toda su deforme desnudez.

La mamá comprendió que su hija haría todo, menos trabajar para mantenerse, y de todas estas reflexiones no se consolaba Enriqueta con otra cosa que con asomarse a la ventana.

Esta ventana, única de una vivienda baja, era la de una casa pequeña, pero con vista a la Avenida Juárez, tan concurrida, especialmente por las tardes.

A los pocos días de asomarse Enriqueta a su ventana, en busca de... aire, puesto que el aire es tan necesario para vivir, ya tenía cuatro osos; la elección era difícil, especialmente cuando el novio que Enriqueta había de elegir debía, reunir muchas condiciones.

Una tarde, antes de que Enriqueta acabara de vestirse para salir a la ventana, tocaron la puerta. Era una señora grande, vestida de negro, y con la cabeza cubierta con un tápalo.

Abrió la mamá de Enriqueta.

—Muy buenas tardes ¿cómo está usted, señora? ¿Cómo va de...?

—Pase usted —dijo la mamá para no ser menos atenta.

—Muchas gracias, muchas gracias —dijo entrando la recién venida—. ¡Qué dice usted, qué calor, mi'alma! Yo vengo sofocándome. ¡Como vengo desde tan lejos! ¿Usted fuma? Fume usted de éstos, son de los Aztecas, de papel de hoja de maíz para señora, que son los mejores, sobre todo, para el pecho, porque con esta tos que padezco... ¡Qué quiere usted! Las viejas ya no servimos para nada.

Entretanto la mamá había tomado y destorcido uno de los Aztecas. La recién venida sacó cerillos y ofreció la lumbre a la mamá.

—Encienda usted, mi' alma, encienda usted. Las dos podemos...

—Gracias.

—No hay por qué darlas. ¿No es verdad que son muy suaves estos cigarros? ¿Usted de cuáles fuma?

—Suelo fumar de éstos; pero ahora...

—Tome usted esa cajetilla. Yo traigo dos, y sobre todo, yo que voy a la calle, compro por ahí... tome usted la cajetilla.

—Pero...

—El obsequio es bien pobre, bien lo conozco, pero hágame usted la gracia de tomarla.

—Pues muchas gracias.

—Conque se trata... —dijo la vieja— porque ha de estar usted en que esta vivienda no debía haberse alquilado; quiere decir, usted no tiene la culpa, no, mi' alma, y Dios me libre de... Pero la vivienda estaba pagada por seis meses más, figúrese usted.

—¡Cómo! ¿esta vivienda?...

—Sí, la misma.

—Yo acabo de pagar la renta adelantada.

—En eso está la picardía. Si estos caseros son unos caribes, y por sacar dinero son capaces... pero no, mi' alma, que no la hagan a usted «guaje», y si usted se impone de lo que pasa... Porque, por supuesto, usted conoce a la persona que paga esta vivienda.

—No, yo no...

—¡Cómo! ¿no conoce usted a Manuelito?

—Manuelito...

—Sí, Manuelito, así le digo yo. Figúrese usted, después de tantos años que lo trato. No le pintaba el bozo cuando... Pues sí, Manuelito, don Manuel que le dicen, que ha sido muy buen mozo, y oiga usted, mi' alma, franco... como no he visto otro. Eso sí, se puede tener tratos con él... todo un caballero... Y oiga usted, podrido en pesos, porque eso sí, lujo el de Manuelito, y de pies a cabeza, no lujo de ese que se ve nada más... ¡Y qué mesa!... Con decirle a usted que se trata como un príncipe.

—¡Ah, sí! —dijo la mamá—. Ya sé poco más o menos de quien se trata. Sí ¿cómo no he de conocer a don Manuel?

—¿Verdad, mi' alma? ¡Pues si ya decía yo! Sería imposible que no conociera usted a Manuelito...

—Pero es el que...

—El que tiene pagada esta vivienda por seis meses, porque ha de estar usted, mi' alma, en que... Ya sabe usted las cosas de Manuelito. Aquí vivía una familia... pues, no precisamente familia, porque haga usted de cuenta que no eran más que

María, la hermanita. una tía y la criada. Pero para que vea usted lo que son las malas cabezas. Va usted a creer que esta muchacha María, que estaba tan bien puesta y que... porque no le faltaba nada, y ¡qué vestidos, y qué todo lo de aquella muchacha! En fin, como cosa de Manuelito, ya se deja entender que... pues bien, estaba hecha una reina, y vea usted, Manuelito no venía sino dos veces a la semana. ¡Qué más quería la muy tonta! ¡Pero nada!, de que a las mujeres se les mete el diablo... Esta María, tan bonita y todo, de la noche a la mañana se fue... ¿Con quién piensa usted? ... Con un tenientito, con un muchacho que no vale nada, y ahí tiene usted a la pobre tía que ha tenido que irse a Puebla y todo por esa mala cabeza de María; pero ¡qué quiere usted, mi' alma! las mujeres somos llevadas por mal. Yo ¡cuándo! Una vez dueña de los favores de Manuelito no lo soltaba en todos los días de mi vida.

No había podido tomar aliento ni la mamá contestar un monosílabo, cuando la vieja continuó:

—Nada, mi' alma, pues yo dije: voy a ver cómo está lo de la vivienda, que algún partido se podrá sacar, y es una cosa que clama al cielo que la vivienda esté pagada por seis meses y tal vez alguna persona pobre esté haciendo sacrificios por la renta. Conque ya ve usted, mi' alma, que la cosa vale la nena, porque en estos tiempos... y luego que no tiene uno el dinero de sobra, con que si a usted le conviniere...

—¿Pero cómo sería bueno hacer?

—Pues eso usted dirá, mi' alma. Lo que es yo, cumplo con avisar, que al fin y al cabo siempre puede resultar beneficiada alguna persona, y eso yo estoy por el refrán «haz bien y no mires a quién». Con esto la emprendí desde mi casa, Estanco de Hombres, de modo que sólo en los trenes porque a pie es imposible.

—A mí no me ocurre... —dijo la mamá—. Yo, aunque conozco de vista a don Manuel, pero...

—Lo comprendo, mi' alma, lo comprendo; y tiene usted mucha razón. Sobre todo, cuando se hace un favor se hace por completo. ¿No le parece a usted? Y yo... sí ¿para qué lo he de negar? yo consigo lo que quiero de Manuelito. Figúrese usted, que no le pintaba el bozo cuando... y desde entonces me considera y, me... ¡cómo que si no fuera por él!... ¡alma mía del niño! ¡cuántas hambres hubiera habido en mi familia! Figúrese usted; viuda y sin hombre, y cargada de muchachos; pero eso sí, se come, se come gracias a Dios y a Manuelito, eso sí, a Manuelito, porque ¿para qué ha de ser una ingrata? De mis niños tengo colocados dos: a los mayorcitos, y al otro le paga el colegio Manuelito como si fuera su padre. Conque... no hay más que animarse, y si usted quiere...

—Pero no sé cómo.

—Es muy sencillo, mi' alma, es muy sencillo; con sólo que yo le diga a Manuelito lo de la renta, y le informe de que usted... en fin, yo no sé si usted será una persona rica... pero aún así, lo que abunda no daña.

—No ¡qué rica voy a ser, señora!

—Jesusita, María de Jesús me llamo. Todos me dicen Chucha. ¿Conque decía

usted... mi' alma? Yo tampoco sé su gracia de usted.

—Dolores.

—Pues bien, Lolita, decía usted que...

—Que no soy rica, y que efectivamente me vendrá muy bien aprovechar esos seis meses de renta, sobre todo, por esa niña de mis pecados.

—¡Cómo! ¿tiene usted una niña?

—Sí señora; Jesusita o Chucha, como usted quiera, tengo una niña.

—¡Oiga! —dijo la vieja fingiendo ignorarlo— ¿y qué edad tiene? irá al colegio...

No ¡qué colegio, si es tamaña mujer!

—¡Ah!... pues no sabía...

—¡Enriqueta! —grito la mamá—. lía de estar en la ventana; es su única diversión.

—¡Pobrecita! Déjela usted, no es justo...

—¡Enriqueta! —gritó más fuerte la mamá.

A poco, se presentó Enriqueta.

Chucha se puso de pie, exclamando:

—¡Válgame la Virgen! ¡qué cosa tan linda de criatura! ¡Conque su hija de usted! ... ¡ah!... Lolita, tiene usted una hija... ¡vamos, es un primor!

—¿Me llamó usted, mamá?

—Te llamé para que te conociera...

La mamá no se atrevió a decir Chucha o Jesusita, porque con esa penetración peculiar de las mujeres, había comprendido poco más o menos con quién tenía que habérselas. Más todavía, estaba segura de que el negocio de la renta no era más que un pretexto, y como para ahogar en su cuna un remordimiento, evocó en su auxilio la imagen de su propia pobreza, y las profundas meditaciones de los días anteriores en busca de una salida a la situación crítica en que se encontraba.

Enriqueta, después de saludar con frialdad a aquella desconocida, volvió a su ventana.

—Pues nada, Lolita; la cosa es muy sencilla: conque yo le diga a Manuelito que se venga a ver con usted, todo está arreglado. Es un hombre tan franco, que... ¡figúrese usted si va a permitir que el casero mame a dos carrillos!... No sólo como Manuelito no tiene en este asunto que hacer desembolso, pero aun cuando se tratara de miles de pesos... toda ponderación es corta, Lolita de mi' alma, para decirle a usted lo que es Manuelito. Conque ya me voy, porque tengo que coger el tren hasta dar con el Circuito Central, y que ver a mis muchachos ¡qué quiere usted! Cuando una es sola... Conque mucho gusto, Lolita, de haber conocido a tan buena persona: María de Jesús Pinillos, una criada y servidora de usted aunque inútil, calle del Estanco de Hombres, número... vivienda de la izquierda. ¡Conque adiós, mi' alma! Nada de cumplimientos, no le vaya a dar a usted un aire, porque están dando unos constipados que parecen fiebres; adiós, adiós.

Y la vieja desapareció sin tomar aliento, dejando extática a doña Lolita.

Eran como las seis de la tarde.

El cielo comenzaba a tomar esa coloración rojiza y como siniestra, que tanto da en qué pensar a los sabios. El polvo cósmico, que dicen, le robaba a la zona crepuscular un lampo que se encumbraba más allá de la atmósfera, envolviendo el hemisferio occidental en una bóveda rojiza, como la de un horno cuando apenas lo ilumina la agonizante flama del último leño.

Enriqueta recibía de frente en su ventana aquella coloración que daba a su vestido de tinte de lila la apariencia de una amatista, y a su semblante los arreboles del rubor, y a sus ojos un brillo peculiar, cuando Enriqueta los levantaba como atraída por la creciente y enrojecida zona luminosa.

La Avenida Juárez se había hundido ya en la sombra, y pavimento y edificios presentaban una gran masa negra, de donde se destacaban en hileras luces amarillas, como las lentejuelas de oro en un manto de terciopelo negro. Eran los faroles del gas que iban a perderse entre los árboles de la calzada de la Reforma; y hormigueando como las partículas luminosas que corren en la ceniza de un papel quemado, pero corriendo de dos en dos, unas lucecitas rojizas que se movían hermanadas, en una procesión interminable. Eran las linternas de los carruajes que volvían del paseo; lucecitas movedizas e inquietas, apareadas y como temblorosas, que hubieran podido tomarse como los ojos de fuego de una manada de lobos monstruosos, que corrían en busca de las sombras.

Enriqueta permanecía muda; pero enhiesta, con su flor roja en el pecho, y su vestido lila, que la coloración celeste seguía destacando en el cuadro negro de la ventana.

El ruido pesado y monótono del rodar de los carruajes en el empedrado desigual de la avenida tomaba a veces los tonos de la tempestad de granizo, y a veces el rumor de las cataratas que acrece y se apaga a merced de las ráfagas del viento.

Enriqueta no sólo sentía la repercusión de aquel rumor en el yunque y el martillito de sus oídos, sino que a largos intervalos sentía en la suela de sus botas el hormigueo de la trepidación. Estas sensaciones se parecían al chirrido de la electricidad de un aparato electro-magnético, y hasta ejercían en Enriqueta cierta influencia voluptuosa.

Enriqueta estaba allí como asomada al mundo, estacionada, como se estacionan esas pordioseras en el quicio de una puerta pidiendo una limosna. Pero la limosna que pedía Enriqueta, no era el pobre mendrugo cotidiano. Enriqueta pedía una limosna de lujo a la sociedad opulenta. Los ojos de Enriqueta se fijaban en la hilera de trenes de los ricos, y sus pupilas estaban agitadas por movimientos rapidísimos y pequeños, porque con cada mirada recorría el interior, el pescante y los friones de un landó, o las siluetas de cuatro jóvenes en un faetón; caballos negros, colorados, retintos, con brillantes guarniciones; lacayos con librea, coches de familia, buggys, victorias y cupés; líneas de caballo y líneas de auriga; escorzos de mujer y dorsos de «gentlemen», portezuelas abiertas, fondos de carruaje acojinados, plumas de sombrero, beldades perdidas en la sombra, manos enguantadas, todo en movimiento,

todo en perfiles fugaces, en líneas que apenas dejaban la impresión en la retina, eran borradas por otras y por otros en interminable vértigo.

Los sentidos de Enriqueta estaban cogidos por una gran caricia mundana. El ruido de los carruajes la aturdió como aturde un gran beso. Una carrera vertiginosa de imágenes fugaces producía en sus ojos ese deslumbramiento de los grandes espectáculos. La trepidación del pavimento le comunicaba una especie de cosquilleo magnético que le subía desde los pies hasta la cintura, y la brisa húmeda impregnada de olor a tierra y olor a barniz de coche, y a cuero inglés, armonizaba el conjunto de sus sensaciones; y porque el sentido del gusto no fuera excluido de aquel *quórum* sensual, masticaba con sus pequeños dientes, para hacer saliva, un pétalo de rosa.

Las muchachas que se asoman a las ventanas para ser vistas, tienen por lo general por detrás y completamente invisible un geniecillo que las aconseja apretarse el corsé y peinarse bien: es el amor.

Por detrás de Enriqueta había, no un cupidillo risueño, juguetón y huraño, sino una hada déspota, tiránica, cruel, que está avasallando a medio mundo, que lleva un cetro de oro y que se ríe de la miseria.

Se llama «la moda», porque es mujer; pero es creación del lujo. El cupidillo aquel tan ingenuo y espontáneo en los tiempos patriarcales, era en la ventana de Enriqueta y en otros balcones un simple intermediario para llegar al lujo.

En efecto, Enriqueta, como muchas mujeres elegantes, no concebía al amor desnudo, por demasiado mitológico; no podía figurárselo sino en la opulencia, y por eso lo buscaba en el fondo de los carruajes o en las facetas de un brillante de tres quilates.

Mientras Enriqueta se entregaba en su ventana a esa especie de arrobamiento que hemos procurado bosquejar, doña Dolores, la mamá de esa señorita elegante, se había quedado en el cuarto donde la encontró Chucha, sumida en profundas reflexiones.

Ya no quedaba en el horizonte más luz que la coloración rojiza del fenómeno celeste, cuyos reflejos alcanzaban todavía a destacar la silueta lila de Enriqueta en el fondo de su ventana, mientras que el cuarto de doña Dolores estaba ya completamente sumido en las tinieblas.

La mamá lo había comprendido todo, y aceptaba aquel golpe de fortuna, teniendo que cerrar los ojos; por eso encontraba que la oscuridad de la habitación le era propicia. Y para ahogar los remordimientos, que a su pesar la aguijoneaban, pensaba que la suerte de Enriqueta no podía ser otra; que aquel era su destino, y que en la situación que guardaban era una locura pensar en que Enriqueta encontrase un novio rico. La situación se había salvado, se abría una puerta en el limbo de la miseria, y era preciso salir por ella. No obstante, y debemos decirlo en obsequio de doña Dolores, no pudo impedir que de sus párpados se desprendieran dos gruesas lágrimas, que, cayendo sobre sus manos enclavijadas sobre el pecho, la hicieron estremecer de terror y de vergüenza.

La coloración del cielo había desaparecido por completo: la noche estaba negra y

Enriqueta se retiró de su ventana.

Al siguiente día, como era de esperarse, se presentó don Manuel en la vivienda aquella. Preguntó por doña Dolores, quien lo recibió un tanto conmovida, porque la presencia de aquel señor venía a ser la realización de los negros pensamientos que la habían atormentado la tarde anterior.

Don Manuel tomó asiento y guardó silencio. El prólogo de aquella nueva historia de amor era embarazoso, y aunque don Manuel, como hombre de mundo, sabía por qué distintos caminos se viene a parar en estas materias al mismo punto; aunque tenía la triste experiencia de lo que el lujo, el interés y la necesidad suelen hacer con la virtud de las muchachas, no podía disimular el empacho natural que le causaba tratar aquel asunto con una madre.

Tampoco ésta se atrevía a romper el silencio; como víctima creía hacer bastante con doblar la cabeza.

Se necesitaba en aquella situación tirante cualquier pretexto, un incidente siquiera, un suspiro, para dar la primera palabra. Don Manuel buscaba con los ojos ese algo, para saber por dónde empezar, cuando doña Dolores sacó su pañuelo como para llevárselo a los ojos.

En el pañuelo encontró don Manuel el comienzo del párrafo.

—Vamos, señora —exclamó— no hay por qué afligirse.

Esta frase produjo en doña Dolores el efecto contrario. Rompió a llorar.

—No tenga usted cuidado, señora; tenga usted la bondad de calmarse, porque todo en esta vida tiene remedio. Yo no puedo ver lágrimas ni miserias, y mi mayor placer es servir de algo a las personas desgraciadas. En cuanto a la renta de esta casa, ya sabe usted que está pagada por seis meses. Ahora, si usted tiene otras aflicciones y yo le inspiro confianza, bien puede usted decirme lo que necesita.

Doña Dolores, enjugándose las lágrimas, porque veía que el paso sobre el precipicio era más fácil de lo que se había figurado, contestó:

—¡Cómo que si tengo otras aflicciones! Le parece a usted que es muy divertida la posición de una pobre mujer como yo, sin apoyo de ninguna clase, abandonada hace tanto tiempo por el papá de esa niña de mis pecados, porque... sí, eso es lo que debo decir: abandonada; porque le he escrito cuatro cartas y nada de contestación, lo cual quiere decir que no debo esperar nada por ese lado.

Don Manuel encontró la brecha y se puso a hacer preguntas, y doña Dolores, quien, entregando todas sus reservas a aquel libertador, lo puso al tanto de su vida desde antes del aguacero aquel de Orizaba, la tarde de la tamalada que sirvió de introducción a la vida de Enriqueta.

Aquella pobre mujer sabía perfectamente adónde iban a parar sus confidencias; pero no tenía valor para retroceder, y apresuraba el paso para llegar más pronto al precipicio que, por una ironía de la suerte, había escogido como punto de salvación.

Enriqueta no tomó parte en aquella entrevista, sino cuando ya don Manuel estaba para despedirse, y apenas atravesó algunas palabras con él. En lo de adelante había de

sucedier precisamente lo contrario.

Antes de que se cumplieran aquellos seis meses de renta de la casa, es cuando nosotros hemos tenido ocasi3n de hablar de Enriqueta, como una de las muchachas convidadas al baile de Saldaña; porque como don Manuel, en su calidad de hombre met3dico, era protector de a horas fijas, Enriqueta pod3a disponer de su tiempo libre, y dispone de 3l efectivamente, en compa3a generalmente de un estudiante calavera, muy simpático y muy entretenido. A instancias de 3l, Enriqueta pidi3 permiso a don Manuel para ir al baile de Saldaña, quien, por lo que se habr3 notado, hab3a alborotado a medio M3xico.

Esta actividad de Saldaña, su ojo certero para escoger muchachas propias para el baile, lo numeroso de sus relaciones personales en todos los c3rculos, y las amplias facultades de que lo hab3a investido el coronel, nos dan ocasi3n y tiempo para hacer conocer anticipadamente al bondadoso lector el elenco de aquel bailecito, uno de los muchos que vienen a justificar en M3xico el conocid3simo adagio «Baile y cochino, el del vecino.»

En la lista de las personas que deb3an concurrir al baile, lista que Saldaña llevaba constantemente en la bolsa, se le3a este nombre: «Venturita...»

Y era el 3nico seguido de puntos suspensivos. ¿Qui3n es Venturita? Es una joven... no muy joven en la verdadera acepci3n de la palabra. Era de esas mujeres que parece que se vuelven, pretendiendo desandar el camino que el tiempo inexorable les ha hecho recorrer forzosamente.

Venturita ten3a en el mundo este dif3cil papel. Era cuñada. No ten3a pap3 ni mam3, y su casa era la casa de su hermana casada, y depend3a, naturalmente, del marido de su hermana.

Venturita ten3a en el alma un desengaño, fuente de todas sus tristezas, de su romanticismo y hasta de sus coqueter3as. Aquel desengaño era el que le daba forma, colorido y car3cter a todo lo que bac3a Venturita. Si fuera posible leer de corrido y sin descansar todos los pensamientos íntimos y secretos de una persona, habr3a veces en que juzg3ramos perfectamente maniática a quien ning3n asomo diera en su vida de estar bajo la influencia de una idea fija. Pues bien, Venturita, era de esas.

Desde el susodicho desengaño no hac3a cosa que no estuviera ideol3gicamente enlazada hasta con sus movimientos. Se pon3a la mano en la frente: era el desengaño aquel. Se levantaba tarde: el desengaño. Com3a poco: el desengaño.

Se sal3a a andar calles o se sentaba en una banca de la Alameda, iba a misa, y despu3s de ella permanec3a hincada otro cuarto de hora, suspiraba sin motivo o se pon3a muy comunicativa: el desengaño. Todo esto era inspirado forzosamente por ese desengaño, que no le hab3a de salir del cuerpo en toda su vida.

¿Qu3 m3s? Hasta la presunci3n y el refinamiento en el vestir y el color de las telas, y hasta un tironcito extra al apretarse el cors3, todo ten3a el mismo origen, el desengaño.

Y van a ver ustedes en qu3 consist3a el tal desengaño. De las dos hermanas,

Venturita era la mayor. ¡Vaya! todavía hubo dos hermanitos entre una y otra, y no sólo era la mayor, sino la más bonita; tanto que todos tenían como cosa segura que Venturita había de ser la primera en casarse. Pero sucedió todo lo contrario: se casaron sus hermanas y Venturita se fue quedando, quedando, hasta hoy, fecha en que la pobre llega a tener ratos muy amargos, pensando en que se va perpetuar su mala suerte, respecto a los hombres, porque Venturita ha sido de lo más desgraciado que se conoce en materia de amores. Y no es decir que Venturita sea fea, no, señor; juzguen ustedes por lo que sigue.

Era un poco pálida; pero no por enfermedad ni pobreza en la sangre; era pálida porque a los colores de la juventud, como sucede con todas las cosas, les había tocado en turno y se habían ido, después de haber hermosado por algún tiempo, más que suficiente, las mejillas de Venturita, pero de esto, ni ella ni nadie tiene la culpa.

A Venturita le quedaban sus buenos ojos, unos ojos no tan poblados de pestaña, ni tan negros que fueran de tipo esencialmente mexicano; pero, en fin, eran unos ojitos «bisbirindos» y expresivos, especialmente cuando Venturita se proponía combatir con todas sus fuerzas aquello de su mala suerte.

Lo que Venturita tenía irreprochable era el cuerpo. Sus hombros y sus omóplatos habían tenido tiempo sobrado para alcanzar su completo desarrollo, mientras que el uso inveterado del corsé había acabado por obligar a sus costillas falsas a doblarse sin resistencia a la tiránica presión de las barbas de ballena. Este desarrollo y esta presión habían logrado trazar esas líneas forzosamente oblicuas y graciosamente curvas, que, rematando en una cintura casi inverosímil, producen cierto hormigueo en las palmas de las manos de todos los hombres deseosos de medir con dos palmos aquella circunferencia subversiva.

Esto de las líneas y del hormigueo de las palmas de las manos de los hombres se lo había revelado a Venturita una amiga íntima, quien no sólo sabía de boca de su amante ese fenómeno de cosquilleo, sino que el amante mismo a su vez había recibido exacta confidencia de parte de algunos de sus amigos.

Desde entonces el orden estricto de las ideas que pasaban por la mente de Venturita al ajustarse el corsé frente al tocador, era este: primero, el desengaño aquel; luego un tironcito más a los cordones, y después el recuerdo del cosquilleo ese de las palmas de las manos del sexo feo. Pero aun así y todo, no se podía negar que Venturita tenía un talle encantador, y esto venía hasta a justificar lo calurosa que era Venturita: casi nunca usaba abrigo, ni en invierno.

Todas las cosas de Venturita tenían un sello particular. Un zapatero de la calle del Reloj que la calzaba hacía mucho tiempo, tenía motivos para apreciar los conocimientos estéticos de aquella marchante, que le devolvía más pares de zapatos de los que compraba.

Estos conocimientos artísticos y el estudio especial que Venturita había hecho de las líneas del calzado, la ponían en posición de ser inteligente apreciadora de sus efectos y consecuencias.

Venturita se calzaba y se vestía muy bien, y se salía a andar por donde la vieran, por donde había más gente, porque ella estaba segura, y tenía razón, para considerarse enteramente presentable; y cuando tal hacía, cuando se exhibía en el Zócalo y en las calles de Plateros los días festivos, entre doce y una, no lo hacía precisamente con la intención y con las miras que lo hacen ciertas mujeres, no, señor: las miras y las intenciones de Venturita eran perfectamente legítimas. Venturita deseaba casarse, deseaba encontrar novio; aspiración que no tiene nada de censurable. ¿A qué otra cosa aspiran las muchachas bonitas? Pues con mucha más razón debemos justificar las miras de Venturita, supuesto que ella lo necesita cien veces más que muchas pollas; en primer lugar porque los días pasan y pasan, y Venturita se va haciendo casi señora grande, y luego que esto de vivir siempre de cuñada es insoportable, sobre todo cuando se trata de una mujer bonita y de mérito. ¡Qué mucho que ponga en juego toda una serie de procedimientos legales para alcanzar novio! ¡Vayan ustedes a reprochar a una mujer en semejantes condiciones que sea amable, que sea risueña, que se asome al balcón, que se apriete mucho el corsé, que se vista algo chillón, que le ajuste el botín en la punta del pie, y que haga, en fin, otra porción de cosas, que, en su esencia, nadie se atreverá a tachar de malas ni de pecaminosas, porque no son siquiera censurables! En todo caso estaba en su perfecto derecho: quería casarse y con razón, este deseo no tiene nada de malo; quería agradar: esto es lo más natural, este es el único camino conocido para eso. Esto lo hacen todas las mujeres, sólo que no siempre hay quien les ajuste las cuentas, ni quien adivine sus pensamientos; pero nosotros, para ser exactos, al dar cuenta a nuestros lectores de todo lo que pensaba Venturita, debemos entrar en pormenores.

Un día le elogiaron a Venturita mucho sus pies. Esto le sucedía con frecuencia; pero al hacerle este cumplimiento, alguno hubo de decirle que... Fulano, un joven rico y bien parecido, tenía mucho empeño en verle los pies.

Esa noche, cuando Venturita estuvo sola, sacó una de sus botitas, las últimas que se había puesto, y que conservaba todavía la forma del pie, como si las tuviera todavía puestas. Recorrió con la vista las líneas del tacón, del enfranje y del empeine... Verdaderamente era aquel un pie escultural, irreprochable, perfecto, un pie capaz de sublevar la conciencia humana, un pie. en fin, irresistible.

Con esas botitas salió Venturita el domingo siguiente, pasando ante la fila de lagartijos con una dignidad y un señorío que nadie se hubiera atrevido a pensar que aquella señorita iba buscando con el rabo del ojo un «lagartijo», ni mucho menos que con deliberada intención le hubiera acortado una pulgada a la orla de su vestido.

Al fin dio con el «lagartijo» cerca de Iturbide; lo vio venir y sorprendió (fingiendo no ver) como dos relámpagos, una mirada que se dirigió a los ojos y otra mirada que se dirigió a los pies de Venturita.

Estos dos relámpagos, los bendijo Venturita desde el fondo del corazón, como los labradores. Eran señal de que se iba a acabar la sequía.

Después que Venturita hubo examinado con ojos de artista y con profunda

estética intuitiva todas las líneas de su preciosa bolita bronceada, la colocó sobre el mármol de su tocador, y dejándose caer sobre una góndola de seda encarnada, puso los codos sobre las rodillas, enclavijó las manos y apoyó la barba sobre ellas, con la firmeza con que lo haría un tirador sobre el mampuesto.

He aquí a Venturita frente a frente de su cañón *krup*, de su ametralladora, de su torpedo, del instrumento, en fin, de ataque más formidable que había llegado a sus alcances, y se le hacía verdaderamente imposible que no hubiera un hombre capaz de volverse loco por aquella bota, figurando como base... como base de una mujer... sí, de una mujer no despreciable ni tan entrada en años que... en fin, como base de una doncella; porque Venturita era doncella, según lo han podido comprender nuestros lectores.

Estaba, pues, Venturita, descansando sobre las armas; pero repasando en su memoria la táctica de la infantería, como lo haría cualquier militar pundonoroso; lista para el servicio, fuerte en ordenanza, con las armas limpias, el oído a la caja y la vista al jefe.

Nosotros, los hombres, si no fuéramos tan modestos como lo somos de ordinario, deberíamos conocer todo lo que valemos; si reflexionáramos en que hay en el mundo algunos miles de muchachas, más o menos avanzadas en la primavera de la vida, que, como Venturita, están formando un verdadero estudio, están tramando todo un plan estratégico, están, en fin, elaborando en el arsenal de las coqueterías una porción de proyectiles con el único, artero y, por otra parte, inocente intento de seducirnos, nos pondríamos orgullosos.

Venturita, que es el «por ejemplo» de este grupo de mal intencionadas criaturas, no perdonaba medio, no omitía circunstancia, y había emprendido, como hemos visto, denodadamente y sin reserva, la lucha más tenaz para alcanzar sus fines que eran, sin duda, los más legítimos y los más justificados, tratándose de una doncella de buenos bigotes que corre el inminente peligro de quedarse eternamente de cuñada.

Llevaba no sabemos qué tiempo Venturita de contemplar en silencio su botita bronceada, y tan absorta estaba en aquella contemplación y tan sumida en sus profundas reflexiones, que no había notado a sus espaldas a la mejor de sus amigas, quien, guardando silencio, esperaba pacientemente ver cómo terminaba aquel soliloquio emprendido con tanta solemnidad delante de una botita pespunteada y coqueta.

Venturita volvió a tomar aquel dije con el pulgar y el índice de su mano derecha, asiendo la pequeña cinta de lino que servía de oreja a la botita.

Colgada así de aquellos dos dedos puntiagudos y rosados, la botita osciló, inclinando la punta hacia la alfombra y dejando percibir ante los ojos atónitos de Venturita esos cambiantes de luz entre rojo y oro, que son peculiares de ese tinte metálico de la cabritilla. Esos resplandores de la bota eran como los del fuego sagrado que agita la vestal para que no se extinga.

A este punto, la amiga íntima que observaba a Venturita, no pudo contener una

ruidosa carcajada. Venturita, estremeciéndose de pie a cabeza, soltó la botita y volvió la cabeza.

Repercutían en todos los ángulos de la casa, como después del canto de un pájaro, los ecos de aquella carcajada que salía de la garganta de una joven llena de vida y de alegría.

—¡Ventura!

—¡Lola!

—¿Qué estás haciendo, mujer de mis pecados?

—¡Nada!

—¡No: eso de nada, a la botica! Tú estabas haciendo, y mucho...

—No seas maliciosa.

—Hace media hora que estoy aquí parada.

—Y me has visto...

—Te he visto platicar con una bota. Por señas que son las que me gustan tanto. Te hacen un pie de niña.

—¿Verdad? Nunca he tenido botas más bien hechas, y pensar en que...

—¿En qué, mujer?

—Nada, pensar en... Pero no te vayas, hoy comes conmigo.

—Imposible, mi vida; tengo que ir al comercio y a...

—Nada... nada, mañana te acompaño. Pero hoy, hoy no te dejo salir de aquí. Tengo muchas cosas que contarte. Sobre todo, quiero desahogarme, quiero... cierra esa puerta, porque sólo de ti tolero que...

—Sí, que te vea hablando con tus botas.

—Eso, eso, hablando con mis botas. No te rías, Lola, y verás como lo que hablaba con mis botas, lo has hablado tú misma cincuenta veces; ya verás...

—¡Es curioso! Pero yo no tengo confidencias con...

—¡No me digas! Y cuando me oigas convendrás conmigo.

Lola cerró la puerta, se quitó el sombrero y el abrigo que puso sobre la cama, y buscó un taburete favorito para colocarse cerca de Venturita.

—Conque vamos a ver —dijo Lola sentándose cómodamente y arreglando los pliegues de su vestido y pasando con la punta de los dedos esa revista de tacto, que las mujeres habituadas a vestirse hacen con tanto tino y con tanta naturalidad para cerciorarse de que no han perdido un arete ni se les ha descompuesto un encaje.

—Pues sí, señor —dijo Venturita, tomando un tono petulante—. Hablaba con mi bota, mejor dicho, reflexionaba a propósito de ella; considerada por todos los hombres como uno de los atractivos irresistibles...

—No ¡qué irresistibles! Ya no, mi vida, ya no. Los hombres se hacen más indiferentes cada día. Te contaré. Cierta persona declaró días pasados en casa de mis primas que se volvía loco por los bonitos pies; que para él un pie elegante lo sacaba de quicio, lo avasallaba, lo... en fin, estuvo el hombre elocuente en la materia. Yo... te confieso mi culpa, mientras hablaba no podía pensar en otra cosa que en que

llevaba mis choclos nuevos.

—Aquellos tan lindos —interrumpió Venturita.

—Éstos —dijo resueltamente Lola, extendiéndose de manera que salieran fuera de la orla de su vestido sus pies perfectamente calzados—. Estos ¿lo creerás? ¡Me los ha visto, y no me dijo una palabra!

—¿Pero te los vio?

—¡Cómo no! a todo su sabor; yo procuré sacarlos y estoy segura de que él los veía; pero en seguida ¡nada! ¡Tú de mi alma! ¡cómo si le hubiera visto los pies a un indio con «huaraches»!

—¡Pues algo por el estilo me está pasando! Yo también quería hacer una conquista con estas botitas; las estrené el domingo con un fin muy determinado, y nada... hasta ahora que yo sepa, no ha dado esto ningún resultado. Y esto es lo que me ha hecho perderme en profundas reflexiones acerca de los únicos recursos de que una pobre mujer pueda valerse para... para hacerse agradable y poder encontrar un hombre que la haga feliz. A ver si tú aciertas, Lola de mi alma y de mi vida, con lo que tienen los hombres. Yo los he visto correr detrás de algunas mujeres... de esas mujeres... ya sabes, que en realidad nada valen, y a personas de nuestra categoría y de nuestro tono, no les vale, ya no digas exhibirse, pero ni hacer sacrificios. Yo tengo un cuentón en *La Sorpresa*, que el día que se entere mi cuñado tenemos trifulca. Me he puesto a pensar, Lola de mi alma, si no será cierto que uno de los mayores atractivos de la mujer es el buen calzado y el bonito pie.

—¡Cómo no, Ventura! ¡Cómo no! ¡Si vieras todo lo que yo sé a propósito de eso! ¡Vaya! Al grado de ser muchas veces la perdición de un hombre un pie bonito.

—Por mi parte te confieso que sin ser hombre, deliro por un pie de mujer correctamente calzado.

—Con razón, y yo también y sobre todo, te puedo asegurar que ese es el gusto general de los hombres en México.

—Yo basta he llegado a dudarle, y analizaba la forma de esa botita para explicarme en qué podría consistir que llame tanto la atención.

—¿Y qué has sacado de tus meditaciones?

—Pues muchas cosas; pero no te rías de mí ni me llames pedante, porque te hablo de estética.

—¡Ya vuelves con tu estética! ¡Desde que eres amiga de ese sabio, que tanto te visita, hablas de unas cosas tan raras!...

—Mi amigo sabe muchas cosas que me ha enseñado; por ejemplo, la estética. Héla aquí aplicada a las botas. El pie humano es, de todo el cuerpo, lo que parecía tener menos atractivo; y debíase al menos contar con la persona del tobillo para arriba, con absoluta exclusión de los pies. No de otra manera han de haber sido consideradas las matronas griegas y romanas, puesto que enseñaban el carcañal y los dedos de los pies con la desgarrada sandalia; y fue necesario el refinamiento del lujo y las costumbres para ir cubriendo esa miseria humana, hasta que en la fastuosa corte

de Luis XV llegó el arte del zapatero a su último grado de perfección. La estética llegó hasta el calzado, y los pies de las damas comenzaron a figurar entre las flechas con que Cupido hiere los corazones.

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Ventura! Tu amigo el sabio te ha puesto inconocible; pero yo no acabo de saber lo que es estética.

—Te lo explicaré. Es la corrección de las líneas de la naturaleza bajo el principio de la belleza ideal. Así, por ejemplo, ves un pie muy feo, pero tú no puedes explicar por qué es feo.

—¿Y tú, sí?

—Yo, sí.

—Explícamelo.

—He aquí un pie muy feo.

Y Venturita hizo, con lápiz, al reverso de una de sus tarjetas, con líneas rectas, el trazo de un pie.

—Ya lo creo que el pie es horrible —dijo Lola.

—¿Y por qué? —continuó Venturita preguntándose a sí misma— porque no hay curvas; obliga al pie, por feo que sea, a seguir las curvas convencionales, y tendrás lo siguiente.

Y Venturita mostró el trazo corregido.

—Con ligeras correcciones en las líneas de este trazo, resulta un pie escultural. El mismo pie escultural, metido en un zapato de hace veinte años, resulta simplemente horrible. El mismo pie horrible, obligado a seguir las líneas que la estética ha aplicado al arte del zapatero, resulta...

—¡La octava maravilla! —exclamó Lola entusiasmada.

Como se ve, Venturita no sólo sabía calzarse sino que también sabía dibujar. ¡Vaya! Como que había hecho cuadros, y el señor Corral había sido su maestro.

—Eres una mujer —continuó Lola— que sabe las cosas por principios; dame un beso.

Y Lola y Venturita, inclinándose, se buscaron recíprocamente los labios y... no queremos explicarlo, pero después de besarse no se dirigieron la vista y guardaron silencio, pero esa pausa de silencio es la que sucede al relámpago antes de estallar el trueno.

He aquí cómo tronó Venturita:

—Pues mira, Lola, aunque me llamen coqueta, aunque me critiquen, voy a hacer una cosa.

—¿Qué vas a hacer, mujer de Dios? ¿Qué vas a hacer?

—No te asustes. Me creo en mi perfecto derecho para poner todos los medios.

—Ya se ve que sí. Yo también los pongo ¿qué vas a hacer?

—Una cosa muy sencilla: el domingo salgo por la mañana con zapatos bajos...

La impasibilidad de la cara de Lola hizo comprender a Venturita que su amiga estaba muy lejos de comprenderla.

—¡Qué bien se conoce que todavía eres una niña!

—¿Por qué?

—Porque no te llama la atención mi intento.

—Explícamelo.

—Pues bien, escucha con paciencia. El calzado bajo es el calzado por excelencia, es la batería rayada, es, si hemos de considerar como proyectiles nuestras coqueterías, el calzado bajo es... la dinamita.

—¡Pero, mujer!

—Escucha. Con la bota no enseñas más que la bota, y con el zapato bajo enseñas la media. ¿Comprendes?

—Sí.

—¡Qué vas a comprender! ¡La media! ¡Mujer, la media!... Quiere decir, una desnudez, un acercamiento, un... una provocación... porque la inedia pertenece... pertenece a lo que no se enseña a nadie... en fin, a la ropa interior. ¿Me comprendes ahora?

—¿Sabes que tienes razón? No había reflexionado.

—Un pie así —continuó Venturita— con zapato bajo de seda, que apenas aprisiona la punta del pie cuya epidermis casi se adivina o, mejor dicho, se ve, se puede ver, al través de una media de encaje... Vamos, esto es mucho, y yo sé muy bien todo lo que el zapato bajo puede influir en... en el porvenir de una mujer. Ya comprenderás por qué —dijo Venturita bajando la voz— ya comprenderás por qué «esas señoras» —agregó muy quedito— se calzan así.

—¡Ah Venturita de mi alma! Y tú vas a...

—Sí: yo —contestó Venturita, dando una patadita en la alfombra— yo me he mandado hacer unos zapatos bajos de raso negro, y voy a salir el domingo con medias de seda y zapatos bajos; al fin todo el mundo me conoce y no me puede confundir con... pero lo voy a hacer, lo voy a hacer, sí señor, porque lo que es por mí no ha de quedar.

Lola se quedó muy pensativa, sorprendiéndole como, en las cosas que a ella le parecían más sencillas, su amiga encontraba materia de tanta trascendencia.

Excusado es decir que aquel día las dos amigas no hablaron más que de estética.

*

Volvamos a Enriqueta.

Como hemos visto, don Manuel había entrado en aquella casa con buen pie. Había comenzado por donde otros acaban, por pagar la casa; pero como la mamá de Enriqueta no recibía carta, don Manuel se despidió a las pocas noches, deslizando un billete en las manos de doña Dolores, quien, tragándose la mortificación que tal munificencia le causara, hizo al día siguiente cocada, que le gustaba a don Manuel, y se permitió hacer algunos otros gastos de cosas que le estaban haciendo buena falta.

Cuando empezó a disfrutar del bienestar doméstico, añadiendo una a una esas pequeñas comodidades del hogar, su conciencia se iba tranquilizando y la fórmula de la tranquilidad era ésta:

—¿Qué haría yo sin don Manuel?

En cuanto a Enriqueta, si no sabía tanto como su mamá, presentía, porque todas las muchachas lo presienten, que le iba a suceder una cosa, pero ella no se daba por entendida, y lo único que le sucedía era irse acostumbrando a don Manuel, iba cobrando confianza, que era precisamente lo que iba buscando don Manuel. Tanto, que una noche Enriqueta se permitió examinar deliberadamente uno de los anillos de don Manuel, que los usaba muy buenos.

Ya llevaba don Manuel algún tiempo de visitar a Enriqueta, y todavía no la había hablado una sola palabra de amor; pero se consideraba dueño de la situación desde el momento en que, como lo anunciamos al principio, en vez de que Enriqueta saliera a la ventana mientras estaba allí don Manuel, doña Lola era la que, ora con el pretexto de que no veía bien para coser en aquella pieza o bien por los quehaceres domésticos, que, como es fácil comprender, se complicaban más cada día, dejaba a su hija con don Manuel para que pudiera hablar libremente.

No desconoce el autor lo repugnante de la conducta de doña Dolores; pero el cuadro que traza no es elección suya. Existe por desgracia, y no sólo existe, sino que se multiplica en México para mengua de la moral y de las buenas costumbres. La creciente invasión del lujo en la clase media, determina cada día nuevos derrumbamientos; y más de una madre conocemos que vive bajo el mismo techo de la hija, cuya posición social es el concubinato.

Doña Dolores había traído a su hija a México, como los indios traen las mejores de sus frutas: para su consumo; y era porque padre, madre e hija no formaban una familia, que es la ley suprema de la moral. Doña Dolores era el tiesto en que habían sembrado la flor, el papá de Enriqueta había sido el jardinero y la niña había venido al mundo como producto de mercado. Esos lazos purísimos del cariño hacia los autores de nuestros días, estaban representados en el corazón de Enriqueta por una idea vaga de su padre, marido a su vez de otra señora y padre de otros niños, y por cierto desvío respecto a doña Dolores, que, como sabemos, pertenecía a esfera más ínfima. En consecuencia, todo lo que hacía la madre le parecía mal a Enriqueta, quien, *in petto*, y con sobrado fundamento, por desgracia, calificaba a su mamá de ordinaria.

El respeto filial, y esa tierna y bendita veneración que siente el hijo por la madre, son como esos primeros movimientos de los pétalos de una flor que va a abrirse para derramar más tarde en el ambiente los tesoros de su perfume.

Cuando se ama, se respeta y se venera a la madre, en el corazón del niño cabrán más tarde todas las virtudes.

Pero esas cursis, como han dado en llamar los españoles a los pobres que pican alto, y esos ordinarios que se sueñan elegantes, esas niñas de polisón y bismuto, de

tacón de Luis XV y pelo sobre las cejas, que llevan a remolque a una pobre señora desaseada y bonachona que, con pretexto de su edad, llevan una facha de costurera de su propia hija; esas jóvenes que creen haber adelantado lo suficiente por menospreciar a los autores de sus días, esas pollas, en fin, civilizadas y pobres, están corriendo más riesgo de ser pasto de los pícaros que de ser señoras.

Las buenas hijas nacen para ser madres; las otras, para ser «tenidas».

La suerte, pues, de Enriqueta podía haberse previsto de antemano.

La «tenía» don Manuel, a la sazón que nos ha venido la necesidad de ocuparnos de ella, como una de las «muchachas buenas» que decía Saldaña.

Capítulo VI

De cómo las apariencias de las niñas cursis suelen comprometer a resultados serios

HACÍA SÓLO dos meses que había llegado a México, procedente de los Estados Unidos y Europa, un joven que, después de haber concluido su educación en uno de los mejores colegios de Alemania, viajaba para instruirse y para conocer del mundo todo lo más que su considerable fortuna se lo permitiera. Llevaba cuatro años de estar viajando, y la República Mexicana era uno de los últimos puntos de su itinerario, antes de regresar a Venezuela, su país natal. Enrique Pérez Soto, que tal era el nombre de nuestro nuevo personaje, estaba familiarizado con el lujo y con la hermosura; era hombre de muy buena sociedad, observador de la etiqueta y de todas las fórmulas sociales, y en fuerza de lo mucho que había visto siendo aún joven, había acabado por ser poco impresionable. Le sucedía lo que a todos los *touristes* iba buscando siempre la última impresión.

Y sin embargo, en la última carta que había escrito a su familia, y después de una larga vacilación, había optado por prolongar su estancia en México por tiempo mucho más largo del calculado en su plan de viaje por América.

Es que Enrique se sentía por la primera vez en su vida serio y positivamente enamorado; y por más que llevara cerca de dos meses de estarse burlando de sí mismo, no podía menos de convenir, en sus ratos de profunda reflexión, en que «la mexicana», como le llamaba a su desconocida, porque no había podido averiguar su nombre, lo había impresionado profundamente.

Enrique Pérez, sin embargo, se complacía en lo que él llamaba hacer el oso a la mexicana, y no faltaba al Zócalo los domingos para verla pasar tres o cuatro veces en ese paseo de exploración que las señoras han dado en hacer, siguiendo todas las curvas del jardín entre dos filas de pollos y barbudos, apostados allí con la deliberada intención de escoger o simplemente de formarse el cargo respecto a las escogibles.

También en las tardes Enrique encontraba a su mexicana en el paseo, sentada generalmente en una de las bancas de la Alameda, frente a Corpus Christi.

—Me parece —decía una tarde a Enrique uno de sus amigos— que te empeñas demasiado en contemplar esa beldad.

—Es cierto. Ya me he hecho a mí mismo la propia observación; pero te confieso que esa mujer me impresiona vivamente. Sobre todo, sus ojos me encantan.

—Llevas dos meses de estármelo diciendo, y todavía no sabes quién es.

—Mira; me sucede una cosa. No quiero saberlo.

—Es extraño ¿y por qué?

—Por la misma razón que no veo mis billetes de lotería, sino lo más tarde posible. Quiero conservar la ilusión.

—Si es así, no corres peligro. Pero como no me gustaría que te enamoras, voy a tomar informes. Acaso de ellos resulte que te desencantes.

—No hagas tal. Déjame adorar a mi mexicana desde lejos. Mírala: allí viene. ¡Mira qué talle! ¡Mira qué pie! ¡Mira qué garbo! ¡Parece una reina!

A este punto, la mexicana pasaba rozando el brazo de Enrique. Ella lo reconocía en todas partes, sabía que era su oso, aunque inofensivo, y ya tenía establecida desde hacía tiempo la costumbre de prodigarle una sonrisa, tan imperceptible que sólo la vista de Enrique era capaz de apreciar la contracción del labio superior; contracción que comunicaba a aquel enamorado una especie de calofrío que le gustaba mucho.

Apenas había pasado la mexicana, Enrique detuvo a su amigo, y lo obligó a contramarchar para seguir las huellas de la perseguida.

—¿Cuál es?

—La que se sonrió. ¿No lo observaste?

—No; yo vi a la otra probablemente; a la que no se sonrió. ¿Quién es?

—Entiendo que es su hermana.

—Pues no se parece. Y desde aquí deben empezar tus temores.

—¿Por qué?

—Te lo diré. Desconfía siempre de una familia cuyos hermanos no se parecen.

—¡Hombre! ¡Hombre! Ya empiezas.

—Eso es claro. Luego se encuentra uno familias por esos mundos de Dios, en las que van resultando varios papás, varias mamás, y...

—Mira —interrumpió Enrique— se van a sentar, y en la banca que sigue hay dos asientos; vamos a tomarlos.

Apresuraron el paso los dos amigos, y pasando por delante de las dos hermanas, que ya se habían sentado, se apoderaron de la vecina banca.

—Buenas tardes —dijo la persona que la ocupaba.

—Buenas tardes —contestó el amigo de Enrique.

—¿Qué tal? ¿Qué se hace?

—Nada, ya usted lo ve, tomando el fresco.

—Y viendo a las muchachas.

—Naturalmente.

—Como que usted, amigo mío, es voto en la materia.

—Mira, Enrique; te presento al señor Jiménez, gran conocedor de la sociedad, hombre muy relacionado.

—Servidor de usted —dijo Jiménez.

—Enrique Pérez Soto —contestó Enrique— mucho gusto...

—El señor Jiménez —continuó el amigo— conoce a todo México.

—¿Ha nacido usted en la capital? —preguntó Enrique.

—Sí, señor.

—Vaya —continuó el amigo—. Apuesto a que conoce a nuestras vecinas.

—¿Qué vecinas? —preguntó Jiménez.

—Las de nuestra derecha.

—¡Ah! esas dos jóvenes...

—Sí; las de los sombreros blancos.

—¡Ah! sí, por supuesto.

—¿Quiénes son?

—Una se llama Leonor, y la otra Gumesinda.

—¿Ya lo ves? —dijo a Enrique su amigo—. Era materialmente imposible que el señor Jiménez no las conociera. Vamos a ver ¿qué otros datos puede usted ministrarnos, si es que no somos indiscretos?...

—No tengo inconveniente en decir a ustedes lo que sepa acerca de ellas.

—Bien; pues si usted nos hace favor... Porque... seamos francos. Mi amigo Enrique está perdidamente enamorado de una de ellas.

—¿De cuál? —se apresuró a preguntar Jiménez.

—De la más alta —dijo Enrique, como pidiendo aprobación por haberla elegido.

—Mucho me alegro —dijo Jiménez.

—¡Ah! ¿Eso quiere decir que?... —agregó el amigo maliciosamente.

—Sí ¿para qué lo he de negar? Yo tengo algo con Gumesinda.

—Desde luego parecen personas acomodadas —dijo Enrique.

—No creo que sean muy ricas —contestó Jiménez.

—Viven de...

—Las sostiene su hermano, el pagador Machuca.

—¡Ah! ¡Conque ellas son Machucas!

—Oye, chico —le dijo a Enrique su amigo—. Desde luego el apellido no es muy poético. El Petrarca no hubiera escrito un solo soneto a Laura si ella se hubiese apellidado Machuca. Confórmate con llamarle Leonor, que eso es otra cosa, y no te vayas a empeñar por eso en cambiarle su apellido por el tuyo, que está más eufónico.

Enrique, en lugar de contestar, se mordió los labios.

—Vamos —continuó el amigo de Enrique, dirigiéndose a Jiménez— y ¿a qué altura se encuentra usted en sus amores?

—Soy simplemente oso —contestó con desconsuelo Jiménez— pero tengo fundadas esperanzas de que esa situación cambiará favorablemente el sábado próximo.

—¡Cómo!

—Sí, estoy convidado a un baile adonde van las Machucas.

—¡Dichoso mortal! —exclamó Enrique juntando las manos.

—Pues si usted gusta...

—¿De qué?

—De ir al baile.

—¡Yo... de ir!... Pero... ¿Usted puede?

—Por de contado. Estoy facultado para hacer invitación a mis amigos y...

—Me haría usted el hombre más feliz del mundo.

—Yo los llevo a ustedes.

—Aceptado ¿dónde nos vemos? —preguntó Enrique.

—Yo pasaré por ustedes a...

—*Hotel de San Carlos* —dijeron a una voz Enrique y su amigo.

—El sábado a las nueve de la noche.

—Convenido. Un millón de gracias, señor Jiménez. Iremos al baile y... por supuesto, encontraremos quien nos presente a las...

—A las Machucas —agregó el amigo de Enrique.

—No tragues camote, y acostúmbrate cuanto antes al espantoso apellido de tu amor. ¡Machuca! Eso es contundente, y desde luego trae imágenes no muy poéticas, porque entre los verbos que implican destrucción, el verbo machucar tiene algo de irónico y de ridículo; y cuando dicen «machucado», te viene sin querer a las mientes la imagen de un sombrero sobre el que se sentó alguien, y cuando dices «machuca», te figuras a la tercera persona del singular haciendo algo inconveniente.

—¡No seas cruel, amigo mío! —imploró Enrique— y por más que te rías, el señor Jiménez y yo tenemos a mucha honra considerarnos enteramente «machucados».

—«¡Machucados!» —exclamó Jiménez— machucados; esa es la palabra.

—Y por supuesto —agregó Enrique en tono confidencial— nos presentará... y bailaremos con ella, y...

—Naturalmente —dijo Jiménez—. Yo estoy decidido a hacerle mi declaración en toda forma, sólo que...

—¿Qué? —preguntó Enrique.

—Sólo que yo tengo mi táctica. Nunca hago una declaración en las primeras danzas.

—¿No?

—Espero que hayan circulado las copitas, y como la chica sepa jalar...

—¡Hombre! —exclamó el amigo de Enrique— el alcohol es un excelente auxiliar de los enamorados. Esperan el sí cuando la dama de sus pensamientos está a media bolina.

—De todo te burlas —dijo Enrique picado— y es que como las Machucas no son más que dos, te has quedado sin parte.

—Y en aptitud para divertirme, viéndolos a ustedes emprender esa conquista.

—Permítame usted: las Machucas son tres.

—¡Soberbio, chico, soberbio! —dijo Enrique—. Tú puedes emprenderla con la tercera, aunque se llama Machuca.

—Y es la más bonita —añadió Jiménez.

—Conque ¿qué dices?

—Hombre, no me parece del todo malo. En todo caso seremos tres machucados.

—Sí, sí, los tres... Pero ya se van; ya se pararon; aquí vienen.

Efectivamente, Leonor y Gumesinda pasaban frente a aquellos tres jóvenes, volviendo hacia ellos la cara con mucha naturalidad, y Leonor volvió a sonreír a Enrique como para despedirse.

Enrique se quitó el sombrero saludando en toda forma.

Las Machucas saludaron con una inclinación de cabeza.

—¡Magnífico! —exclamó Jiménez, frotándose las manos— han picado y este saludo inaugura las amistades.

Vamos, estoy impaciente porque llegue el sábado.

—Permítame usted —observó el amigo de Enrique— no por impaciencia vaya usted a declararse antes de las copitas susodichas.

—La táctica de usted es muy buena, pero yo no quisiera deber el triunfo a la influencia del vino; prefiero...

—¡Sí, ya! Una conquista limpia, una victoria de valiente.

—Es más satisfactorio. Además, bien pudiera ser que nos encontráramos, como es muy probable, conque esas señoritas no saben beber...

—¡Qué dice usted! —exclamó Jiménez—. Tengo mis datos. Me han informado, y lo sé de buena fuente, que...

—¿Qué? —preguntaron a dúo los dos amigos deteniendo el paso y poniendo el oído más cerca de Jiménez.

—Pues, señor, que... lo que es Leonor...

—¿Qué, hombre, qué?

—Leonor les entra recio a las copitas.

—¡Borracha! Ta, ta, ta —dijo el amigo de Enrique, riéndose estrepitosamente.

No bien se hubo separado Enrique de sus amigos, sintió, como todos los enamorados, la necesidad de estar solo. Esta necesidad es la que entraña la dualidad del amor. Se quiere estar o con el objeto amado o consigo mismo, eliminando toda influencia extraña.

Enrique había recogido en aquella tarde dos sonrisas, y tras de las sonrisas un saludo, que eran como los tres primeros albores de un día lleno de luz y de poesía, día que representa en la imaginación de los amantes el punto culminante de la ilusión, porque sean cuales fueren los goces posteriores nada es comparable a ese primer instante.

Enrique lo sentía así, y no cabía la felicidad dentro de su pecho. Necesitaba de la sombra y de la soledad para saborearla. Estaba en esos momentos que engendran héroes de amor; porque ya había cerrado los ojos a toda objeción, a toda dificultad, a todo lo que pudiera desviarlo de su senda. Enrique se sentía capaz de todo: hubiera aceptado el mayor de los sacrificios que se le propusieran, se hubiera sometido a la más dura de las pruebas, hubiera hecho, en fin, proezas de valor y de arrojo si sólo por medio de ellas hubiera de llegar al objeto de sus deseos.

No obstante esta exaltación, revolaban en el campo de su fantasía las ideas que su amigo había emitido para ridiculizar a las Machucas, pues ya se sabe que el enemigo

capital del amor es el ridículo.

—¡Machuca! —repetía Enrique—. ¡Qué lástima que se apellide Machuca! Pero bien visto, el apellido no hace al caso. En cambio, el nombre es poético. ¡Leonor! ¡Oh! ¡Leonor! Y eso otro que dijo Jiménez, de que las Machucas son afectas al trago... ¡Qué horror! Pero eso ha de ser una exageración de Jiménez. Y lo que ha de haber de cierto es que Leonor es afecta a probar los buenos vinos, a gozar de los placeres de la mesa. ¡Eso! eso ha de ser; lo cual viene más bien a ser una recomendación. Sí, decididamente. ¡Es imposible que una mujer tan linda, que tiene un aire tan distinguido, y tanto garbo y tanto... fuera a tener un defecto tan repugnante como la embriaguez! No. ¡Qué disparate! Jiménez, como todos, es afecto a hablar mal de las gentes. Sobre todo, y sea lo que fuere, yo estoy profundamente enamorado de Leonor, a pesar mío, es cierto, pero se me figura que no podré vivir sin ella. ¡Qué vamos a hacer! Se me ha llegado ya mi vez y... ¡adelante! La felicidad de toda mi vida está identificada con esta palabra: ¡Leonor! y de aquí no hay quien me quite. A propósito de lo cual, me ocurre la idea de escribirle una carta; una carta que reciba hoy, y el sábado en el baile... eso es... el sábado en el baile, en la primera pieza que bailemos juntos... ¡oh dicha! Ya me figuro que me dice el sí, y que nos apretamos las manos, y que le aprieto la cintura, y que... me la como con los ojos... y que... en fin ¡la mar! ¡El amor en todo el auge de su preponderancia avasallando dos corazones destinados a palpitar juntos eternamente!

Enrique se frotó las manos, se irguió, se vió al espejo, accionó como un loco durante algunos minutos, paseándose por su cuarto, y al fin fue a dejarse caer sobre la silla que estaba frente a su mesa de escribir.

«Leonor» escribió en un papel de esquela. ¿Leonor?... esa es una llaneza. Yo le llamaré Leonor cuando... pero en la primera carta... Escribió en un segundo pliego:

Señorita:

No me pude contener esta tarde, y la he saludado a usted aun a despecho de parecerle atrevido; pero...

—¿Por qué? ¿qué disculpa?... ¡ah! ¡ya me ocurrió!

... pero usted lo sabe, usted sabe cuánto tiempo ha que la conozco, que la sigo, que la veo, que la admiro y que... y que la amo.

—Ésta es una buena introducción; sobre todo natural... realista, como se dice ahora. Después de leer lo anterior, no hay más remedio que seguir leyendo.

Y no crea usted, señorita, que yo esté puramente alucinado con su hermosura. Al principio podría yo mismo figurármelo; pero hoy, cuando me decido a escribir a usted estas líneas, es porque tengo la convicción más profunda de que he llegado a amar con la pasión más verdadera, con el amor más intenso y con la resolución más inquebrantable, de unir mi suerte a la de usted para siempre. Soy rico, soy libre y soy caballero. El sábado, en el baile del coronel, me dirá usted si estoy destinado a ser el más feliz o el más desgraciado de los hombres.

—¡Magnífico! —exclamó Enrique, cerrando la carta que se puso en el bolsillo; tomó su sombrero y salió de su cuarto.

Mientras Enrique va a buscar la manera de hacer llegar su carta a manos de Leonor, echaremos una rápida ojeada sobre los personajes que a la presente están haciendo sus preparativos para concurrir al baile de Saldaña.

No había, por supuesto, un solo conocido de las Machucas, que directa, indirecta o subrepticamente no estuviera ya investido del carácter de convidado. La llaneza y el *sans façon* de aquellas invitaciones, a contar con algunos días más, hubiera determinado una irrupción formidable a la casa del coronel; porque cada cual ponía en práctica el conocido adagio de «un convidado convida a cien».

Las niñas de la Alberca Pane, con sus tres novios y dos aspirantes; Enriqueta, la de don Manuel, con su vestido nuevo, sus botitas flamantes y su colegial alegre, que, mediante el préstamo forzoso de una levita negra, iba a estar casi elegante; Saldaña, con «la madre de sus criaturitas», y el amigo que la iba a servir de acompañante; el curial y su familia, los cuatro pollos que jugaban al billar en Iturbide, el dependiente de *Lohse*, Jiménez, Enrique y su amigo, y por fin, Venturita y Lola, a quienes había llegado el convite del baile, nadie sabía por dónde, pero a cuyo baile iría la familia, porque el jefe de ella tenía sus dares y tomares con Saldaña; sin contar con que el coronel que daba el baile había convidado al general y al mayor, y a dos o tres de los oficiales francos que le parecieron en el cuerpo los de mejor talla y mejores maneras.

Tenemos también a Camacho y a la suya, la primera en quien pensó Saldaña; al general que lomaba chocolate en *La Concordia*, al jefe de la oficina a quien Saldaña era tan útil, a Peña y a otros varios, incluso don Quintín, a quien obligó Saldaña a echar una cana al aire, y un vaso del jerez seco que lo había deleitado.

La música estaba vista y contratada. Consistía en un gran contrabajo, que con trabajo cargaba el que lo rascaba, y con más trabajo era introducido bajo las colgaduras de las puertas hasta el rincón que se le destinaba en la fiesta; al contrabajo seguían tres latones: un bajo, un trombón y un corneta pistón, que era el que iba a hacer el gasto, por lo menos el que tenía la mejor parte en aturdir al auditorio, y por último, dos violines y una flauta.

Desde el viernes Saldaña se ocupaba, asistido por doña Bartola, por el coronel y por Matilde, de poner velas en los candiles y en los candelabros, y la casa empezaba a llenarse de trastos y cajones.

Doña Bartolita había recibido ya de la modista el vestido que iba a ponerse la noche del baile. Era enteramente de su elección, aunque la confección había sido obra de la modista.

Era de raso y de un color indefinible, entre guinda y café, tirando a óxido de hierro, era un color que no pertenecía a los rojos, pero descendía de ellos; tenía el suficiente amarillo para no parecer ni rojo ni morado, y se inclinaba de una manera incierta hacia los verdes hojarasca. De cualquier manera que sea, nadie podría decir cuál era el color del vestido de doña Bartola. La modista, al contemplar aquel color

tan neutro y tan imposible, no encontró en el comercio adorno que le casara, y tuvo que recurrir a esas cuentas esmaltadas de mil colores, que juntas forman una algarabía de luces indescriptibles. La modista sabía que la señora que mandaba hacer el vestido se llamaba Bartola, y comprendió que los abalorios le iban a venir a las mil maravillas. En efecto, aquel vestido, que pesaba diez libras, era la irradiación de todos los colores imaginables; brillaba como un candil y asumía las tintas más raras y los matices más incomprensibles.

Saldaña y el marido de doña Bartola se quedaron estupefactos, y convinieron en que la señora iba a estar deslumbradora, porque el adorno parecía de diamantes.

En cambio, la mamá de las niñas que se bañaban en la Alberca Pane, había tenido que enviar a la criada «a la sucursal», como ella decía, para completar algunos gastos menores de sus hijas, porque sólo a costa de ese género de sacrificios podían aquellas niñas exhibirse en días terribles.

Capítulo VII

Comienza el baile

CASI TODA la semana había comido y cenado Saldaña en la casa del coronel; pero el sábado fue preciso atenderlo desde el desayuno, porque tenía muchísimo que hacer; empezando por recibir los efectos de la casa de don Quintín, y los trastos, sillas, cubiertos y demás objetos alquilados.

Trastornó los muebles de la casa, improvisó mesas en el comedor, y lo llenó todo de trastos. Comisionó al coronel para partir en rebanadas el queso de Gruyère; a un capitán, que destapara latas de sardinas, a doña Bartola que pusiera las aceitunas en fuentes de cristal, mientras él formaba pirámides de pasteles y bizcochos, y distribuía botellas con cierto artificio y previsión.

—¿Qué está usted haciendo, Saldaña?

—Véalo usted, coronel. Yo soy perito en estos asuntos; ha de estar usted en que no todos saben tomar; todos beben, es cierto, pero hasta las personas que se precian de conocedoras, se les puede dar gato por liebre. Vea usted, por ejemplo; aquí tiene usted un jerez dulzón y contrahecho, en muy bonitas botellas. Éste es para las señoras: como son el Málaga y el moscatel. En seguida tiene usted aquí un champaña baratito para el común de mártires. Éste se da para hacer ruido y para que se oigan muchos taponazos en el comedor. Pero venga usted ahora por acá, coronel: ¿ve usted esta caja? ¡Ésta es la Santa Bárbara! Aquí tiene usted coñac de treinta años, unos vinos húngaros, un jerez legítimo y champaña de la Viuda e Imperial. De tal manera que cuando quiera usted tomar algo y traer al comedor a algún amigo predilecto viene usted conmigo. Yo sólo sé dónde pongo este guardado. ¿Me comprende usted, coronel? Ahora, en cuanto a la pastelería, los hay también para la clase de tropa y para los jefes; yo sólo los distingo, porque son iguales en apariencia; pero unos son a peso el ciento, y otros a veinte reales y tres pesos.

—¡Pero, hombre —objetó el coronel— me parece mucho!

—¿Mucho, qué?

—Mucho de beber y mucho de todo.

—No conoce usted a la gente. Y a verá usted como todo desaparece como por encanto, y tan no es mucho en mi concepto, que tengo gratificado a un dependiente de don Quintín para que esta noche, sea la hora que fuere, despache algún pedido extraordinario si se ofrece. Yo soy muy previsor.

Saldaña no sólo había intervenido en el abasto, sino que había reforzado la servidumbre de la cocina para la limpia de la loza y el cristal. De manera que desde las cinco de la tarde había invadido los dominios de la cocinera una tribu de

fregatrices.

Pocas horas faltaban, y el coronel, doña Bartola y Matilde, tenían los pies hinchados.

*

Leonor había recibido la carta de Enrique, quiere decir, de aquel joven elegante que la había saludado en el paseo, pero cuyo nombre ignoraba todavía. Sin fijarse en la sinceridad que revelaba la carta, lo que más llamó la atención de Leonor fue aquella frase: «soy rico».

Es que van pasando a toda prisa aquellos tiempos felices que han hecho de la mujer mexicana el modelo de las esposas. La irrupción del lujo en las clases poco acomodadas, va oscureciendo el fondo inmaculado de las virtudes domésticas, y convirtiendo la modestia y la humildad en esa sed insaciable de atavíos costosos para engañar a la sociedad con un patrimonio y un bienestar que no existen.

La mujer, tocada por ese nuevo estímulo, se coloca voluntariamente al borde de los precipicios, porque cree haber descubierto en el mundo real algo superior a la virtud.

Leonor se ocupó de tomar lenguas, tan luego como recibió la carta de Enrique, y tocóle a Jiménez en suerte, por mediación de Gumesinda, ser el informante; puso a Enrique por las nubes, exagerando sobre todo su fortuna. Leonor sin más reticencia se propuso hacer la conquista decididamente en el baile.

*

Una vecina de los cuartos bajos de la casa de vecindad que ocupaba Lupe, la madre de las criaturitas de Saldaña, se había encargado de la *toilette* de Lupe. Había sobre la mesa de comer, única en el cuarto, una lata de sardinas (consumidas hacía muchos años) con agua de la tinaja, una escobeta formada de filamentos de maguey, y un peine al que le quedaban todavía algunos dientes.

Lupe, en su calidad de madre de las criaturitas de Saldaña, como era pobre, modesta y de buenas costumbres, no había pensado nunca en cubrirse la frente con el pelo: la exhibía monda y lironda para que todo el mundo pudiera leer en ella las huellas de la tristeza, que empezaban a caracterizarse por ciertas líneas que sólo se hacían perceptibles cuando Lupe reía o lloraba.

La vecina aquella, que tenía sus pretensiones de elegante en la vecindad, pues salía los domingos a misa con velo mantilla, y era además de las que ya habían entrado en la moda del «burrito», lo primero que hizo fue pelar a Lupe.

Hecha la tonsura, resultó sobre la frente de Lupe una especie de brocha mojada en humo de ocote, porque el pelo de Lupe, además de tener un «negro recamarera» muy

pronunciado, era además tan rebelde como los filamentos de maguey y de la escobeta. Entre la escobeta, la brocha, Lupe y la vecina, se emprendió una verdadera campaña; se acabó dos veces el agua de la lata de sardinas, y el cuero cabelludo de la víctima comenzaba a resentirse del tratamiento, y se pensó en un emoliente. La vecina mandó a la barbería de la misma calle a un muchacho que le pidiera a don Carmen cuartilla de pomada de toronjil o de canela.

Volvió a poco el muchacho deleitándose con aquel *Opoponax* de cuartito, que don Carmen el barbero, a falta de otra cosa, había embarrado en un papel.

La pomada fue insuficiente para quebrar aquellos cabellos rebeldes, acostumbrados además a una tensión de veintitantos años. No había modo de que bajaran a la frente como Dios manda, de que cayeran por su propio peso sobre las cejas. Después de atusarlos, volvían a levantarse y a separarse hacia los lados obedeciendo a su costumbre.

Al fin hubo necesidad de recurrir a la prueba del fuego, y la vecina mandó entonces al muchacho a ver a doña Antonia la lavandera, que tenía el cuarto número 7, para que le prestara una de sus tijeras de encañonar. Las puso a calentar y le quebró, o más bien le tostó aquel burro insurrecto que no quería echarse sobre las cejas de Lupe, que era de lo que se trataba.

Lupe se levantó de aquel potro de tormento, se vio en un pedazo de espejo, y se desconoció a sí misma. Estaba tan rara, que ni el padre de sus criaturitas la hubiera conocido.

El corsé, que figuraba en el baúl de Lupe como objeto raro, salió a lucir sus enmohecidos broches, y, previa una alforza, sirvió para modificar esas líneas que la mujer ha dado en enmendar a la madre naturaleza; y ya con este cambio, el vestido azul del empeño podía entrar a su lugar.

Lupe no era de un trigüeño tan subido que rechazara una mano de gato. La vecina la embadurnó de polvo, y Lupe empezaba a animarse como la estatua de Pígmalión, empezaba a desprenderse del cuadro; rejuvenecía y se *elegantizaba*, formando contraste con el cuarto, con el menaje y con las criaturitas de Saldaña.

Una vez bien ajustado el vestido azul del empeño, la vecina fue a su vivienda para traer una flor artificial, que ya había servido a varias vecinas cuando, como Lupe, tenían que concurrir a baile.

Las criaturitas, en tanto, abrían desmesuradamente los ojos, sin darse cuenta de aquella extraña transformación de su madre. El muchacho que había ido a comprar la pomada, levantaba una vela de sebo lo más alto que podía, para alumbrar bien el cuadro, y en la puerta entreabierta aparecía un grupo de vecinas curiosas atraídas por la novedad.

La vecina que se había encargado de la *toilette* no esperaba más que colocar en la cabeza de Lupe la flor artificial de que hemos hablado, para abrir la puerta y dar paso a los curiosos. Así fue en efecto.

—Pase usted, doña Margarita. Entren ustedes —dijo dirigiéndose a las de la

puerta.

El cuarto fue invadido hasta por seis vecinas.

—¡Oh, qué cosa tan linda de vestido! —dijo una—. ¡Y de pura seda!

—¡Y es hecho por modista! —dijo otra.

—Eso a legua se conoce ¿no ve usted qué tablitas?

—Yo creo —agregó otra— que irán a ese baile muchas rotas, pero con dificultad habrá un vestido mejor que el de usted, doña Gualupita.

—Vaya, y mire usted, doña Anita, qué bien le están a Lupe los copetes.

—¿Ya lo ve usted, mi' alma? Yo se lo he estado diciendo; córtese usted el pelo. Ya sólo las de «altiro probes» lo usan largo.

Una muchacha se había sentado en el suelo para analizar y tocar lo que ella llamaba los «porabajos».

—A ver, a los porabajos —dijeron varias.

Entonces el muchacho que levantaba la vela la puso en el suelo. El examen pasó de la cabeza a los pies.

—Son de cabritilla abronzada, y charol con sus respuntes.

—¡Miren qué bonito pie tiene la vecina!

—¡Si no hay como lo bueno! ¡A fe que con esas babuchas con que anda todos los días! Están muy bonitos. ¿Son de cinco?

—Sí, de cinco pegados —contestó Lupe llena de una satisfacción que no podía ocultar.

Otra de las vecinas, levantando la falda y examinando el adorno de las enaguas:

—Esta punta es hasta a real y medio la vara.

—No, doña Anita, eso era antes, yo la merqué a real.

Aquellas curiosas hubieran permanecido toda la noche contemplando a Lupe, si no hubiera venido a interrumpir la escena el amigo de Saldaña, encargado de llevar a Lupe al baile.

—Buenas noches.

—Buenas noches, don Lucio —contestó la vecina que había peinado a Lupe.

—Buenas noches dé Dios asté, señor —dijo una vieja— pase usted adentro.

—Buenas noches —dijeron en varios tonos las demás vecinas.

El muchacho volvió a levantar la vela, seguro de que aquel señor querría también contemplar a Lupe.

—Está usted elegantísima —exclamó el recién venido— parece usted otra.

—¿No es verdad, don Lucio? ¡De lo vivo a lo pintado!

—¡Válgame Dios! —dijo la vieja— ¡y lo que son los trapos! No en balde las muchachas hacen hoy día tantas locuras por ellos.

—Sí, no hay como el dinero.

—Ya se ve que sí —dijo otra—. Con dinero baila el perro.

—Pero don Saldaña es rico —dijo una maliciosamente.

—¡Vaya! —agregó una tercera— siempre que viene a almorzar gasta en mole de

guajolote y compra hasta rial y cuartilla de pulque.

—Bueno; pero yo lo decía por el vestido.

—El vestido ha costado algunos pesos.

—¡Vaya! ¡Cómo no! ¡Si es de puro raso!

—Y del bueno —dijo otra— porque hay rasos hasta de seis riales, y éste no.

—Ande usted, mi' alma, que se está haciendo tarde, ya dieron cuánto ha las ocho.

—Pues a la hora que usted disponga —dijo don Lucio.

Este don Lucio, amigo de Saldaña, venía de levita negra abrochada y sorbete, como aquellas gentes le llamaban al sombrero alto. Sombrero que no se había quitado, con el objeto de que los curiosos aquellos pudieran contemplarlo a su sabor.

Don Lucio, efectivamente, podía confundirse en la concurrencia del baile, y por su aspecto nadie pensaría que aquel señor era artista, artista del cabello, quiere decir, que tenía un salón de aseo o, en resumidas cuentas, que era barbero. Pero como el salón de aseo de don Lucio medía tres varas y media, y estaba en calle apartada, Saldaña estaba seguro de que nadie lo conocería en el baile.

Cuando Lupe estuvo perfectamente ataviada, y vista por las vecinas, se puso en los hombros un tápalo negro, y se cubrió cuidadosamente la cabeza con una salida de teatro de estambre blanco. Después de dejar muy recomendadas a sus criaturitas con una vecina, cerró su cuarto, y levantándose la falda azul con ambas manos y pisando de puntitas sobre el sinuoso pavimento del patio, se encaminó al zaguán, seguida por las vecinas y alumbrada por dos o tres velas de sebo que bondadosamente sacaban las curiosas y los muchachos.

Entre éstos había dos que iban alumbrando con cerillos el pasadizo que recorría Lupe.

Por fin se encontró en la calle, del brazo de su acompañante, y en camino para el baile.

*

Desde las ocho de la noche comenzó Saldaña a encender las velas de la sala, mientras Matilde, Bartolita y su marido hacían su *toilette*. La cocina estaba atestada de criados, que se veían los unos y los otros por la primera vez.

—Yo no sé si nos debemos ir —decía una fregatriz, envuelta la cabeza en un rebozo remendado— *onde* que ha fregado una todo el día, que todos mis trapos los tengo empapados.

—Yo tengo las manos —dijo otra de la misma calaña— que hasta la sangre me quiere brotar; pero como no nos han pagado, yo pensaré que nos necesitan.

—¿Pa qué, diga'sté?

—¿Cómo pa qué? Pa fregar también de noche.

—¿El suelo?

—No, los trastes.

—¿Pos no ve usted que están limpios?

—Pero deje que vengan «los rotos», y vera lo que es ensuciar. Sí, yo ya sé d'eso.

—¿Pos sólo que sea pa eso, y ese será otro són? ¿No, doña?

—Pos afuerza, eso se paga aparte; porque siendo casa de desvelada... ¿no le parece a usted?

—Y luego que ni pa un trago de pulque nos han dado.

—Yo, gracias a Dios, traiba medio y tres tlacos de lo mío.

—¡Dichosa usted! Que yo me vine sin blanca, y como una viene «aucionada» a su trabajo...

—¿Pos qué tiene ora sed? —preguntó con cierta intención erótica el más joven de los garbanceros, y acercándose mucho a las dos fregatrices, que acurrucadas en el suelo y en posturas de ídolos aztecas hacían aquellos comentarios.

—¡Pos no! —dijo la más relamida, moviendo la cabeza con cierto dengue y haciéndose de nuevo el embozo del rebozo de modo de cubrirse la boca.

Cuando un caballero y una señorita coquetean, el niño amor juguetea entre ellos con el alfiler del pecho que quiere desprenderse, con el encaje del puño que se había volteado un poco, con el abanico que una frase ha dejado a medio abrir, con las puntitas color de rosa de los dedos que toman las actitudes de los tentáculos de las mariposas y de otros coleópteros; juega el niño amor, en fin, con las miradas, con las sonrisas, con las reticencias, con los puntos suspensivos, y hasta con el aliento. Pero cuando se trata de amor en nuestra servidumbre o, como se dice aquí, «entre garbancos», entonces niño amor, encaje, abanico, sonrisa y todo eso junto, se reduce a entreabrirse con ambas manos cerca de la cara la orilla del rebozo, dejando percibir por un momento el pescuezo cobrizo y arrebujándose después con el embozo, de manera que tape un poco más la boca, aun cuando no haga frío, tapada de boca que, traducida elocuentemente por el pretendiente, es como si ella dijera: «No sea usted malo», «yo soy muy recatada», «esas cosas me ruborizan», etc., etc.

Si la fregatriz hubiera contestado a secas que tenía o que no tenía sed, el «garbancero» hubiera dado la vuelta indiferente; pero como la mujer dijo: «¡Pos no!» y se arrebujó, volviendo la cara, fue aquel el momento supremo en que el doméstico comprendió toda la inmensidad de su dicha.

Para realizarla, se dirigió a un camarada, a un criado alquilado por Saldaña y de todas sus confianzas.

—Oiga, vale —le dijo, con cierto aire de reserva— dizque las señoras tienen sed.

—¿Qué señoras?

—Pos las que fregaron.

—¿Y qué?

—Yo lo decía porque, ya ve usted, que a los criados luego les dan al último, o bien a bien no les dan.

—Pero a mí don Saldaña me ha entregado todo por cuenta, y no vaya a decir...

—No ¡qué ha de decir! Ni *onde* va a echar de menos una botella.

—Pos... —replicó el alquilado, rascándose la cabeza—. Lo que es necesario es *tantiar* y...

—*Misté*... y pa qué es más que la verdad. Yo no sé cómo se vino entre el zacate esta botellita —dijo llevándose al vale a la azotehuela.

—¡Anisete! —dijo el alquilado viendo contra la luz de la cocina—. Bueno, pos si es anisete, lléveles a esas señoras.

El adjudicatario de la botella vació la mitad de su contenido en un jarro, volvió a meter la botella entre el zacate, y se fue a la cocina en busca de las fregatrices, que dormitaban sentadas en el suelo.

—Ande usted —le dijo a la del rebujo.

Este «ande usted», es la frase consagrada de la galantería de sarape; «ande usted» quiere decir «beba usted», o bien «¿usted gusta de beber?» o «beba usted sin cumplimientos», etc., etc.

De manera que la fregatriz obsequiada, tomando el jarro del borde e introduciendo en él tres dedos, lo pasó a su compañera, repitiendo:

—Ande usted.

La compañera hizo desaparecer sus narices, sus ojos y parte de la frente en la boca del jarro, y disfrutando a la vez de la inhalación y de la bebida, se engolfó en el anisete. Pasólo en seguida a la otra mujer, quien a su vez lo devolvía al anfitrión. Éste repitió la frase sacramental «ande usted», rehusando tomar el jarro.

La fregatriz apuró el anisete, y sin dirigir la vista al obsequiante, devolvió el jarro, se limpió los labios con el rebozo y volvió a taparse la boca en señal de recato.

El criado se dirigió a la azotehuela.

No pasó nada de esto desapercibido para el resto de la servidumbre, especialmente de Francisca la recamarera, quien no había visto con malos ojos durante el día al escanciador del anisete. Buscó pretexto para encontrarse con él en la azotehuela.

—Aquí tengo para usted, doña Pachita.

—¿Qué?

—Anisetito. Y yo, como esas señoras luego hablan, les fuí a dar un trago.

—¡Ah! yo *creiba*...

—Ande usted, doña Pachita —continuó alargando el jarro.

—¿Usted cree que yo voy a tomar anisete, después de...? ¡Pos ora sí no faltaba más!

Y Francisca hizo un dengue, y se volvió a la cocina. Había ya, pues, para la fermentación posterior tres ingredientes en la cocina: amor, celos y anisete.

Entretanto, Saldaña había acabado de encender las velas. Los músicos acababan de entrar, escurriéndose uno tras otro, pisando quedito y hablando muy bajo. Saldaña los colocó en la pieza contigua a la sala y fue al comedor a seguir sus tareas.

La casa estaba completamente en silencio, y se respiraba por todas partes ese ambiente húmedo y de olor a ladrillo mojado. Se habían colocado dobles lámparas de

petróleo en el zaguán, en el patio y en la escalera, y ya todo estaba listo, alumbrado, y limpio en espera de la concurrencia.

A eso de las ocho y media blanqueaba entre las macetas del corredor una cabeza descubierta con salida de baile. Era la primera señora que se presentaba y a quien sobrecogía el silencio que reinaba en la casa, temiendo haberse equivocado.

—¡Si no será aquí!

—Aquí es —dijo su acompañante— conozco la casa como mis manos; sino como que es baile de tono, los concurrentes vienen tarde. Entraremos.

La señora y su compañero entraron a la sala, se detuvieron un momento en la puerta, y dirigiendo una mirada en torno suyo, se convencieron de que eran los primeros concurrentes.

—No hay nadie —dijo ella muy bajo.

—Así es mejor. No tenemos que saludar a nadie. Siéntese usted.

La señora se sentó sin quitarse el abrigo. Le parecía que con aquel trapo blanco en la cabeza estaba más en carácter. Su acompañante se sentó junto a ella, poniendo su sombrero en la silla inmediata, y después de guardar silencio por algunos instantes se pusieron a hacer comentarios sobre la sala y sobre los muebles.

Al cabo de un largo rato entraron otras señoras, y como no había quien las recibiera, fueron entrando, porque para eso iban, para entrar; y como allí había una señora se dirigieron a ella.

Aquella señora, la primera que había llegado, era nada menos que Lupe, la madre de las criaturitas. Las recién venidas fueron poniendo la punta de los dedos de la mano derecha en el hombro izquierdo de Lupe, murmurando «buenas noches» o un «cómo está usted», más confuso que atento. Cada una de las que hacía aquello, se sentaba en seguida, y cuando había cosa de seis, entraron otras, quienes a su vez hacían eso de los dedos de la mano derecha con las demás hasta encontrar silla vacía. No habían llegado a encontrarse dos conocidas; de manera que aquellos símbolos de abrazo y aquellas frases de «cómo está usted» y «buenas noches», eran cada vez más de pacotilla, al grado que parecía que aquellas gentes no se saludaban, sino que se olían. Tenía, en efecto, aquella ceremonia más de canina que de social, tanto que cuando ya había más de diez señoras, las recién venidas no se encontraban con ánimo de dar diez abrazos, y al llegar a la quinta o sexta de la fila, saludaban con la cabeza y se sentaban.

Los hombres se habían quedado todos en la antesala y en el corredor. Algunos pollos se calaban guantes blancos a grandes tirones, con más aire de boxeadores que de bailarines, y alguno exclamaba:

—¡Caray, hombre, voy a echar una bailada esta noche!...

—Y yo también, pero no seas egoísta; me buscas pareja tú que conoces a todas.

—¿Ya vinieron las Machucas? —preguntaba un pollo empinándose.

—No; las Machucas vendrán más tarde —dijo otro como haciéndose sabedor de intimidades.

Había ya tanta gente, que los músicos se creyeron en el deber de templar, y la flauta soltó un *la* agudo, y el contrabajo respiró como un león que huele la carne. Las de los pollos temblaron de emoción y de esperanza.

Bartolita, su marido y Matilde aún no parecían; habían tenido que hacer muchas cosas para vestirse; pero la flauta había sido la voz de alarma.

Ya había en la sala más de veinte personas, y todavía las de la casa no acababan de vestirse. El marido de Bartolita fue el primero que salió de su recámara, cojeando.

—¿Qué tiene usted, coronel? —le preguntó Saldaña al verlo apoyarse en las sillas para andar.

—¡Qué he de tener! ¡Este maldito zapatero que me ha hecho unos botines tan estrechos!...

—¡De baile, coronel, botines de baile! Le hacen a usted un pie elegantísimo.

—¡Por cierto de la elegancia! ¡Si no puedo dar un paso!

—Ya darán de sí. Píselos usted un poco.

—Dudo que los pueda dominar.

—Deje usted que asienten.

—¿Y mi mujer? ¿Dónde está mi mujer? ¿Ya está en la sala?

—No; se está vistiendo.

—¡Válgame Dios! ¡Qué tocador tan largo! La concurrencia está sola.

—Si a usted le parece, haré que toquen una pieza para que se entretengan y así no echarán de menos a los señores de la casa.

—Bueno, mándela usted tocar.

Saldaña entró a la sala, y se dirigió a la pieza en donde estaban los músicos.

—Vamos, maestro; toquen ustedes una pieza. Es necesario empezar.

Se enderezó perezosamente el contrabajo, y los músicos volvieron a templar sus instrumentos.

Al ver Saldaña que muchas señoras habían conservado sus abrigos, fue acercándose a ellas para suplicarles que se los quitaran. A medida que lo hacían, Saldaña iba recibiendo tápalos, sacos, salidas de teatro, bufandas y capas en el brazo izquierdo, hasta formar un promontorio con el que apenas cupo por la puerta, y en la recámara dejó caer aquella carga, invirtiéndola, sobre una cama, con lo cual estaba ya preparado el desorden y el extravío de los abrigos.

Había sobre algunas mesas y algunas sillas sombreros, bastones, paltós y paraguas. Saldaña cargó con aquel material y lo amontonó en la cama para despejar la sala.

Empezó la música. Era una polka; pero casi nadie se dio por entendido. Lupe y muchas otras de su calaña no sabían bailar polka; don Lucio mucho menos, y algunos otros pollos eran de esos que no aprenden a bailar en las academias de baile, porque escasean en esta culta capital, sino de los que se sueltan bailando de buenas a primeras por esa intuición coreográfica propia de la edad y del atrevimiento. De manera que lo que más fácilmente aprenden es la danza, que casi no es baile, sino

vaivén acompasado y roce acompasado.

No hubo, pues, quien bailara la polka. Saldaña se dirigió a los señores.

—Vamos, señores, la polka.

—Yo no bailo polka.

—Ni yo tampoco.

—Que toquen una danza.

—Sí, es mejor danza.

—Maestro, una danza —dijo Saldaña al oído al violín.

Acababan de llegar Enrique, Jiménez y su amigo, el que llevaba intención de enamorar a la tercera de las Machucas.

Ya Saldaña había abierto una de las puertas de las piezas interiores que daban al corredor, y todos los recién venidos entraban por allí para dejar sus abrigos.

Doña Bartolita acertó a salir a la sala en el momento en que bailaban la danza. De manera que entró, y como nadie la saludaba, porque no la conocían, buscó asiento y se sentó, como una de tantas; de lo cual quedó ella muy satisfecha, porque le hubiera sido embarazoso saludar a tantas personas. De la misma manera se deslizaron a la sala el coronel y Matilde, sentándose cada cual donde mejor les pareció.

Entraban por la puerta de la recámara el curial y su mujer, elegantísimamente vestida, con vestido de brocado blanco, con blonda de seda, adornado con rosas Príncipe Alberto.

Se produjo en seguida un rumor en la antesala, que anunciaba la llegada de las Machucas, y Saldaña, acercándose al coronel, le dijo al oído:

—Ahí está la de Camacho.

—¿Cuál?

—Ahora la verá usted entrar, trae un vestido color de rosa, trae plumas y flores en la cabeza, y el pelo salpicado de polvo de oro.

—¡Caramba! —dijo el coronel, pretendiendo pararse sobre sus botines de charol ajustados.

—¿Ésa? —preguntó.

—¡Ésa! —dijo Saldaña con satisfacción.

La de Camacho atravesó la sala llamando la atención de todos los concurrentes, y sin apercibirse de no ser presentada, tomó asiento, abrió su abanico y se dejó ver más bien que veía a los demás.

A la sazón entraron las Machucas. Ellas se dirigieron a besar a Matilde, y saludaron a varias de las señoras que estaban sentadas.

Tras de las Machucas, y después de producirse una oleada en los pollos, como en la mar cuando se zambulle un tiburón, entraron muchos en la sala.

—¿Quiénes son esas señoritas?

—Son las Machucas.

—Luego me lo figuré —dijo otra— que esas habían de ser las Machucas.

—¿Por qué se lo figuró usted?

—Yo no sé; pero como son tan mentadas...

—Pues como verá usted, no tienen nada de particular.

—Muchos ojos.

—Y mucho blanquete.

—Y muchas pretensiones —agregó otra señora.

Las niñas que iban a la Alberca Pane, su mamá y los tres novios acababan de llegar, y ya no tuvieron asiento en la sala. Estuvieron mucho tiempo en la recámara, sin que nadie las saludara ni las invitara a quitarse los abrigos, hasta que acertó a pasar Saldaña, que estaba en todo.

—Señoritas —les dijo— pueden ustedes darme sus abrigos; vean ustedes, por aquí les buscaremos un rinconcito para que puedan encontrarlos a la salida.

Isaura dejó ver en todo su esplendor su vestido a verdes, y Raquel su chaqueta aquella, la de la transformación.

Ya había en la recámara varias señoras, que no alcanzando sillas en la sala, se habían sentado en las camas y donde habían podido. Lo mismo hizo la mamá de las niñas; aunque haciéndole poca gracia quedarse en la recámara. Ya que no bailaba hubiera querido ver bailar, porque para eso iba; pero había tanta gente, que se dio por afortunada con sentarse sobre un baúl.

Dos señoras acaban de entrar en la recámara con aire misterioso, porque se decían de vez en cuando palabras al oído.

—Yo sé lo que te digo, si lo conozco.

—¡Me parece imposible! ¡Un joven tan decente y de tan buena familia!...

—Pues no te quede duda. Pregúntale a Marianita a quien le consta el hecho.

—Sólo porque tú me lo dices.

—Créelo, y sobre todo, vamos a poner nuestros abrigos en puerto de salvamento.

—¡Pero cómo! ¡Mira en qué estado están los abrigos! Son un montón informe. Es probable que tengamos mucho trabajo para encontrarlos.

—Pues no hay más. Ven.

—Con permiso, con permiso —dijeron aquellas dos señoras pasando por la recámara al través de la multitud. Cuando estuvieron en un rincón empezaron a buscar sus abrigos. No bien habían empezado aquella operación, cuando se les acercó un indiscreto.

—¡Cómo! Qué ¿se van ustedes tan temprano?

—No, señor —contestó una de ellas.

—Yo decía, porque sería una lástima.

—No, señor, buscamos nuestros abrigos para separarlos simplemente.

—¿Qué señas tienen? Ayudaré a buscar.

—Son blancos —contestó una de las señoras, buscando ella misma entre aquella trapisonada.

Tiraban de las puntas de todos los abrigos blancos, y de esa manera iban mezclándolos y confundiéndolos todos.

—¡Qué es eso! —dijo un tercero. Parece que algunas señoras se quieren ir.

—¿Quién se va?

—No. ¡Nadie! ¡No se va nadie!

—¿Qué? ¿Qué, se va alguno? Conque ahora empezamos...

—Por supuesto —dijo un tercero, que acababa de bailar y se limpiaba el sudor de la frente.

Entretanto aquellas dos señoras encontraron sus abrigos y con ellos en el brazo buscaban persona a quien encomendárselos.

—¿Les parece a ustedes que veamos al señor Saldaña? —preguntó el comedido aquél que había ayudado a buscar los abrigos blancos.

—¿Quién es Saldaña? —preguntó una de las señoras.

—Saldaña es... en fin, es el que... el encargado del baile.

Las dos señoras se preguntaron con los ojos.

—Nosotras deseamos entregar estos abrigos a alguna persona de la casa.

—Pues al señor Saldaña, porque las personas de la casa, yo... la verdad, no las conozco.

—Pues sea al señor Saldaña.

—Voy a llamarlo.

Las señoras esperaron con sus abrigos sobre el brazo.

Al cabo de un largo rato, apareció Saldaña muy fatigado.

—¿Qué se ofrece, señoritas?

—Queremos entregar a usted personalmente nuestros abrigos.

—¡Oh! ¡aquí están perfectamente!

—Sin embargo, si usted tiene la bondad de colocarlos convenientemente en algún lugar determinado...

—¡Ah, ya comprendo! —dijo Saldaña— para que ustedes puedan encontrarlos a buena hora.

—Precisamente.

—¿De qué se trata? —preguntó un amigo de aquellas señoras que ponían en salvo sus abrigos.

—¡De qué se ha de tratar, hombre de Dios! De salvar nuestras salidas de baile; figúrese usted que las acabamos de recibir de París.

—¿Y ustedes se imaginan que corren peligro?

—¡Y como que sí! Acaba de entrar...

Y una de aquellas señoras dijo un nombre al oído de su amigo...

—¡Y qué! —exclamó éste atónito.

—¿Cómo? ¿Qué, no sabe usted las gracias de ese sujeto?

—No ¿qué gracias?

Y una de las señoras hizo con la mano derecha esa seña tan conocida en el lenguaje universal, que consiste en un movimiento de los dedos que todo el mundo traduce de esta manera: «ladrón».

—¿Qué me cuenta usted? ¡Eh! ¡tan joven y de tan buena presencia!

—¡Y de tan buena familia! —agregó la otra señora—. Pero el hecho es cierto. No hay baile a que concurra en donde no se pierdan los abrigos.

—¿Pero será él? —insistió el caballero, todavía dudando.

—¡Sí, señor, él, él mismo! Ya se le ha cogido infraganti; ya se ha rescatado alguna vez un abrigo perdido, que él había guardado en una casa de empeño.

—Sólo porque ustedes me lo aseguran... ¡parece increíble! Pero en fin, ¿qué han hecho ustedes?

—Entregar nuestros abrigos a... ¿cómo se llama?

—Saldaña —contestó la otra señora.

—¡Eso es! Un señor Saldaña que es el que...

—¡Sí, ya sé, Saldaña! ¡Oh, sí, Saldaña! Entonces no tengan ustedes cuidado. ¿Él los guardó?

—Personalmente; y nos aseguró que estaban bien guardados.

Mientras pasaba esta escena en un rincón de la recámara, Saldaña iba y venía del comedor a la sala, de la sala a la cocina y de la cocina a las recámaras. En la sala era bastonero, en el comedor repostero, en la cocina mayordomo, y en las recámaras guardacapas.

Todos buscaban a Saldaña, todos preguntaban por él, y él estaba en todas partes, rojo de calor y de fatiga, y sudoroso; pero solícito e incansable.

Mientras arreglaba una polka, se le colaron al comedor los pollos de la Alberca Pane, el ladrón de abrigos y los pollos de Iturbide. El más intrépido sacó un tirabuzón de bolsa y destapó coñac. ¡El coñac de cinco ceros de Saldaña! Le descubrieron la Santa Bárbara, le olieron la podrida, y al aparecer de nuevo en el comedor...

—Vamos, señor Saldaña —le dijo un pollo—. Una copita de coñac con nosotros.

—Sí, a la salud del señor Saldaña.

—¡Y qué bueno está! Se conoce que usted compró los licores.

—A la salud de usted.

—¡A ver más copas!

—Falta Federico.

—¿Conque les parece a ustedes bueno el coñac?... —dijo Saldaña sin poder disimular su ira.

—¡Oh, excelente! —dijo un pollo bebiéndose una segunda copa.

—Pero si no tomas algo, se te sube —le dijo otro pollo— toma este sandwich.

—¿Es de jamón?

—Sí ¿quieres otro?

—No.

La botella de cinco ceros pasaba por todas las manos menos por las de Saldaña, a quien obsequiaban a porfía todos los pollos, con una sopa de su propio chocolate.

Ya no era posible contener la avalancha. El olor del coñac había llegado hasta la sala para llamar a los aficionados, que estaban en mayoría.

Siguió el del tirabuzón obsequiando a propios y extraños, muy ufano de su previsión y de su talento.

—Vea usted —le decía a otro pollo—. Yo en estas cosas lo primero que hago es echarme a la bolsa mi tirabuzón.

—Muy bien hecho.

—¿Quiere usted jerez?

—No, prefiero coñac.

—Tiene usted razón; es de primera.

—Mira, chico —le dijo un jovencito a Federico— vamos ahorrando una botella de este coñac.

—¿Para qué la quieres?

—Se la tengo ofrecida a Patrocinio.

—Así yo también ofrezco; cógela si quieres.

—Pues déjame pasar.

El pollo se escurrió por entre los demás hasta ponerse al alcance del coñac, y en el momento en que todos le daban la espalda puso la botella en la faltriquera de su levita.

—Vamos, señores —dijo Saldaña sin ser apenas oído, y viendo que la langosta estaba en plena posesión de todo lo comible—. Es necesario que las señoras tomen algo.

—Bueno, yo me comisiono —dijo un pollo tragándose medio panqué.

Saldaña, con una confianza de tendero, con el desparpajo del despecho, y con el mal modo del cansancio, volteó sobre una gran charola toda una canasta de pasteles, que cayeron, como debe suponerse, en lastimoso desorden.

¡Qué tal sería la cosa, donde los pollos acostumbrados a ver caer el maíz y otras cosas, sin cuidarse de anverso ni reverso, sintieran al ver caer los pasteles un escrúpulo de estética y se pusieron a voltearlos boca arriba!

Salió un joven a ofrecer pasteles a las señoras, mientras un grupo disponía la batería rayada sobre otra gran charola que llevaban entre dos; habían colocado algunas docenas de copas de todos tamaños, y otros dos pollos escanciaban indistintamente vinos dulces, anisete y, sobre todo, coñac.

—No sirvas tanto coñac, que es para las señoras.

—Si todas beben, chico. Ya lo verás.

—No seas hablador.

—A la prueba, chico; ya verás qué pocas son las que prefieren vino.

Seguidos de otros dos jóvenes que llevaban botellas, para refaccionar, según ellos decían, salieron los de las copas, precedidos por Saldaña, que iba abriéndose paso entre la multitud agrupada en las recámaras.

Difícilmente podían circular los obsequiantes a espaldas de los que bailaban y la fila de las señoras que permanecían sentadas, y más de una vez se corrió peligro de un desaguisado; pero si las charolas no sufrieron percance en su viaje de

circunvolución, no sucedió lo mismo con los pasteles. Mientras un pollo levantaba el codo para engullir un pastel lleno de crema, un valsador desenfrenado, que llevaba a la de Camacho en carrera vertiginosa, dio con el hombro al codo levantado, y voló el pastel de crema a estamparse en el vestido azul de la mamá de las criaturitas de Saldaña.

Lupe, al sentir el proyectil, lanzó un grito involuntario y se levantó violentamente, pretendiendo, aunque tarde, librarse de aquello; el pastel resbaló por la falda y saltó a la alfombra donde la crema se extendió a sus anchas.

—Se van a caer con eso.

—¿Se manchó el vestido, señorita? —preguntó a Lupe un valsador.

—Mire usted —dijo ésta, enseñando un chorreón amarillento a lo largo de su vestido azul.

—Tome usted mi pañuelo.

Una señora aceptó el pañuelo y limpió con él el vestido. Entretanto, Saldaña, que estaba en todo, había corrido a la cocina gritando:

—¡A ver acá! ¡Una con un trapo para limpiar la alfombra!

—Vaya usted, doña Pachita —dijo una de las fregatrices que había repetido la ración de anisete— vaya usted, que es de la casa, porque nosotras *semos* extraordinarias.

Entró Francisca a la sala con un trapo mojado en la mano, pero en señal de respeto se puso el rebozo y se cubrió con él la cabeza.

Francisca era lo que se llama, propia o impropia, un «garbanzo»: un poco relamida y menos desaseada que la generalidad del gremio. Usaba las consabidas enaguas de percal tocando al suelo, un saco holgado de la misma tela y el nacional rebozo.

Las primeras familias de los conquistadores que venían a tomar asiento en las Indias preferían para su servidumbre a los indios que comenzaban a masticar el castellano; y aunque al principio la servidumbre se mantenía con ración de maíz y chile, poco a poco fue transigiendo con las viandas españolas, lo cual era considerado por los demás indios como una prevaricación y como un pecado de lesa nacionalidad.

Una de las semillas importadas por los españoles fue el garbanzo, leguminosa de que ningún puchero español se ha privado desde antes del Cid. El conquistador importaba, pues, entre otras muchas cosas para su regalo, los garbanzos que por muchos años han seguido viniendo de la madre España, no obstante su fácil aclimatación y cultivo en México. El indio, pues, que además de chapurrear el idioma de los blancos, comía de los garbanzos del amo, se llamó «garbancero», en señal de desprecio patriótico; y este mote, perpetuado hace trescientos años, se ha vuelto sustantivo con el uso, para aplicarlo con doble maliciosa intención a la criada joven. De tal manera que si la Academia de la Lengua hubiera de prohijar los modismos de las antiguas colonias españolas, siquiera para ilustración de los que lean los relatos de nuestras costumbres, adicionaría su noticia sobre el garbanzo con estas dos

aplicaciones:

«GARBANCERO: pr. Méx., criado doméstico de la clase indígena, o bien mestiza, que habla castellano y come garbanzos.»

«GARBANZO: criada joven con las mismas circunstancias que el *garbancero*.»

Por otra parte, no necesitamos especificar ni explicar el enlace ideológico que existe entre «garbanzo» y «pollo», porque esas analogías pertenecen a la vida estrictamente privada; pero no debemos omitir a fuer de fieles narradores que Francisca no atravesó la antesala y más especialmente el corredor, sin sufrir algunos empellonchos y algunos pellizcos cariñosos. (Histórico, y proverbial en la crónica de las cocinas y de los bailes como el que hacía Saldada.)

—¿Cómo le fue a usted, doña Pachita? —le preguntó la fregatriz locuaz.

—Cómo me había de ir —contestó Francisca enfadada.

—¿Qué fue usted a limpiar?

—Pos ese como atole que tienen por dentro los pasteles.

—¿Como huevo?

—Sí, espeso.

—Se llama *clema* —dijo la cocinera.

—Yo ¡cuándo hubiera entrado a la sala! —continuó la fregatriz que respiraba anisete—. Los *probes* a la cocina.

—¡Demonios de rotos!

—¿Qué le hicieron a usted, doña Pachita?

—Nada, que no pueden estar sin *pelizcarla* a una —contestó Francisca restregándose con los dedos el antebrazo izquierdo.

—Ya lo ve usted, doña Pachita. No ¡yo cuándo! No porque una sirve...

—¡Pos ya se ve!... Uno es que una sea *probe* y otro que...

Capítulo VIII

De cómo el calor de las velas, en combinación con el coñac de cinco ceros y otros peores, suelen hacer de un baile un pandemonium

DESDE EL momento en que la primera parvada de pollos cayó sobre el comedor, la concurrencia tuvo sobre los pasteles la perseverancia voraz de la langosta. Este acridio cae sobre todo lo verde hasta hacerlo desaparecer, porque tal es su misión destructora, y aquella gente, que había invadido el *sancta sanctorum* de Saldaña, parecía llevar la misión de agolar todo lo harinoso y todo lo líquido.

Había algunas personas serias que desde la puerta se entretuvieron en contemplar aquella obra de destrucción, y observaron que muchos jóvenes se habían instalado allí durante algunas horas y sin ocuparse de lo que pasaba en la sala, con el exclusivo intento de comer y beber.

No tenía más defensa Saldaña contra aquella guerra de exterminio, que transportar los almacenes de depósito para repartir las municiones.

—¿Qué hace usted, Saldaña? —le preguntó el marido de Bartolita.

—¡Qué he de hacer, coronel! Aquí con algunos amigos emprendiendo una verdadera cruzada contra la invasión. Hemos seis encargados de traer comestibles de la mesa para hacerlos circular por la sala, por los corredores y por donde quiera que haya gente.

—¿Qué dice usted? ¡Qué jóvenes tan mal educados! —decía una señora a otra.

—Esto ya no se puede tolerar. Era una de las causas porque no quería yo traer a mis hijas; porque sospechaba que iba a venir esta caterva de jovencitos que no hacen más que apoderarse de los licores hasta embriagarse.

—¡Y todavía lo que nos falta! ¡Dios nos saque con bien!

—¿Pues qué nos falta?

—Que hasta ahora parecen en su juicio; pero déjelos usted otra media hora, y no respondo del orden.

—¡Oiga usted, oiga usted, cómo gritan! Se van animando demasiado; será bueno retirarnos de aquí.

—Yo venía a tomar un vaso de agua.

—Yo también.

—¿Querían ustedes algo? —les preguntó un señor entrado en años, el curial por más señas, que por un resto de... por un resto de amor, no quería ver bailar a su mujer y se refugiaba en el comedor contra sus propios escrúpulos.

—Deseábamos tomar agua.

—¿Quieren ustedes vino?

—No, señor; mil gracias.

—Algunos pasteles... dulces...

—Agua solamente, si nos hace usted el favor.

El curial se echó a buscar agua en aquella emborrachaduría, y después de mil pesquisas inútiles, tuvo que ir a buscarla a la cocina.

—Una poca de agua, si me hacen ustedes el favor —dijo asomándose.

—¿Agua pa beber? —preguntó la fregatriz locuaz.

—Sí, para dos señoras.

—¿A ver qué quiere el señor? —preguntó la cocinera.

—Pos que *quiere* agua.

—Aquí está la agua —dijo la fregatriz, embozándose con una mano y alargando un jarro con la otra...

El curial hizo un movimiento al ver aquel jarro negruzco y desportillado.

—Es limpia del barril —objetó la fregatriz, volviendo a taparse la boca con el rebozo.

—Sí, pero... ¿No hay un botellón, una jarra más decente?...

—Lo que es de la casa, no, señor —contestó Francisca— sólo que de lo alquilado, y eso sólo don Saldaña sabe de eso.

El curial tenía que optar entre dejar morir de sed a aquellas dos señoras o llevarles el jarro. Se decidió por lo segundo, y llegando al comedor comenzó a buscar un vaso.

—¿Qué anda usted haciendo con ese jarro, señor licenciado? —le preguntó un pollo.

—Es pulque —dijo otro.

—No; es agua —contestó el curial picado.

—Ustedes dispensen —agregó, acercándose a las señoras sedientas— pero no he podido conseguir más que jarro para traer la agua.

—Pero se ha ido usted a molestar mucho por nosotras —dijo una de las señoras.

—No es ninguna molestia.

Las señoras admitieron la agua procedente del feo y negruzco jarro, viéndose una a la otra.

—¡Adiós! —dijo otro pollo— ya es cosa de jarros.

—¿Quién tiene jarro? —le preguntó su compañero.

—¡Mira!

—¿Qué jarro es ese? —dijo otro.

—Nada, hombre; un jarro como todos.

Tanto se empezaba a hablar del jarro, que el curial, tan luego como hubo llenado el segundo vaso, depositó aquel trasto debajo de una mesa.

Enrique, entretanto, había sido presentado en forma a Leonor, y tanto él como Jiménez tenían concertadas algunas piezas de baile. La concurrencia se había distribuido por sí misma en grupos, como si cada cual empezara a ocupar el puesto

que le correspondía. En la sala estaba el grupo de los bailadores, que por supuesto se cuidaba poco de las libaciones, lo cual es ya una ventaja en favor de ellos, y patentiza, además, que la educación social segrega a la juventud de los vicios y de los malos hábitos.

En efecto, el baile como complemento de la educación social de la juventud, es un ramo de enseñanza indispensable en toda sociedad culta. La juventud que no concurre a academias de baile, lleva en sí una secreta disposición de retraimiento y antipatía que la hacen huraña y mal contenta. Por el contrario, los que bailan han desatado un nudo gordiano, de saludable enseñanza para la moral del individuo, que influirá y no poco en su porvenir.

Tomaremos, por ejemplo, en la ocasión presente, que es la más favorable, los dos tipos opuestos y estudiémoslos.

Jiménez era bailador. Perico, uno de los pollos que jugaba al billar en Iturbide, no bailaba.

Jiménez no bebía. Perico se embriagaba todas las noches.

El nudo gordiano a que nos hemos referido, es este: Jiménez había descubierto, bailando, que se pueden disfrutar placeres inocentes y puros entre un joven y una señorita; que el ritmo y el compás en el movimiento a dúo en el salón puede ser un pasatiempo legítimo, enteramente inofensivo, y de ninguna manera trascendental; que por más que la malicia y la depravación de las costumbres vaya muy lejos en esta materia, hay una línea en donde sin esfuerzo puede el hombre detenerse, cualquiera que sea la vehemencia de sus pasiones; y finalmente, que bailando es como desaparece cierto fantasma siniestro, que no marca más que un camino oscuro y tortuoso al amor de la juventud.

Perico era por el contrario. Por motivos de educación había rehusado el contacto con el bello sexo. Sin madre y sin hermanas, no conocía más que la vida de colegio. La primera mujer con quien se había puesto en contacto fue una recamarera y se enamoró de ella. Para Perico no existía el contacto de los dos sexos más que en el amor y por el amor; la sinceridad, el trato ingenuo e inocente le parecían quimeras; ni comprendía que el hombre se acerque a la mujer por otra causa que el amor. Perico, audaz y todo como quería aparecer, temblaba delante de una niña; casi les tenía miedo. Entonces, rebelándose sus instintos viriles, se vengaba de su propia debilidad enamorando a la mujer con quien se ponía en contacto. Perico, como hemos dicho, no bailaba; pero sí con algunas copas en la cabeza entraba a una sala, y escogía su víctima, como el lobo: aquellas ovejas no servían más que para devorarlas.

Perico era de los que se habían estado en el comedor desde el principio del baile, fumando y bebiendo copa tras de copa, con todos sus amigos, y empezaba a entrar en el primer período de excitación, que él mismo, por sugerencias de su timidez, iba buscando, y comenzaba a sentir cierto brío, cierta entereza, cierto valor para ponerse frente a frente de las muchachas. Sólo así se atrevió a entrar a la sala, y aunque confundido con la multitud, nosotros podemos apreciar todos sus movimientos. Se

había parado casi en el centro de la sala, con las manos puestas hacia atrás, y con la mirada insolente iba recorriendo el estrado, midiendo como en un matadero los tamaños de la res, las formas de todas aquellas señoras. Estaba eligiendo pareja.

Dejémosle en esa actitud, mientras nos ocupamos de algunos de nuestros personajes.

Enrique había logrado al fin ofrecer su brazo a Leonor para bailar un valse. Casi era la única oportunidad para hablar cómodamente.

¡Qué bella estaba Leonor! Su estatura y la de Enrique se hermanaban de tal modo, que las palabras, en la misma línea horizontal, iban y venían en el diálogo, que hacía fácil y amena esta misma circunstancia.

Leonor tenía, además, una manera particular de tomarse del brazo. Se inclinaba mucho hacia adelante y en sentido oblicuo hacia el compañero, como para recoger con más exactitud sus palabras. Esta inclinación, que además de favorecer las curvas salientes, ponía en contacto su cuerpo con el brazo de Enrique, era uno de los movimientos característicos de Leonor.

Enrique se sentía turbado: lo primero que había hecho había sido enviar a sus pulmones un pie cúbico del aire caliente de la sala impregnada de Corilopsis que brotaba de los encajes del seno de Leonor.

Había lo suficiente para hacer boca.

Y luego los ojos de Leonor, vistos de cerca, tenían un atractivo singular. Cambiaban de aspecto completamente: había en ellos algo de naturaleza salvaje, algo indómito que resistía a todos los esfuerzos del refinamiento. La mirada de Leonor era como indomable, tenía cierta fiereza agreste; sus pestañas de un negro mate, y su grosor, y su poca curvatura le daban a la mirada ese aire dominante que Leonor no podía evitar. Esta particularidad inconsciente de su modo de ver era a lo que Leonor debía su gran popularidad, era tal vez la mirada que había subyugado a Enrique.

Ya hemos dicho que las Machucas bailaban bien, y como eran delgaditas de cintura y ágiles de miembros, se llevaban un pollo por esos salones en las vueltas vertiginosas de un valse, hasta desvanecerlo de dicha y de voluptuosidad.

Enrique emprendió ese vuelo, asiendo a Leonor con ese primer estremecimiento de la pasión, parecido al que se observa en la loca mariposa cuando hinca los pequeños garfios de todas sus patas en los pétalos de una flor que acaba de abrirse, ásperos de polen, húmedos de rocío y ricos de aroma.

Allí valsando, hipnotizado por círculos de luz que parecían girar alrededor de su cabeza; mezclando sus sílabas al unísono, con algunas notas de la flauta; su respiración con algunos frotamientos del contrabajo; su aliento con algunos efluvios químicos de los aromas, y con algo del aire caliente que ya habían tamizado los bronquios de Leonor, allí declaró su amor, todo su amor, con esas frases rotas que se escapan y se precipitan sin saberlo, asumiendo una elocuencia que ningún madrigal y ningún idilio pudieron reunir jamás.

Leonor se dejó arrebatar, sin pensarlo: entró sin saberlo en el círculo magnético

de Enrique, a quien clavó sus ojazos negros como la zorra a su presa fácil. Enrique sentía en su mano izquierda, en contacto con el raso que ceñía la cintura de Leonor, como los alfilerazos de la electricidad; y apoderado de todo el ramal nervioso de la enguantada mano izquierda de su compañera, sentía como la fusión inevitable de dos organismos, como un soplete ígneo que funde dos metales en un solo líquido.

A esta sazón cesó la música, causando en Enrique el mismo desagrado del sediento a quien arrebatan el vaso de sus labios.

—¡Que siga! —gritó uno.

—¡¡Que siga!!... —gritaron muchas voces.

Y la música siguió.

Era que la concurrencia había formado círculo a las dos parejas que bailaban, que bailaban divinamente, según expresión de algunos entusiastas.

Las dos parejas únicas que bailaban aquel valse eran Enrique y Leonor, que efectivamente bailaban a las mil maravillas, y Perico y Gumesinda, otra de las Machucas.

¿Cómo era que Perico, que no sabía bailar, estaba llamando la atención al grado de hacerle círculo?

Mientras Enrique era tal vez el único entre los bailadores que sabía bailar, Perico no había bailado valse en su vida. Enrique conocía la estética del baile, y sin haber en él nada de afeminado, sus movimientos eran graciosos, sus actitudes naturales, la expresión de su fisonomía agradable, y en todo el conjunto podía notarse al caballero de buena sociedad que ha aprendido a bailar.

Perico, como hemos visto, se había puesto a elegir compañera. Le gustó Gumesinda y le pidió una danza.

—Las tengo dadas todas —le había contestado Gumesinda— ¿baila usted el valse?

Y Perico, con el atrevimiento de la ignorancia, había dicho sí; y por un acto de audacia que sólo el coñac había podido engendrar, se soltó dando vueltas con Gumesinda. Sucedióle, sin embargo, que el ritmo de la música y el haberse dejado llevar, lo hicieron coger el paso, o más bien adivinarlo, como ha sucedido a algunos que han aprendido a nadar con sólo echarse al agua.

Una erupción de fatuidad hinchó a Perico, que se creyó por un momento el rey del baile. Era feliz; sólo que su felicidad, de muy distinto género de la de Enrique, se iba materializando a un grado inconveniente. A las pocas vueltas empezó a perder la conciencia de lugar: líneas negras y amarillas cruzaban con rapidez vertiginosa en el campo de su visión; ruidos y estrépitos como de cascadas y coros al mismo tiempo, descomponían los sonidos de la música, como se descomponen los colores con el movimiento de rotación. ¡Quién sabe cómo iba tomado de Gumesinda, en qué actitud ni con qué afianzamiento, ni por qué artes iba adherido! Pero él, como arrebatado por los círculos concéntricos de una vorágine, iba perdiendo rápidamente la conciencia de sí mismo, hasta que, como si hubiera tocado el último círculo o como la piedra de la

honda que se desprende en tangente para lanzarse al espacio, Perico sintió un arrancamiento, una explosión y una luz, que fue a terminar en inacción, en silencio y en oscuridad.

¡Yacía tendido en la alfombra con los brazos abiertos y como muerto!... Gumesinda gritó y levantó los brazos, y una oleada y un grito general se produjo en la concurrencia.

—¿Qué ha sucedido?

Que Machuca, el pagador, había asestado una bolea descomunal al pobre de Perico, y lo había postrado en tierra sin sentido.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? —exclamaban muchas voces.

—¡Nada! ¡Una desgracia!

—¡Un golpe!

—¡Una trompada!

—¡¡Un herido!!

—¡¡¡Un matado!!!

Así llegó la noticia a la cocina: ¡Un matado!

—¡Ave María Purísima! —exclamó la cocinera— son esos «rotos» de mis pecados que ya se «entrompetaron».

—¿Ora qué hacemos, doña Pachita?

—Pero ¿quién es el muerto?

—Dicen que se llama el niño Perico.

—¿Y quién le pegó?

—Pos dizque un tal Machuca.

—¿Con arma?

—Pues yo creeré que con belduque —dijo el garbancero.

—¿Y lo mató *dialtiro*?

—Voy a ver.

Las señoras habían salido en tropel hasta el corredor, y entre cuatro hombres cargaban a Perico para llevarlo a la recámara.

Todos creían ver sangre donde no había más que coñac, y exclamaban por todas partes: «¡Un matado! ¡Qué horror! ¡Vámonos! ¡Vámonos!»

—Niñas, cojan los abrigos.

—¡A la calle! Aunque sea en cuerpo.

—¿Dónde estás, Lola?

—¿Dónde están mis hijas? ¡Alma de la Virgen!

Mientras las señoras se separaban de los hombres como el aceite del agua, los hombres estaban todos alrededor del muerto.

—No es nada. Una bolea.

—Pero ¡qué bolea!

—Machuca es fuerte.

—Pero oigan ustedes, no hay que alarmarse; Perico no está siquiera privado. A

ver, doctor —dijo uno dirigiéndose a Capetillo, que estaba entre los concurrentes.

Capetillo reconoció a Perico, y por único diagnóstico extendió el meñique y el pulgar de la mano derecha, doblando los otros tres dedos contra la palma, además, que ya colocado entre las frases del lenguaje universal, hizo reír a los circunstantes.

Efectivamente, Perico no tenía lesión alguna, pero el coñac, el valse y la bolea eran elementos suficientes para tenerlo fuera de combate.

—No es nada, señores, no es nada; tengan ustedes la bondad de calmarse; siéntense ustedes. Vamos, señores ¡a bailar, a bailar!

—Sí, a bailar. «¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!» —gritó un pollo.

—Uno menos y a bailar.

—¡A ver, una danza!

—¡Orden! ¡Orden!

Pero nada de esto era suficiente a calmar la agitación y la alarma difundida por las señoras.

Machuca, el de la bolea, había desaparecido desde el primer momento, por prudencia o avergonzado de lo que había hecho.

Saldaña, doña Barlolita y su marido lograron detener a varias señoras que ya bajaban la escalera, y las obligaron a volver a entrar a la sala. El cuarto de los abrigos presentaba la más completa confusión y desorden; había sombreros machucados, abrigos pisoteados y grandes hacinamientos de abrigos de estambre y de seda, cuyas borlas, flecos y mallas se habían trabado unos con otros de tal manera que era imposible separarlos.

—¿Qué están haciendo? —le dijo una polla a otra.

—¡Mira qué diablura! Aquí está mi abrigo, pero se ha enredado de tal manera con otros dos, que no hay modo de sacar el mío. Ya he roto muchos flecos y no sale. Parece que los tres están tejidos en uno.

—Tira por aquí.

—¡Adiós, ya tronó! ¿De quién será?

—No importa, jala, porque ya nos vamos.

Aunque entre Saldaña, el curial, don Manuel y otras personas serias habían logrado contener el desorden en corredores y recámaras, el comedor era de nuevo un campo de Agramante. Los pollos habían emprendido formal disputa sobre si Machuca había tenido o no razón. Quién aseveraba que Perico había besado a Gumesinda, quién que iba tomando de una manera inconveniente, quién que le iba haciendo una declaración estúpidamente grosera; el caso es que los pollos se acaloraban unos en contra y otros a favor de Machuca.

Sonó de nuevo la música en la sala, a la sazón que se cruzaban ya palabras descompuestas entre dos pollos alcoholizados, y voló por el aire una botella de vino tinto que, dando contra el vidrio de un estante, produjo un estrépito infernal, seguido de gritos y exclamaciones tumultuosas.

—¡Orden, señores, orden! —gritaba Saldaña, con los cabellos en desorden y los cuellos de la camisa empapados de sudor y laxos como dos pellejos—. ¡Orden! ¡Orden!

Pero no bien acababa de gritar estas palabras, se oyó en la calle una detonación, algunos gritos y el pito del gendarme.

—¡Adiós, demonios! —exclamó Saldaña brincando los escalones de cuatro en cuatro—. ¿Qué sucede?

—¡Hay tiros en la calle! —gritaban desde el corredor.

—¡Otro pleito!

—Han comido gallo.

Un tropel se precipitó por las escaleras siguiendo a Saldaña. Al llegar a la calle, se agitaban en todas direcciones las linternillas de los gendarmes, y la voz de alarma por medio de los pitos, se difundía a diez cuabras en contorno.

—¡A ver! ¿Qué sucede?

—¿Quién tiró? —preguntaba un gendarme.

—¿A quién le pegaron? —gritaba otro.

—¿Quién es el herido?

El coronel, a pesar de sus botines apretados, estaba en la calle, sin sombrero y dispuesto al combate.

—¿Qué sucede?

—Son el pagador Machuca y Pío Cenizo, que se han dado de golpes.

—¿Por qué?

—Por Perico.

Efectivamente, Cenizo en un grupo, y Machuca en otro, estaban ya en poder de los gendarmes.

El coronel pretendía ejercer jurisdicción, y reprendía severamente a los gendarmes. Pretendía la libertad de Machuca y Cenizo, alegando que eran unos caballeros y quién sabe cuántas cosas más.

Los gendarmes, tocándose el kepí y cuadrándose al frente, alegaban el cumplimiento de su deber. El coronel se exaltaba con las réplicas, y salió a lucir aquello de que era muy hombre y que había dado su sangre por la patria y, sobre todo, con lo que creyó desarmar completamente a la policía, obligándola a echar tierra en el asunto, fue con una frase que, poniéndole la mano en el hombro, dijo al gendarme con acento ronco y enfático:

—Soy... íntimo amigo... de Porfirio...

El gendarme permaneció impasible.

El coronel volvió a acercarse al oído del gendarme.

—Carlos Díez Gutiérrez es mi compadre.

El gendarme no contestó, y no obstante lo cabalístico de aquellas dos declaraciones formidables del marido de Bartolita, dos grupos compactos de gendarmes, en cuyos respectivos centros estaban Cenizo y Machuca, tomaban el

camino de la Inspección de Policía.

El estrépito que produjeron los cristales del comedor, el altercado de los pollos, los gritos y voces de alarma que se oían en la calle, y los lamentos y exclamaciones de las señoras, presentaban en la casa del coronel el cuadro más completo de confusión y desorden.

Grupos de señoras bajaban las escaleras precipitadamente para buscar puerto seguro en la calle, y otros grupos volvían del zaguán y subían las escaleras propagando la alarma del exterior. El cuarto de los abrigos llegó a ser un verdadero zaquizamí, porque ya nadie se cuidaba de ver lo que pisaba. Hubo pollo que intencionalmente anduviera sobre sombreros y paltós como por su casa.

Afortunadamente el grupo de la calle, con la intervención de un jefe oficioso, encontró manera de hacer desistir a los gendarmes de cargar con los contendientes, y todas las familias que deseaban salir se precipitaron en tropel fuera de la casa.

Saldaña, el pobre de Saldaña, sacaba fuerzas de flaqueza, y mandaba tocar danza, para ahogar con la música los gritos tumultuosos y hasta las palabras obscenas de los pollos borrachos.

Más de tres cuartas partes de la concurrencia habían desaparecido; pero el pie veterano del baile había quedado allí, para acreditar su temple y su valor civil.

Se había quedado Venturita. ¿Cómo no había de quedarse Venturita? Aquel señor que quería verle los pies, aquel por quien Venturita hizo un domingo un rodeo solemne desde el Zócalo al *Hotel de Iturbide*, aquel que se había manifestado reacio y cuya indiferencia había inducido a Venturita a pensar en la estética del calzado, aquel señor estaba allí, se había acercado a Venturita, había bailado con ella, le había dicho muchas cosas galantes y, por último, cuando Venturita corría hacia la recámara en actitud de Ione en el último día de Pompeya, para salvarse de la catástrofe, el señor aquel había dicho con acento dramático:

—No se vaya usted.

Venturita levantó sus ojillos inteligentes, los clavó en aquel Glauco, y arrojó su abrigo blanco sobre las ruinas de la recámara.

¡Cómo no había de quedarse Venturita!

Otras de las del pie veterano, de las supervivientes de la catástrofe, eran las Machucas, cada una de las cuales sostenía *tête à tête* con alguno.

Leonor con Enrique, Gumesinda con Jiménez, y la otra, la más chica, con el amigo de Jiménez.

Lupe, con su manchón de crema en el vestido azul, no podía contener el sueño a pesar de lo entretenida que estaba. Andaba buscando los rincones para cabecear sin ser vista. A Lupe no la habían enamorado. Era fea, la pobre, estaba mal forjada, y luego aquel fleco rebelde que mientras permaneció húmedo fingió una mansedumbre insidiosa, apenas subió la temperatura de la sala, comenzó a insurreccionarse con una tensión feroz, presentando sobre su frente no el rizo que cae y sombrea el ojo, sino una brocha negra que se yergue como si le guardara rencor a las tijeras.

Con semejante fleco, se comprende muy bien que sólo don Lucio, el barbero, acompañante de Lupe, bailó con ella.

Ya serían las tres de la mañana, y hasta esas horas no pudo el pobre coronel ponerse sus botines viejos. Estaba enteramente cojo, y evitaba por todos los medios posibles moverse de un asiento.

Matilde bailó mucho y se asustó poco, y doña Bartolita estaba con un «flato» espantoso, le apretaba todo, y lo que quería era que aquello se acabara pronto.

La vela de la cocina se había apagado, y la servidumbre dormía a favor de las tinieblas; y como tras del anisete había venido el coñac y el champaña y grandes remesas de pasteles, queso y carnes frías, el sueño era realmente reparador y comfortable; así al menos eran las apariencias.

La de Camacho había sido de las primeras en desaparecer sin despedida. Enriqueta y don Manuel habían seguido su ejemplo.

Las dos señoras que habían dejado a guardar a Saldaña sus abrigos lo buscaban con insistencia para pedírselos y retirarse, y como Saldaña estaba en todo, oyó que lo llamaban, y anticipándose a los deseos de las señoras, fue en busca de los abrigos al lugar seguro en que los había guardado.

—¡Maldición! —exclamó Saldaña entre dientes y abriendo mucho los ojos. Aquel ropero había sido literalmente saqueado; las tablas ostentaban toda su desnudez. Sabía muy bien Saldaña el desorden que había reinado; tenía experiencia de que en los bailes, tales como aquel, hay ladrones de abrigos, y como Saldaña había quedado responsable no quiso sufrir los reproches de las señoras despojadas, y corrió a la cocina, y tropezando con fregatrices y sirvientes dormidas, atravesó las tinieblas y se fue a esconder a la azotehuela.

Los gritos a Saldaña se repetían por toda la casa; bien es que desde las ocho de la noche le habían estado acabando el nombre, y ya no respondía cuando lo llamaban.

Las señoras buscaban a la dueña de la casa, y entonces fue cuando conocieron a Bartolita.

Presentaron su queja con la mayor moderación.

—¡Saldaña! ¿En dónde está Saldaña?

Salió a buscarlo el coronel y varios comedidos; Saldaña no parecía, y hubo quien asegurara que se había marchado. Buscaron los abrigos en el ropero en donde los habían guardado y, como Saldaña, lo encontraron vacío.

Doña Bartolita hubo de proporcionar a aquellas señoras con qué abrigarse, ofreciendo mandarles sus abrigos cuando parecieran.

Tras de aquellas señoras había dos caballeros que habían perdido sus paltós, y en cuanto a sombreros, todos los que habían quedado eran viejos y algunos pisoteados.

Saldaña estaba en la azotehuela oyendo rugir la tempestad, y decidió no asomar las narices.

Lupe y don Lucio también lo buscaban por toda la casa, y ya habían resuelto marcharse sin él, cuando al pasar por una pieza, cuya ventana daba a la azotehuela,

oyeron una voz que salía con cautela por la hendidura.

—Acércate, Lucio.

—¿Qué? ¿quién? ¿eres tú?

—Sí.

—¿Saldaña?

—¡Chist! cállate. Voltéame la espalda para disimular, y escucha.

—Ya.

—Pon cuidado.

—Di.

—Toma tu sombrero y llévate a Lupe.

—Bueno.

—Chist... oye.

—¿Qué?

—Cuando bajes la escalera...

—Sí, qué...

—Espera. A mano derecha, tras el barril del eucalipto, está una canasta.

—¿Y qué?

—Nada, que he apartado algunas frioleras para mis criaturitas.

—Bueno, ya comprendo. Adiós.

Lupe, que no podía hacer otra cosa, metió los dedos por la hendidura de la ventana, y Saldaña se los mordió quedito por el otro lado.

Lupe y don Lucio se alejaron.

Saldaña estaba decidido a no salir de su escondite mientras lo siguieran llamando. Por largo rato estuvo oyendo su nombre, repetido en todos los tonos, pero permanecía inmóvil. Aquel corto reposo, después de un trajín continuo de muchas horas, lo indujo a sentarse. La azotehuela en que se encontraba Saldaña estaba atestada de cajones vacíos y de la paja de los empaques. Buscando con las manos encontró bien pronto un cajón que acomodó para sentarse.

Al doblar las dos piernas, pensó en que no se había sentado desde la víspera.

Reinaba la más profunda oscuridad, y a medida que los rumores del baile iban extinguiéndose, otros ruidos se percibían a lo largo de la cocina y de la azotehuela.

Las fregatrices roncaban, si no con la felicidad del justo, al menos con el sopor del anisete y las satisfacciones de una cena exótica.

Aquellos ronquidos, compasados unos, estrepitosos otros, guturales algunos, se mezclaban en una especie de coro de ranas, con respiraciones estertorosas y frotamientos de paja. Aquella era la región del sueño, el reino de Morfeo. ¡Qué mucho que Saldaña agregara al coro aquel, por su propia cuenta, un bostezo descomunal, bostezo de cuarenta y ocho horas de vigilia, y antes de que tuviera lugar de persuadirse de que ya no lo llamaban, se quedó dormido!

El baile se había acabado por su propia virtud: la concurrencia se había ido saliendo sin despedida.

Bartolillo se fue a acostar, y Matilde y su papá apagaron las velas.

Capítulo IX

Conclusión

A POCO amanecía.

La luz de la mañana venía con sus rayos azulados y limpios a poner en evidencia aquel lecho de placer de donde acababan de huir las bestias humanas.

Salía por las puertas del comedor y de la sala una especie de vapor alcoholizado, un vapor humano y tan pesado que casi se arrastraba por el suelo, como no queriendo luchar con la atmósfera limpia y diáfana de la aurora. Una luz color de rosa parecía asomarse por los pretiles de la azotea para ir a curiosear lo que había quedado en aquel comedor o campo de Agramante; filtrándose como podía por entre las macetas y las cortinas, iba a pintar filetitos azulosos en el borde de las copas y a lo largo de las mamaderas de los candelabros, cuyas velas habían dejado un arrecife de estearina sobre los manteles. La alfombra estaba impregnada en vino y sembrada de tiestos de vidrio; había queso de Gruyère sobre las sillas, debajo de la mesa, dentro las copas y sobre los sombreros; los pasteles pisados habían acabado de cubrir las flores que le quedaban visibles a la alfombra. La mesa presentaba todas las huellas de la batalla, porque más eran las copas y botellas volcadas y rotas que las que habían quedado en pie.

El queso de Gruyère seguía diseminado en la sala, sobre los sillones, en la moldura de los cuadros, en los arbortantes de los candelabros, sobre las columnas de yeso, en las escupideras y en el suelo. No había un solo resquicio plano que no estuviera ocupado por una copa a medio vaciar, por un pastel o por un pedazo de queso. Es que se les había dado a aquellas gentes más de lo que querían y más de lo que podían consumir, y cada cual se encontró alguna vez con algo en la mano que le salía sobrando.

Mientras los concurrentes hacen en sus casas los comentarios del baile, y de los cuales hacemos gracia al benévolo lector, oigamos las impresiones de Enrique, el apasionado de Leonor Machuca.

Como de costumbre concurrió, puesto que era domingo en la tarde, al paseo en donde no tardó en encontrar a Jiménez y a su amigo.

—¿Qué tal, Enrique, ha dormido usted la desvelada? —le preguntó Jiménez.

—No he pegado los ojos. No he dormido desde antes de ayer.

—Buen síntoma, estará usted en grande.

—¡Oh! ya se entiende —agregó el amigo de Jiménez— que el triunfo ha sido completo.

—Cuéntenos usted, Enrique, sus impresiones.

—A condición de que sea... allí —dijo señalando la Alameda— en una banca aislada.

—¡Magnífico! Así seremos todos oídos; vamos.

—Vamos.

Y los tres amigos se instalaron en una banca, eligiendo el lugar menos transitado.

—Pues, señor —prorrumpió Enrique, poniéndose la mano en la frente, y apretando los ojos como para concentrarse en sus ideas—. ¡Estoy salvado!

—¿Cómo?

—Pongan ustedes atención: al ser presentado a Leonor, nos dimos la mano y... cuestión de magnetismo... era yo hombre al agua. Aquel apretón de mano afirmó de golpe todas mis resoluciones, y armado de la arrogancia de aquel que ha tenido valor para quemar sus naves, entré en materia, hablé con Leonor por la primera vez. Le dirigí algunas preguntas y... no van ustedes a creerlo, el timbre de la voz de aquella mujer me causó una impresión extraña; me parecía que la voz no salía de aquel cuerpo; sentía como si hubiera equivocado a la persona; no estaba, en fin, en consonancia la impresión que me había producido su figura con la impresión que me producía su voz. No era cuestión puramente acústica; la parte moral o intelectual de sus respuestas encerraba un desencanto. Leonor es una mujer enteramente vulgar, es una elegante cursi en toda la acepción de la palabra. ¿Cuál piensan ustedes que fue el único tema de conversación que pudo animarla?

—El amor —dijeron a dúo Jiménez y su amigo.

—No, señor; eso hubiera sido lo natural. No fue el amor: fue el juego.

—¡El juego!

—Sí, señores. Leonor es jugadora, es apunte. Me contó, con un desplante digno de Martel, cómo hacía tres tardes se le habían hecho cinco chicas, y cómo en seguida había perdido una vaca de cincuenta pesos, con un desconocido que la enamoraba. Celebraba esta mujer con escandalosa ingenuidad cómo se había propuesto arruinar a aquel pretendiente que se empeñaba en correr su suerte. Confieso a ustedes que esto me hizo un efecto detestable; pero lo que acabó completamente con mis ilusiones fue lo segundo.

—¿Qué es lo segundo? —preguntaron con interés Jiménez y su amigo.

—Lo segundo es esto: que Leonor es borracha.

—No, hombre.

—Palabra de honor. Había yo dejado de bailar con ella y la observaba desde el corredor. Se había puesto a cenar, y como se quitó los guantes que regularizaban las líneas de sus manos, y además cubrían la tez, la vi alargar una mano huesosa, trigüeña e inculta, para devorar pasteles y beber copas.

»Cuando la volví a ver en la sala, aquellos ojazos que me encantaron por algún tiempo, tenían esa mirada vaga y estúpida de la embriaguez; los párpados estaban ribeteados con una huella sanguinolenta. Ella fue quien me dirigió entonces la palabra... la palabra pastosa del borracho, las repeticiones innecesarias, y sobre todo

la declaración final:

»—Usted me ha de dispensar... porque no estoy precisamente trompeta, porque a mí no se me sube; que se lo diga a usted éste —agregó poniéndole la mano en el hombro a un joven— pero usted verá; nos hemos tomado dos botellas de champaña entre tres, además de las copas; sólo de coñac me he tomado seis; pero yo tengo muy buena cabeza; lo único que me sucede es que me arden los ojos como con el humo; pero nada más...

»Aquí Leonor dejó escapar una risita idiota, y en su cuerpo pudo notarse una de esas oscilaciones involuntarias de los borrachos; cuando un exceso de gases amenaza la noción del equilibrio.

»La hada, la creación poética de mi fantasía, la mujer que el prestigio irresistible de su hermosura parecía poner a sus pies con una mirada mi porvenir y mi existencia, se ha evaporado, no existe, no ha existido nunca. Por lo tanto soy libre, me vuelvo a Europa y doy a ustedes las gracias por habernos invitado al baile, porque hoy ya sé a qué atenerme respecto a las Machucas».

—Pues yo —dijo Jiménez— no soy tan escrupuloso como Enrique; según lo que dije a ustedes, puse un poquito jalada a Gumesinda y nos arreglamos.

—A mí —dijo el amigo de Jiménez— la más chica de las Machucas me dio tres besos anoche y me quedó a deber otros tres.

Ya han pasado tres días del baile, y todavía la casa de doña Bartolita huele a coñac desde el zaguán. Las alfombras y el tapiz de algunos muebles quedaron inútiles para un segundo baile. El pobre del coronel no había cesado de pagar cuentas, que aumentadas con las de gastos imprevistos por roturas y destrozos, acabaron con el dinero contante. El coronel quedó endrogado.

Don Lucio, como se lo había dicho Saldaña, cargó con un gran canasto con botellas, latas, pasteles, queso y cuanto encontró digno de llamarle «frioleras» para sus criaturitas. Don Lucio, Saldaña y Lupe, y los niños, comieron juntos al día siguiente hasta reventar.

Las niñas de la Alberca Pane no se refrescaron ese domingo; acariciaban el calor del baile para aprovecharlo todo. Habían bailado mucho con sus novios.

Finalmente, doña Bartolita, rendida de cansancio, avergonzada por la pérdida de los abrigos, por los escándalos dados en su casa, molesta por las habladurías de los vecinos y afligida por la ruina de su marido, exclamó con una elocuencia de que nunca se había sentido capaz:

—Mira, esposo mío ¡primero y último! Es necesario ser como todas las gentes, egoísta, porque lo dice el refrán y nosotros debimos haberlo tomado en cuenta: «Baile y cochino, el del vecino.»

FIN DE «BAILE Y COCHINO...»